RADICALITZEM *la vida*

La majoria de llibres de Virus editorial es troben sota llicències lliures i per la seva lliure descàrrega. Però els projectes autogestionaris i alternatius, com Virus editorial, necessiten un important suport econòmic. En la mesura que oferim bona part del nostre treball pel comú, creiem important crear també formes de col·laboració en la sostenibilitat del projecte. Subscriu-t'hi!!

La mayoría de libros de Virus editorial se encuentran bajo licencias libres y para su libre descarga. Pero los proyectos autogestionarios y alternativos, como Virus editorial, necesitan de un importante apoyo económico. En la medida en que ofrecemos buena parte de nuestro trabajo para lo común, creemos importante crear también formas de colaboración en la sostenibilidad del proyecto. ¡Subscríbete!

Satèl·lit sense quota

-5%

5 compras
mínimo anual
a les 5 compres una sorpresa

Pack bienvenida
Punto de lectura
+ postal

Càpsida

60€

4 libros
Virus editorial
sin límite de precio

-5%
En toda la librería online

Pack bienvenida
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

Replicant

100€

8 novedades
Virus editorial
durante un año

Pack benvinguda
Bolsa #RadicalitzemLaVida
+ Punto de lectura
+ postal

-5%
En toda la librería online

Descuentos
En grupos de lectura
i otras actividades

https://www.viruseditorial.net/es/editorial/socios

ENSAYO

Karl Polanyi

ARCHIVO POLANYI (I)

CRISIS, SOCIALISMO, FASCISMO

TRADUCCIÓN, EDICIÓN Y NOTAS
DE FERNANDO SOLER
(DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA DE LA UNIVERSITAT DE VALÈNCIA)

VIRUS

LICENCIA CREATIVE COMMONS
AUTORÍA - NO DERIVADOS -
NO COMERCIAL 1.0

Esta licencia permite copiar, distribuir, exhibir e interpretar este texto, siempre y cuando se cumplan las siguientes condiciones:

Autoría-atribución: deberá respetarse la autoría del texto y de su traducción. Siempre habrá de constar la autoría del texto y/o la traducción.

No comercial: no puede utilizarse este trabajo con fines comerciales.

No derivados: no se puede alterar, transformar, modificar o reconstruir este texto.

Los términos de esta licencia deberán constar de una manera clara para cualquier uso o distribución del texto. Estas condiciones solo podrán alterarse con el permiso expreso del autor o la autora.

Este libro tiene una licencia Creative Commons Attribution-NoDerivs-NonCommercial. Para consultar las condiciones de esta licencia puede visitarse: creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/ o enviar una carta a Creative Commons, 559 Nathan Abbot Way, Stanford, California 94305, EE. UU.

© 2022 de la obra, Kari Polanyi Levitt
© 2023 de esta edición, Virus Editorial

Título:
Archivo Polanyi (I). Crisis, socialismo, fascismo

Edición y maquetación: Virus Editorial
Corrección ortotipográfica y de estilo: Carlos Marín Hernández
Corrección de galeradas: Paula Monteiro González
Traducción: Fernando Soler
Diseño de colección: Silvio García-Aguirre y Pilar Sánchez Molina
Diseño de cubierta: Virus editorial

Primera edición en castellano: marzo de 2023

ISBN: 978-84-17870-23-2
Depósito legal: B-1688-2023

Virus Editorial i Distribuïdora, SCCL
C/ Junta de Comerç, 18, baixos
08001 Barcelona
T. / Fax: 934 413 814
editorial@viruseditorial.net
www.viruseditorial.net

ÍNDICE

Nota preliminar 7

Karl Polanyi (1886-1964). Una crónica familiar y un breve relato de su vida. Ilona Duczyńska 13

Un mundo en crisis 43

La crisis de nuestras ideologías (1909) 45
Política burguesa radical (1913) 53
Guerra civil (1919) 57
La resurrección de la democracia (1922) 65
Contra el miedo (1923) 69
Blancos, negros, marrones (1923) 73
Reformas económicas liberales en Reino Unido (1928) 77
Los reformadores sociales liberales en Reino Unido (1928) 83
Economía y democracia (1932) 95
La inflación mundial (1933) 103
Austria y Alemania (1933) 113
El mecanismo de la crisis económica mundial (1933) 141
Reino Unido y la guerra en Etiopía (1935) 163
El hito de 1935 (1935) 171
El significado de la paz (1938) 179
Las raíces del pacifismo (1938) 191
Factores sociales en la reciente historia europea (s/f) 201
¿Por qué volver loca a Rusia? (1943) 203
¿Capitalismo universal o planificación regional? (1945) 219

El socialismo 233
La contabilidad socialista (1922) 235
La teoría funcional de la sociedad y el problema de la contabilidad socialista (1924) 281
Socialismo gremial (1922) 295
Gremio y Estado (1923) 301
Nuevas consideraciones sobre nuestra teoría y práctica (1925) 305
Sobre la libertad (1927) 319
¿Qué Estado trifuncional? (1934) 355
La economía de Rudolf Steiner (1934) 363
El eclipse del pánico y la perspectiva del socialismo (s/f) 369

El fascismo 375
Austria corporativa: ¿una sociedad funcional? (1934) 377
Fascismo en Italia, Alemania, Austria (1934) 385
Fascismo, comunismo y cristianismo (1934) 391
Fascismo: el enemigo común (1934-1935) 395
¿Puede el hitlerismo resolver el problema mundial? (1941) 399
La esencia del fascismo (conferencia) (1941) 403

A modo de epílogo: El deber de nuestra patria (1963) 409

Índice cronológico de los artículos 413

NOTA PRELIMINAR

Como en los títulos previamente publicados —*La naturaleza del fascismo* y *Europa en descomposición*—, también esta nueva selección de textos se nutre de la ingente cantidad de material disponible en el Karl Polanyi Archive (KPA, en todas las referencias posteriores). En el primero de los libros citados tuvimos ocasión de introducir un anexo en el que se hacía una breve presentación de la estructura y características de dicho archivo. A él remitimos para mayor información. No obstante, entendemos necesario volver a remarcar el ejemplo de compromiso y honestidad intelectual que se deriva del hecho de que, a diferencia de otros fondos similares convertidos en meros mercados de conocimiento, el acceso al KPA permanezca totalmente abierto a cualquier persona interesada en la obra de Karl Polanyi. Ello supone que, en este caso, se ha sabido colocar la difusión del saber, del conocimiento, por encima de mezquinos intereses comerciales y de poder.

Ahora bien, esto supone un reto: la gran cantidad de material que encontramos en el archivo. Son más de 110.000 los documentos digitalizados. Esto exige, por supuesto, llevar a cabo una labor de selección de textos que no siempre es sencilla. En esta ocasión hemos determinado para este *Archivo Polanyi (I)* una división en tres bloques (crisis, socialismo, fascismo). Por supuesto, el establecimiento de estos diferentes apartados tiene cierto carácter aleatorio y opinable. De igual manera, la inclusión en cada

apartado de unos trabajos determinados no supone que no pudieran haberse incluido otros. En todo caso, y para tratar de paliar ciertas carencias que pudiera haber, a este le seguirá, al menos, un segundo volumen bajo la denominación genérica de *Filosofía y teoría política*, el cual permitirá ampliar la perspectiva teórica desarrollada por Polanyi.

El ámbito temporal de los textos abarca desde 1909 hasta 1945. Al mantenernos atentos en la lectura a este dato temporal, podremos detectar los cambios que, paulatinamente, van a ir produciéndose en el pensamiento de Karl Polanyi.

Respecto de los textos recogidos en este volumen, indicar que la gran mayoría de ellos, veintinueve de treinta y cinco, se han traducido al castellano por primera vez. Los seis restantes se han retraducido, pero no por considerar incorrectas las traducciones preexistentes, sino únicamente por unificar criterios léxicos, estilísticos, etcétera.

Las notas al pie corresponden al que suscribe, salvo cuando se indique que son del propio Karl Polanyi *(N. del A.)* o de Ilona Duczyńska *(N. de I.D.)*, autora de la introducción biográfica que abre el libro. Los textos se han organizado temáticamente y por orden cronológico en cada uno de los bloques, salvo en el caso del texto «La teoría funcional de la sociedad y el problema de la contabilidad socialista», para el que hemos alterado este orden, situándolo, dada su relación directa, a continuación del trabajo titulado «La contabilidad socialista».

Fernando Soler Álvarez
Departamento de Filosofía de la Universitat de València

En la página anterior, Karl Polanyi e Ilona Duczyńska alrededor de 1937 (Imagen del archivo de Kari Polanyi-Levitt)

KARL POLANYI (1886-1964)

Una crónica familiar y un breve relato de su vida[1]

Karl Polanyi nació el 21 de octubre de 1886 en Viena, donde vivían en esa época su padre, Mihály Pollacsek, ingeniero ferroviario, y la mujer de este, Cecile Wohl, que procedía de Vilna. Karl fue el tercero de sus hijos.

Ambos progenitores tenían personalidades fuertes y sus temperamentos, sus perspectivas y los antecedentes de sus vidas previas marcaban un notable contraste entre ellos. En Karl esos

1. En este texto fusionamos dos escritos de Ilona Duczyńska, esposa de Karl Polanyi. El primero fue publicado en húngaro en la revista *Századok* (Siglos), nº 1, 1971, pp. 89-95. Posteriormente, Ilona tradujo el texto al inglés para ponerlo a disposición de la familia y amigos (en Karl Polanyi Archive [KPA]: Con_29_Fol_12 encontramos dos borradores del artículo en húngaro con anotaciones y correcciones de Ilona: *Polányi Károly (1886-1964). Krónika és kis rajz élete utjairól*). El primero, que está completo, ocupa 11 páginas, mientras que el segundo, que solo tiene correcciones mecanográficas, está incompleto porque salta de la página 8 a la 11. Se incluyen, asimismo, tres versiones de la traducción al inglés mencionada. La primera, con abundantes correcciones tanto manuales como mecanográficas, ocupa 18 páginas; la segunda es ya una versión «definitiva» que ocupa 16 páginas, y la tercera, también con muy pocas correcciones, tiene 11. La diferencia en páginas entre estas dos últimas tiene que ver básicamente con el formato de página de cada una de ellas. En estas dos versiones, que entendemos como definitivas, Ilona Duczyńska añade una nota inicial que dice: «No para publicar.

elementos diferentes se unificaron y de alguna manera alcanzaron un equilibrio: la inflexible rectitud y el estricto puritanismo de su padre; el encanto mental de su madre, el resplandor de su ingenio, su vitalidad y su manera desorganizada de vivir, en suma, todo aquello que acabó convirtiendo en sus últimos años a «mamá Cecilia» en un foco de la vida literaria e intelectual de Budapest.[2]

Al inicio de la época liberal en Hungría, poco después del Compromiso austrohúngaro de 1867,[3] el padre de Karl y sus hermanas —Lujza, Vilma y Teréz— se pusieron en marcha desde algún lugar próximo a Ungvár, en el norte de Hungría y que hoy formaría parte de Eslovaquia.[4] (La familia poseía un molino de harina a vapor de

I. D. (Es esta una traducción de las notas biográficas que introducirán una selección de escritos de Karl Polanyi que se encuentra en preparación por *Századok*, publicación del Instituto de Historia de la Academia Húngara de Ciencias. [No nos consta que esa publicación llegara a ver la luz.] Como estas notas son también una crónica familiar, las he pasado al inglés para Kari, Tom, Harry y nuestros amigos íntimos. Las notas sobre nombres muy conocidos en Hungría no figuran en el original)». Siendo este artículo el núcleo fundamental de nuestra traducción, hemos incluido también información que la propia Ilona Duczyńska incluye en otro texto titulado *Karl Polanyi. Notes on his Life*. De este encontramos una versión mecanografiada y escrita originalmente en inglés en KPA: Con_30_Fol_01. En el mismo también se recogen algunos escritos tanto de Ilona como de Karl que aportan algunos datos biográficos más. Hallamos, asimismo, una versión de este escrito, publicada en húngaro con el título «Polányi Károly. Jegyzetek az életútröl» en el libro *Írástudó Nemzedékek. A Polányi család története dokumentumokban* (Generaciones ilustradas. La historia de la familia Polanyi en documentos), Lukács Archivum, Budapest, 1986, pp. 120-126. Los añadidos de este segundo texto los recogeremos en cursiva en el interior del texto anterior para no recargar todavía más el apartado de notas. Como referencia utilizaremos la edición de estos textos llevada a cabo por Kenneth McRobbie en Kenneth McRobbie y Kari Polanyi-Levitt: *Karl Polanyi in Vienna*, Black Rose Books, Montreal, 2000, pp. 302-318.

2. Tras la muerte del padre en 1905, Cecile organizó un salón que gozó de gran prestigio entre los intelectuales y artistas de Budapest. El salón estuvo activo hasta su muerte en 1939.
3. Este acuerdo marca el final del Imperio austríaco y la aparición del Imperio dual austrohúngaro, el cual acabaría disolviéndose definitivamente tras su derrota en 1918.
4. En realidad, la ciudad mencionada con el nombre húngaro de Ungvár forma parte de la región, siempre disputada históricamente, de la Rutenia

tamaño medio, un negocio activo en la época, pero que más tarde pareció desvanecerse en una especie de existencia ficticia.)

Salieron al mundo buscando mejorar, inspirados por sus virtudes cívicas e ideales, aspirando a la plenitud de la vida a través de un nuevo modelo, el de la burguesía en ascenso en las ciudades y el de la asimilación nacional de los judíos. A veces alcanzaron cierto bienestar, pero solo para volver a una lúgubre pobreza casi de un día para otro. Las mujeres de esta generación fueron muy destacadas intelectualmente y en carácter. *Todas vivieron mucho, una generación de grandes ancianas, madres de hijos distinguidos*. Su recuerdo pervivió en sus hijos. El hijo de Lujza fue Ervin Szabó,[5] el de Vilma, Ernö Seidler,[6] y el de Teréz, Ödön Pór.[7]

El joven Mihály Pollacsek fue enviado, en algún momento de los primeros años de la década de los setenta [del siglo XIX], a

subcarpática. Perteneciente al reino de Hungría desde el siglo XI, pasó a formar parte del Imperio austríaco, luego de la parte húngara del Imperio austrohúngaro y tras 1918 fue incorporada a la recién creada Checoslovaquia con el nombre eslovaco de Užhorod. Tras la Segunda Guerra Mundial, la ciudad fue incorporada a la URSS (Ужгород) y en 1991 pasó a formar parte de Ucrania. Por tanto, Ilona se equivoca; en 1971 Ужгород era una ciudad soviética.

5. Ervin Szabó (1877-1918) fue un intelectual socialista, de gran independencia de pensamiento y con inclinaciones anarcosindicalistas, que fue una inspiración para todos los primeros movimientos revolucionarios en Hungría. Murió poco antes de que acabara la Primera Guerra Mundial.
6. Ernő Seidler (1886-1938), prisionero de guerra en Rusia, volvió a Hungría en 1918 como bolchevique. Fue comandante militar de Budapest durante la República Soviética Húngara de 1919. Fue ejecutado en la Unión Soviética en el marco del terror estalinista.
7. Ödön Pór (1883-1971) acabó siendo conocido en Reino Unido como un escritor próximo al socialismo gremial. [Esta descripción que hace Ilona es muy parcial. No podemos saber si por desconocimiento o por prudencia, Ilona no menciona el aspecto más polémico de este primo de Karl Polanyi. En efecto, en un principio Ödön u Otto Pór mantuvo posturas socialistas y realizó algunos trabajos sobre el tema del socialismo gremial. De hecho, su obra más conocida, *Gremios y cooperativas en Italia* (1923), trata aparentemente de este tema. Pero después de la Primera Guerra Mundial Ödön giró políticamente y se aproximó al fascismo italiano, del que se convirtió en ardiente defensor. A Karl Polanyi, al parecer, nunca le gustó hablar de su primo.

Zúrich para estudiar ingeniería en el Eidgenössische Technische Hochschule, Instituto Federal de Tecnología, conocido habitualmente como el Poly. Su carrera en este se inició con un pequeño contratiempo para el joven, el cual, influido por lo ilimitado de su nueva libertad, quiso incorporarse a una *troupe* de artistas itinerantes. *Se le asignó un papel, por supuesto muy secundario, en la obra* Clavigo *de Goethe.*[8] *Cuando entraba en escena un cadáver dentro un féretro, se le preguntaba: «¿A quién traen aquí?», y él debía responder: «A Marien». Pero olvidó su frase, y así se acabó su carrera de actor.* Por tanto, su absolutamente obvia falta de talento y el rigor del Poly, que amenazó con expulsarle «wegen unfleisses»,[9] restablecieron el equilibrio.

Mihály se graduó en ingeniería civil en Zúrich y continuó sus estudios en Edimburgo. Junto con una mejora en sus conocimientos como ingeniero civil, también trajo consigo de vuelta y para el resto de su vida la ética puritana de Edimburgo, algo que estaba muy en línea con su propia forma de ser. *Edimburgo provocó en el joven un impacto todavía más duradero que el de Zúrich. Fue un impacto muy diferente a la anglofilia que barrió Europa central en sucesivas olas: la admiración por la educación de las clases altas inglesas, a la que se añadía una completa ignorancia de las realidades sociales de la vida inglesa. Cuando el joven ingeniero y empresario volvió a la Europa central, volvió como lo que él entendía que era un escocés práctico. Permaneció fiel a la imagen de este personaje mítico hasta el final de su vida. Era la imagen del puritanismo y la severa rectitud. Se había formado como un liberal decimonónico de alto nivel, un adalid de la industria, un miembro de la burguesía judía en ascenso. Su primer proyecto lo realizó para los Ferrocarriles Federales Suizos, y diseñó la estación de tren de Zúrich.*[10]

8. Tragedia en cinco actos escrita en 1774, es la primera obra impresa en la que figura el nombre de Goethe.
9. «Por falta de dedicación».
10. Por esa época, la compañía de tren que operaba en Zúrich era la Vereinigte Schweizerbahnen (Ferrocarriles Suizos Unificados). No será hasta 1902 que se creen los Ferrocarriles Federales Suizos que menciona aquí la autora y que supusieron la unificación de las diversas compañías que operaban en el país. No hemos encontrado referencia alguna a Mihály Pollacsek en relación con la remodelación que tuvo lugar en la estación de Zúrich en los inicios de

Hacia finales de los años ochenta se estableció con su familia en Budapest como empresario y constructor en los ferrocarriles locales. *Los años noventa conocieron una auténtica explosión económica con la incipiente industrialización del país, y el ascenso de una clase empresarial, en parte judía y en parte alemana, pero indiscutiblemente asimilada y patriótica. Mihály Pollacsek vio cómo su fortuna iba en aumento. Fue incapaz de evitar convertirse en millonario. De la misma manera que, como persona de firmes principios e inflexible rectitud, fue incapaz de evitar perder hasta el último céntimo poco después.*

Dónde y cómo el joven ingeniero Mihály Pollacsek llegó a conocer en Viena a una joven proveniente de Vilna, Cecile Wohl, que se convertiría en su mujer, no lo sé. Cecile no era «una estudiante rusa», *ni una sabionda, ni en absoluto una revolucionaria*. Era aprendiz en una joyería en la calle Tabor, *en el distrito judío* de Viena. *La fotografía más antigua de Tsippa Wohl, hija de un erudito judío de Vilna, nos muestra a una joven de diecisiete años pensativa, de aspecto sencillo y atuendo victoriano*, como una de esas mujeres en las que la belleza rompe a lo largo de la madurez, e incluso todavía más en la vejez. *Del impacto que iba a tener, gracias a su encanto intelectual, sobre la intelectualidad húngara de posteriores décadas, no había presagio alguno*. Su padre era un historiador que provenía de una conocida familia judía de Vilna, pero era un convencido asimilado a la sociedad rusa, poseedor de la zarista Orden de Santa Ana. Además de su inclinación por la burocracia zarista, era a la vez un «occidentalizado», un admirador del mundo occidental civilizado. *Cuando perdió a su mujer y se casó con su ama de llaves no judía, la joven Cecile, como a partir de entonces se llamará*, fue enviada a Viena a los diecisiete años acompañada de otra joven, Anna Lvov (Nyunia), hija del alcalde de Simferópol.[11]

Las dos jóvenes se casaron al mismo tiempo, sus hijos tenían las mismas edades; su amistad se amplió a una amistad entre las familias, hasta el punto de que durante muchos años las familias pasaron juntas las vacaciones de verano en el cañón de

los años setenta del siglo XIX. Si participó en ella, tuvo un papel menor.
11. Capital de Crimea.

Semmering.[12] *Los vínculos personales no se rompieron nunca y se mantuvieron incluso en la siguiente generación.*

Entretanto, en el hogar de Mihály Pollacsek en Budapest, en la calle Andrássy número 2, *un edificio palaciego en el que ocupaban una planta entera*, iba tomando forma, en la ahora ya familia numerosa, un estilo de vida de clase media alta, aunque no encajara completamente con la sociedad circundante.[13] El padre, al que los niños adoraban, se horrorizó tanto ante los círculos de la nobleza húngara, llamada en Hungría la alta burguesía,[14] como ante *los nuevos ricos* de la burguesía judía de Budapest, *la cual «asimiló» todos los vicios de la histórica clase dominante húngara*. No mantuvo relación ni con unos ni con otros. *Vivió en base a su credo de puritanismo, positivismo, progreso, perspectiva científica, democracia, emancipación de la mujer, es decir, el perfecto puritano en la línea shaviana.*[15] Personalmente, él se mantuvo como judío y como Pollacsek. *Se negó a magiarizar su nombre al considerarlo como algo indigno.* Sin embargo, cambió a Polanyi el apellido de sus hijos, considerando que se lo debía. *La religión de su mujer y de sus hijos pasó a ser la calvinista.* Solo fue bautizado el que nació en último lugar, un chico con retraso mental, el pequeño Pál, que murió muy joven. *Él permaneció formalmente como miembro de la comunidad religiosa judía como protesta contra los judíos arribistas que cambiaban de religión para ser* frère et cochon[16] *con la nobleza nativa. Está enterrado en el cementerio judío de Budapest.*

12. Localidad turística de montaña situada al sur de Viena, aproximadamente a mitad de camino entre la capital y Graz.
13. La Andrássy út es una céntrica avenida que recorre en diagonal, de sudoeste a nordeste, prácticamente toda la parte de Pest. Formaría parte, sobre todo en sus primeros números, de la zona habitada por la alta burguesía de la época.
14. Ilona Duczyńska utiliza en la traducción al inglés el término *gentry*. El término que usa en húngaro es *dzsentrikörökt̋ől*, que podríamos traducir como «barrios burgueses» o, más literalmente, «círculos de la *gentry*».
15. Calificativo mediante el cual se definía algo como perteneciente a, o característico de, Georg Bernard Shaw o de sus obras. Por extensión, refiere a un cierto tipo de liberalismo.
16. Literalmente «hermano y cerdo», esta expresión del francés se utiliza para remarcar una gran amistad. Quizá, en castellano, lo más parecido sería «ser uña y carne», aunque la locución francesa tiene un sentido más crítico.

Toda la pudiente familia era altamente estimada, pero vivía en un aislamiento artificial en una tierra de nadie social, virtualmente extranjeros en su propio país. La casa era de altos principios, y la educación también fue de alto nivel, donde Goethe y Schiller, Racine y Corneille, Shakespeare y Milton se leían a partir de los diez años; una casa en la que las necesidades de la vida como comida y vestimenta eran de tan extraordinaria simplicidad que no se produjo ningún cambio apreciable cuando la catástrofe financiera golpeó a la familia. De esta manera, un visitante en esa época no habría percibido el menor signo de que algún miembro de la familia estuviera preocupado por ello.

Los hermanos Polanyi resultaron tan poco parecidos entre sí como lo suelen ser muchos hermanos y hermanas. La mayor, Laura, una belleza radiante y graduada en Historia de la que la mitad de los jóvenes eminentes de la ciudad estaban enamorados, se casó con un fabricante textil sin mayor distinción, lo que provocó una herida en el corazón de su padre que nunca se llegó a curar. Adolf, el hijo mayor, fundó el primer grupo de estudiantes socialistas en la universidad, eran ocho en total. Era un activista que arengaba a los trabajadores huelguistas. Pero esto tenía que permanecer en secreto: el padre no debía saber nada. La democracia estaba bien, pero el socialismo estaba fuera de cualquier consideración. Siendo ya un octogenario, Adolf todavía recordaba caminar veinte millas volviendo a casa por la noche, después de haberse dirigido a una reunión de mineros en huelga, y deslizarse en la casa al alba para evitar un enfrentamiento o, quizá más probablemente, para no herir los sentimientos de su padre.

Karl —«Karli», como siempre se le llamaba— era el hijo preferido de su padre. En esa época era el guía y protector, modelo y tutor de los dos pequeños, a los que quería con el raro amor verdadero del hermano mayor. Eran Michael (Misi) y Zsofka, que creció como una verdadera y dulce diosa personificada y que moriría la anónima muerte de los asesinados en las infernales llamas de los crematorios, y cuyas cenizas dispersaron vientos anónimos sobre tierras no consagradas.[17]

El padre creía en una Educación con E mayúscula y no ahorró en gastos para que sus hijos pudieran tenerla. La crianza de los niños fue

17. Zsofka Polanyi, su marido Egon Szécsi y dos de sus tres hijos fueron asesinados en un campo de concentración nazi.

espartana: cuerpos entrenados atléticamente; criterios educativos europeos; lectura matinal de los clásicos de la literatura mundial. Se levantaban a las siete, una ducha fría y una hora de gimnasia sueca hasta las ocho; un cacao caliente con un bollo. Después venían los profesores particulares de latín, inglés, francés, alemán y otras disciplinas que los niños recibían por turnos. Con el objetivo de educarse y robustecer la fuerza de voluntad, el esfuerzo era continuo. Cuando Laura, la mayor, se peinaba su precioso pelo largo, recitaba verbos irregulares franceses al ritmo del movimiento de su brazo. Los mismos ejercicios mentales se hacían en silencio al cepillarse los dientes. Cada uno de los niños tenía su propio caballo o su poni. Las lecciones de monta se tomaban muy en serio y eran impartidas por un sargento del Ejército de acuerdo con los reglamentos del Ejército «imperial y real» [K.u.K.].[18] *Conforme los niños alcanzaban la edad de trece años, eran entregados a la más relajada disciplina del instituto, el* gymnasium*, en el que destacaban los estudios clásicos*. Esta fue la educación de los hijos más mayores, Laura, la guapa hermana mayor, el brillante Adolf y Karli, el chico que era más que bueno, *zu brav*.[19] Creo que mucha de la enseñanza de los hijos más pequeños de la familia, esto es, su queridísimo hermano menor Misi y la dócil Zsofka, fue impartida por Karli.

La rutina aparentemente inmutable de la vida de los niños se rompía de vez en cuando por actos de distinción y aventura que no necesariamente se habían conseguido por buena conducta. Caían sobre alguno como por predestinación. Cuando el padre salía a inspeccionar un tramo de vía férrea en construcción o se iba a alguna capital europea*, el ambiente en el cuarto de estudio de los niños era presa de una excitación apenas contenida.* Justo antes de salir por la puerta*, esbozando una*

18. K.U.K es el acrónimo que hacía referencia a la expresión *kaiserlich und königlich*, «imperial y real» en alemán. Se utilizó entre 1867 y 1918 para referirse al Imperio austríaco y el Reino de Hungría tras la formación del Imperio austrohúngaro. Por su parte, K.K., por imperial (Austria) y real (Bohemia) se refiere tanto al Imperio austríaco anterior a 1867, como a lo que se denominó la Cisleitania tras dicha fecha. De manera similar, K.U., por real y húngaro, se utilizó para referirse a la Transleitania, es decir, la parte propiamente húngara del imperio y las zonas croatas y bosnias subordinadas a ella.
19. «Demasiado bueno».

desgarbada sonrisa en sus labios, como si estuviera tratando de recordar algo, señalaba a uno de sus hijos mayores y le decía: «¡Puedes venir!». Eso significaba cabalgar a lo largo de las vías en construcción junto al Danubio —¡una vez hicieron una cabalgada de cincuenta kilómetros hasta Esztergom!— o partir en un vagón litera a algún nuevo país extranjero, *un trayecto a Dinamarca, un viaje por los Cárpatos, exploraciones a caballo por las grandes llanuras. Los hijos lo adoraban. Era, y continuó siéndolo a lo largo de su vida, la bondad reinante.*

La transición a la pobreza fue instantánea y completa. A lo largo del año 1900 estuvo lloviendo todo el verano. Los trabajos de construcción estaban paralizados día tras día. Bajo los términos del contrato esto significaba la ruina de la empresa, y, de hecho, se hundió. Mihály Pollacsek se empeñó en pagar a los accionistas hasta el último centavo y acabó en la ruina. Los hijos más mayores, incluido Karl, que por entonces tenía catorce años, tuvieron que comenzar a impartir clases particulares para tratar de ayudar al presupuesto familiar. *El modo de vida apenas cambió. Su hipertrofiada fuerza de voluntad y su autodisciplina cumplieron ahora con su papel.*

En los más antiguos recuerdos de Karl, la imagen de su madre aparece empalidecida por la del padre, cuya poderosa y comprensiva personalidad dominaba todo y a todos. *En los años de formación, la madre parece haber estado allí solo indirectamente, como una relajación de las repetitivas fases de su existencia habitual, como una incursión caprichosa, un torbellino incalculable, una fuerza vital en acción, un resplandor intermitente, un temperamento.*

Cómo pudo el carácter bohemio de Cecile hacer frente a las complejidades de una familia numerosa de clase media resulta un misterio. *Era como un libro todavía por escribir. Intentó lidiar con las exigencias de una familia burguesa lo mejor que pudo, esto es, casi nada. Era una mezcla de desastre y milagro que funcionaba por casualidad, por su fuerte temperamento y su encanto personal. La mayoría de los documentos no era posible encontrarlos. Cuando nació el bebé Karl, se olvidaron de registrarlo.* Puede, incluso, que el cambio hacia la pobreza hiciera las cosas más fáciles. Ni bajo una condición ni bajo la otra hubiera podido mantenerse una gran cantidad de orden.

Cecile fue una madre que amó apasionadamente y que también así desaprobó. A menudo oí decir a Karl que lo que los niños nunca

perdonan en un padre es el deseo de este de ver desarrollarse en aquellos, no lo que es bueno en ellos, sino lo que no lo es. Cecile, personalmente, era una bohemia, una «barfüssler»;[20] *despreciaba los bienes mundanos, el estatus, la posición; pero, por todo eso, deseaba para sus hijos carreras brillantes y esposas adineradas. Sus hijos la querían cuando eran pequeños y también como hombres y mujeres maduros. Sus maridos y mujeres respectivos eran, para su forma de pensar, imposibles. Personalmente solo puedo recordar un encuentro con ella en el café Bauernfeld en Viena. Las relaciones entre nosotras estuvieron muy lejos de ser felices.*

Mientras tanto, el camino hacia la vida de los jóvenes de la familia, que había sido trazado para seguir a una sociedad burguesa emergente en el espíritu del liberalismo y el pensamiento occidental, empezó a torcerse como bajo la influencia activa de un campo magnético, los caminos del *zeitgeist*,[21] que no eran menos inescrutables que los caminos de la Providencia.

El espíritu de la Revolución rusa llegó a las vidas de la nueva generación durante esas vacaciones en Semmering y en ocasionales visitas a Viena, a través de la persona del marido de la tía Nyunia, Samuel Klatschko. En él, Ervin Szabó y Karl Polanyi encontraron a un auténtico amigo y a un mentor, su primer gran maestro. Fue por ahí por donde, a principios de siglo, entraron en Hungría los primeros indicios del movimiento revolucionario ruso. Los dos primos, Ervin Szabó y Karl Polanyi, siguiendo cada uno sus inclinaciones individuales, respondieron a una tendencia diferente en su inspiración revolucionaria. Ervin pronto aprendió el arte del trabajo clandestino y de las técnicas conspiratorias; Karl, fascinado por la elevada ética del movimiento estudiantil ruso, vivió con la imagen del autosacrificio, y en él fue conformándose una mente de persona totalmente entregada al movimiento muchos años antes de la constitución del Círculo Galileo.

Al inicio del siglo, Samuel Klatschko había estado viviendo en Viena alrededor de veinte años y se había convertido en el emisario,

20. Literalmente, una «pies descalzos» o, en términos más actuales, una *hippy*.
21. Literalmente, «espíritu del tiempo», con el sentido del espíritu de la época, del momento histórico concreto.

no perteneciente a ningún partido, de todos los partidos y movimientos ilegales de Rusia, su Cruz Roja personificada. A lo largo de su tormentosa vida había aprendido muchos oficios. En 1865, cuando era un estudiante de catorce años y un *narodník*,[22] se escapó por las buenas de su rabínica casa paterna y de alguna manera consiguió llegar a Estados Unidos. Allí se unió a un grupo de emigrados rusos a los que se conocía como *tchaikovtzes* como consecuencia del nombre de su líder, que se llamaba N. V. Tchaikovski.[23] Fundaron una utópica comunidad comunista que, como otros muchos intentos similares, fracasó al poco tiempo. Klatschko se empleó como vaquero conductor de ganado y, supuestamente, condujo un rebaño de algunos centenares de cabezas hasta Chicago. Con el dinero que obtuvo de esta manera, volvió a Europa. En París, donde trabajó de fotógrafo, conoció a su futura mujer y acabaron asentándose en Viena. En su deambular no solo llegó a conocer la literatura marxista y la del populismo ruso —Народнитечество—, sino

22. Los *narodniki* (народники) fueron un movimiento que adquirió cierta fuerza en los últimos años del siglo XIX y sobre todo en las décadas de los sesenta y setenta. Su componente de clase era fundamentalmente de clase media urbana, pero sus pretensiones se dirigían a lograr una movilización general del pueblo ruso, lo que implicaba incluir a la numerosa clase campesina. En este sentido, su incidencia fue relativamente escasa. Las diferentes mentalidades de ambos grupos y la brutal represión a la que sometió al movimiento la Ojranka, la policía secreta zarista, limitaron su incidencia real, aunque sirvieron, en última instancia, como fermento de numerosas organizaciones y movimientos de carácter socialista. En la medida en que su lema era Хождение в народ (*Jojdénie v narod*, Caminando con el pueblo), de ahí derivó la denominación con la que fueron conocidos, *narodniki* o «populistas».
23. Podemos encontrar una amplia referencia a N. V. Tchaikovski y su grupo en la autobiografía de P. A. Kropotkin. *(N. de I. D.)* [En concreto, podemos encontrar referencias a Nicolai Vasilievich Tchaikovski y el denominado Círculo de Tchaikovski sobre todo en los últimos apartados, del XII al XVI, del capítulo IV del texto de Piotr Kropotkin, *Memorias de un revolucionario*, Zero, Barcelona, 1973, pp. 228-264. En todo caso, parece haber un desajuste cronológico en el texto de Ilona Duczyńska porque todo indica que la presencia de Tchaikovski en Estados Unidos se produjo entre 1874 y 1879, año en el que, tras el fracaso de la comunidad teológica comunista que se pretendió establecer cerca de Wichita (Kansas), Tchaikovski volvió a Europa.]

que también llegó a conocer a muchos de los grandes de los primeros movimientos revolucionarios rusos como Plejánov, Axelrod y Leo Deutsch. En Viena trabajó como traductor en una oficina de patentes, de la que acabó siendo, con el paso de los años, jefe administrador y más tarde socio. En buena medida, dedicó sus crecientes ingresos al movimiento de apoyo a los revolucionarios y activistas clandestinos de Rusia, con independencia de su lealtad partidista. Karl Polanyi, poco antes de su muerte, anotó una noche algunos datos de la vida de Samuel Klatschko para preservarlos del olvido. En la parte baja del papel escribió: «Fue el hombre más bondadoso que jamás he conocido».[24] *Mientras fue creciendo, los Klatschko fueron como una segunda familia para él. Con ellos pasaba Karli las vacaciones, supo del amor adolescente y, en un silencio maravillado y una adulación secreta, se enfrentó a un mundo de seres humanos e ideas muy distinto del que había conocido previamente*.

Los rusos que clandestinamente llegaban a Viena eran remitidos al apartamento de tres habitaciones de la familia Klatschko en la Belvederegasse. *Allí, los revolucionarios en tránsito —fueran socialistas revolucionarios, bundistas,*[25] *anarquistas, trudovikí,*[26] *bolcheviques o mencheviques*— recibían ayuda financiera, documentos con sus nuevas identidades y billetes de viaje para probar sus recién asumidas filiaciones. Los jóvenes Polanyi pronto asumieron que los visitantes que llegaba a la Belvederegasse no tenían nombre. *No se les hacían preguntas. Alguno pudo haber lanzado bombas en el pasado, otros podrían hacerlo en el futuro*. Y, así, la casa de los Polanyi en la calle Andrássy se

24. En una carta del nieto de Klatschko, L. Furthmüller, leemos: «Trotski, en su autobiografía, habla de él con la mayor admiración. "Para llegar a ser un político eminente —escribe—, las únicas cualidades que le faltaban eran las malas"». *(N. de I. D.)*
25. El bundismo fue un movimiento socialista y secular judío que se desarrolló en Polonia, Lituania y Rusia a finales del siglo XIX. Su organización se denominó la Unión General de Trabajadores Judíos de Lituania, Polonia y Rusia (en yidis, Algemeyner Yidisher Arbeter Bund in Lite, Poyln un Rusland). Eran de tendencia socialdemócrata y se oponían al sionismo.
26. Los *trudovikí* eran los miembros del Partido Laborista de Rusia, surgido a principios del siglo XX como una escisión del Partido Socialista Revolucionario. Su miembro más conocido fue Aleksandr Kérenski, primer ministro de Rusia tras la Revolución de Febrero de 1917.

convirtió en un refugio de paso para los revolucionarios huidos, y la lavandería a vapor de la familia Szécsi, en un punto de control en el que Frida Szécsi, la novia de Adolf Polanyi, examinaba los documentos que les habían dado a los revolucionarios en Viena: el punto de la trama en el que el sello de caucho había sido aplicado más vigorosamente era un indicador de su fiabilidad.

La muerte del padre a principios de 1906 destrozó a la familia. Karl tenía entonces diecinueve años y estudiaba primero de Derecho. La pérdida personal fue tan intensa que incluso en su vejez intercambiaba cartas con sus hermanos y su hermana en el aniversario del fallecimiento de su padre como recordatorio permanente. *Eran cartas de afecto filial tan límpidas como la mañana de un día de verano*.

El peso de la familia recaía ahora todavía más claramente sobre los hermanos que estaban estudiando, y en los ingresos que obtenían mediante las clases particulares. Las futuras carreras de los tres hermanos habían sido diseñadas de acuerdo con los cánones de la clase media urbana: comerciante, abogado, médico. Todos ellos se graduaron como se requería para después ir por su propio camino. Adolf, el comerciante, terminó como ingeniero; Karl, el abogado, que era incapaz de decir siquiera una mentirijilla en defensa de su cliente, como historiador de la economía; Michael, el médico, como científico, economista, filósofo, pensador religioso —poco parece faltar aquí de la imagen fáustica...—.

Cuando todavía estaba en el instituto, Karl había formado parte del movimiento Estudiantes Socialistas, fundado en 1902 por su hermano Adolf y su primo Ödön Pór. Muchas de sus lecturas marxistas pueden rastrearse hasta esta época; y también su desilusión ante los partidos políticos y más concretamente con el Partido Socialdemócrata. Los Estudiantes Socialistas, que actuaban dentro del Partido, eran apenas tolerados. Todo su entusiasmo y los enérgicos líderes del grupo —Jenö László,[27] Gyula Mérö, Béla

27. Jenö László (1878-1919). Abogado, político y revolucionario. Fue comisario político del Tribunal Revolucionario de la República Soviética Húngara (21 de marzo-1 de agosto de 1919). Tras la derrota del movimiento, fue detenido, torturado y ejecutado por el régimen protofascista de Horthy.

Vágó,[28] Egon Szécsi,[29] József Migray[30] y algunos otros— no impidieron su frustración final. El grupo permaneció aislado e, incapaz de enraizarse en el movimiento obrero, se marchitó a los pocos años. Karl Polanyi tenía sobre veintidós años cuando renunció a los puntos de vista marxistas que había mantenido previamente.

Cuando las clases de un eminente filósofo del derecho, el profesor Gyula Pikler, abrieron nuevas sendas al pensamiento progresista, Polanyi, tanto como discípulo de Pikler como en cuanto joven atlético repleto de ansias de lucha, tomó parte en los actos de autodefensa frente a los ataques de los estudiantes reaccionarios contra las clases de Pikler. Fuerzas de apoyo de otros departamentos —estudiantes de medicina e ingeniería— se unieron a las luchas a puñetazos contra los reaccionarios. Las manifestaciones estudiantiles a favor de las ideas progresistas del profesor Pikler triunfaron el 7 de octubre de 1907. Las fuerzas progresistas estudiantiles no querían disolverse tras su victoria. Querían permanecer unidas, como un movimiento estudiantil organizado.

De esta forma, «dos estudiantes de medicina, Rohonyi y Kende», acudieron a Polanyi para pedirle consejo. Estos hechos pueden haber sido perfectamente el momento en el que ese movimiento, soñado desde hacía tiempo, el movimiento «ruso», empezó a tomar forma práctica en su mente. Que sea de espíritu libre, que se mantenga lejos de los partidos políticos, que sea dedicado, decente, apelemos a los estudiantes que por miles viven en la pobreza. Seamos un movimiento deseoso de aprender y de enseñar.

Al cabo de un año se había constituido el Círculo Galileo, con Karl Polanyi como su primer presidente. Su visión por fin se había

28. Béla Vágó (1881-1939). Político comunista que ocupó un cargo equivalente al de ministro del Interior durante la República Soviética Húngara. Huyó a la Unión Soviética tras la entrada en Budapest de las tropas húngaras y rumanas.
29. Egon Szécsi (1882-1941). Marido de la hermana pequeña de Polanyi, Zsofka.
30. József Migray (1882-1938). Poeta y periodista. Fue comisario del Gobierno tras la Revolución de los Crisantemos de 1918 y jefe del Comisariado del Pueblo para la Agricultura durante la República Soviética Húngara. Fue encarcelado tras la caída de esta.

hecho realidad. ¡Movilicémonos contra el clericalismo, la corrupción, contra los privilegiados, contra la burocracia, contra esa ciénaga omnipresente en este país semifeudal! Junto con dedicación individual y compromiso ético, también se necesitaban salvaguardas en la estructura institucional del movimiento. El liderazgo debía ser renovado cada año: los funcionarios del año anterior debían renunciar y los estudiantes elegirían otros nuevos anualmente entre los propios estudiantes.

Si tuviera que evocar la imagen de Karl Polanyi con una sola palabra, sería una que no era infrecuente en su pensamiento: el escándalo, la infracción, la manzana de la discordia.[31] *A lo largo de su vida fue contrario a las nociones petrificadas, sacudiendo implacablemente a la gente hacia una nueva conciencia, como el ardiente joven orador en sus días del Círculo Galileo, pero también en su aparente retirada en la madurez o en sus novedosos enfoques sobre las ciencias sociales en las últimas décadas de su vida.*

A principios del siglo XX, la universidad en Hungría era reaccionaria y atrasada, impidiendo así que los estudiantes formaran parte del renacimiento científico y filosófico de la época. El grupo progresista de los estudiantes estaba ávido de nuevas doctrinas. Habían superado el materialismo ingenuo y el monismo del siglo XIX; en su sed de conocimiento, se volvieron hacia la filosofía natural de un Mach, un Avenarius[32] y pronto hacia Einstein y Freud. Y también hacia la enseñanza: junto con los sindicatos, estaban enseñando a diez mil trabajadores analfabetos a leer y escribir. Con este movimiento cultural surgió un nuevo tipo de jóvenes intelectuales, dedicados, cultos, pobres. Para el poeta Ady eran «los jóvenes hermanos de mi corazón».[33]

Karl Polanyi fue el primero en convertirse en un «antiguo galileista», como se llamó a los líderes retirados del Círculo. El

31. La autora utiliza la expresión alemana *der stein des anstosses*, literalmente, «la piedra del escándalo, la piedra de tropiezo» (Isaías 8:14). Esta expresión se popularizó a partir de su utilización por parte de Lutero.
32. Ernst Mach (1838-1916) y Richard Avenarius (1843-1896) fueron filósofos positivistas que desarrollaron el denominado «empiriocriticismo».
33. Endre Ady (1877-1919). Poeta simbolista húngaro considerado el impulsor de la moderna literatura húngara.

cuidado de la familia se le estaba haciendo todavía más duro. Llevó su capacidad de trabajo más allá de lo normalmente soportable. Estos fueron también los años en los que la élite intelectual de Budapest comenzó a congregarse alrededor de la extraordinaria personalidad de la madre de Karl, Cecile. Karl se mantuvo más bien distante. En general, estableció pocas relaciones personales. Sus dos amigos más íntimos fueron Leo Popper, que murió joven, y György Lukács.

Polanyi entró en el Colegio de Abogados y trabajó un tiempo en el despacho de su tío. Era un abogado de lo más insólito. Una persona tan sensible en el cumplimiento del deber, empezó a llegar tarde a los juicios... Detestaba la profesión de manera ilimitada. No era solo la persona que no podía decir una mentira, sino también la que encontró su verdadera vocación en decir verdades desagradables *en cualquier momento y en cualquier circunstancia*.

El servicio militar como oficial en entrenamiento casi supuso para él un descanso. Fue movilizado a principios de 1915 y sirvió en el frente de Galitzia como teniente. Dos libros lo acompañaron todo ese tiempo, uno era la Biblia y el otro una recopilación de Shakespeare. Su estudio sobre Hamlet,[34] que publicó hacia el final de su vida, nos ofrece la única muestra de la melancolía que le asaltó al iniciar su servicio en el frente. «Hace casi cuarenta años serví como oficial del antiguo Ejército austrohúngaro. El invierno ruso y la negruzca estepa hicieron que me sintiera enfermo del corazón. En aquella época mi vida personal se había movido hacia la oscuridad; la claridad del día parecía limitada a una estrecha franja cada vez más tenue.»

Como inválido de guerra, Polanyi fue enviado a Budapest en algún momento hacia finales de 1917. Solo desde la cama del hospital fue testigo de los acontecimientos derivados del movimiento que se produjo hacia el final de la guerra. Su joven amigo, el miembro del Círculo Galileo Péter István Tölgy, que había conseguido

34. Karl Polanyi, «Hamlet», *The Yale Review*, primavera de 1954, pp. 336-350. En mayo de 1968, fallecido ya Polanyi, se publicó una traducción al húngaro, precedida de una introducción, en la revista *Kortárs* (Contemporáneos), pp. 809-820. La cita que trascribe Ilona Duczyńska se encuentra al inicio del segundo párrafo, en la página 338.

permanecer en libertad tras la ola de arrestos de principios de 1918, le contó el nuevo curso de las cosas en el Círculo (en ese momento, desmantelado y declarado ilegal), los lazos establecidos entre estudiantes y los comercios proveedores de las fábricas de munición; le contó las acciones que habían llevado a cabo contra la guerra; le informó de los primeros brotes de los Consejos de Trabajadores en Budapest.

Debe de haber sido en este período cuando surgió por primera vez en Polanyi el sentimiento de autoacusación, como iba a ocurrir muchas veces en los siguientes cincuenta años: ¿por qué tuvo que colocar los fundamentos del Círculo Galileo tan firmemente sobre la base cultural?, ¿por qué permitió que viviera en la enrarecida atmósfera de las teorías filosóficas, cuando para toda una joven generación de intelectuales la necesidad real era tanto práctica como teórica, una generación que tendría que ser capaz de hacer frente a esos problemas que eran problemas de vida o muerte para el país: la reforma agraria, la cuestión de las nacionalidades...? *No surgió, no podía surgir un liderazgo político continuado. Cuatro décadas más tarde, Polanyi escribió una carta a su íntimo amigo de toda la vida, Oszkár Jászi, que quizá sea el documento más revelador y auténtico sobre el devenir de su vida. La carta se escribió el 27 de octubre de 1950, en el momento álgido de su docencia y de su investigación en ciencias sociales y en historia económica. Realiza un duro juicio retrospectivo sobre la falta de realismo que mantuvo en las décadas precedentes de su vida: «Lo que me condenaba, tanto en la teoría como en la práctica, a la futilidad. De 1909 a 1935 no logré nada. Dirigí mis fuerzas hacia la inútil dirección de un descarnado idealismo cuyas pretensiones se perdían en el vacío».*[35] *En esta autoacusación general claramente no se contemplan los primeros indicios del trabajo final de su vida, disperso pero seminal.*

35. La interesante carta mencionada puede encontrarse en KPA: Con_48_Fol_05. A partir de la página 5 encontramos dos versiones mecanografiadas en húngaro de las que solo la primera estaría completa. Una versión en inglés puede encontrarse en György Litvan: «Democratic and Socialist Values in Karl Polanyi's Thought», en Marguerite Mendell y Daniel Salée (eds.), *The Legacy of Karl Polanyi. Market, State and Society at the End of the Twentieth Century*, MacMillan, Londres, 1991, pp. 251-271, concretamente en las páginas 264-267.

Tras la Revolución de los Crisantemos,[36] y todavía en la cama del hospital, Polanyi intentó ponerse en contacto con los «nuevos galileistas» a través de su amigo Tölgy. Quería reunirse con ellos. La repuesta fue una negativa.

Durante los meses de la República de Károlyi, la franqueza de Polanyi sobre todos los temas se convirtió en más radical todavía. Atacó con vehemencia la idea de una dictadura del proletariado, se volvió apasionadamente contra los comunistas. Pero cuando los comunistas fueron arrestados masivamente y maltratados con el consentimiento de los socialdemócratas, se volvió de manera todavía más vehemente contra el Gobierno socialdemócrata en un artículo publicado en *Szabadgondolat* (Pensamiento libre).[37]

A raíz de ello, y por un solo día, fue comunista. Ese fatídico día fue el 2 de mayo de 1919, una jornada de gran peligro para los Consejos Obreros. Desde el hospital mandó un mensaje a György Lukács, su amigo de juventud, una vez más a través de Tölgy, en el que decía: «Me he unido al Partido». Si el mensaje llegó a su destino en medio de la enorme confusión del día, nunca lo supo. En los últimos años de su vida reflexionó sobre ello más de una vez. En junio de 1919 fue trasladado a Viena para ser sometido a una grave operación de la que, en buena medida, no se recuperó hasta meses después.

36. El 31 de octubre de 1918 los soldados se rebelaron y, negándose a ser enviados al frente, arrancaron la insignia imperial de sus cascos y la sustituyeron por crisantemos, los cuales son tradicionalmente enviados ese día masivamente a las ciudades para ser colocados en las tumbas en la víspera de Todos los Santos. *(N. de I. D.)* [La Revolución de los Crisantemos, *Őszirózsás forradalom* en húngaro, tuvo lugar, en efecto, en la noche del 30 al 31 de octubre de 1918. La rebelión de los soldados contó de inmediato con un importante apoyo popular que, en última instancia, acabó con la monarquía húngara. En primer lugar, Mihály Károlyi fue nombrado primer ministro el 1 de noviembre. El final de la guerra dos semanas después dio paso a la independencia húngara, y el 16 de noviembre de 1918 el propio Károlyi fue nombrado presidente de la nueva República Popular de Hungría. El fracaso de su gestión ante la gravedad de los problemas del país condujo a la proclamación, el día 21 de marzo de 1919, de la República Soviética Húngara.]
37. Se refiere la autora al artículo «Polgárháboru», *Szabadgondolat*, vol. 9, n.º 6, 1919, pp. 121-126. Este artículo figura entre los que hemos recogido a continuación, concretamente en las páginas 57-63.

La primera vez que me encontré con Karl Polanyi fue a finales del otoño de 1920, cuando llegué a Viena procedente de la Unión Soviética como correo del Partido Comunista Húngaro. Un puñado de intelectuales húngaros, que se habían convertido en perseguidos, encontraron un refugio, un primer lugar de descanso en un centro de vacaciones llamado Helmstreitmühle y situado en Hinterbrühl, cerca de Viena.[38] Béla Balázs[39] estaba allí con su mujer, y también Karl Polanyi y un joven comunista al que le había cogido afecto, y al que en el Helmstreitmühle se le conocía como Netter, pero que en realidad se llamaba János Lékai.[40] Allí fue donde aterricé yo también.

38. En este lugar, al que se trasladó el 8 de octubre de 1920, conoció Karl Polanyi a Ilona Duczyńska. El centro de vacaciones estaba dirigido por Eugenie Schwarzwald. Se trata de otra de las grandes figuras de la época. Nacida en una aldea de la actual Ucrania, fue filósofa —se doctoró en Filosofía por la Universidad de Zúrich cuando en Austria-Hungría todavía estaba prohibida la educación superior para las mujeres— y pedagoga, desarrollando una importantísima función pedagógica orientada a las niñas. Fundó las llamadas Escuelas Schwarzwald, en las que se trataba de educar a niñas y jóvenes, y en las que contó con la ayuda de buena parte de los artistas e intelectuales de la Viena de la época, como Oskar Kokoschka, Arnold Schönberg y Adolf Loos, que impartieron clases en ellas, o Elias Canetti y Robert Musil, que participaban en sus actividades culturales. Se suele sostener que el personaje Diotima de *El hombre sin atributos* de Musil está basado en ella. Durante la Primera Guerra Mundial organizó actividades y lugares de descanso para enfermos y ancianos, como el Helmstreitmühle aquí mencionado. En 1938, la llegada de los nazis la obligó a huir a Zúrich. Sus escuelas fueron cerradas y ella murió poco después, en 1940. Hoy Hinterbrühl es un barrio situado al sudoeste de Viena.
39. Famoso poeta húngaro (1884-1949).
40. Lékai era un joven estudiante, enfermo incurable de tuberculosis. Había estado en el «segundo grupo» de jóvenes revolucionarios que se formó cuando el «primer grupo» fue arrestado en enero de 1918. Hacia el final de la guerra realizó un atentado fallido contra el conde István Tisza. *(N. de I. D.)* [El atentado fallido que aquí se menciona ocurrió el 16 de octubre de 1918. Escasamente quince días después, el 31 de octubre, y en el marco de la Revolución de los Crisantemos, Tisza fue ejecutado por un grupo de soldados.]

Polanyi tenía treinta y tres años, estaba demacrado por su enfermedad y muy solo. Su perspectiva vital estaba profundamente influenciada por Tolstoi. Era como alguien que mira su vida hacia atrás, no hacia delante. El decaimiento de su alma se había mitigado dando paso a una profunda y amable comprensión de las vidas de las personas, aunque parecía como si él difícilmente formara parte de ellas.

No conocí al Karl Polanyi del Círculo Galileo. No solo por los diez años de diferencia de edad entre nosotros, sino más bien por la diferencia de época. La nueva época, la mía, no permitía otro argumento más que el de la acción revolucionaria. Entre el pequeño grupo de activistas al que pertenecí en 1917-1918 y el grupo de los «antiguos galileistas» no había ningún elemento en común. De hecho, solo en nuestros últimos años, en 1963 en Budapest, entre los contemporáneos de Polanyi, fui consciente yo también del brillo del Círculo Galileo, reflejado durante medio siglo. Más incisiva aún, por ser más elocuente, fue la imagen del joven Polanyi tal y como quedó impresa en mi mente a través de las palabras de dos de sus amigos cercanos, y antiguos galileistas, Zsigmond Kende y Maurice (Mór) Korach. Decía Kende: «Tenía las hechuras de un profeta, y se sentía a sí mismo como un anacronismo. Así era en 1911. Pero no en los años siguientes». Korach enfatizaba también esa cualidad: «Era un genio rapsódico en su mundo intelectual. Vio mucho del futuro. Previó problemas que surgirían posteriormente en el campo de la sociología, de la teoría del conocimiento. No estaba hecho para ofrecer un liderazgo político continuado. El impacto oral que tuvo sobre la gente joven fue la cuestión esencial, la honestidad, la veracidad y el candor. Los jóvenes lo sentían. Fue el manantial del clima moral del Círculo Galileo. Nunca frío o superior, aunque sus argumentos fueran afilados. Era nuestro hombre, nuestros corazones estaban con él».

Lo que puedo haber comentado sobre la historia de la familia, su juventud y las principales influencias intelectuales en los años de su juventud, de su camino hacia la madurez, no es sino un recuerdo de sus recuerdos que, necesariamente, ha de estar doblemente incompleto. No obstante, estos fragmentos de memorias que fueron aflorando, recorriendo las más de cuatro décadas de nuestra vida en común, todavía se mantienen como el resumen de una vida porque en ellos hay una gran autenticidad.

Alrededor de 1921 Karl Polanyi comenzó a alejarse de la filosofía vital de Tolstoi. La realidad de la sociedad humana, la inalienable interrelación del ser humano con la sociedad y la posterior acción de la sociedad sobre todo su quehacer aparecen como la esencia de su pensamiento. El primer fruto de este nuevo rumbo que había tomado su vida fue el estudio «Sozialistische rechnungslegung»,[41] el cual analiza los problemas de la construcción de una sociedad socialista; el texto provocó una encendida discusión teórica. *Se publicó en un momento en que los economistas burgueses estaban constantemente probando la imposibilidad de una organización socialista de la economía y de la contabilidad socialista y los contrargumentos no encontraban nada mejor que señalar las experiencias del comunismo de guerra de la Unión Soviética. No es necesario decir que recibió andanadas desde todos los lados; sus consideraciones subyacentes son pertinentes incluso hoy, o quizá hoy más que entonces.*

A partir de 1921 trabajó en las oficinas del periódico de los emigrados húngaros *Bécsi Magyar Ujság*,[42] que tenía una capacidad muy modesta, hasta que el periódico cerró. Con posterioridad se convirtió en uno de los editores del *Der Österreichische Volkswirt*,[43] en el que trabajó casi diez años como experto en política internacional y cuestiones internacionales. La reconocida independencia del semanario y el interés que puso en los temas le

41. *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Separat-Abdruck, vol. 49, nº 2, 1922, pp. 377-420. *(N. de I.D.)* [Se trata del texto titulado «La contabilidad socialista» que presentamos más adelante, en concreto en las páginas 235-280.]
42. *Periódico húngaro de Viena*. La colaboración de Polanyi se extendió durante los años 1921 y 1923. En el KPA encontramos recogidas dichas aportaciones en los apartados Con_01_Fol_50, Con_01_Fol_51 y Con_01_Fol_52, con un total de 157 artículos de Polanyi. En el Con_04_Fol_05 encontramos otro artículo con el título «Kossuth Lajos emigrációja és az októberi emigráció» (La emigración de Lajos Kossuth y la emigración de octubre) publicado en el número 243 del periódico.
43. El nombre del semanario se traduciría como *El economista austríaco*. Pasó a ser en poco tiempo una de las publicaciones más reconocidas en Europa central. En él, Polanyi escribió numerosos artículos. Parte de ellos los podemos encontrar en el archivo, en los contenedores segundo, cuarto y, sobre todo, el tercero, principalmente en las carpetas 11 a 15.

supusieron una tarea muy agradable. En esa época empezó a sentir una curiosidad muy viva por las discusiones que se estaban produciendo en la Unión Soviética en su búsqueda a tientas de un camino hacia el Primer Plan Quinquenal. *Tenía simpatía por los experimentos económicos soviéticos respecto de la planificación económica.*

Polanyi (con la excepción de un intervalo en el que se unió al Partido Radical Ciudadano de Oszkár Jászi, más o menos a causa de su amistad con Jászi) no militó en ningún partido, según entiendo por razones profundamente imbuidas en su personalidad. Cualquier práctica de poder, inevitable en la vida de un partido político, le resultaba ajena. En su trabajo como periodista del *Volkswirt*, para los editores era «el rojo». En su vida personal era un admirador entusiasta de la Viena Roja. En nuestra casa, en uno de los distritos proletarios de Viena, nuestros hijos crecieron en un mundo de organizaciones proletarias, entre la Arbeiterturner, la Kinderfreunde, la Naturfreunde.[44]

Sin embargo, Polanyi no acabó de echar raíces en Viena. Los seminarios que realizó sobre problemas de teoría económica para los Estudiantes Socialistas y sus lecciones en la Volkshochachule[45] sobre historia económica, fueron los inicios de su posterior trabajo como enseñante. Pero en el campo del trabajo teórico creativo, esos años resultaron frustrantes.

En la misma época de finales de los años veinte, Polanyi formuló por primera vez sus críticas filosóficas sobre las religiones contemporáneas, así como sobre el socialismo contemporáneo, en un manuscrito titulado «Sobre la libertad»[46] *que cayó en el olvido. En él, la trascendencia de la ética individual cristiana, la realidad de la sociedad, la naturaleza final e ineludible de la sociedad, la irrevocabilidad de la sociedad*[47] *y la*

44. Se trata de distintas organizaciones de actividades deportivas y gimnásticas, de amigos de los niños y de amigos de la naturaleza, que formaban parte del entramado establecido por las organizaciones obreras y populares en esta época de entreguerras que fue conocida como la Viena Roja.
45. Escuela popular para adultos.
46. «Über die freiheit». Este texto aparece recogido en la selección posterior, concretamente en las páginas 319-354.
47. La autora utiliza la expresión alemana *die unaufhebbarkeit der gesellschaft*.

conciencia de ese carácter inevitable son ideas que acabarían siendo las piedras angulares de su futuro trabajo.

Cuando en 1933, poco después de la suspensión del Parlamento y de la Constitución, el *Volkswirt* le insinuó que la tendencia socialista de sus escritos podía suponer un problema para su posterior participación, se fue a Gran Bretaña. Allí, su línea de trabajo tomó un nuevo y productivo rumbo entre amigos que, aunque generalmente se situaban a su izquierda, eran de mentalidades parecidas. Había cristianos de izquierda y convencidos y partidarios entusiastas de la Unión Soviética. Provocaron un gran impacto en el mundo intelectual de Polanyi. Fue coeditor de un simposio, publicado en 1935 bajo el título *El cristianismo y la revolución social*, el cual contenía su estudio «La esencia del fascismo».[48] Un grupo de jóvenes marxistas colaboraron en el volumen: Roy Pascal; John Cornford, que murió en acción en la Guerra Civil española; sacerdotes comunistas como el padre John Ireland, el padre Noel y el padre Grosser del East End de Londres; y Joseph Needham, el gran historiador de la cultura china. *Tengo frente a mí unas pocas hojas de papel, amarillentas y desgastadas, escritas a mano por Polanyi y conservadas por los caprichos del destino. En una de ellas se lee: «Hubo un tiempo en el que a los sin dios, a los ateos, se les llamaba librepensadores. Hace mucho que superamos ese momento».*

Los acontecimientos de Viena de 1934 y la represión subsiguiente convirtieron al emigrante en exiliado.[49] *Bajo duras condiciones de vida*

48. *Christianity and the Social Revolution*, V. Gollance, Londres, 1935. Las notas de Polanyi para la conferencia «The Essence of Fascism» lo encontramos en las páginas 403-406. Existen varias versiones en castellano del texto completo. La más reciente es la recogida en Karl Polanyi: *La naturaleza del fascismo*, trad. Fernando Soler, Virus, Barcelona, 2020, pp. 99-138.
49. Ilona Duczyńska hace referencia a los enfrentamientos que tuvieron lugar a principios de 1934 entre las fuerzas de derechas y los socialistas y comunistas, ante la deriva cada vez más próxima a posiciones fascistas del Gobierno austríaco liderado por Engelbert Dollfuss. Este, pretextando poner freno a la creciente influencia de los nazis, había disuelto el Parlamento en 1933 y comenzó a gobernar por decreto. Tras los acontecimientos de febrero de 1934, se prohibieron las organizaciones y partidos de izquierda y se promulgó, en el mes de mayo, una nueva Constitución para Austria que supondría el inicio de lo que se llamó el «austrofascismo».

fue construyendo su camino, pero un camino en el que pudiera seguir su querida vocación. Comenzó a dar clases bajo los auspicios de la Asociación Educativa de los Trabajadores[50] *y las delegaciones externas de las universidades de Oxford y Londres. Esto puso a Polanyi en contacto con la vida y las experiencias de la clase obrera británica. Enseñaba y aprendía. Las clases semanales las impartía en pequeñas ciudades y pueblos de Sussex y Kent, tales como Bexhill y Heathfield, y en el distrito minero de East Kent, al que viajaba en autobús. Había muchas oportunidades para conocerse mutuamente, sobre todo cuando se hacía demasiado tarde por la noche para volver a la ciudad y el profesor tenía que recurrir a la hospitalidad de la casa de alguno de sus estudiantes. Mientras que llegó a sentir un caluroso afecto por sus estudiantes, Polanyi desarrolló un intenso odio por los clásicos especímenes de la sociedad de clases en su entorno clásico. Estaba enseñando historia económica, la historia del inicio del capitalismo en Reino Unido. Y recogía los recuerdos de los que sus estudiantes, mediante la tradición oral en sus familias, estaban ricamente surtidos. Las «oscuras, satánicas fábricas» de Blake*[51] *pervivieron durante generaciones, y la clase obrera británica, incluso después de la crisis económica y a pesar de todo, todavía portaba el estigma de los terribles acontecimientos de su comienzo.*

En algunos lugares, hasta los mejores de entre los seres humanos pueden desarrollar las raíces de un odio sagrado. Esto le ocurrió a Polanyi en Reino Unido. Posteriormente, en Estados Unidos, simplemente creció en intensidad. Su odio se dirigía directamente contra la sociedad de mercado y sus efectos, que despojan a las personas de su forma humana.

Paradójicamente, Dollfuss fue asesinado en julio de 1934 en el transcurso de un golpe de Estado fallido realizado por los nazis.

50. WEA, por sus siglas en inglés.
51. Esta expresión «fábricas del diablo», *satanic mills*, que Polanyi utiliza en diversas ocasiones, remite al famoso poema de William Blake de título *Jerusalem* en el que, en los dos últimos versos de la segunda estrofa, se lee: «And was Jerusalem builded here, / Among these dark Satanic Mills?» (¿Y fue Jerusalén construida aquí, / entre estas oscuras fábricas satánicas?). *Cf.* William Blake: «And did those feet in ancient time», en *Milton*, 1804. En 1906, Hubert Parry compuso una música para el poema, y esta composición se convirtió en una de las melodías más famosas del país, hasta el punto de que ha sido propuesta varias veces como himno de Inglaterra.

«Tenía cincuenta años —escribió a Jászi— cuando las circunstancias en Reino Unido me llevaron a los estudios de historia económica, me ganaba la vida como profesor. Porque había nacido para serlo. Poco podía pensar entonces en que tenía también otra vocación almacenada y que me estaba preparando para ella. Sobre tres años después, todo indica que de nuevo bajo la presión de las circunstancias, escribí un libro intentando ofrecer una interpretación de la historia reciente..., pero esta vez apuntalé mi línea de pensamiento con una perspectiva en historia económica».[52]

El estudio de la historia social y económica de Reino Unido y sus enseñanzas en las clases que fue impartiendo formaron en su mente las ideas básicas que más tarde llegó a plasmar en *La gran transformación.*[53] *La perspectiva del libro, su esquema y, sobre todo, las experiencias de las que se nutrió se habían ido formando sobre 1940. El libro se publicó en Nueva York en 1944 y en Londres en 1945.*

En un congreso de sociología celebrado en Londres en 1946, Polanyi formuló su tesis en tres puntos:

> *1.- que el determinismo económico fue predominantemente un fenómeno del siglo XIX, el cual había dejado de operar en la mayor parte del mundo; solo era efectivo bajo un sistema de mercado que estaba desapareciendo rápidamente en Europa;*
> *2.- que el sistema de mercado distorsiona violentamente nuestra visión del ser humano y de la sociedad.*
> *3.- que estas perspectivas distorsionadas se están mostrando como una de las principales dificultades para la solución de los problemas de nuestra civilización.*[54]

52. Véase la carta de Polany a Jászi citada más arriba.
53. Se trata, como es sabido, de la obra más conocida de nuestro autor. Karl Polanyi: *The Great Transformation. The Political and Economic Origins of Our Time*, Beacon Press, Londres, 1944. La ultima edición en castellano es *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, trad. Julia Varela y Fernando Álvarez-Uría, Virus, Barcelona, 2016.
54. La autora resume aquí las tesis con las que Polanyi encabeza su intervención en dicho congreso, intervención que fue recogida posteriormente en el artículo Karl Polanyi: «On Belief in Economic Determinism», *The Sociological Review*, vol. XXXIX, n.º 1, 1947, pp. 96-112. Una traducción en castellano puede encontrarse en Karl Polanyi: *Textos escogidos*, CLACSO/ Universidad Nacional General Sarmiento, Buenos Aires, 2012, pp. 309-316.

En el verano de 1943, habiendo completado una serie de conferencias por universidades de Estados Unidos y terminado la redacción de su libro, volvió al Reino Unido y retomó su trabajo docente en la WEA y en los servicios de extensión universitaria mencionados.

En el otoño de 1943 tuvo lugar nuestro encuentro en Londres con Mihály Károlyi y su mujer, que vivían allí como exiliados, y se inició nuestra amistad. Es a los Károlyi a quien les debemos nuestra repatriación interna a Hungría, a ellos y a nuestro joven común amigo Endre Havas, un comunista de corazón puro que perecería posteriormente víctima del terror bajo Rákosi.[55]

A principios de 1947, la Universidad de Columbia le ofreció a Polanyi un contrato de profesor visitante *en economía para desarrollar un curso de Historia Económica General*, sobre la base de su libro *La gran transformación*, el cual había sido publicado en Estados Unidos en 1944. Su gran regalo, la enseñanza, se encontraba ahora con un ámbito nuevo y todavía no experimentado, la exposición de sus propios planteamientos teóricos ante una audiencia adulta de jóvenes universitarios formada, principalmente, por veteranos de la Segunda Guerra Mundial. Sus clases de teoría económica general, sus seminarios interdisciplinares que se aproximaban a temas análogos en sociología y en antropología, comenzaron a sentar las bases para una nueva perspectiva en historia económica. *«La verdadera sorpresa —continúa en la carta a Jászi— me llegó en los últimos cuatro años. Estos cuatro años los he consumido en la fiebre de un solo día de trabajo ininterrumpido. El resultado, concluya o no en un libro, será una interpretación de la economía de las sociedades antiguas, con especial atención a los fenómenos del comercio, la moneda y el mercado, que fundamentará las bases para una historia económica comparativa.»*

Tras su jubilación en 1953, a la edad de sesenta y seis años, continuó con su trabajo de investigación durante cinco años más en el Proyecto interdisciplinar sobre los aspectos económicos del desarrollo, con la activa participación de sus antiguos estudiantes y colegas. Los resultados

55. Matgás Rákosi. Fue secretario general del Partido Comunista Húngaro y ejerció como primer ministro de Hugria en 1946-1947 y 1952-1953.

fueron publicados en 1957 bajo el título de *Trade and Market in the Early Empires* (*Comercio y mercado en los imperios antiguos*).[56]

El fructífero trabajo de docencia e investigación en la Universidad de Columbia fue parcialmente obstaculizado por el impacto de la guerra fría sobre nuestras vidas personales. Como antigua militante del Partido Comunista Húngaro —me manifesté orgullosa de ello, lo que fue totalmente entendido por mi marido—, el consulado de Estados Unidos en Londres me prohibió en 1947 la entrada en dicho país de manera permanente. Establecer nuestro hogar definitivo en Canadá, en una casita situada en una parcela de bosque sobre el valle del Rouge River, fue nuestra respuesta. Eso suponía para Polanyi tener que acortar su curso académico (algunas veces a solo un semestre), o realizar numerosos viajes, o pasar una semana al mes en Nueva York. Al final, eran los estudiantes los que realizaban frecuentes visitas a la casita junto a la orilla del río. *Su retrato todavía sigue allí colgado, sobre el sofá*.

Nuestra concepción del mundo,[57] así como nuestras acciones, que durante una serie de décadas habían supuesto un entendimiento mutuo, pero no habían seguido idénticos caminos, convergieron después del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956.[58]

Los últimos años de Karl Polanyi estuvieron entre los más felices y los más productivos de su vida. *El estudio sobre el siglo XVIII en Dahomey*[59] *lo inició relativamente pronto, en 1949. En 1962 le dio forma final a este trabajo bajo el título de* Dahomey y el comercio de esclavos. *El libro apareció póstumamente*. En 1963 se publicó una antología literaria que editamos conjuntamente, *El arado y la pluma. Escritos desde Hungría 1930-1956*.[60] *En los últimos años de su vida,*

56. Karl Polanyi: *Trade and Market in the Early Empires*, The Free Press, Glencoe, 1957 (en castellano: Karl Polanyi, Conrad M. Arensberg y Harry W. Pearson [eds]: *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, trad. Andrés G. Freijomil, Labor, Barcelona, 1976).
57. Ilona Duczyńska utiliza el término alemán *weltanschauung*.
58. Recordemos que se trata del congreso en el que se denunció clara y abiertamente la política de Stalin.
59. Actual Benín.
60. Ilona Duczyńska y Karl Polanyi: *The Plough and the Pen. Writings from*

su trabajo académico se fundió con su cada vez más agudo sentimiento de entusiasmo, y comprensión, de la situación de la humanidad.

Un proceso canceroso, que dio la cara por primera vez en 1957, requirió tratamiento quirúrgico varias veces durante los siguientes años. Hasta el último día de su vida, Polanyi no perdió la voluntad de vivir y continuó trabajando con disciplina y dedicación. Su filosofía política en estos años estuvo dominada por la postura que adoptó contra la guerra fría y por la idea de coexistencia. «Estoy cuidando las semillas de la cordura en el mundo.»

La última década de su vida, el incansable ritmo de su trabajo académico y el sentimiento de una vida abriéndose de par en par al mundo de los seres humanos se encuentran quizá reflejados claramente en un fragmento de una carta en la que, mirando hacia el pasado, pero también al futuro, Polanyi le escribía en 1958 a un amor de juventud, Bé de Ward: «Mi vida fue una vida "mundial". Viví la vida de un ser humano mundial. Pero el mundo ha parecido estar parado por décadas, para ponerse luego el siglo al día en unos pocos años. Por eso es por lo que ahora estoy solamente en mí mismo, en algún momento del camino he perdido unos treinta años, esperando a Godot, hasta que las cosas se han igualado de nuevo, el mundo en su discurrir me ha atrapado. Mirando hacia atrás todo esto parece gracioso —ese martirio del aislamiento no era más que un espejo, en realidad, me estaba esperando a mí mismo—. Ahora los dados juegan en nuestra contra (contra ti, contra mí). Una década más y me reivindicaría en la vida. Mi trabajo es para Asia, para África, para los nuevos pueblos... La oposición que mi mundo de pensamiento ha provocado últimamente es una buena señal. Debería haber amado hasta el final y estar en la lucha, pero el ser humano es una cosa mortal».[61]

Las tres semanas que pasó en Budapest durante el otoño de 1963, invitado por Hungría, fueron las últimas en la vida de mi marido de las que puede decirse que pasó relativamente sano.

Hungary 1930-1956, Peter Owen Publishers, Londres, 1963, con una introducción de W. H. Auden. Se trata de una recopilación de literatura húngara. No hay versión en castellano.

61. La carta, manuscrita en alemán y en un estado de conservación bastante deficiente que dificulta la lectura de algunos pasajes y palabras, podemos encontrarla en la página 3 del Con_30_Fol_2.

Fueron a la vez la realización de su vida, su vuelta a casa, *a sabiendas del rumbo mortal que su enfermedad estaba tomando. En su mensaje a la Hungría de los jóvenes escritores, poetas y estudiantes, escribió: «En los años en los que la humanidad enfrentaba una crisis mortal, encontré claramente mi camino de vuelta al socialismo, que se ha convertido ahora en algo más que la causa del movimiento obrero, se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para el conjunto de la humanidad. Desde esta perspectiva, la patria húngara no deja de tener su papel. He llegado a considerar estas cuestiones desde un punto de vista que es, irrevocablemente, el de mi patria, a la cual se lo debe todo alguien cuya juventud fue conformada por el destino de Hungría».*[62]

Lo que trajo con él de vuelta de su viaje a Hungría no fue solo un sentimiento de aceptación, fue mucho más que eso, una comprensión plena, buscada y encontrada por su espíritu inquieto, la verdad experimentada en las líneas de Hegel:

> *Rompe con la paz en ti mismo.*
> *Rompe con las obras del mundo*
> *no para ser mejor que la época*
> *sino para hacer que esta sea la mejor.*[63]

62. Esta cita se corresponde con el artículo «El deber de nuestra patria» que recogemos en esta recopilación. Véanse concretamente las páginas 407-410.
63. La autora cita en alemán el poema de Hegel. Concretamente, escribe: «Brich mit dem frieden in dir, / brich mit dem werte der welt / besseres nicht als die zeit / aber auf's beste sie sein». Sin embargo, en el poema original no encontramos la palabra *werte* («valores»), sino *werke* («obras»). En los cinco borradores que hemos podido cotejar, dos en húngaro y tres en inglés, se mantiene el error. Kari Polanyi-Levitt inicia su texto para el segundo número de la revista *Co-existence*, 1964, titulado «Karl Polanyi and Co-existence», con «la cita de Hegel que [Polanyi] tantas veces citó», pero la vuelve a mencionar incorrectamente. Todo hace pensar que Polanyi la citó en varias ocasiones, pero siempre de memoria.
El poema completo lo podemos encontrar en Johannes Hoffmeister (ed.): *Dokumente zu Hegels Entwicklung*, Friedrich Frommann, Stuttgart, 1974, p. 388. El título del poema es «Entschluß» («Resolución»), y en él leemos: «Kühn mag der götter sohn der vollendung kampf sich vertrauen, / brich denn den frieden mit dir, brich mit dem werke der welt! / Strebe, versuche du mehr als das heut und das gestern! So wirst du / besseres nicht, als die zeit, aber auf's beste sie sein!».

Karl Polanyi murió el 23 de abril de 1964. Trabajó hasta la última noche de su vida. Junto a su féretro se recitaron unas líneas de Attila József, líneas escritas al Dios recóndito que estuvo manteniendo oculto, alejado de todos sus asuntos:

Dios mío, cuán grande es mi amor por ti
si estuvieras vendiendo periódicos
te ayudaría gritando por las calles.[64]

Ilona Duczyńska,
Pickering, Ontario
1970

64. Se trata de una traducción realizada por Ilona Duczyńska del poema de Attila József titulado *Istenem* (Dios mío). A la estrofa le falta el primer verso, que es el que le sirve a Ilona para enlazar con el resto. La estrofa completa dice: «Dolgaim elől rejtegetlek, / Istenem, én nagyon szeretlek. / Ha rikkancs volna mesterséged, / segítnék kiabálni néked». El primer verso podría traducirse así: «Te escondo de las cosas que hago». Como es sabido, Attila es considerado como el gran poeta proletario húngaro y uno de los nombres punteros en la poesía contemporánea. Murió en 1937, a los treinta y dos años, atropellado por un tren, lo que hizo correr la idea de un posible suicidio.

UN MUNDO EN CRISIS

LA CRISIS DE NUESTRAS IDEOLOGÍAS[1]

«La conciencia de los seres humanos
está determinada por su existencia social.»

1. Las ideas dominantes de la sociedad capitalista (ideologías)[2] están en crisis, puesto que la primera fase de la época capitalista *está llegando a su fin y el siguiente período*, que está en gestación, *dará lugar a un conjunto diferente de valores predominantes*.

Durante su primera época, la cultura del sistema capitalista fue, en un sentido peculiar, una cultura de la conciencia. No los bienes materiales, ni siquiera los intelectuales, sino que el valor de la conciencia fue la base para la apreciación.

---

1. «Nézeteink válsága», *Huszadik Század*, vol. 12, n.os 1-2, 1909, pp. 125-127. En KPA: Con_01_Fol_06 se recogen dos copias, una no editada y otra anotada, del artículo con el nombre indicado y que se publicó unos años más tarde en *Szabadgondolat*, así como el artículo con el mismo título que se publicó en *Huszadik Század*. Junto a estos textos en húngaro, se incluyen dos borradores de la traducción al inglés realizada por Ilona Duczyńska con el título «The crisis in our ideologies». Hemos utilizado para la traducción tanto esta última versión como la que se recoge en Karl Polanyi: *The Hungarian Writings*, ed. Gareth Dale, trad. Adam Fabry, Manchester University Press, Mánchester, 2016, pp. 83-85. El editor Adam Fabry es un reconocido especialista en Polanyi.
2. El paréntesis lo incluye Ilona Duczyńska en su traducción, pero no lo recoge la edición de Gareth Dale.

a) La percepción de los valores morales en la sociedad capitalista contemporánea se rige por una expansión de la autoconciencia. Los diferentes individuos se valoran según su autoconciencia: la individualidad es valorada por encima de todo. Con respecto a la actividad humana, el énfasis se sitúa en una conciencia emprendedora y de riesgo, y, en general, toda la conducta humana acaba siendo valorada por referencia a la conciencia del individuo (*cf.* Ibsen).
b) En el arte, las ideas dominantes consideran que todo el contenido es inútil, ya que contiene la menor manifestación de la conciencia individual; solo se valora la experiencia atomizada, ya sea fragmentada en el tiempo (impresionismo) o en la persona (individualismo). Las cosas y el contenido son irrelevantes; es en la conciencia artística productiva y consumidora donde se transmite el valor. La conciencia de todos los sentidos se aprecia por separado (esteticismo); las obras de arte se «disfrutan» por separado a través de los ojos (decoratividad), los oídos (musicalidad) y el tacto (materialidad);[3] de hecho, gracias a un sentido del estilo entendido de manera diferente, cualquier contenido, todo contenido, puede ser «percibido» como «artístico». Con respecto a las modernas obras de arte y su creación, la expresión más clara de este estado de ánimo es la postura de la admiración incondicional, ya que, en última instancia, es posible apreciarlas y desarrollar un alto nivel de conciencia solo a través de la experiencia de un mínimo de contenido y de precisión en el detalle. El ideal cultural de la sociedad capitalista es el individuo que posee la mayor *inestabilidad* de conciencia y que, *en cualquier situación dada, está abierto a experimentar cualquier cosa*.

2. El próximo período de la edad capitalista, esperamos, producirá condiciones más o menos estables de existencia material, aunque por supuesto no podemos pronosticar con precisión el grado

3. Los términos comprendidos en los últimos cuatro paréntesis los hemos retraducido con base en los recogidos en la versión húngara: *esztétizmus*, *dekorativitás*, *muzikalitás* y *anyagértés* y en la traducción de Ilona Duczyńska.

en que el fenómeno de la competencia y del ciclo económico se modificará o eliminará. Para nuestra argumentación actual, es suficiente suponer que habrá una tendencia a la estabilización, como parecen presagiar las restricciones y las limitaciones en la competencia (*trust*, acuerdos internacionales y en los estados, el establecimiento de los precios por las autoridades públicas, y sobre todo el predominio del poder del Estado en la economía, etc.), y la creciente organización y regulación del mercado de trabajo (reconocimiento de los sindicatos, negociación colectiva, legislación fabril, seguros sociales, etc.). Si esto tendrá o no como resultado un capitalismo de Estado no se puede predecir, pero ciertamente será un período de capitalismo regulado y estabilizado.

3. En la era del capitalismo organizado, las ideas dominantes en la sociedad sufrirán una profunda transformación. A consecuencia de la creciente centralización del capital, la propiedad privada ya no poseerá un carácter individualizado y, como resultado, la conciencia individual parecerá superflua a los intereses del capital. De hecho, el capital abstracto, impersonal, solo fortalecerá la cohesión de la sociedad capitalista. En la era de la negociación colectiva, la uniformidad de la conciencia y la estandarización se valorarán cada vez más, el crecimiento de la regulación desplazará al espíritu empresarial, unas estables condiciones económicas harán que la mentalidad crítica parezca trivial y repugnante, incluso inmoral. La objetividad, que exige la inestabilidad de las condiciones de hoy en día y que demanda un alto grado de conciencia, cesará y será reemplazada por el conocimiento en forma de prejuicio instrumental. La importancia de la voluntad disminuirá, mientras que la de la compulsión crecerá. La «solución» retórica de la pretendida cuestión social ya no será valorada, ya que el mantenimiento a largo plazo del equilibrio en la sociedad solo es posible a través del reconocimiento de la lucha de clases. Y la poco entusiasta clase dominante de hoy se verá obligada —por el creciente desprecio de los trabajadores y por el capitalismo estatal que reemplazará la explotación del individuo— a cooptar los objetivos de la lucha de clases. La vitalidad de la identidad individual se volverá cada vez más irrelevante en todas las esferas de la sociedad: la personalidad perderá su

importancia, ya que el individuo se define no por lo «personal» sino por lo «social»; lo cual se caracteriza no por la dirección subjetiva de la voluntad, sino por su adaptación a la voluntad, de los otros. *En consecuencia, en la era del capitalismo organizado que se aproxima, la ideología dominante será socialista*. Las máximas de las conciencias diferentes individualmente ya no serán aceptables; por el contrario, una sociedad disciplinada generará una vez más una fe sólida y una moralidad estricta, a la cual el individuo ideal se adaptará sin esfuerzo con el mínimo de intervención consciente.

4. Con el término «socialismo» no nos referimos aquí ni a un sistema económico ni a un movimiento, sino a una *doctrina* que consiste en elementos cognitivos (materialismo histórico, etc.) y valoraciones (ética, etc.). Estas valoraciones son, de nuevo, de dos tipos: a) se refieren en términos generales a las relaciones entre una clase y otra; y b) una ideología socialista propiamente dicha que se refiere a todas las cosas y personas en general. Es a esta *ideología socialista propiamente dicha* a la que aquí nos referimos, las ideologías de clase (como el valor trabajo, etc.) seguirán siendo inseparables del movimiento de la clase trabajadora.

5. *El socialismo vuelve así a sus orígenes: a la clase burguesa*. El movimiento y la teoría, que se «unieron» en el trabajo de Marx, se separarán por lo tanto una vez más. Las ideas que la sociedad capitalista abandonó una vez en manos de las clases explotadas, vuelven ahora a la sociedad capitalista, pero, sin embargo, no ya en su forma utópica original, sino como un sistema desarrollado de proposiciones realizables.

6. *El proletariado perderá así una parte sustancial de su arsenal ideológico, que en cambio se convertirá en un instrumento de autodefensa para la clase capitalista*.[4] La historia se repite a sí misma: el sistema capitalista convertirá al socialismo en una religión estatal, de la misma manera que el Imperio romano se apropió del cristianismo, la religión militante de los esclavos rebeldes.

7. *El sindicalismo puede considerarse como la manifestación teórica de esta crisis*. La clase trabajadora de los países capitalistas avanzados reconoce instintivamente que la trágica victoria de la

4. Aunque Ilona Duczyńska escribe «the working class», el término utilizado por Polanyi es *a proletariátus*, «el proletariado».

más brillante ideología de la historia moderna es inminente. Pero el antagonismo de intereses exige también, para expresarse convincentemente, una oposición de ideologías. De esta manera, el sindicalismo parece ser una búsqueda de los puntos de vista distintivos de la clase trabajadora que deberían facilitar la lucha contra una sociedad capitalista que parece convertirse cada vez en más y más socialista. Pero, sin embargo, un triunfo del socialismo significará la consumación de su fracaso como la religión militante del movimiento de la clase trabajadora.

Notas sobre fuentes[5]

La supresión de la economía de mercado o el capitalismo liberal por algunas formas de fascismo debería haberse previsto en los primeros años del siglo XX. La competencia estaba decayendo y las formas industriales monopolistas comenzaban a aparecer. En síntesis, fue el inicio de un desarrollo que llevó finalmente a la aparición del nacionalsocialismo. Por supuesto, en este contexto el término «socialista» significa simplemente la preeminencia de regulaciones colectivistas. Lejos de implicar una sociedad democrática, aplica más bien a lo que hoy llamaríamos un régimen totalitario. Además, la principal línea en la que se produciría el cambio puede ser más o menos pronosticada por los crecientes síntomas de fracaso de la economía de mercado. La siguiente traducción de un artículo del autor titulado «La crisis de nuestras ideologías» aclarará este punto. El ensayo apareció en diciembre de 1909 en la revista de sociología *Huszadik Század*.

- Las ideologías de la sociedad capitalista están en crisis, puesto que la primera fase de la época capitalista está llegando

5. Recogemos aquí las notas que se conservan de las que utilizó Polanyi para la elaboración de su artículo, así como alguna reflexión posterior. Algunas de ellas se corresponden literalmente con la versión inglesa de Ilona Duczyńska, concretamente los puntos 5 y 6. Estas notas se encuentran en KPA: Con_20_Fol_09.

a su fin y el siguiente período producirá un conjunto diferente de valores dominantes...

- El siguiente período de la era capitalista producirá, esperamos, unas condiciones de existencia material más o menos estables, aunque, por supuesto, no podemos prevenir el grado en el que será modificado o eliminado el fenómeno de la competencia y de los ciclos de negocios. Para nuestra presente argumentación es suficiente asumir que el principal rasgo del período sería una tendencia hacia la estabilización, tal y como parecen predecir las recientes restricciones y limitaciones a la competencia (por ejemplo, *trust*, asociaciones internacionales de comercio, cárteles, establecimiento de precios por las autoridades públicas, actividades económicas del Estado, etc.), así como la creciente organización y regulación del mercado de trabajo (por ejemplo, cambios de trabajo, negociación colectiva, reconocimiento de los sindicatos, legislación fabril, seguros sociales, etc.). Si este será el período del capitalismo de Estado o el del capitalismo del no Estado, no podemos predecirlo, pero ciertamente será un período de capitalismo reglado y estabilizado.

- *Bajo la forma estable de capitalismo que está por venir, las ideologías dominantes sufrirán un cambio completo*. La concentración de capital priva al propietario individual de la disponibilidad personal de su propiedad, haciendo así una «conciencia de sí» redundante por lo que respecta al sistema. Pero la naturaleza impersonal del capital tenderá a fortalecer más que a debilitar la solidaridad de la sociedad capitalista. En una industria organizada, la conciencia es estandarizada en la medida en que la iniciativa ha sido reemplazada por una dirección burocrática, lo que hace superfluos los estados mentales «críticos» a consecuencia de la creación de unas condiciones a «largo plazo». Pero tan pronto como tales estados de conciencia se convierten en innecesarios, se convierten también en repulsivos e incluso inmorales. Una mente abierta es el corolario indispensable de las presentes condiciones anárquicas del mercado, pero esta actitud que absorbe la conciencia dará paso a los útiles prejuicios de la ciencia. La esfera de la libertad se hará más estrecha, la de la compulsión más ancha. Las «soluciones» fáciles al

antagonismo de clases pueden conseguir un equilibrio social permanente. Las clases dominantes, que en este momento son poco entusiastas con el tema de la lucha de clases, estarán mejor equipadas para su tarea con una creencia pseudorreligiosa en la inferioridad del trabajador manual, y por la supresión de la explotación privada por el capitalismo de Estado. Una acumulación de conciencia vívida se convierte así en superflua para el individuo y puede incluso perjudicarle en el desarrollo de sus tareas. De esta forma, la personalidad pierde su importancia; el individuo ya no es valorado de acuerdo a su «individualidad», sino de acuerdo a su «sociabilidad», no por virtud de su espontaneidad subjetiva, sino por su ajustarse objetivo a las necesidades de los otros. En consecuencia, en el próximo período de un capitalismo estable la ideología dominante será socialista. Nuestra actual apreciación de la personalidad con un máximo de conciencia se convertirá en anacrónica una vez que el individuo sea capaz de ajustarse, con un mínimo de conciencia por su parte, a las estrictas creencias y las rígidas normas surgidas de una sociedad ordenada.[6]

6. Como anunciábamos, a continuación se reproducen los puntos 5 y 6 del texto.

POLÍTICA BURGUESA RADICAL[1]

En el número del 12 de octubre de *Világ*,[2] Oszkár Jászi argumentó la necesidad de establecer un partido radical burgués independiente. A su convincente argumento, desearía añadir otra perspectiva.

El mensaje que dio vida a la política burguesa radical en Hungría fue que los elementos ilustrados y progresistas de la burguesía solo pueden tener una tarea: apoyar a la clase trabajadora en su lucha por la libertad del país. Este mensaje reflejó el equilibrio de fuerzas del momento y está fuera de duda que, además de su utilidad directa, convirtió al radicalismo en un factor político que tener en cuenta. Pero, en la naturaleza de las cosas, el apoyo

1. «Radikális polgári politika», *Szabadgondolat*, vol. 3, n.º 11, 1913, pp. 347-348. En KPA: Con_01_Fol_20 encontramos una copia del artículo tal y como se publicó en la referencia citada. Hemos utilizado para la traducción la versión inglesa que se recoge en Karl Polanyi, *The Hungarian Writings*, *op. cit.*, pp. 169-170.
2. *El mundo*. Polanyi se refiere al artículo de Jászi que figura en la primera página de la edición del día mencionado y que lleva el título de «Elleferradalom» (La revolución). El artículo se extiende por las mitades superiores de las páginas 1 y 2 para acabar con unas pocas líneas, siete concretamente, en la página 3.

que la extrema izquierda de la burguesía brindó a la clase trabajadora se desvaneció con el paso del tiempo. Porque no podía consistir más que en declaraciones de simpatía de un puñado de intelectuales más o menos prominentes, en un momento en que, debería ser remarcado, tales sentimientos eran raros y una mercancía preciosa. Estas políticas ganaron terreno en la Escuela Libre (Szabad Iskola), la Liga para el Sufragio Electoral (Választójogi Liga) e instituciones similares, y desempeñaron un papel importante a la hora de forzar a los partidos políticos establecidos a convertirse en más democráticos. Sin embargo, desde el principio, el valor político de tales declaraciones de simpatía manifestó una contradicción inherente a todas las políticas sentimentales: cuanto más burguesa es, más aburrida es, mientras que cuanto más ardiente es, menos se reconoce por la opinión pública como verdaderamente burguesa. Así, mientras que, por un lado, la clase trabajadora no pudo disfrutar del apoyo que una organización burguesa independiente podría haberle proporcionado, por otro lado ni siquiera pudo iniciarse la organización y la unificación de amplios sectores de oprimidos, de intelectuales y pequeños burgueses privados de derechos democráticos, los campesinos, las nacionalidades. Después de que el hermoso y apasionado período de las primeras manifestaciones hubo llegado a su fin, cuya victoria histórica está hoy por encima de toda duda, ¿qué fue capaz de aportar el Partido Socialdemócrata a su agenda política radical? Nada más que un aumento en el movimiento de los trabajadores por parte de algunos socialistas, algunos abiertamente, otros de manera furtiva. Esto era de escasa importancia, dado el gran tamaño de la clase trabajadora. La solidaridad basada simplemente en motivos morales finalmente perdió su importancia para el Partido Socialdemócrata cuando, directamente como resultado de las tácticas anteriores, otros partidos burgueses comenzaron a aceptarlo y a buscar su alianza.

El proletariado sintió este crucial punto de inflexión antes de que lo hiciéramos. Se dio cuenta de que nuestro apoyo ya no era importante y que, en consecuencia, no estábamos realizando nuestros deberes con nosotros mismos o, por extensión, con el proletariado. *Pero lo que la clase trabajadora húngara realmente necesita es el establecimiento de un partido burgués independiente que no descanse exclusivamente sobre bases sentimentales, sino que asedie la fortaleza del feudalismo más allá de los intereses burgueses y con las fuerzas burguesas*. Es por eso por lo que argumentó incansablemente que la burguesía debía concienciarse de sus verdaderos intereses, y por lo que ofreció repetidamente su apoyo fraterno a un independiente partido radical burgués.

No podemos demorarnos más en encontrar una solución permanente, en lugar de una temporal, para el radicalismo burgués. Esto probablemente multiplicará la tendencia revolucionaria y el poder revolucionario de la clase trabajadora, en beneficio de todo el país, pero es sin duda la única vía para que la emergente clase media pueda alcanzar el umbral de la acción; es solo superando la embrionaria situación táctica actual que puede comenzar a aferrarse a sus intereses inatendidos. Ha llegado el momento de que la izquierda húngara comience a marchar en la dirección que conduce hacia la batalla. *No es la lucha del proletariado la que necesita ser apoyada por las fuerzas burguesas, sino la lucha de la burguesía radical por parte de las fuerzas proletarias*. La lucha por la democracia burguesa es la prioridad histórica, porque, incluso desde el punto de vista de la clase trabajadora, apunta al mínimo necesario. El sendero de la clase trabajadora conduce a través de los objetivos del radicalismo burgués, y si la clase trabajadora busca superarlos, primero tendrá que comprometerse en la batalla junto con la burguesía.

Es en interés de toda la izquierda húngara que los intelectuales, la pequeña burguesía, el campesinado y las nacionalidades se unan en un partido radical lo antes posible. Con esto, la clase trabajadora ganará un aliado genuino y fuerte, en lugar de un asesor bienintencionado. Igualmente, liberará a la burguesía, permitiéndole seguir su verdadero rumbo histórico.

GUERRA CIVIL[1]

¿Dónde debemos buscar la verdad y la justicia?[2]

Los que dirían que no existen tales cosas como la verdad y la justicia no necesitan preguntarse en qué lado se sitúan. Para aquellos que ven en la verdad y la justicia nada más que meras funciones sociales, una superestructura,[3] o alguna falsedad burguesa, cada respuesta no es más que una nueva pregunta.

No mantenemos ese criterio. Sostenemos que las personas, ahora más que nunca, actúan movidas por la búsqueda de la verdad y la justicia. Y nos hemos vuelto tan sensibles a cualquier matiz en este tema como lo es la sociedad burguesa a la fluctuación de los precios en el mercado de valores.

El maltrato a los comunistas arrestados tuvo a toda la capital, en cuestión de horas, en un estado de excitación febril. No solo a

1. «Polgárháboru», *Szabadgondolat*, vol. 9, n.º 6, 1919, pp. 121-126. El documento se encuentra en KPA: Con_01_Fol_29. En él encontramos una copia del artículo tal y como se publicó en la referencia citada, así como una traducción al inglés realizada por Ilona Duczyńska en los años setenta. Hemos utilizado este escrito de Duczyńska como referencia para la traducción, junto con la versión inglesa que se recoge en Karl Polanyi, *The Hungarian Writings*, *op. cit.*, pp. 95-98.
2. Nos atenemos a esta traducción porque la encontramos así en las dos versiones en inglés. No obstante, el texto en húngaro comienza con una pregunta más escueta: «Hol az igazság?», que se traduciría literalmente por «¿Dónde está la verdad?».
3. Polanyi utiliza el término alemán *überbau*.

los comunistas, sino a todos. Porque cientos de miles de personas que, por cierto, no tienen educación política y son opositores al comunismo, de repente llegaron a ver la causa del comunismo bajo una nueva luz. Presumiblemente, había algo aquí que podría haber mostrado como correcto el haber estado del lado de los comunistas. Para ello no había más que la mera posibilidad de la verdad, sin embargo, las masas fueron sacudidas por ella. Porque solo creemos que somos materialistas. En realidad, hoy no hay un factor político más decisivo que las ideas; son fundamentales para la conciencia de las personas, y giran en torno a un solo eje invisible: la cuestión de dónde se encuentra la verdad.

Para la opinión pública no comunista, el comportamiento del jefe de policía socialista y del Partido Socialdemócrata fue la primera indicación de que algunos aspectos esenciales de las afirmaciones de los comunistas eran ciertos. Esta creencia se vio fortalecida todavía más por los acontecimientos de Berlín.[4] Y aquellos que han tenido éxito al establecer que están parcialmente en lo cierto han ganado peso a ojos de las masas.

Según los comunistas, mientras exista el Estado se mantendrá una guerra civil oculta. Los linchamientos, las atrocidades y los actos de crueldad son solo los ejemplos más flagrantes de ello. Del mismo modo, solo hay una forma de poner fin a la violencia oculta: la violencia abierta.

4. Recordemos que en enero de 1919 el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD), en el Gobierno, pactó con las autoridades militares y los partidos liberales la represión del movimiento revolucionario dirigido por la Liga Espartaquista, grupo de la izquierda del SPD que abandonó el partido tras la aprobación socialdemócrata de los créditos de guerra que posibilitaron la Gran Guerra, y que a primeros de ese mismo año se había reorganizado como el Partido Comunista Alemán (KPD). Para llevar a cabo la represión del movimiento se utilizó no solo al Ejército sino a grupos paramilitares de ultraderecha, los llamados Freikorps, que posteriormente pasaron a integrar las Sturmabteilung o SA, grupos de asalto nazis. Miles de ciudadanos fueron asesinados, incluidos los dirigentes del movimiento Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, esta última torturada y asesinada a sangre fría de un tiro en la cabeza, y cuyo cuerpo fue arrojado a un canal donde solo fue localizado seis meses después. Por su parte, el líder del SPD, Friedrich Ebert, fue nombrado en febrero de 1919 primer presidente de Alemania.

La primera propuesta es exagerada, pero es cierta en tiempos de revolución: con independencia de que el Estado parezca existir o no, se mantiene una guerra civil. La segunda proposición, de la cual se deriva la dictadura del proletariado, es completamente arbitraria, y el decaimiento del Estado que promete no es más que un juego de palabras.

Sin embargo, solo si reconocemos abiertamente la verdad de la primera proposición estaremos protegidos del sofisma de este juego de palabras. Debemos reconocer lo que los comunistas enfatizan con tanto vigor: que estamos en medio de una guerra civil. Que el partido respaldado por el Estado es simplemente un partido, como cualquier otro. Necesitamos reconocer que, hoy, el uso de la violencia en los asuntos públicos es inevitable. Y, finalmente, debemos reconocer que cuando se trata de violencia, la única diferencia entre las dos partes es que mientras los comunistas abogan por ella, el Gobierno la practica.

Si reconocemos esto, podemos proceder a sacar nuestras propias conclusiones. No necesitamos dejárselas a los prejuicios de los comunistas, quienes, en posesión de una media verdad, la usan para practicar la detestable actividad de extraer conclusiones arbitrarias. Reconocemos lo que es verdad; ni más ni menos.

Hoy, el uso de la fuerza en la política es inevitable. No porque la esencia de la política sea la fuerza, sino porque su esencia, la eliminación de la fuerza, no puede imperar.

Y donde el uso de la fuerza es inevitable, solo pueden estar en lo cierto aquellos que no se aprovechan de este hecho, sino que buscan conscientemente limitar su uso al mínimo necesario.

El problema no es nuevo.

Durante siglos la humanidad ha vivido en un estado de guerra civil. Hoy, liberados de nuestros prejuicios materialistas, podemos entender los sangrientos capítulos de las guerras de religión, que habíamos visto con una sensación de extrañeza o de cínica superioridad. Los acontecimientos de los últimos años nos han liberado de la supersticiosa idea de que los intereses materiales son la única fuerza motriz en la historia. Los estadounidenses que inundan Europa, el febril armarse de millones de rusos en el Este contra Occidente, ¿son diferentes en esencia a esos gigantescos

procesos espirituales, desde la Hégira hasta la Paz de Westfalia, que constituyeron la historia de Europa durante más de un milenio: la campaña militar de los árabes desde la Media Luna Fértil a través de España hasta Francia; desde el hogar de Tristán hasta Jerusalén; la lucha entre la Reforma y la Contrarreforma, que barrió las aldeas, las ciudades y las gentes desde Sudamérica hasta Suecia, y desde Roma a Pekín?

Casi todos los movimientos religiosos de la Reforma fueron comunistas, y el comunismo contemporáneo es de la misma manera un movimiento religioso.

Estamos comenzando a ser conscientes de todas estas implicaciones, aunque hoy aún solo unos pocos reconocen aquello por lo que hemos abogado desde el principio: que la actual guerra civil es simplemente la consecuencia del evento religioso más trascendental que nuestra generación ha experimentado, la Guerra Mundial misma. Solo unos pocos reconocen que este tremendo intento de suicidio de la civilización no era más que la erupción repentina y trágica de nuestra existencia sin sentido, nuestra conciencia confusa, en desacuerdo consigo misma, de toda la desesperación que viene arrastrando nuestra generación.

Toda guerra de religión es una lucha por la superioridad moral. Es en el bando que la logra mediante la fe donde se sitúan la verdad y la justicia. Los ideales de los cruzados eran la humanidad y la moderación, la misericordia y la caballerosidad. Desde la cruz de Malta hasta la cruz de Ginebra, heredamos mil años de ética de la guerra. Aquellos que reconocen la guerra civil, como los comunistas, o que la practican, como los socialdemócratas, están obligados a atenerse a la Convención de Ginebra. Los prisioneros no deben ser maltratados. El combate es solo legítimo entre los combatientes. El no combatiente tiene privilegios civiles, incluso si es un prisionero de guerra con uniforme de un ejército. Pero si el uso de sanciones es cuestionable en las guerras extranjeras, es autoevidente en el ámbito ético. El que resulta victorioso, pero sin humanidad, pierde la batalla que ha ganado. Porque no puede estar en lo correcto.

Pero hay otra limitación, aún más importante, para una guerra civil justa.

El lado que pierde de vista el objetivo moral por el que está luchando, o se deja arrastrar lejos de él, aunque sea ligeramente, pierde el derecho al ejercicio de la fuerza, y el daño que causa a la humanidad a través de sus actos se convierte en un crimen ordinario. La violencia que usamos nos conecta con nuestros propios ideales. Si nos apartamos de ellos, se volverán contra nosotros.

La posición teórica del Partido Socialdemócrata es que el socialismo no puede realizarse a través de la fuerza, sino solo a través de una transformación de las almas. La tarea política de escolarizar, educar y transformar a las masas proletarias únicamente puede lograrse mediante la democracia.

Los comunistas, por otro lado, han logrado demostrar que es imposible permanecer en este camino sin el uso de la fuerza. Por lo tanto, en su opinión, la posición de los socialistas es contradictoria, y el camino que han tomado está equivocado.

Esta contradicción, sin embargo, es solo aparente. La afirmación de que el camino de la democracia es también el camino de la violencia, simplemente porque es imposible permanecer en este camino sin usar la violencia, no es más que un sofisma. Supongamos que un médico quiere operar a un paciente mientras que otro recomienda medicación. Como resultado, el cirujano ataca al médico con su bisturí, exigiendo que este último consienta en que el paciente sea operado, ante lo cual el médico también toma un bisturí y acuchilla al cirujano. A la vista de todo ello, el cirujano no puede pretender que la posición del médico era contradictoria, porque, ¡atentos!, él también estaba cortando con un bisturí. ¿O es que ya había abandonado su posición de considerar que el paciente solo podía ser tratado con medicación?

O, por citar otro ejemplo, un filósofo toma posición por el materialismo, mientras que otro proclama el poder de la razón. Para refutar a su oponente, el primero golpea su cabeza contra la otra con tanta fuerza que sus dos cráneos se rompen. Al hacerlo, ¿el primero ha podido demostrar que era en vano que el otro piense idealmente con su cabeza, en la medida en que esta no es más que materia? De hecho, no ha demostrado nada, porque lo que la mente piensa, el cráneo no puede refutarlo. No solo el cirujano, sino también el médico responderá a la violencia con

violencia; puedes machacar la cabeza de Kant tanto como la de la víctima; y, si funcionan, no solo las instituciones de la guerra y la lucha de clases, sino también las de la paz y la democracia tienen que oponer resistencia física.

Si, a pesar de esto, creemos que el Partido Socialdemócrata cometió un error al justificar los malos tratos y negarse a excluir de sus filas a aquellos que cometieron los actos de brutalidad, ello no se deberá a que recurriera al uso de la fuerza, sino a que demostró ser indigno de ella.

Porque el Partido Socialdemócrata se está apoyando también en la ambigüedad, en la ambigüedad de la palabra «democracia», aunque para ellos esta solo puede significar que no puede haber socialismo sin un ennoblecimiento espiritual de las masas, sin educarlas a un más elevado nivel de solidaridad y disciplina voluntaria. Por esta razón, al renunciar a estos ideales, ha traicionado al propio socialismo.

En su práctica, utiliza el otro significado de la palabra democracia: el sentido no de la transformación de las almas, sino el de la masificación artificial del electorado por los mismos medios de los que acusan de usar a los comunistas. Violencia, coerción, intimidación, poder político autoritario, terror: estos son los métodos que los bolcheviques esperan que conduzcan al socialismo, y la falta de confianza que tienen los socialdemócratas honestos hacia ellos son indicativos de su propio programa. Así, cuando el socialdemócrata se vuelve, en interés de su propio partido, hacia los mismos métodos, está perdiendo la confianza en su propia vocación y, también, abandonando el derecho a usar la fuerza para defender el camino hacia ella. El Partido Socialdemócrata debería haber catalogado como enemigos de la revolución a todos aquellos —ya fueran policías comunes, jefes de policía o líderes del partido— que, actuando en contra de las convenciones básicas de la guerra civil, se comportaron con una brutalidad que dañó a todo el movimiento. Debería haber expulsado a cualquier organización que se identificara con estas brutalidades y debería haber mantenido en alto, con todo el peso de su prestigio e independientemente del coste, el ideal más puro de la humanidad. Solo haciendo eso podría haber esperado ver el establecimiento de la unidad entre las masas en la marcha hacia

el socialismo, en lugar de dejarse ganar por las ideas de violencia dentro de su lucha fratricida. Le faltó la fuerza moral para hacerlo. En su alivio por haberse deshecho de los líderes comunistas, se apresuraron no a justificar moralmente el uso de la fuerza, sino a explotarlo inmoralmente. Esta es la razón más profunda por la cual se está propagando rápidamente la convicción de que el Partido Socialdemócrata está equivocado, y de por qué, a los ojos de las masas, parece cada vez más improbable que el socialismo se pueda alcanzar a través de sus métodos.

Solo un partido socialista firmemente asentado en el camino de la transformación moral de las almas puede estar legitimado para usar la fuerza de cara a defender el programa de la democracia.

LA RESURRECCIÓN DE LA DEMOCRACIA[1]

Hace unos pocos años casi parecía como si la idea de democracia estuviera muriendo. Era como si esta antigua arma de la libertad popular se estuviera desintegrando en las manos de sus portadores. Los defensores del progreso observaban abatidos cómo la consecución de la democracia, más que servir a los oprimidos y a los excluidos de la sociedad en su lucha por la igualdad social y cultural, parecía apuntalar el poder de las clases gobernantes y de las naciones dominantes.

En manos de Napoleón III y Bismarck, el sufragio universal se transformó en la punta de lanza del cesarismo y la reacción. La introducción del sufragio femenino fortaleció el clericalismo y el nacionalismo por todas partes. Y los Estados Unidos de América, realización de la plenitud de la democracia política, se habían convertido claramente en el hogar de la corrupción y del gobierno encubierto de las empresas.

Igualmente, en el campo de las culturas nacionales, aquellos que habían puesto sus esperanzas en la democracia experimentaban

1. «A demokrácia feltámadása», *Bécsi Magyar Újság,* vol. IV, n.º 270, 26 de noviembre de 1922, p. 4. El facsímil del artículo puede encontrarse en KPA: Con_01_Fol_50, página 17. Aunque se tiene presente la edición original húngara, la traducción se realiza desde la edición en inglés de Karl Polanyi, *The Hungarian Writings*, *op. cit.*, pp. 149-150.

una decepción tras otra. Representaciones de la voluntad popular que se plantearon sobre la base de un sufragio amplio evidenciaron una comprensión escasamente mayor de las necesidades culturales de las minorías de la que habían tenido las antiguas oligarquías parlamentarias.

Tampoco empezó la democracia a servir a la causa de la justicia social con la fuerza necesaria. Las clases dominantes usaron los logros sociopolíticos de los trabajadores para erigir bastiones defensivos frente a ellos y en contra de las exigencias de transformaciones sociales más profundas. Y muchos de los impuestos que habían gravado anteriormente a los ricos fueron transferidos a los débiles hombros de los pobres.

Pero la decepción más amarga para los que creían en el progreso y eran devotos partidarios de la democracia se experimentó al respecto de la cuestión de la paz mundial y la fraternidad entre las naciones. La caída colectiva y la bancarrota de los gobiernos democráticamente elegidos del mundo, el 2 de agosto de 1914,[2] permanecerá por siempre en la memoria. Parece como si el martirio de Jaurès,[3] el sagrado apóstol de la democracia, hubiera sido en vano. No quedó nadie que pudiera continuar la campaña con su mismo espíritu.

Todo lo contrario. Habiéndose graduado en la Guerra Mundial, esa escuela de violencia, las masas, dejándose llevar por la lógica de sus pasiones, se volvieron contra la democracia. Con el ardiente nacionalismo del alma frustrada, se lanzaron al otro extremo: la llamada a la dictadura se difundió entre todos esos pueblos destrozados por la derrota. Cuanto más débiles eran las

2. Alemania invade Luxemburgo, dando así inicio a la Gran Guerra.
3. Jean Jaurès (1859-1914). Político socialista francés que se opuso a las políticas belicistas que condujeron a la Gran Guerra. Su pacifismo, su denuncia del inminente conflicto como una guerra imperialista que no se correspondía con los intereses de las clases trabajadoras y su intento de impedir el estallido de la contienda provocaron el odio nacionalista hacia él. El 31 de julio de 1914, Jaurès fue asesinado por un militante de Action Française, grupo monárquico y ultraderechista. Tres días después, la guerra era un hecho. En 1919, el asesino fue dejado en libertad y la viuda de Jaurès fue condenada a pagar las costas judiciales. Años más tarde, en 1936 y en el marco de la Guerra Civil española, el asesino de Jaurès murió en Ibiza a manos de un grupo anarcosindicalista.

tradiciones democráticas en las instituciones públicas, mayores parecían los errores y las carencias de la democracia.

No obstante, el progreso histórico conducido por ideales genuinos no puede ser arruinado demasiado tiempo por la lógica errante de las emociones. Justo ahora, la idea de democracia está renaciendo en la mente de las masas, y con potencia redoblada.

Las bases para este giro radical no están simplemente en el impresionante colapso económico de la dictadura rusa, sino, sobre todo, en los beneficios que la democracia ha proporcionado a la causa del progreso desde el fin de la guerra. Estos logros políticos, sociales y culturales son de tal magnitud que la bandera de la democracia es izada de nuevo como sello distintivo del progreso.

La razón para este sorprendente giro de los acontecimientos, por otra parte, no descansa sobre alguna repentina ilustración de los individuos que representan la vanguardia del progreso, sino que es el resultado de un movimiento de reflujo en el seno del campo de la reacción. Las élites privilegiadas del *ancien régime* se dieron cuenta, antes de que lo hicieran las emergentes fuerzas populares, de que para las personas que habían comenzado a alcanzar un cierto *niveau* de educación y disciplina no hay mejor campo de batalla que la democracia misma. Se dieron cuenta, antes de que lo hicieran sus enemigos, de que ni la habilidad de los *media* para sembrar ilusiones, ni el poder de la Iglesia, ni siquiera la supremacía de la riqueza eran capaces de bloquear las falanges del progreso si los partidos pelean sobre el campo de la democracia.

A lo largo de todo el mundo, los líderes de la reacción están volviéndose contra la democracia y el parlamentarismo: esta es nuestra situación histórica actual. Mussolini, el césar no coronado de la demagogia antipopular, se ha convertido en el último ídolo de la reacción internacional. Hergt,[4] un alemán, Konstanty,[5]

4. Oskar Gustav Rudolf Hergt (1869-1967). Político nacionalista alemán. En la época de la redacción de este artículo era el secretario general del Deutschnationale Volkspartei (DNVP, Partido Nacional-Popular Alemán), partido conservador y ultranacionalista.
5. Konstanty Skirmunt (1866-1949). Político polaco que ocupó el cargo de ministro de Asuntos Exteriores entre 1921 y 1922.

un polaco, Escherich,[6] un bávaro, y el húngaro Héjjas,[7] han unido todos ellos sus voces a los himnos de gloria compuestos en su honor. Su programa común es la abolición del sufragio universal. El objetivo es palmariamente visible: abrir un frente, claro y sin ambigüedad ninguna, contra el parlamentarismo y la democracia.

Y los partidarios del progreso pueden deducir con satisfacción que los reaccionarios no están ciegos: con cada día que pasa se nos da un nuevo signo alentador de que la idea de democracia está cumpliendo con sus promesas. Lo vemos en la feroz resistencia ofrecida por la democracia alemana, hermana de la República austríaca, ante los intentos de los reaccionarios para sabotearla; en la entrada de minorías polacas en el Parlamento;[8] y en la triunfal entrada del Partido Laborista británico en los escaños del parlamento más antiguo del mundo encorsetado por sus milenarias tradiciones.[9] Todos estos acontecimientos indican que era demasiado pronto para que perdiéramos la fe. La idea de democracia ha sido resucitada y ningún poder será capaz de frustrar su marcha victoriosa.

6. Georg Escherich (1870-1941). Político bávaro, monárquico y ultraconservador. Dirigió el Partido Popular Bávaro y en 1920 creó la Orgesch (de «Organización Escherich»), un grupo paramilitar de corte anticomunista y antijudío.
7. Iván Héjjas (1890-1950). Oficial del Ejército húngaro y miembro del Parlamento de su país. Tras el aplastamiento de la revolución soviética húngara de 1919, fue uno de los responsables del Terror Blanco que supuso decenas de miles de víctimas.
8. En las elecciones parlamentarias del 5 de noviembre de 1922, la coalición electoral Bloque de Minorías Nacionales obtuvo el segundo lugar en votos, 1.398.250 y un 16 %, y el tercero en escaños, sesenta y seis, es decir, sesenta y cuatro más que en las anteriores elecciones.
9. En el año 1900 el Partido Laborista británico obtuvo 62.698 votos, el 1,8 %, y dos diputados sobre seiscientos setenta. En 1922 el resultado fue de 4.076.665 votos, el 29,7 %, y ciento cuarenta y dos diputados sobre seiscientos quince. Solo siete años después, el Partido Laborista ganará sus primeras elecciones con 8.048.968 votos, el 37,1 %, y el máximo dirigente del partido, Ramsay MacDonald, se convertirá, por primera vez en la historia, en primer ministro británico.

CONTRA EL MIEDO[1]

Apenas podemos recordar la época en la que no teníamos miedo. Sin embargo, hace solo diez años considerábamos como paranoicos o enfermos de cobardía a aquellos cuyos pensamientos y acciones se regían por el miedo.

Hoy en día admitimos con franqueza que tenemos miedo. Nuestras vidas están impregnadas de una monstruosa incertidumbre. El valor del dinero cambia de una hora a otra.

En el futuro, la miseria está al acecho. No sabemos cuándo y contra quién seremos llevados como ganado al campo de batalla. La guerra civil se ha vuelto familiar para nosotros. Los estados pequeños tienen miedo de los estados grandes, los estados grandes se temen unos a otros. Los soldados y los comandantes militares son los más atemorizados de todos. Se están armando febrilmente, como si el enemigo ya les estuviera respirando en el cuello.

El desarrollo de la tecnología no hace más que exacerbar nuestro miedo. Hace diez años nos alegrábamos de oír hablar sobre las mejoras en los servicios de noticias, la aceleración de los transportes o los avances en la química; estábamos orgullosos del telégrafo inalámbrico, a través del cual conquistamos el espacio. Teníamos fe en la ciencia, porque mejoraba nuestra seguridad. Hoy sucede lo contrario: cuando descubrimos explosivos nuevos y

1. «A félelem ellen», *Bécsi Magyar Újság*, 7 de julio de 1923. Ubicado en KPA: Con_01_Fol_51, página 25.

modernos bajo la cama de nuestros vecinos, cuando los estados mayores inician una carrera armamentista con armas químicas y cuando fanáticos enloquecidos transmiten sus instrucciones asesinas con señales Marconi,[2] ya no nos alegramos del desarrollo tecnológico, sino que lo tememos. La química está produciendo veneno en lugar de medicina; la tecnología está construyendo sillas eléctricas en lugar de boyas salvavidas.

La sombra del desarrollo económico también nos silencia más que nos tranquiliza. ¿Deberíamos regocijarnos por el hecho de que, en apenas tres años, Hugo Stinnes erigiera la torre de Babel en Europa central, solo para llenarse aún más los bolsillos?[3] En lugar de eso, nos acurrucamos ansiosamente a la sombra de este confuso edificio que se extiende sobre nuestras marismas, anunciando arrogantemente nuestra esclavitud. Le tenemos miedo. No hay confianza entre los pueblos, no creemos en la economía, no hay fe en los contratos. Hoy somos menos humanos que hace diez años.

Y mientras persista el gran temor, las cosas no serán de otra manera. Las fuentes del miedo deben ser taponadas, no hay otra solución. Hay dos fuentes en cuestión: el miedo entre los pueblos y el miedo entre las clases. En su medrosidad, las naciones dominantes se aprovecharán de su posición hasta que el conjunto de las naciones les garantice seguridad contra la venganza de los demás. Necesitamos quebrar el poder de las clases dominantes, o de las que hasta hace poco dominaban y, a través del establecimiento de una robusta democracia, se las protegerá contra la posible tiranía de las clases que hasta ahora han permanecido oprimidas. El pacifismo institucionalizado y la democracia institucional eliminarán, respectivamente, el

2. Sin duda, Polanyi se refiere al desarrollo por parte de Marconi de la telegrafía sin hilos. El italiano obtuvo el Premio Nobel de Física en 1909 «por su contribución al desarrollo de la telegrafía sin hilos». Si en 1897 logró la primera transmisión de un mensaje a cinco kilómetros de distancia, en 1901 ya pudo transmitir la letra S en código morse desde Gran Bretaña a Canadá, es decir a más de 3.300 kilómetros.
3. Hugo Stinnes (1870-1924). Industrial y político alemán. Fue uno de los grandes magnates de la industria siderúrgica, lo que le proporcionó enormes riquezas e influencia política. En 1923, poco antes de su muerte, la revista *Time* lo describió como «el nuevo emperador de Alemania».

miedo a la aniquilación de las naciones dominantes y de las clases dominantes.

La frente de la humanidad está bañada en un frío sudor de miedo. Temiendo por su supervivencia, los pueblos continúan ofendidos en proporción a su poder. Y una mala conciencia es el mejor caldo de cultivo para el miedo. Por lo tanto, no hay otra solución que limitar el poder de las naciones individuales mediante la mutua limitación de sus poderes.

Pero esto solo tendrá éxito si no aumenta, sino que, por el contrario, disminuye los temores de las potencias más fuertes. Por esta razón, las naciones dominantes de ayer necesitan que se les garantice que no serán oprimidas, sino que permanecerán como iguales en la familia de las naciones. Es aquí donde vemos el efecto reconfortante, en el seno de la alarma europea actual, del pacifismo institucional: la idea de una auténtica Sociedad de Naciones.

Por la misma razón, también debemos promover, leal e incondicionalmente, la idea de democracia. Los explotadores feudales y los grandes capitalistas luchan desesperadamente contra el avance de las clases obreras. Contratan como mercenarios a clases populares no alineadas; y con las bombas y el veneno de los *media* corroen las semillas de una nueva sociedad. En su pánico desenfrenado rompen los tejidos conectivos de la moralidad y de la constitucionalidad. También en este caso, la única solución es el establecimiento de una verdadera democracia que garantice a los señores de ayer la igualdad de derechos. Una democracia honesta que no acepte la tiranía, incluso cuando se dirija contra los tiranos del pasado.

Hoy, los héroes de las guerras y de las guerras civiles no promueven la causa de la humanidad; solo se suman al temor que está llevando a nuestro mundo al suicidio. Nuestro san Jorge será el que mate con su lanza al dragón del miedo. Es por eso por lo que creemos y confiamos en una verdadera Sociedad de Naciones y en una democracia honesta. Porque por estos medios, el miedo se apaciguará y la humanidad renacerá.

BLANCOS, NEGROS, MARRONES[1]

Canadá, Australia, Sudáfrica y otros dominios británicos han llevado a cabo una conferencia de seis semanas de duración sobre política y economía. Junto al desarrollo interno y la seguridad común del imperio, se ha situado en el centro de la atención de este parlamento de los pueblos anglosajones un importante tema económico: fundamentalmente, cómo puede ser reforzada la unidad económica del imperio mediante subsidios a los dominios. El intento de solventar los problemas de desempleo en Gran Bretaña a través de la reconciliación con Europa, hasta el momento, han fracasado; quizá liberando los recursos internos del imperio se podría mejorar la situación. Un tema diferente, sin embargo, es si una política de subsidios económicos es capaz de reafirmar la flácida unidad que existe entre los dominios. Por el momento, esta asociación parece estar evolucionando en la dirección de una mayor independencia de sus miembros individuales y una solución federal para la organización en su conjunto, más que en la dirección de una mayor centralización.

1. «Fehérek, feheték, barnák», *Bécsi Magyar Újság*, vol. V, n.º 231, 3 de octubre de 1923, p. 1. En KPA: Con_01_Fol_51, página 19. Aunque se tiene presente la edición original húngara en el facsímil del periódico en cuestión, la traducción se realiza desde la edición en inglés Karl Polanyi, *The Hungarian Writings*, *op. cit.*, pp. 161-162.

El Imperio británico mundial no tiene una constitución, en el sentido estricto del término. No tiene una constitución ni escrita ni no escrita. Para los oídos de una nación jurídica, suena incluso extraño que el general Smuts,[2] el primer ministro de Sudáfrica que frecuentemente se inmiscuye en la política europea, confíe en que la conferencia no conduzca a ningún cambio de situación. ¡Bonar Law,[3] durante su etapa como primer ministro, expresó su satisfacción por el hecho de que la situación legal de los dominios permaneciera sin resolver! La peculiar aversión británica hacia cualquier forma de construcción estatal artificial hace difícil la comprensión, para un observador del continente, de la política mundial de los británicos.

Está, por supuesto, la cuestión de la India. Por sí misma, la India es más populosa que la madre patria y todo el resto de los dominios juntos. A pesar de eso, no está presente en la conferencia de Londres porque no cuenta como dominio del imperio. La India no es un país británico, sino hindú y musulmán. Australia y Sudáfrica son considerados, sin embargo, como dominios. Y ello a pesar del hecho de que la mayoría de la población blanca de Sudáfrica, incluido el primer ministro, el general Smuts, no es ni siquiera británica sino bóer, también conocidos como afrikáneres. Y tanto en Australia como en Sudáfrica, una gran parte de la población está formada por pueblos nativos negros y marrones, que pertenecen a distintos grupos étnicos, incluidas una variedad de tribus como los hotentotes, bantúes, cafres y bosquimanos.[4] El nivel intelectual de la población nativa permanece muy por debajo del de la blanca, mientras que las culturas indias son menos diferentes en su nivel, pero más

2. Jan Smuts (1870-1950). Político británico de origen afrikáner. Osciló en sus tendencias entre los británicos y los bóeres, con los que participó en la guerra anglo-bóer de 1899. Fue nombrado primer ministro en 1919, cargo que retuvo hasta su derrota electoral en 1924. Volvió a ocupar el cargo entre 1939 y 1948.
3. Andrew Bonar Law (1858-1923). Político británico conservador de origen canadiense que ocupó el cargo de primer ministro entre octubre de 1922 y mayo de 1923.
4. Desde «incluidas» no figura en la traducción inglesa: «… a legkülönfélébb hottentotta, bantu, kaffer és busman törzsekből».

parecidas en su carácter a las nuestras. Así, mientras que los afrikáneres de origen bóer representan a sus dominios, ni la población negra ni el gobierno blanco de la India están autorizados a tener representación en la conferencia imperial. Y mientras el conflicto en Kenia está sometido a una intensa discusión en las próximas elecciones indias, no será debatido públicamente en Londres. En todo caso, por supuesto, se tratará a puerta cerrada.

En la provincia de Kenia, un territorio que pertenece al África oriental británica, la minoría de granjeros blancos se ha enfrentado con los granjeros indios, establecidos allá hace mucho tiempo, a propósito de quién tiene el derecho a explotar a la población pobre, nativa y negra. Las organizaciones fascistas de la población blanca amenazan con masacrar a los indios. Después de enviar precipitadamente a una serie de delegaciones, el Ministerio de las Colonias en Londres, que es al que pertenece Kenia, determinó que no daría carta blanca a los granjeros blancos contra la población negra, pero no estableció para los marrones indios una plena equiparación en derechos con los blancos. Esta decisión, que es seriamente perjudicial para los indios y la India en su conjunto, se atribuye a la influencia del general Smuts.

Esta circunstancia, aparentemente de importancia menor, es no obstante altamente instructiva. Smuts aparece como el gran adalid de la Sociedad de Naciones. Es famoso por sus atronadores discursos contra la ocupación de Renania. Fue también Sudáfrica la que envió a lord Robert Cecil[5] a la Sociedad de Naciones en los días en los que este hombre de Estado británico era demasiado pacifista para Lloyd George. Y sin embargo observamos cómo este mismo Smuts es visto, en su parte del mundo, como un fascista y un propagador de la supremacía racial; incluso rechazó recientemente que la Sociedad de Naciones tuviera derecho a considerar a su propio gobierno como responsable de la masacre en Sudáfrica

5. Edgar Algernon Robert Gascoyne-Cecil, primer vizconde Cecil de Chelwood, conocido como lord Robert Cecil (1864 -1958). Político británico cuya actividad principal se centró en la elaboración y ejecución del proyecto de la Sociedad de Naciones en la época de entreguerras. Su talante dialogante y su carácter antibelicista le procuraron el Nobel de la Paz en 1937.

de las tribus negras de Bonzel... Lo que resulta asombroso no es que el Imperio británico exista a pesar de su carencia de una constitución, sino que simplemente exista. Y aun así, permanece vivo, más vigoroso que nunca. De Bruce, el joven primer ministro australiano, se dice que sueña con el día en el que Australia, no Gran Bretaña, sea el centro del imperio. Pero ni siquiera el más pesimista hombre de Estado anglosajón imagina un futuro en el que los dominios deseasen abandonar la pacífica asociación mundial del Imperio británico.

REFORMAS ECONÓMICAS LIBERALES EN REINO UNIDO[1]

El liberalismo, que una vez quiso renovar el mundo, ha sido estéril durante cincuenta años. Así como la competencia fue aplastada por el monopolio, que es su criatura, también el liberalismo fue privado de la herencia de su gran pasado por esas capas de la gran industria y las finanzas mundiales, que habían llegado al poder desde su seno. Por su parte, la clase obrera, abriéndose camino con sus propias luchas, ha recreado a su imagen el espíritu liberal abandonado por sus creadores, moldeando a través suyo el socialismo. Si las principales mentes liberales de Reino Unido, en un documento francamente interesante por su riqueza conceptual y por la radicalidad de sus posibles aplicaciones prácticas, proclaman ahora, a pesar de todo, el liberalismo como el camino hacia el futuro, esto constituye una piedra angular en la historia espiritual. «La elección entre "individualismo" y "socialismo" —dice el documento—, tal y como viene formulada en las discusiones entre los partidos conservador y laborista, es principalmente una cuestión distorsionada, e incluso obsoleta, basada en un retrato del mundo financiero e industrial tal y como era hace más de cincuenta años.»[2] Los liberales desafían así al socialismo lanzándole el guante.

1. «Liberale wirtschaftsreformen in England», *Der Österreichische Volkswirt*, vol. XX, n.º 20, 11 de febrero de 1928, pp. 544-545. Puede consultarse en KPA: Con_03_Fol_12, páginas 76-77.
2. *Britain's Industrial Future. Being the Report of the Liberal Industrial Inquiry*, Ernest Benn Limited, Londres, 1928, p. 63. Este es el informe que Polanyi comentará en este artículo y en el siguiente. En la medida de lo posible, traduciremos las citas de Polanyi directamente desde el original inglés.

Pero también al liberalismo. Esto puede parecer paradójico, pero ciertamente no es una exageración. Casi todo lo que ha sido considerado como doctrina liberal desde los días de Cobden y Bright ha sido aquí dejado de lado, explícita o implícitamente. Si el neoliberalismo es todavía liberalismo o no es una cuestión que se la podemos dejar a los filólogos; *nuevo* es, sin embargo, el modo en que este viene definido. Por otro lado, tampoco cabe duda de que la novedad proviene de personas que se sienten auténticas liberales. El comité de reforma[3] fue presidido por W. T. Layton, editor de *The Economist*; el vicepresidente fue E. D. Simon, en ese momento alcalde de Mánchester; y otros miembros fueron J. M. Keynes, sir Herbert Samuel, sir John Simon, el filántropo B. S. Rowntree, los publicistas H. D. Henderson y Philip Kerr, ambos famosos jóvenes liberales, el difunto C. F. S. Masterman, Lloyd George en persona y, por fin, Ramsay Muir, el (no exactamente divertido) teórico del neoliberalismo inglés. Además, todos ellos no hicieron más que continuar con el trabajo de elaboración de análisis y programas del que ya habían surgido tres textos: *La cuestión agraria*, *Ciudad y campo*, *Carbón y generación de energía*. Los principios más importantes contenidos en ellos son la nacionalización del subsuelo y la racionalización coactiva de las industrias del carbón y de la electricidad. El informe colectivo de 1926 sobre la reorganización de la industria minera, y la ley de 1926 sobre la unificación de todo el sistema eléctrico británico fueron sus manifestaciones prácticas.

El futuro industrial de Gran Bretaña, como se llama el informe publicado hace apenas nada, va mucho más allá de los programas parciales anteriores. En cuarenta páginas del grueso volumen se ofrece, nada menos, que el esbozo de una reforma económica y social general para Reino Unido.

Incluso aquello que en el informe se refiere a la reforma del sistema bancario central, el sistema presupuestario y la reforma fiscal, que aquí solo podemos mencionar, tampoco está desvinculado de esta idea fundamental. Se aceptó la sugerencia de Keynes

3. El comité ejecutivo de la Liberal Industry Inquiry fue creado en el verano de 1926 y su trabajo, con el correspondiente informe, fue financiado por Lloyd George.

de que se le reconociera al Banco de Inglaterra la obligación de llevar a cabo una política crediticia de manera que se fomente la continuidad de la economía y del ciclo económico. La ley del Banco de Inglaterra se modificará para subrayar su carácter de institución nacional. La prevista fusión de las *currency notes* con las *banknotes*[4] se producirá sobre una nueva base, reduciendo al mínimo el vínculo con el oro a fin de poder adecuar el volumen de crédito a las necesidades ordinarias y extraordinarias. Es cierto que esta reforma bancaria debería ir precedida de un debate público en profundidad. La reorganización del presupuesto, en el sentido de una mayor transparencia, es en el fondo de menor importancia. Ni siquiera la propuesta de cambiar el sistema impositivo inglés, completamente anticuado, inspirándose en parte en el modelo continental, es un cambio fundamental.[5]

El punto de partida de *la verdadera reforma económica* es el insatisfactorio estado de la economía inglesa. Las causas principales serían: el atraso del aparato industrial al completo, en especial del espíritu empresarial en sí mismo. En segundo lugar, las obsoletas condiciones laborales. En conclusión, la crisis económica inglesa solo puede superarse mediante una profunda reestructuración del sistema económico y social del país en el sentido de una mayor eficiencia y de una mayor justicia.

En general, aunque no se dice explícitamente, el programa se mantiene con sus dos pies firmes sobre el terreno de la *propiedad privada*. Sin embargo, existe la voluntad no solo de reconocer los límites de la función económica de la propiedad privada, sino también de avanzar más allá de estos límites con nuevos medios. Además, *la corporación pública* (*public concern*) ya no actúa como una excepción o una actuación de emergencia, sino que adquiere

4. Una ley de 1914 permitió al Tesoro británico la emisión especial de billetes de diez chelines y de una libra (*currency notes*) junto con los billetes bancarios habituales (*banknotes*). La fusión entre ambos tipos de billetes se llevó a cabo, efectivamente, el 2 de julio de 1928.
5. La Ley de Gobiernos Locales de 1929 atribuirá al Gobierno central muchas competencias desarrolladas previamente por entidades administrativas menores, aboliendo, al mismo tiempo, un gran número de impuestos locales.

un ámbito específico junto a la empresa privada, en igualdad de derechos.

> *Cuando obras de gran importancia nacional requieren grandes sumas de capital, pero se puede fracasar en el intento de atraer a empresas privadas en la medida adecuada, quizá como consecuencia de la necesidad de limitar los beneficios, o cuando las condiciones de monopolio convierten en peligrosa a la libre iniciativa privada, o cuando el accionista privado ha dejado de cumplir una función útil, entonces se le debe hacer sitio a lo que hemos denominado la corporación pública.*[6]

En este sentido, también debe hacerse una distinción entre las sociedades por acciones, en función, por una parte, de si están o no bajo el control efectivo de sus accionistas, y por otra, de si la competencia de las nuevas empresas puede o no seguir siendo efectiva contra ellas. Donde el accionista no tenga ya un control efectivo o exista un monopolio de hecho, será necesaria una *reforma radical de la Ley de Sociedades Anónimas*. «Hacemos propuestas de largo alcance y drásticas [...] para asegurar la publicidad efectiva de las cuentas en el caso de las sociedades anónimas», dice el informe.[7] Las propuestas atañen también a los sueldos de los directivos, sus indemnizaciones por despido, sus pensiones, etcétera.

Todavía más importante parece la posición sobre las *empresas monopolísticas*:

> *La instintiva desconfianza pública respecto de los monopolios está bien fundada, porque es la competencia la que ha transmitido al consumo público, en forma de precios bajos, los resultados del progreso industrial y económico. Sin embargo, hoy es inútil intentar restaurar las antiguas condiciones de la competencia, que suponían muy a menudo un enorme esfuerzo e impedían la plena explotación de la producción a gran escala. En las condiciones modernas es inevitable, en un creciente número de industrias, un cierto grado de monopolio, e incluso, a veces, deseable en interés de la eficiencia. La progresión desde empresas individuales puramente privadas hacia la corporación pública es gradual. Tenemos que encontrar un hueco para corporaciones privadas semimonopolísticas a gran escala. Un monopolio, mantenido en jaque por su vulnerabilidad frente a una acción concertada de los consumidores, puede servir al bien público y ofrecer muchas ventajas de la libre competencia simultáneamente a la mayor productividad debida a la concentración. Pero la publicidad es una condición necesaria para el correcto uso por el consumidor de su última arma, el boicot.*
>
> *Por tanto, recomendamos que las grandes compañías públicas que controlen más de un 50% de un producto en Gran Bretaña deberían registrarse como corporaciones públicas y deberían estar sujetas a disposiciones publicitarias especialmente estrictas. a) Deberían estar sujetas a inspecciones por parte de la Cámara de Comercio, teniendo poder esta para denunciar. b) En caso de que salieran a la luz abusos, debería seguirse el procedimiento de investigación y control recomendado por el comité de* trust*, incluyendo el establecimiento de un tribunal específico.*[8]

Pero por otra parte, sin embargo, las *asociaciones económicas* deberían estar autorizadas, bajo ciertas condiciones y garantías, a someter obligatoriamente a las pequeñas minorías reacias a sus decisiones. La autorización sería dada en el caso de que dichas asociaciones supongan más del 50% de una industria y cumplan

6. *Britain's Industrial Future...*, *op. cit.*, p. 456.
7. En el informe se lee «We make far-reaching and drastic proposals [...] for securing the effective publicity of accounts in the case of all Public Companies» (p. 458), pero Polanyi escribe al citar el mismo: «Wir machen tiefgreifende und drastische vorschläge zur sicherung der effektiven öffentlichkeit der verrechnungen solcher aktiengesellschaften», que se traduciría como «Hacemos propuestas profundas y drásticas para garantizar la publicidad efectiva de las transacciones de estas sociedades anónimas».
8. *Britain's Industrial Future...*, *op. cit.*, p. 459.

unas disposiciones estrictas, todavía por determinar, en materia de control público, publicidad, estadísticas, etc.

La posición del informe sobre cuestiones como el *control de las inversiones de capital y de los movimientos de capitales* es totalmente herética desde el punto de vista de la libertad económica ideal. Se defiende con firmeza la prioridad de las necesidades internas de capital frente a las inversiones de capital en el extranjero, incluido el Imperio británico. El desarrollo y la expansión de los medios de transporte nacionales, de las empresas municipales, de la industria nacional de la construcción, de la mecanización agrícola deben ser considerados como el compromiso prioritario para el ahorro nacional, y solo se invertirá en el extranjero el superávit real de capital. Es un error suponer que la riqueza nacional se va a promover mejor si los frutos del ahorro británico se utilizan para embellecer Río de Janeiro en lugar de para eliminar los barrios pobres de Londres o construir autopistas en el centro de Reino Unido. Es cierto que este punto de vista, por el que hasta ahora no se habían inclinado en Reino Unido más que los conservadores proteccionistas, solo se manifestará concretamente en un primer momento en la inversión de fondos estatales y en una cierta influencia del Tesoro en el mercado de capitales.

En este marco, el programa agrícola y el programa sobre minería y electricidad de los liberales también tienen otro aspecto diferente. Se están convirtiendo en un esfuerzo importante que ya hoy podría ser capaz de aportar una *cierta planificación en la utilización del total de las fuerzas productivas nacionales*.

La reforma de las condiciones y relaciones laborales, el *programa social* propiamente dicho, deberá ser objeto de un informe separado.

LOS REFORMADORES SOCIALES LIBERALES EN REINO UNIDO[1]

El punto de partida del nuevo programa de los liberales británicos es el siguiente: es hora de una reforma social radical ya que la eliminación de la persistente crisis económica no es posible de otra manera. Y la sección sobre el por qué aumenta el malestar social se inicia diciendo: «La existencia de un descontento generalizado entre los trabajadores es una de las causas de la ineficiencia industrial y un obstáculo para la prosperidad».[2]

El contexto utilitarista es británico, pero la formulación se corresponde con el espíritu de la época: la cuestión es la insatisfacción subjetiva, no la condición objetiva. La *economía* política había separado a la clase obrera y a la clase empresarial; la *psicología* política debía reconciliarlas de nuevo. El reformismo de Henri de Man[3] quiere superar a Marx, entre otras cosas, en el sentido de la doctrina del sentimiento de inferioridad de la clase obrera; en el sentido de una orientación teórica afín, J. M. Keynes

1. «Liberale sozialreformer in England», *Der Österreichische Volkswirt*, vol. XX, n.º 22, 25 de febrero de 1928, pp. 597-600. El texto está reproducido en KPA: Con_03_Fol_12, páginas 78-81.
2. En la medida en que este artículo es una ampliación del anterior, Polanyi está comentado el mismo informe ya mencionado: *Britain's Industrial Future*..., *op. cit.*, p. 464. En la medida de lo posible, volveremos a traducir las citas que Polanyi traduce al alemán, directamente desde el original inglés.
3. Henri de Man (1885-1953). Político socialdemócrata belga. Su deriva revisionista lo llevó a acabar apoyando la ocupación alemana de Bélgica.

y sir Josiah Stamp[4] corrigen a sus Smith y Ricardo, y a sus Marshall y Clark, e incluso al liberalismo de un Ludwig von Mises. En el marco de una importante discusión en el otoño de 1926, Stamp dijo esta frase en un discurso: «No es convincente la inferencia socialista que equipara una injusticia social en sí misma con un mal económico». Pero lo mismo se aplica a la conclusión opuesta: puesto que una injusticia social también puede ser útil para los trabajadores, también estaría justificada económicamente. Así pues, se concluye que el trabajador no tendría básicamente ningún derecho a mostrarse descontento y contrariado con un sistema que le era básicamente útil y en el que la apariencia de injusticia social se basaba en una mera presunción. Mientras no se pueda pasar por alto el *hecho*, decisivo también económicamente, de que está descontento e irritado. El pragmatismo psicológico está penetrando en la política social. No son las cuestiones materiales, las del salario o de la jornada de trabajo, las que están en el primer plano del programa liberal, sino las del poder, del «control», del derecho de los trabajadores a la corresponsabilidad. También esto es el signo de los tiempos. De los comunistas y reformistas a los jóvenes demócratas liberales, todos parecen considerar cada vez más claramente esta área, el ámbito del poder y de la libertad, como el verdadero campo de batalla entre el capital y el trabajo. En la economía de intercambio puro, en el capitalismo utópico, en la «sociedad» de Ferdinand Tönnies, rige solamente el «contractus»; su contenido es el *cash-nexus*: salario contra fuerza de trabajo. En cambio, en la «comunidad», tanto la futura como la

4. Sir Josiah Stamp (1880-1941). Industrial, economista y banquero inglés que llegó a ocupar el cargo de director del Banco de Inglaterra. Es muy famosa la frase que se le atribuye, al parecer en una conversación informal en la Universidad de Texas a mediados de los años veinte, en la que declaró: «La banca fue concebida en la iniquidad y nació en pecado. Los banqueros poseen la tierra. Arrebatémosela pero dejémosles el poder de crear dinero y de un plumazo crearán suficientes depósitos como para comprarla otra vez. Sin embargo, quitadles el poder de crear dinero y todas las grandes fortunas como la mía desaparecerán, y deberán desaparecer, pues este sería un mundo más feliz y mejor para vivir en él. Pero, si queréis permanecer esclavos de los banqueros y pagar el coste de vuestra propia esclavitud, dejadles continuar creando dinero».

primitiva, rige el «estatus»; su contenido sustancial no es el dinero o el valor monetario, sino el poder, el rango, la responsabilidad, la libertad, en definitiva, la realidad de los valores sociales y espirituales de la vida. Como el programa económico liberal[5] es un intento de integrar de manera estable la economía *común* en la constitución de la *sociedad*, siempre sobre la base de la propiedad privada, la reforma social, que busca la integración, pretende elevar el trabajo asalariado de mera relación contractual a un estado garantizado jurídicamente y lleno de valores sociales, pero sin abolir la propiedad privada de los medios de producción. Los reformistas laboristas y los jóvenes reformistas social-liberales van por el mismo camino.

Pero las intenciones no bastan, ni siquiera para los programas. Para tratar las cuestiones concretas, los autores se plantean casi todo lo que las últimas décadas han ofrecido en términos de intentos concretos de soluciones.

Sobre la desigualdad de la propiedad: «La distribución de la propiedad existente en Reino Unido o el capital en este país es tan groseramente desigual como para constituir por ella misma un peligro social».[6] Un reequilibrio a través de los impuestos ha demostrado ser factible, pero tiene más que ver con los ingresos que con la propiedad; sin embargo, ha favorecido al pequeño ahorro, pero no hasta el punto de que la disminución de la actividad inversora de los ricos lo haya compensado. «Una modificación decidida de las normas jurídicas que reglan los testamentos y las sucesiones podrían contribuir de manera óptima a la solución del problema de la injusticia patrimonial», pero «no hacemos ninguna propuesta exhaustiva al respecto, porque esto no forma parte estrictamente de la política industrial».[7] Stamp, paladín de la reforma de la Ley de Sucesiones y director general y presidente de la compañía ferroviaria más grande del país, parece haberse quedado a la mitad de sus propias ideas. Los autores hacen especial

5. Karl Polanyi, «Liberale wirtschaftsreformen in England», *Der Österreichische Volkswirt, op. cit.*, pp. 544-545.
6. *Britain's Industrial Future..., op. cit.*, p. 473.
7. *Ibid.*, p. 247.

hincapié en la distribución del capital de *nueva formación*, que actualmente proviene en parte de las reservas constituidas acumulando beneficios, y en parte del ahorro privado que afluye a la industria. El consejo económico que se crearía tendría que funcionar de tal manera que la acumulación de capital de las empresas no se llevara a cabo exclusivamente en beneficio de los antiguos accionistas, sino que se distribuyeran acciones de ahorro también a los trabajadores de la empresa, atendiendo a los excedentes en los balances. Se propicia así un estímulo al sistema de pequeños accionistas mediante garantías legales para los ahorradores que quieran comprar acciones a plazos, especialmente si se trata de acciones de sociedades financieras. Para animar a los pequeños ahorradores a utilizar los bancos, se requiere la libertad de firmar cheques nominales por pequeños importes, etcétera.

Pero, ¿de dónde debería provenir el capital ahorrado por los trabajadores? «El mantenimiento de los niveles salariales en el máximo posible es el interés común de la comunidad, de los trabajadores y de los empresarios.»[8] Así que, según el modelo estadounidense, formación de capital a partir de los salarios ahorrados. Por otra parte, sin embargo, los sindicatos no deberán promover luchas para obtener salarios más elevados de lo que permita la productividad del trabajo. La clase obrera «tiene mucho más que ganar trabajando mediante la cooperación [con el empresario] que mediante el conflicto».[9] Es cierto que existen dos requisitos previos para la cooperación: 1. Una visión completa de la situación financiera para asegurarse de que se paguen los salarios más altos y que el capital reciba efectivamente solo su parte. 2. Un sistema salarial que se perciba como justo.

Un *sistema salarial justo* debe prever tres cosas: 1. Un salario mínimo, por debajo del cual no puede quedar nadie; 2. Un salario estándar que se corresponda con las capacidades y esfuerzos del trabajador; 3. Una cantidad variable que dependería del éxito de la empresa, de sus resultados comerciales (participación de beneficios, *profit-sharing*). El salario mínimo debería ser obligatorio para todos

8. *Ibid.*, p. 466.
9. *Id.*

los sectores; cada ramo industrial concreto decidiría si introduce también subsidios familiares, por ejemplo, a través de un fondo de compensación; con el tiempo, el salario estándar debería tender también a compensar la «brecha» que existe en Reino Unido entre los niveles salariales de las industrias que compiten en el mercado mundial y las industrias «protegidas», a diferencia del período anterior a la guerra. Pero la propuesta peculiar, «nueva», es la llamada a la generalización de la *participación en los beneficios*. Nueva en el programa de un partido político cuyas propuestas no solo están dirigidas a la amistad entre los seres humanos, sino también a medidas legislativas. El aumento de los ingresos del trabajador y el aumento de la productividad del trabajo —un impacto significativo— deberían considerarse como meros, aunque deseables, efectos secundarios de la participación en los beneficios. Lo principal es algo diferente, aunque de hecho fundamental: «La definición de principios a partir de los cuales es dividida la riqueza creada por una empresa, y asegurar que esos principios sean respetados». Eso implicaría tres cosas: «Que las bases de los planes de participación en los beneficios estén claramente definidas y legalmente aseguradas; que los participantes tengan acceso a la adecuada documentación de las cuestiones financieras; que la libertad de los trabajadores no se vea afectada de ninguna manera». No podría haber un plan adecuado para cada tipo de empresa. Pero «a ciertos tipos de grandes empresas se les debería requerir para adoptar estos planes [de participación de beneficios]»[10] (se piensa evidentemente en primer lugar en las sociedades ferroviarias, de gas y de electricidad). Por lo tanto, la obligación legal del *profit-sharing* no va muy lejos. Quizá los autores tuvieron en cuenta el informe Balfour, cuyo segundo volumen, publicado en la primavera de 1926,[11] nos narra cómo durante el año 1924 se hicieron en total 493 intentos de introducir la participación en los beneficios, pero no más de 242 pasaron la

10. *Ibid.*, p. 467.
11. *Committee on Industry and Trade*, también conocido como el «informe Balfour», por el nombre de su presidente, Arthur Balfour, industrial británico. El objetivo del informe era determinar las causas del declive económico británico tras la Gran Guerra.

prueba. Se entiende también que un periódico decididamente liberal como el *New Statesman* de Londres expresara el siguiente juicio a propósito de los planes de sir Alfred Mond:[12] «En Reino Unido hay unas 250 empresas con participación de beneficios; pero solo una pequeña parte de ellas completan la participación en los beneficios con la *co-partnership* (presencia de los trabajadores en la dirección), y el número total de trabajadores con participación en los beneficios en todas estas empresas ¡es inferior a 200.000! Este sistema, si fuera realmente lo que es para sus seguidores, tendría que haberlo hecho mejor después de un período de prueba de casi cien años».

Los propios autores parecen haber sentido una situación similar con respecto a la *co-partnership*. Se describe expresamente como impracticable, probablemente debido a la aversión de los sindicatos hacia ella. Más bien se considera que el nuevo estatus del trabajador debe basarse en la posición que este ocupe, no en la dirección de la empresa, sino en la propia empresa. A continuación, se presenta una propuesta de introducción general por ley del *sistema de los comités de empresa*, que en lo fundamental reproduce el modelo continental. Esta propuesta implica limitaciones no extrínsecas y muy graves del «control» en el verdadero sentido de la palabra, es decir, del derecho de decisión en cuestiones de disciplina y despidos, así como de intervenir en la dirección de la empresa o, al menos, de la fábrica. El informe rechaza todo esto de la manera más contundente y enérgica. Convendrá pues, para aclarar este punto, reproducir un párrafo al completo:

> *Sus funciones [del comité de empresa] serán fundamentalmente consultivas, excepto que sea necesaria su aprobación para el reglamento de trabajo; en el caso de una falta de acuerdo sobre las reglas, debería haber un arbitraje, si es posible de un organismo negociador del distrito, con un recurso en última instancia al Ministerio de Industria. Todo trabajador debería recibir, impresa o escrita, una declaración de las condiciones de su empleo, incluyendo las causas por las que puede ser despedido. Los reglamentos deberán contener salvaguardas contra los despidos arbitrarios, sin perjuicio de la autoridad última de la dirección, y deberían proporcionar modos adecuados de asegurar que el trabajador despedido tenga posibilidad de presentar su caso ante una instancia superior si ha sido despedido a) por una ofensa moral, o b) por incompetencia; y la seguridad de que se hará al comité algún tipo de consulta antes de que se seleccione a trabajadores para su despido sobre la base de una carencia de trabajo.*[13]

12. Alfred Mond, presidente de Imperial Chemichal Industries, publicó en 1927 el libro *Industry and Politics* (Macmillan & Co., Londres) y, junto con otros influyentes industriales, organizó una conferencia a la que siguió un documento dirigido al Trade Union Congress, confederación sindical de Inglaterra y Gales, para iniciar el diálogo (noviembre de 1927).

Por lo tanto, no se trata de un «control», sino de algo un poco más allá de un comité de empresa consultivo. No es una «fábrica constitucional», pero sí algo sustancialmente diferente de la antigua autocracia capitalista inglesa. Si se tiene en cuenta que el sistema de comités de empresa, del que todavía no existen más que algunas trazas, se desarrolló en Reino Unido en el año 1915 a partir de una revuelta de los trabajadores de Clyde contra el Ministerio de Municiones y contra los sindicatos, y que dicho sistema, denominado con el espantoso nombre de *syndicalism* [anarcosindicalismo], aparecía en los inquietantes años de la posguerra como la encarnación del bolchevismo, parece claro entonces que la propuesta liberal, a primera vista, era de una gran audacia. Pero en relación con la generalización de la participación en los beneficios, todo adquiere un tono diferente. En el informe, el comité de empresa y la participación en los beneficios van de la mano.

Y ahora unas palabras sobre la posición del *sistema sindical*. Dondequiera que se plantee el tema, se rechaza sin reservas una postura antisindical. Si bien también estaba a favor del Partido Liberal el que en la conocida ley sobre los sindicatos de 1927 se limitara la recaudación de contribuciones para los partidos a

13. *Britain's Industrial Future...*, *op. cit.*, pp. 472-473.

través de los sindicatos (*political levy*), los autores del informe se cuidan mucho de apoyar, aunque solo sea indirectamente, esta ley, a la que se opuso resueltamente el Partido Laborista. Sea que se trate de la participación en los beneficios como del desarrollo del sistema de acuerdos, conciliación y arbitraje en materia salarial, se reconoce la existencia y el ámbito de acción de los sindicatos en tanto en cuanto constituyen un interés primordial para los trabajadores. Al igual que el informe Samuel sobre la reforma de la minería, y como la reciente conferencia Mond que convocó a los principales empresarios, también los autores del informe sostienen que, en Reino Unido, cualquier reforma social de buena fe debe basarse sobre el pleno reconocimiento de las actividades sindicales.

La palabra de moda, *cooperación industrial*, contiene en este caso menos fantasiosos sentimientos de armonía que las locuciones parecidas utilizadas en Alemania, pero también en Reino Unido. La diferencia está en el énfasis, pero el énfasis varía. Los «Whitley councils» ingleses,[14] que aparecieron en 1918 como comunidades de trabajo voluntario y paritarias en las industrias individuales, todavía asumen en sus estatutos, por ejemplo en la industria de la construcción, que existe también una cierta *comunidad* de intereses entre el capital y el trabajo. La conferencia Mond de 1927 ya formuló lo contrario: hay también un conflicto de intereses entre ellos. El informe liberal se sitúa, más o menos, en el medio: «Los trabajadores tienen más que ganar con la cooperación que con la

14. Comités Whitley. Reciben este nombre por J. H. Whitley (1866-1935), presidente de la comisión que recomendó establecer estos comités en 1917. Su nombre real sería *joint industrial councils* (comités industriales conjuntos), y haría referencia a comités conjuntos de empresarios y trabajadores en el seno de las empresas para favorecer la resolución de conflictos. Posteriores propuestas del comité presidido por Whitley influyeron en la aprobación de diversas leyes como, por ejemplo, la que en 1918 supuso la ampliación de las *trade boards* a otros sectores industriales. Estas juntas industriales habían surgido a principios de siglo para tratar de mejorar la situación de las industrias con peores salarios, horarios y condiciones laborales en general. Eran comités con una representación paritaria entre empresarios y trabajadores, con la presencia de algún miembro de la Administración. Las disposiciones adoptadas, por ejemplo respecto del salario mínimo, tenían valor legal.

lucha». Pero al igual que en su momento el presidente liberal de la Cámara Baja del Parlamento, Whitley, y hoy el gran industrial Mond y sus amigos, en su mayoría conservadores, el proyecto liberal tampoco deja ninguna duda de que, en última instancia, debe decidir la libre lucha salarial. En Reino Unido, tanto los empresarios como los trabajadores son hostiles al sistema de arbitraje obligatorio. Probado por primera vez en países anglófonos como Nueva Zelanda y algunos estados australianos, ni la obligatoriedad de los acuerdos ni el sistema obligatorio de conciliación y arbitraje han encontrado una buena acogida en Reino Unido. Las juntas industriales actúan solamente en algunos sectores en los que las condiciones de trabajo son especialmente malas, debido al trabajo a domicilio o a la ausencia de organizaciones de los trabajadores. Aunque esto dificulta el trabajo de las organizaciones sindicales al beneficiar a los no organizados, el rendimiento de estas juntas es valorado en general muy favorablemente. Las oficinas para el salario mínimo, introducidas en la minería en el año 1912,[15] siempre han tenido poca importancia. Y aunque las oficinas salariales en la agricultura han estado llevando a cabo actividades similares para los trabajadores agrícolas desde hace algunos años, solo una fracción de ellos está cubierta por la normativa de establecimiento de un salario mínimo a través de estas oficinas. Aparte de los distintos sectores industriales regulados por leyes especiales, como por ejemplo los ferrocarriles (1921), para los que existe un procedimiento especial de negociación salarial, aunque sin prohibición de la huelga, en Reino Unido no existe ningún sistema de carácter general, ni siquiera consuetudinario, para la solución de los conflictos laborales. Innumerables tipos de comités paritarios, diversas agencias gubernamentales para la investigación y la resolución de disputas, incluyendo un tribunal industrial,[16] que solo puede

15. Se trataría, precisamente, de comisiones paritarias del tipo ya mencionado, nombradas por la *trade board* y centradas, fundamentalmente, en la determinación del salario mínimo. Su nombre es el de *joint district boards*, y estas atribuciones les fueron concedidas a estas juntas de distrito por la Ley sobre Salarios Mínimos en las Minas de Carbón (Coal Mines Minimum Wages), aprobada en 1912.
16. Industrial Courts Act (Ley de Tribunales Industriales). La ley fue apro-

intervenir a petición de las partes, sirven para prevenir y resolver huelgas. Sin embargo, según las estadísticas oficiales, de 6.225 huelgas entre los años 1919 y 1925, 4.608 (que afectaron a 6.192.000 trabajadores) se han resuelto mediante negociación directa, 482 (426.000 trabajadores) mediante las instancias de conciliación, y solo 250 huelgas (394.000 trabajadores) por arbitraje, es decir, apenas el 4% de las huelgas con alrededor del 6% de la fuerza laboral. Así mismo, el ya citado movimiento de Whitley para el establecimiento voluntario de comités paritarios permanentes en las empresas individuales —probablemente la iniciativa comunitaria en el ámbito laboral más importante en el Reino Unido moderno— ha decepcionado también las esperanzas que se abrigaban inicialmente, debido a la ausencia de derecho de los comités industriales a declarar vinculantes sus decisiones.

El programa de los liberales esboza las características básicas de toda una maquinaria que, sin restringir el derecho de huelga, está destinada a servir a la paz industrial. El punto central es la creación de un *consejo económico*, que no debe confundirse con el Estado Mayor económico, que es un órgano asesor interno del gabinete, previsto en las secciones económicas y financieras del Estado. El consejo económico, integrado por nueve representantes de los empresarios y de los trabajadores, así como por seis representantes del Gobierno, funcionará junto con el Ministerio de Economía que se creará. Un tercio de los miembros elegidos por tres años se renueva anualmente, pero pueden ser reelegidos. En su ámbito de acción como órgano consultivo y asesor, solo se diferencia ligeramente del modelo alemán y francés. Su rasgo distintivo sería que tendría que informar al Ministerio de Economía «sobre las solicitudes de las *trade boards* y otros organismos para que sus decisiones sean universalmente vinculantes».[17] Entre los

bada el 20 de noviembre de 1919 y en su preámbulo podemos leer: «Una ley para proveer el establecimiento de un tribunal industrial y tribunales de investigación en relación con las controversias laborales, y para hacer otras disposiciones para la solución de tales controversias, y para continuar por un período limitado algunas de las disposiciones de la Ley de Salarios, 1918».

17. *Britain's Industrial Future*..., *op. cit.*, p. 471.

«otros organismos», los primeros son los comités Whitley. El objetivo es hacer que estas instituciones populares sean realmente viables. Al mismo tiempo, sin embargo, estos comités económicos comunitarios permanentes deben renovarse en cuanto a su organización con la participación de miembros neutrales y, en su caso, de representantes de los llamados «terceros» (*third party*), es decir, los representantes del personal técnico y de gestión (una antigua idea a la que se oponen los sindicatos).

En el centro del plan está el derecho de los comités Whitley mejorados a solicitar la obligatoriedad de sus decisiones. Estas serían vinculantes, por supuesto, no en el sentido de que se vería coartada la voluntad de las partes en disputa, sino en el sentido de que las decisiones declaradas vinculantes deberían serlo para todo el sector económico, siempre que las partes las hayan aceptado y deseen también la declaración vinculante para los demás. Esto requeriría que la decisión en cuestión fuera aprobada por la mayoría de los empresarios y la mayoría de los representantes de los trabajadores; que en todo caso sea escuchada cualquier parte interesada por la resolución; que los miembros neutrales hayan tomado parte en la decisión; que las condiciones de trabajo establecidas como vinculantes no supongan una discrepancia sustancial, a favor o en contra de los trabajadores, respecto del nivel habitual. En consecuencia, el alcance de las *trade boards* debería ampliarse. El Ministerio de Economía tendría derecho, sobre la base del informe del consejo económico, a declarar vinculantes los salarios mínimos de las *trade boards*, pudiendo llegar incluso a sancionar penalmente a quien los incumpla; incluso los salarios más altos que los mínimos podrían ser vinculantes, pero su incumplimiento solo sería merecedor de demanda civil.

En el caso de *empresas estratégicas*, se solicitará un sistema de unificación obligatoria con efecto suspensivo (Ley Lemieux), que se corresponde esencialmente con el sistema canadiense de unificación obligatoria. Según la Ley Lemieux de 1907,[18] las huelgas y

18. La Ley Lemieux, por el nombre de su promotor, Rodolphe Lemieux (1866-1937), ministro federal de Justicia en el Gobierno liberal canadiense, se aprobó en la Cámara de los Comunes en el año 1907. La ley

los cierres patronales son ilegales si tienen lugar antes de que finalice el tiempo de espera legal. Para hacer efectiva la prohibición, el programa liberal propone sindicatos obligatorios por ley para los trabajadores de las empresas estratégicas, garantías monetarias elevadas, etcétera. Sin embargo, tampoco sería revocado en este caso el derecho de huelga.

Los representantes más cualificados del Partido Liberal todavía no han aprobado el programa. Tal vez el proyecto, al igual que ocurrió con su predecesor sobre la cuestión agrícola, se modifique sustancialmente. En todo caso, las principales características del programa parecen ser bastante adecuadas para una coalición de laboristas y liberales en caso de una victoria electoral conjunta. En definitiva, se trata de un proyecto importante como contribución intelectual a la cuestión de la reforma social. Se acerca, aunque con cautela, a las verdaderas preguntas.

impone restricciones importantes a los trabajadores en materia del derecho a huelga. Esta queda prohibida antes de, o durante, un período obligatorio de conciliación y arbitraje que debe preceder a la convocatoria de una huelga en ciertos sectores y empresas de servicios públicos. Por el contrario, no obliga a los empresarios a reconocer a las organizaciones sindicales y a negociar con ellas. El movimiento sindical denunció la ley y esta fue declarada inconstitucional en 1925 por invadir competencias provinciales. Tras esta sentencia, solo se aplicará a empresas de jurisdicción federal o en situaciones de emergencia nacional.

ECONOMÍA Y DEMOCRACIA[1]

Un foso se ha abierto entre la economía y la política. Este es, en pocas palabras, el diagnóstico de la época. Economía y política, estas dos formas de la vida social, se han hecho independientes y están en una guerra constante entre sí; se han convertido en las consignas en nombre de las cuales los partidos políticos y las clases económicas expresan sus conflictos de intereses. Derecha e izquierda se enfrentan de tal manera en nombre de la economía y de la democracia que parece ¡como si las dos funciones básicas de la sociedad pudieran ser encarnadas por dos partidos diferentes en el Estado! Sin embargo, tras los eslóganes yace una realidad cruel. La izquierda se aferra a la democracia, y la derecha a la economía. Y es precisamente de esta manera que la disfunción que existe entre economía y política se acaba mostrando como una polaridad catastrófica. En el ámbito de la democracia política se originan fuerzas que afectan a la economía, la perturban y la obstaculizan. La economía responde mediante un asalto generalizado contra la democracia, que se entiende como la encarnación de un antieconomicismo irresponsable e irreal.

1. «Wirtschaft und Demokratie», *Der Österreichische Volkswirt*, vol. XXV, n.º 13-14, 24 de diciembre de 1932, pp. 301-303. Existen traducciones previas al castellano en Karl Polanyi, *Textos escogidos*, *op. cit.*, pp. 197-201, y en Karl Polanyi: *Los límites del mercado. Reflexiones sobre economía, antropología y democracia*, trad. Isidro López, Capitán Swing, Madrid, 2014, pp. 53-57.

No hay en este momento un problema más digno de interés que este para todas las personas de buena voluntad. Una sociedad cuyos sistemas político y económico se contradigan estaría infaliblemente condenada al declive, o al colapso. De hecho, la democracia política ya ha sucumbido en la mayor parte de Europa. En Rusia reina el bolchevismo, la dictadura militar o el fascismo en numerosos estados de Europa oriental, central y meridional. Y el final no está a la vista.

Incluso nosotros, que estamos plenamente arraigados en el terreno intelectual de la democracia, no podemos llamarnos a engaño pues la democracia se enfrenta a una de las pruebas más importantes de su centenaria historia: tras la guerra, economía y democracia, cada una por su lado, están en una crisis abierta. Apenas la economía creía haber superado las crisis del período revolucionario en los países vencidos, cae de nuevo, esta vez sin límites territoriales, en una crisis de una gravedad desconocida hasta el momento. De manera aparentemente independiente, la crisis de la democracia y del parlamentarismo se ha hecho patente en numerosos estados. Solo esto hubiera bastado para empañar el prestigio de la democracia. Pero la potencia del ataque se ha centuplicado por el hecho de que la economía ha hecho responsable, en no poca medida, a la democracia de su propia parálisis. Le ha reprochado no solo los fracasos legislativos, las interminables crisis de gobierno y de las coaliciones o la degeneración del sistema de partidos, sino también la imparable caída de los precios, de la producción y del consumo, o el también imparable aumento de las quiebras y de la miseria de las masas desempleadas.

La acusación planteada por la economía contra la democracia (o, como suele decirse, contra la política) era la siguiente: inflación, subsidios, proteccionismo, sindicalismo, mala gestión monetaria, subvenciones y apoyos costosos e insensatos a empresas particulares, intervenciones estatales de ayuda y saneamiento de algunas ramas de la economía, derechos de aduanas proteccionistas y aumentos excesivos de los salarios y de las cargas sociales. Los gobiernos de izquierdas de los países vencedores han fracasado en la cuestión de la moneda. El nuevo franco, el franco belga, la nueva libra separada del patrón oro y en vías de estabilización y, en realidad, incluso el nuevo marco alemán han surgido de las ruinas de épocas de gobiernos

democráticos progresistas. Herriot[2] y el cártel de la izquierda en Francia,[3] el Gobierno Pouillet-Vandervelde[4] en Bélgica, el segundo gobierno laborista en Reino Unido, la coalición de Weimar en Alemania e incluso, al menos en parte, el gobierno de coalición austríaco en 1920, todos ellos han sido víctimas de la inflación. En países como Reino Unido, donde los sindicatos no están subordinados a los partidos obreros y, por tanto, son ajenos a toda responsabilidad política y practican una política salarial de clase, el mantenimiento (a pesar de la revalorización de la libra) de los salarios nominales, posibilitado por las prestaciones al desempleo, provocó un aumento de los salarios en las ramas de la economía dependientes del mercado mundial. La minería del carbón, la navegación, la construcción naval y la industria del textil han tenido que plegarse a ello. En contrapartida, los empresarios (los más incompetentes, los primeros) se han beneficiado de una prima estatal, la infame subvención al carbón. Este sistema de apoyo estatal a ciertas industrias, a expensas de otras, ha alcanzado su máxima expansión en Alemania (con una motivación, tras el conflicto del Rhur, plenamente política). No existe en Europa ningún país que, produciendo cereales, no ceda a la tentación de políticas agrícolas proteccionistas. El prejuicio político por excelencia de una autarquía a veces imposible y otras veces perjudicial para la comunidad constituye, por otro lado, un importante impulso. Sin duda, la economía en su conjunto pagó por este favorecimiento de elementos particulares de la misma. De ahí ese rasgo a menudo pasado por alto, y particularmente trágico, de la democracia: fue considerada responsable del agravamiento de la crisis general por los mismos círculos económicos que se

2. Édouard Herriot (1872-1957). Político francés, radical socialista, que ocupará distintos cargos como alcalde de Lyon, presidente de la Asamblea Nacional francesa, ministro y presidente del Gobierno en tres ocasiones.
3. Referencia a la alianza gubernamental establecida en Francia entre el Partido Radical-Socialista, presidido por Herriot, la Sección Francesa de la Internacional Obrera (SFIO) y otros pequeños partidos de la izquierda republicana. En dos ocasiones, 1924 y 1932, el cártel ganó las elecciones francesas. En la primera, Herriot ocupó el cargo de primer ministro.
4. Émile Vandervelde (1886-1938). Político socialista belga que formó parte de diversos gobiernos de coalición.

beneficiaron de sus ventajas —por los terratenientes, por los empresarios e incluso por parte de los propios trabajadores—. No cabe duda de que el fascismo se nutrió también de la política económica de la democracia en la medida en que esta pudo resultar decepcionante para los trabajadores. La política, los partidos, los parlamentos se volvieron sospechosos. La democracia cayó en el descrédito. Grandes masas, a izquierda y derecha, se oponían a ellos.

De ahí surge la idea de que, hoy en día, únicamente una nueva cultura de masas fundada sobre la educación económica y política puede salvar a la democracia. Solo eso puede librarla del suicidio. Si fuera posible educar de manera viva y profunda en una nueva cultura económica a los líderes intermedios de las amplias masas —que en sí mismos constituyen ya casi una masa—, no se tomarían gran parte de las medidas que toma la democracia, simplemente porque sus consecuencias no están claras. Lo que está matando a la democracia moderna es la ignorancia de las condiciones y de las leyes fundamentales de la vida económica moderna. El antiguo conocimiento no es aquí suficiente. Porque también son nuevos los problemas. Es nueva la cuestión de la moneda tal y como se le plantea a la generación de posguerra; es nuevo el desempleo masivo; nuevos los intentos de una economía planificada surgida de la guerra; nueva es para toda nuestra generación la experiencia de una revolución industrial en la técnica y en las empresas. Y lo que es totalmente nuevo es la interpenetración incomparablemente estrecha de la economía crediticia mundial. Casi tan nuevos como los problemas serían los conocimientos que habría que aplicarles. La economía política es, en su aplicación a la moneda, a los ciclos económicos, a la crisis, a la racionalización, etc., una ciencia casi totalmente nueva (sus obras principales se producen en la posguerra). ¡Y los nuevos conocimientos no son todavía una nueva cultura! El conocimiento solo se convierte en cultura cuando contribuye a abrirles a las masas el sentido del trabajo, de la vida y de lo cotidiano.

Aquellos que aconsejan más cultura para la democracia caen fácilmente en la trampa de enfrentar a la economía contra la política. Pues bien, en este punto hay que decir, clara e inequívocamente, que la educación política está hoy casi tan ausente de la economía como la educación económica lo está de la política.

¡Cuántas veces en el curso de los diez últimos años no se le habrá dado prioridad a la economía sobre la política! En todos los casos, fracasó. Más aún. Los líderes económicos han resultado ser casi tan ignorantes en asuntos económicos como los políticos, pero ni siquiera entendían los elementos de la política. Cuántas veces se ha engañado al mundo con falsas promesas, desde los primeros acuerdos privados de suministros de materiales, desde la creación de la comunidad internacional del acero por parte del grupo de concertación luxemburgués del difunto Mayrisch,[5] desde el acuerdo de la potasa de Arnold Rechberg,[6] desde eso que se ha llamado la comercialización y la movilización de reparaciones, hasta los proyectos del cártel de Loucher[7] y que pretendían ser la supuesta solución al problema económico franco-alemán. O en la economía mundial: basta pensar en la Conferencia de Génova[8] en la que los petroleros pretendían, ante la admiración general, resolver la cuestión rusa mediante la creación de una sociedad anónima con un capital de veinticinco millones de libras; o en la admiración generada por la contribución de Morgan al problema mundial del crédito mediante la creación de un banco de compensación internacional; o en las innumerables conferencias internacionales, o, por fin, en el fracaso de casi todas las directivas bancarias ante el problema de los préstamos a corto plazo, ¡tanto en el caso de los prestamistas como en el de los prestatarios! En verdad, con la excepción de algunos efímeros méritos de Morgan con el armisticio financiero

5. Émile Mayrisch (1862-1928). Industrial luxemburgués, fue el impulsor de la Entente Internacional del Acero (EIA), creada el 30 de septiembre de 1926. Se trataba de un cártel que establecía las cuotas de producción de los países pertenecientes: Luxemburgo, Alemania, Francia y Bélgica. Mayrisch fue nombrado primer presidente de la EIA.
6. Arnold Rechberg (1879-1947). Industrial alemán, amigo de Hitler y financiador del partido nazi alemán.
7. Louis Loucheur (1872-1931). Político francés vinculado a la industria armamentística. Ocupó distintas carteras ministeriales desde 1917 hasta su muerte.
8. Conferencia Económica y Financiera de Génova. Tuvo lugar entre el 10 de abril y el 19 de mayo de 1922. Tomaron parte treinta y cuatro naciones. A pesar de las grandes expectativas generadas por una conferencia de esas proporciones, sus resultados fueron muy escasos, hasta el punto de que ha sido generalmente considerada como un fracaso.

denominado como Plan Dawes,[9] todo lo que han emprendido los círculos económicos para tratar de resolver las cuestiones políticas ha demostrado ser inútil. El problema no son los Stinnes y Kreuger,[10] sino los Thyssen y Locheur, los Hoover[11] y Ford.

El hecho de que los líderes económicos ni siquiera tuvieran la menor formación en economía aumentó hasta la paradoja esta comedia de las aberraciones. No era solo en política, sino que también en su propio campo les faltaba el conocimiento de las conexiones, la visión de conjunto. Con la ayuda de una política inflacionista por parte de los bancos centrales, se hicieron inversiones excesivas que tuvieron luego que ser aseguradas en términos de ganancias mediante la introducción de elevadas tarifas proteccionistas. Primero en Alemania, después en Francia, hoy en Reino Unido, el proteccionismo y el intervencionismo estatal están en auge. Es cierto que los regalos de la democracia a los empresarios no han sido sino la compensación por las consecuencias de las intervenciones en la política social. Esta desafortunada alianza, a menudo solo medio consciente, entre los intereses de la izquierda y de la derecha, es la que más serios perjuicios ocasionó a la reputación de la democracia, sobre todo en Alemania.

Sin embargo, la autoridad perdida por la democracia no incrementó en ella la influencia de los líderes empresariales. Ese fue su mayor fracaso. En lugar de enseñarle responsabilidad económica a la democracia, la han sacrificado. En muchos estados en los que el parlamentarismo y la democracia eran una institución relativamente nueva, en Alemania, en Italia, en Polonia, en casi toda la

9. Plan firmado el 9 de abril de 1924, mediante el cual se pretendía compatibilizar el pago por parte de Alemania de las compensaciones de guerra establecidas en el Tratado de Versalles a los países vencedores, pero garantizando, en lo posible, la estabilización económica y financiera de Alemania.
10. Ivar Kreuger (1880-1932). Industrial sueco que llegó a controlar casi las tres cuartas partes de la fabricación mundial de cerillas. En consecuencia, se le conocerá como «el rey de las cerillas».
11. Cabe pensar que Polanyi se refiere aquí a William Henry «Boss» Hoover (1849-1932) y a su hijo Herbert William Hoover (1877-1954), fundadores de la empresa Hoover, que controló el mercado de aspiradoras durante muchos años hasta el punto de que, en los países anglosajones, «hoover» era la palabra utilizada para referirse a dicho electrodoméstico.

Europa oriental, la economía se alejó de la democracia y de los derechos populares. En la posguerra, los trabajadores han ofrecido una mayor resistencia intelectual y moral que la burguesía a la idea de dictadura. Con una frivolidad que sería impensable en los países anglosajones, aunque solo fuera por el anclaje ideológico de la democracia en un sustrato religioso de origen puritano, esta fue abandonada como si se tratara de una cuestión puramente formal, y no de la más alta expresión de conciencia moral en el ámbito del Estado moderno. Para el inglés, *free trade* no significa solo «libre comercio» en el sentido que tiene en el continente, sino que también supone la paz, la libertad y los derechos de las personas. Nada ha revelado tanto la falta de una verdadera cultura política en las zonas especialmente aisladas de la Europa occidental, o que van a la zaga en términos temporales respecto a ella, como este desconocimiento de las relaciones más elementales.

Y en el ámbito político ocurre lo mismo que en el económico: las ciencias políticas se han enriquecido con algunos capítulos importantes a lo largo de la posguerra. También aquí los problemas son nuevos: el asombroso fracaso de la representación proporcional en forma de listas cerradas; las razones y los límites de la inclusión de la representación de los intereses profesionales en el sistema constitucional; la importancia de la idea del referéndum popular para mantener saludable la democracia parlamentaria; y muchas otras cosas más. Y, sobre todo, el capítulo decisivo, el fascismo.

En nuestra época, nos enfrentamos a una nueva forma de ejercicio de la ciencia. La tecnología moderna y los nuevos medios de transporte han complicado hasta tal punto la división del trabajo en el seno de las economías nacionales que se ha perdido toda visión general de la posición del individuo. Esta es, también, la razón más profunda del foso que separa democracia y economía. El hecho de que, a menudo, sea la misma persona la que se enfrenta a sí misma por motivos políticos y económicos le permanece oculto al individuo: de ahí las decepciones que le quitan todo el crédito a la democracia. En el espejo de la ciencia, el individuo se volvería asombrosamente consciente de cómo, presente al mismo tiempo en ambos lados, en la política y en la economía, a menudo

no hace otra cosa más que luchar de manera absurda contra sí mismo. Se sorprendería de ver cómo la ciencia despierta en él responsabilidades en situaciones desconocidas previamente. Cuanto más rica, profunda y diversa sea la estructura de la democracia, más real será esta responsabilidad. Pero todo eso se transfiere ya al ámbito de la ideología, un ámbito que va más allá de la ciencia. No es necesario penetrar en ella para afirmar con firmeza y claridad la tarea de la educación política en nuestra época: conducir a la democracia hacia su madurez a través del conocimiento y el sentido de la propia responsabilidad.

LA INFLACIÓN MUNDIAL[1]

La «pequeña» conferencia económica mundial convocada en Washington es el preludio de la conferencia «grande» de Londres.[2] Así, antes de llegar a Londres, los representantes de británicos y estadounidenses deberían haber superado el primer fragor de la batalla. La primera quiere una reducción de la deuda, los segundos quieren la reconstrucción económica, pero, sobre todo, la estabilización de la libra esterlina, algo que tarde o temprano también será inevitable para Reino Unido. Pero la fuerza de los ingleses en esta lucha aparentemente desigual reside en el hecho de que pueden llegar incluso a la anulación de la Conferencia Económica Mundial de Londres. Aunque MacDonald[3] haya sido elegido como su presidente, no es su conferencia. Teniendo ya una moneda fluctuante

1. «Weltinflationismus», *Der Österreichische Volkswirt,* vol. XXV, n.º 29, abril de 1933, pp. 677-679. El documento se localiza en KPA: Con_03_Fol_13, página 71. Encontramos aquí la reproducción del artículo publicado originalmente en la fecha indicada. Una versión mucho más fácil de leer puede consultarse en Karl Polanyi: *Chronik der großen Transformation. Artikel und Aufsätze (1920-1945)*, vol. 1, Metropolis, Marburg, 2002, pp. 155-162.
2. El 6 de abril Roosevelt invitó oficialmente a los primeros ministros británico y francés a reunirse en Washington para llevar a cabo conversaciones preliminares al respecto de la Conferencia Económica Mundial que debía desarrollarse en Londres y cuya fecha de inicio prevista era el 12 de junio. Las conversaciones de Washington se iniciaron el 23 de abril con el encuentro entre Roosevelt y MacDonald.
3. Ramsay MacDonald. Primer ministro británico entre 1929 y 1935.

no considerarían como algo excesivamente peligroso un aplazamiento unilateral del pago de la deuda de guerra; por otra parte, como les gusta decir, puede constatarse que el valor de la libra esterlina es más estable que el del oro, ya que, en contraste con la nueva caída de los precios en el mercado mundial, la situación de los precios en Reino Unido se ha mantenido relativamente estable.

La libra es más estable que el oro. Esta breve frase expresa, por así decirlo, toda una concepción del mundo respecto de la política monetaria que desde la devaluación de la libra ha ido ganando más y más influencia en las maneras de pensar. Es el espíritu del inflacionismo. En una conferencia económica mundial, siguiendo su propia tendencia interna, se convertiría en inflacionismo mundial.

El hecho de que hoy ya se haya reconocido este peligro es la verdadera debilidad de los ingleses. El informe de los expertos para la Conferencia Económica Mundial, que se presentó en enero y que probablemente todos conservan todavía en la memoria,[4] significa para ellos la derrota en una importante batalla.

La batalla preliminar en Ginebra de la Conferencia Económica Mundial

Los expertos de la Conferencia Económica Mundial desconfían de las panaceas y de las medidas parciales aisladas. Rechazan los métodos que solo parecen aliviar la crisis a costa de retrasarla y agravarla después. En otras palabras: nada de inflación, nada de programas de creación de empleo, nada de mantenimiento artificial de los precios, ningún acuerdo forzoso. Pero ¿entonces qué? A continuación, intentaremos desentrañar lo que los expertos, haciendo justicia a la interdependencia de los problemas, han entretejido. Porque no será difícil para el lector atento descubrir las prioridades reales que los autores

4. Para preparar la Conferencia de Londres, que fue planteada durante la Conferencia de Lausana celebrada entre enero y julio de 1932, se nombró una comisión que comenzó sus trabajos en noviembre de 1932 y enero de 1933. El 20 de enero se presentó una propuesta de orden del día para la reunión de Londres y algunas sugerencias de los expertos.

tienen en mente: antes de la Conferencia Económica Mundial debe estar resuelta la cuestión de las reparaciones y las deudas de guerra. Para la recuperación económica es también indispensable una previa relajación de las tensiones políticas mundiales. Aparte de estas auténticas condiciones previas, la reconstrucción debe comenzar con la política aduanera y comercial, ya que solo aquí es realmente posible un esfuerzo intergubernamental consciente. Hay que desmantelar, sobre todo, las prohibiciones de importación y exportación y otros obstáculos al intercambio de mercancías. Sin el libre intercambio internacional de mercancías no puede existir un sistema monetario internacional. Sin embargo, el libre intercambio de mercancías también requiere el levantamiento de las restricciones cambiarias. En muchos países esto no será posible mientras no se hayan establecido acuerdos sobre el reembolso de los créditos a corto plazo y el servicio de los créditos externos a largo plazo: en estos países, es necesaria una depreciación de la deuda para equilibrar el presupuesto nacional y la economía en su conjunto. Es decir, una consolidación de la deuda a corto plazo, y la garantía de la concesión de nuevos préstamos a largo plazo. En la situación actual, sin embargo, no se puede confiar en el funcionamiento autónomo del mercado internacional de capitales; la ayuda podría tardar demasiado en llegar. La estabilización de las monedas de estos países debe ser promovida a través de un decidido trabajo de organización de los gobiernos de los estados financieramente fuertes. La reactivación del comercio mundial garantizaría entonces el aumento de los precios de las materias primas, cuya base estaría asegurada por la incipiente reactivación económica. En tales circunstancias, incluso el sostenimiento de los precios de mercancías particulares, como el precio del trigo, mediante restricciones a la producción, podría ser inocuo si se llevara a cabo sin una valorización inflacionista. Como culminación de la reconstrucción de la economía mundial se plantea el restablecimiento del sistema monetario internacional mediante un retorno gradual y paulatino al patrón oro. El representante oficial de Reino Unido en el comité de expertos luchó en vano contra la recomendación de volver al oro.

También es defendida, principalmente por el Gobierno inglés, la tesis inflacionista de la necesidad de aumentar los precios

de las materias primas. El ministro de Hacienda, Neville Chamberlain, no ha dejado nunca de mencionar ese aumento como condición previa para el retorno británico al oro. El informe de los expertos no podía pasar por alto este aspecto; pero, sin embargo, no se dejó presionar para avanzar hacia el peligroso camino de asistir a una subida general de los precios de los productos básicos. El informe señala que la caída sin precedentes de los precios de las materias primas ha creado un desequilibrio cada vez mayor entre los costes de producción y los precios de venta; que, en consecuencia, se ve dificultada la solvencia de los países productores de materias primas endeudados; que una cierta recuperación de los precios de las materias primas constituiría un primer signo de mejora de la economía mundial; que deberíamos preguntarnos con qué medios hay que luchar contra esta caída de los precios; que deberíamos valorar la posibilidad de mejorar los precios de algunos productos agrícolas básicos, cuyas existencias presionan el mercado mundial, controlando y organizando la exportación y la producción, especialmente de los cereales. ¡Tantas fórmulas! ¡Tantas evasivas a la petición de un aumento general de los precios de los productos básicos! A pesar de todas las aparentes concesiones, en ningún lugar se ha hecho una concesión significativa, en ningún lugar se ha asumido que tal aumento de precios sería deseable, ni siquiera que sería posible sin una disminución general de la moneda. Más bien, se completa esta consideración con el importante añadido de que: «Cualquier aumento de los precios obtenido por estos medios solo podría resultar permanente si el comercio mundial volviera a aumentar de forma generalizada, lo que a su vez está condicionado a la superación de los obstáculos actuales y al restablecimiento de la confianza financiera». Confianza financiera: lo que significa que ni siquiera las revalorizaciones parciales limitadas de los productos básicos, como el grano, pueden considerarse permanentes si se han comprado por medios que no merecen confianza financiera, como serían los inflacionarios. Los expertos de Ginebra no estuvieron de acuerdo con la principal exigencia de Reino Unido de un aumento de los precios de las materias primas como condición previa para volver al oro.

Aumento de los precios de las materias primas, pero en oro

Esto reduce el peligro de que la lucha británica por el alivio de las deudas de guerra diera un nuevo impulso a programas inflacionistas. De las tres exigencias planteadas por Reino Unido como precondición para el retorno al oro, solo tiene sentido *el alivio de las deudas de guerra*. Los otros dos son poco más que meros eslóganes, cuando no productos de una cierta irritación. El primero es: garantías internacionales respecto del mantenimiento en el futuro de las «reglas del juego» del patrón oro. Esto parece significar que existen tales reglas, cuyo cumplimiento o incumplimiento queda a la discreción de los gobiernos o de los gobernadores de los bancos centrales; y que, en segundo lugar, las crisis monetarias han surgido del mero incumplimiento de dichas reglas. Pero ninguna de las dos consideraciones tiene fundamento. Es gratificante constatar que esto también lo admite ahora el propio Keynes, el cual podría ser considerado casi como el creador de la leyenda de las reglas del juego. Al menos el propio Keynes ha manifestado recientemente el hecho de que «la alta autoridad real hace depender el retorno de Reino Unido al oro de condiciones que ella misma debería saber que son irrealizables».[5] En estas condiciones no pretende incluir ni la reducción de la deuda, ni el aumento de los precios de las materias primas. Esta tercera y última condición previa del Gobierno inglés ¡la exige el propio Keynes con todas sus fuerzas en el mismo contexto! Esto solo puede mantenerse como la «regla del juego» mencionada anteriormente, sobre la cual, por cierto, el Gobierno de Londres habla cada vez menos últimamente.

Así pues, deberá hablarse más sobre la «subida de los precios de las materias primas», al servicio de la cual se van a utilizar los «certificados de oro» internacionales por un valor de cinco mil millones de dólares propuestos por Keynes y que, por cierto, quiere

5. John Maynard Keynes: «The means of prosperity», en *The Colleted Writings of John Maynard Keynes*, vol. XI, Macmillan & Co., Londres, 1972, p. 362. La frase de Keynes sería: «The orthodox authorities of this country are laying down conditions for our return to gold which they must know to be impossible of fulfilment».

dedicar a la creación de empleo y a otros muchos fines.[6] Si se quiere llegar al fondo del ambiguo eslogan de la «subida de los precios de las materias primas», se debe elegir un punto de referencia muy concreto, porque los precios son siempre algo relativo. Por lo tanto, elijamos Reino Unido como punto de referencia, incluso con su actual papel moneda fluctuante. Queda entonces inmediatamente claro que el aumento de los precios de las materias primas solo puede significar *en oro*, porque solo de esta manera se podría incrementar el poder adquisitivo de los clientes de Reino Unido y la solvencia de sus deudores en los países productores de materias primas. Esto excluye cualquier aumento del precio de las materias primas que no supusiera un aumento en oro, sino solo en la devaluada moneda nacional. Porque el aumento de los precios en papel moneda sometido a inflación no incrementa el poder adquisitivo de los compradores extranjeros, ni la solvencia de los deudores que tienen que pagar en moneda extranjera. Sin duda, es posible aumentar los precios de las materias primas sin reducir el valor del dinero en el extranjero. Lo experimentamos en cada ciclo económico. También es bastante concebible que se pueda producir por medios económicos y financieros. ¿Quién duda, por ejemplo, de que una condonación de la deuda de origen político o una reducción de los derechos de aduana podrían contribuir a elevar los precios de las materias primas, si de esta manera fuera posible superar el punto más bajo de la depresión? Sin embargo, los instrumentos políticos en materia económica y monetaria pueden plantearse estos aumentos de los precios de materias primas solo dentro de unos estrechos límites. Dentro de los límites establecidos por la condición de que el valor externo del dinero no se vea afectado.

¿Cómo lo hace Keynes?

Aquí hay una grave ambigüedad. Los bonos de cinco mil millones de «certificados de oro» de Keynes se presentan abiertamente al

6. La formulación concreta se encuentra en el capítulo IV del texto de Keynes citado en la nota anterior: «Una propuesta para la Conferencia Económica Mundial».

mundo como un plan inflacionista. Keynes incluso se toma la molestia de demostrar que solo unas medidas inflacionistas pueden tener un efecto estimulante, y no medidas de recaudación de impuestos; esto se le podría conceder fácilmente, aunque sin caer en esperanzas exageradas sobre la duración del efecto estimulante. Pero ¿cómo se supone que una inflación masiva, auténtica, en todo el mundo hará que aumenten los precios del oro? No hace falta malgastar esfuerzos en decir que esto es imposible y que la única consecuencia podría ser una devaluación generalizada del dinero. Pero es precisamente a partir de esto que Keynes quiere hacer creíble la fuerza de su propuesta a quienes no advierten su irremediable debilidad. Dado que no puede haber una devaluación general del dinero de todos y cada uno de los estados frente a todos los demás, Keynes mantiene seriamente que los cinco mil millones de bonos tendrían que ser solicitados por cada uno de los estados.

De esta forma, se conseguiría una subida generalizada de los precios sin que disminuyera el valor exterior de la moneda. Pero, por supuesto, solo de los precios en papel, no de los precios en oro. Y, por supuesto, con el resultado, que ilumina inexorablemente la insensatez de todo el proceso, de que las relaciones de los precios de las mercancías entre unos países y otros permanecerían básicamente inalteradas y, por tanto, ¡nada habría cambiado! Ni la inflación nacional ni la internacional pueden conseguir elevar los precios en oro de las materias primas. Y eso es lo único que importa. Keynes probablemente respondería que se supone que sus certificados en oro son completamente equivalentes al oro y que, por lo tanto, solo una elevación de todos los precios del oro podría provocar su inflación, es decir, precisamente la devaluación deseada del oro. Los que creen en la equivalencia en oro de sus certificados pueden considerar que esto es cierto. Los austríacos, cuyo Gobierno está garantizando conjuntamente el tramo de la emisión que les corresponde de certificados en oro, difícilmente lo harán.

La introducción del nuevo dinero internacional propuesto por Keynes solo tendría en realidad un efecto indirecto sobre el valor del oro: con un aumento de los depósitos mundiales de oro monetario en cinco mil millones, se incrementarían en casi el doble las reservas monetarias mundiales. Como resultado, la demanda de

oro para fines de cobertura podría caer de manera estable, disminuyendo así su valor en relación con todas las demás mercancías. Esto en determinadas circunstancias, la más importante de las cuales sería que los certificados en oro desempeñasen su función de cubrir los billetes al cien por cien. Porque si el plan fracasa, aunque sea parcialmente, sería inevitable una nueva sacudida de las monedas y una nueva lucha por el oro. El experimento keynesiano habría terminado entonces como han terminado todos los intentos de bajar artificialmente el valor del oro, es decir, con un nuevo aumento de su valor y un agravamiento aún mayor de la crisis.

Detrás de la consigna de elevar el precio de las materias primas, encontraríamos cierto fundamento solo si la consideramos como la expresión práctica de la posición ambivalente en la que se encuentra Reino Unido por lo que atañe al estado del papel moneda. No puede atreverse a volver al oro mientras no sepa si los precios de este caerán aún más o no, es decir, si la crisis económica mundial ha terminado finalmente o no. Pero mientras Reino Unido no vuelva al oro, la crisis continúa y los precios del oro no dejarán de caer. El país busca la manera de salir de este círculo vicioso. Sabe muy bien dónde se encuentra esta, solo que no pretende declararlo demasiado pronto. Es la anulación de una parte de sus créditos, la inevitable y enorme reducción de los intereses y del capital. Por esta misma razón, no quiere volver al oro hasta que el importe del descuento sea predecible, pues no puede arriesgarse a un nuevo deslizamiento de la libra. Eso y no otra cosa implica la condición de la elevación previa de los precios de las materias primas. Un comportamiento perfectamente razonable en sí mismo. Por desgracia, se ha convertido en el pretexto favorito de los inflacionistas dentro y fuera de Reino Unido.

El informe Condliffe

La extraordinaria prueba de firmeza en política económica de los expertos en Ginebra tiene su apoyo científico, no suficientemente advertido, en el *Anuario de la Sociedad de Naciones*, en un texto surgido de la pluma del profesor John Bell Condliffe y publicado este

otoño.[7] Sus investigaciones han mostrado la conexión entre la crisis de las materias primas y la inflación de la época de la posguerra con una concisión tal que su influencia seguirá manifestándose durante mucho tiempo. En el capítulo II sobre el «Desarrollo de la crisis económica mundial», se explica con cifras la importancia fundamental que tuvo, para el desarrollo posterior de la crisis, la exportación estadounidense de capital a los países productores de materias primas, la cual comenzó poco después del final de la guerra. La constante afluencia de capitales a los países productores de materias primas se tradujo primero en un aumento artificial de la producción, y luego, de 1927 a 1929, en costosas medidas para mantener altos los precios; estas medidas desaparecieron y los precios cayeron en picado cuando la afluencia de capitales se agotó repentinamente. Hoy se puede considerar probado que la camuflada inflación estadounidense supuso un desastre incluso mucho más allá de las fronteras del país, y se convirtió en la verdadera causa del monstruoso agravamiento de la crisis de las materias primas en los mercados mundiales. Esto demuestra lo acertado del consejo de intentar curar la crisis económica mundial.

7. Condliffe: *La situation économique mondiale. 1931-1932*, Société des Nations, Ginebra, 1932.

AUSTRIA Y ALEMANIA[1]

Los dos principales acontecimientos en la política austríaca durante el pasado año fueron, por una parte, el dejar de lado al Parlamento y el surgimiento de un régimen autoritario, y, por otra, el conflicto con Alemania. Al tratar estos asuntos, será conveniente tener presente el hecho de que el período que se analiza —un año del Gobierno Dollfuss—[2] puede dividirse en dos partes diferentes: la primera, desde el 20 de mayo de 1932 hasta las elecciones del 5 de

1. «Austria and Germany», *International Affairs*, septiembre de 1933, pp. 575-589. Hay una reproducción de la separata de la revista que recoge el artículo en KPA: Con_18_Fol_22.
2. Se refiere a Engelbert Dollfuss, político austríaco conservador de tendencia socialcristiana. Ocupó en 1931 el Ministerio de Agricultura hasta que, tras la crisis de gobierno provocada por el aumento de la influencia nazi y un intento de golpe de Estado por parte de estos, se le ofrece la Cancillería austríaca en mayo de 1932. Amparándose en la parálisis parlamentaria derivada de las exiguas mayorías de los diferentes bloques, disolvió el Parlamento, prohibió el Partido Comunista, luego el Partido Nazi austríaco y posteriormente todos los demás partidos. Dollfuss estableció de esta forma una dictadura dirigida por él mismo. Surge así el denominado «austrofascismo», más próximo a los planteamientos de Mussolini que a los de Hitler. En abril de 1934, hizo aprobar una nueva Constitución que definirá el Estado en la línea del Estado corporativo fascista, tal y como el año anterior había hecho la dictadura fascista de Salazar en Portugal. Tres meses después, el 25 de julio de 1934, y en el marco de un nuevo intento de golpe de Estado por parte de los nazis, un grupo de estos entró en la Cancillería y asesinó a Dollfuss. El «problema austríaco» fue el conflicto más importante que enfrentó a Hitler y Mussolini, hasta el punto de que este amenazó a aquel con la guerra si se cuestionaba la independencia de Austria.

marzo de 1933; la segunda, desde el 5 de marzo hasta el momento presente. Me centraré sobre este segundo período. El conflicto con Alemania causó, en efecto, que la situación interna de Austria, que en el primer período había sido normal aunque tensa, evolucionara hacia una crisis constitucional de primera magnitud.

Cuando, hace poco más de un año, el Gobierno Dollfuss llegó al poder, los acontecimientos en Alemania ya estaban extendiendo su sombra sobre Austria. De hecho, el Gobierno fue formado con la intención de ocuparse de la situación, uno de cuyos rasgos más evidentes fue el éxito de los nazis en Viena en las elecciones municipales del 24 de abril de 1932. El partido gobernante austríaco, el socialcristiano, perdió muchísimos votos a favor de los nazis. En el Ayuntamiento de Viena, dos tercios eran todavía socialdemócratas, pero el otro tercio lo ocupaban ahora dos partidos, los socialcristianos y los nazis.

La nueva situación todavía no parecía requerir métodos nuevos. Aunque la cuestión de la disolución del Parlamento fue cuestionada por la oposición —tanto por los socialdemócratas como por los nazis—, el Partido Socialcristiano, al que pertenece el presidente Miklas,[3] decidió usar técnicas fabianas.[4] La disolución fue rechazada y se formó el Gobierno Dollfuss. Fue, de hecho, el tipo de Gobierno habitual en la Austria de posguerra, un Gobierno prácticamente socialcristiano secundado por un pequeño partido agrario, el Landbund, y apoyado esta vez abiertamente por otro pequeño partido, el Heimatblock, el grupo parlamentario del ejército privado de los fascistas austríacos. En la oposición, como de costumbre, estaban los socialdemócratas, el mayor partido en el Parlamento, junto con los pangermanistas, un partido nacionalista cuyos seguidores eran, fundamentalmente, funcionarios civiles.

3. Wilhelm Miklas, presidente de Austria de 1928 a 1938. Fue criticado por su pasividad ante la deriva fascista de Austria que culminaría con la Anschluss, la anexión de Austria a la Alemania nazi en marzo de 1938.
4. Se refiere a la Sociedad Fabiana, grupo socialista británico que propugnaba avanzar hacia el socialismo, no mediante procesos revolucionarios bruscos y violentos, que rechazaban de plano, sino mediante la aplicación gradual de reformas. Quizá el miembro más conocido del grupo fue el famoso literato George Bernard Shaw.

El Gobierno disponía de una estrecha mayoría, que poco después se redujo a una mayoría de un solo voto, pero podía estar bastante seguro de que, en caso de necesidad, los pangermanistas lo apoyarían en cuestiones sociales y económicas, como sucedió realmente poco después. También los socialdemócratas habían perdido influencia. La reforma de la Constitución llevada a cabo por Schober[5] había reducido las competencias del Parlamento y puesto en manos del presidente de la República el poder de disolverlo, así como el de hacer o deshacer gobiernos. El presidente había sido investido, además, del derecho legal a promulgar decretos en caso de emergencia. Así pues, tras la reforma de Schober, Austria había pasado de ser una república radicalmente parlamentaria a una república presidencialista de carácter constitucional. La influencia del Partido Socialdemócrata en el Ejército y en las fuerzas de policía había ido declinando tras los disturbios del 15 de julio de 1927 en Viena.[6] Por otra parte, las Heimwehr,[7] que tenían que ser consideradas como la fuerza principal de la extrema derecha, se han convertido en un pequeño partido parlamentario, más o menos inocuo, al participar en las elecciones del 9 de noviembre de 1930. Obtuvieron solo 225.000 votos, lo que supone menos del 6% del total. Las elecciones de Viena del 24 de abril de 1932 mostraron su rápido declive, al perder votos no solo hacia los nazis, sino incluso hacia los

5. Johannes Schober. Se trata de un político austríaco independiente que, entre otras muchas actividades, como por ejemplo ser presidente fundador de la Interpol, ocupó en un par de ocasiones la Cancillería austríaca. En su segundo mandato, entre septiembre de 1929 y 1930, se llevó a cabo la importante reforma constitucional de 1929 que menciona Polanyi.
6. Los disturbios de julio de 1927 en Viena estallaron cuando un tribunal de la ciudad absolvió a tres militantes derechistas que habían sido acusados de emboscar y disparar a militantes del Partido Socialdemócrata, asesinando a un veterano de guerra y a un niño de ocho años. Al conocerse la absolución, una multitud atacó y prendió fuego al Palacio de Justicia de la capital. En la represión posterior, ochenta y cinco manifestantes y seis policías perdieron la vida.
7. Organización paramilitar surgida en Austria al término de la Gran Guerra, a semejanza de los Freikorps alemanes, y que, en su deriva derechista, terminó convirtiéndose en la base del austrofascismo.

socialcristianos. El Gobierno Dollfuss confiaba en hacerse con la situación mediante métodos más o menos normales. Ningún cambio revolucionario parecía inminente.

Pero esa misma fecha del 24 de abril de 1932, en la que los nazis aparecían en Viena como una pequeña aunque creciente fuerza, también les trajo una espectacular victoria en Prusia, que había dejado la Dieta[8] prusiana prácticamente en sus manos. Brüning cayó y el 20 de julio Papen forzó un golpe de Estado contra el Gobierno socialdemócrata en Prusia. La idea era, indudablemente, quitar la iniciativa a los nazis aplastando a la izquierda con métodos autoritarios, y debilitar a los nazis para forzarles a alcanzar un compromiso con la tradicional y conservadora clase dirigente. El Gobierno Dollfuss proporcionó en verdad una analogía muy próxima al régimen de Papen en Alemania. Un movimiento revolucionario desde la derecha es contrarrestado por un gobierno conservador en minoría librando una guerra sin cuartel contra la izquierda y haciendo uso al máximo de cualquier prerrogativa constitucional. Pero en Austria la situación parecía mucho más fácil para el Gobierno que en Alemania. Dollfuss disponía de mayoría en el Parlamento, aunque no entre el electorado, e incluso en este, en ese momento, los nazis no pasaban del 10-15 %. En Alemania el catolicismo había probado ser hasta ahora un importante obstáculo en el camino ascendente de los nazis; y Austria es mayoritariamente católica. Todavía más importante, Austria no había conocido nunca el nacionalismo.

El Gobierno, después de haber asegurado el acuerdo de Lausana, dedicó su atención principalmente a la tarea de conseguir la ratificación del acuerdo en el Parlamento. El acuerdo prometía un préstamo de alrededor de trescientos millones de chelines austríacos (aproximadamente nueve millones de libras esterlinas), a cambio de la prolongación por diez años más de la prohibición de unión con Alemania, esto es, hasta 1952. Para poder llevar a cabo las obligaciones asumidas en Lausana, el Gobierno austríaco tuvo que proceder a equilibrar su presupuesto mediante una reducción

8. El Parlamento.

radical del gasto. Esto significó, por supuesto, recortes en los servicios sociales, rebaja de las pensiones de los ferroviarios, etc. Las tareas de gobierno se llevaron a cabo, en general, con una energía considerable, y así, aunque el préstamo no estaba próximo, la balanza de pagos austríaca mejoró progresivamente.

Acontecimientos notables durante este período fueron tanto el significativo recordatorio del papel de Papen en Alemania como la indicación de que el Gobierno no iba a permitir que se interpusieran en su camino sutilezas constitucionales. El 1 de octubre de 1932, el Gobierno descubrió que una ley de la época de la guerra le proporcionaba poderes de emergencia para enfrentarse a «todas las cuestiones económicas surgidas de las condiciones bélicas». ¡La DORA[9] *redivivus* y ampliada! El Gobierno utilizó de manera muy hábil estos poderes excepcionales contra los directores del banco Credit-Anstalt —un tema altamente popular—. Aunque el Parlamento no estaba suspendido y podía haberse reunido en breve tiempo, el Gobierno promulgó un decreto de emergencia basado en la «DORA», mediante el cual se permitió la intervención de los inmuebles de los directores de los bancos Credit-Anstalt y Bodencreditanstalt sin las salvaguardas usuales requeridas por la ley para prevenir los daños, si los hubiera, al Estado. Los socialdemócratas, aunque habían llevado a cabo una campaña continua contra aquellos a quienes consideraban

9. Polanyi se refiere aquí a la Defence of Realm Act de 1914. Se trata de una legislación aprobada en Gran Bretaña el 8 de agosto del año 1914, es decir, solo cuatro días después del estallido de la Gran Guerra. La ley otorgaba al Gobierno amplísimos poderes con un doble objetivo. En primer lugar, reforzar el esfuerzo bélico permitiéndosele poner al servicio del mismo todos los medios necesarios, lo que podía suponer, por ejemplo, la incautación de edificios o tierras. En segundo lugar, garantizar la seguridad interior evitando acciones quintacolumnistas, actividades de espionaje, prevención de una posible invasión, etcétera. Por supuesto, también se establecía una rígida censura fundamentalmente sobre la prensa y la correspondencia con el frente. A lo largo de los cuatro años de guerra se realizaron seis modificaciones de dicha ley. La ley austríaca equivalente a la DORA británica mencionada por Polanyi sería la KWEG, Kriegswirstchaftliches Ermächtigungsgesetz (Ley de Autorización de una Economía de Guerra), aprobada el 24 de julio de 1917.

responsables del colapso de esos bancos, protestaron inmediatamente contra el intento de introducir métodos anticonstitucionales apelando a las pasiones de las masas. Pero el Parlamento mantuvo el decreto mediante un voto mayoritario y se estableció un importante precedente. El Gobierno recurrió a todos los efectos al uso de poderes que son escasamente constitucionales. Ni un solo jurista estaría dispuesto a confirmar que este uso de la «DORA» fuera constitucional. Pero el Gobierno se abstuvo de usar de nuevo estos poderes, por lo que aparte de este significativo episodio, sus métodos durante este primer período no pueden ser considerados como completamente anormales y, en todo caso, no son ni remotamente comparables con la absoluta ilegalidad de la actuación alemana. De hecho, nada hacía sospechar los dramáticos acontecimientos de la segunda parte del período que analizamos. Pero las elecciones alemanas de marzo de 1933 y el repentino colapso de la autonomía bávara produjeron una situación completamente nueva. La lucha del Gobierno contra los nazis en Austria asumió un significado bastante diferente. De su éxito dependía ahora no solo la existencia del Partido Socialcristiano y los intereses conservadores a él vinculados, sino la propia independencia de Austria. Lo que siguió fue una crisis de enorme intensidad.

El 8 de marzo de 1933, un *Pronunciamento* del Gobierno apareció como una proclama en los muros de Viena. Las reuniones públicas fueron prohibidas y la prensa quedó sometida a censura. Los decretos se basaban en la «DORA». Se declaró que el Parlamento «se había autoeliminado». Daba la curiosa casualidad de que los tres presidentes de la Cámara habían renunciado, por una cuestión de orden, unos días antes. Peor aún, ningún reglamento podía ser aplicado para este caso, por lo que el Gobierno pudo plantear su propio *non liquet*[10] sin arriesgarse a hacer el ridículo en la corte. Y de todas formas no lo hicieron. El presidente de la República, que había mantenido en general una posición moderada durante la controversia constitucional, rechazó aceptar la dimisión

10. Literalmente significa «no está claro» y es una expresión que, en derecho, indica que algo no queda claro, o se entiende que a algo no se le puede aplicar ninguna norma existente. Marca, pues, una laguna jurídica.

del Gobierno presentada el 7 de marzo. Ante esta actitud del gabinete, que tenía toda la forma de un *coup d'État*,[11] el Partido Socialdemócrata manifestó su oposición frontal. Para el 15 de marzo, el tercer presidente de la Cámara, un pangermano[12] que había sido el último en dimitir, convocó una reunión del Parlamento con el objetivo expreso de cerrar la última sesión que, técnicamente, todavía permanecía abierta. El Gobierno declaró ilegal la reunión y ordenó a la policía que la impidiera «en defensa de la Constitución». Había un peligro inminente de que se convocara una huelga general que, si se llegaba a producir, sería, como se admitía de manera generalizada, sinónimo de guerra civil. Tanto más considerando que las Heimwehr, la milicia fascista, reuniendo a sus fuerzas en Viena, parecían haber proyectado ya hacía tiempo tomar el poder ese mismo día. El director de la policía de Viena fue cesado al día siguiente por el Gobierno ya que había mostrado poca energía al hacer frente al intento de reunión de los parlamentarios, que había sido declarada ilegal, y demasiada energía frente a la ciertamente más ilegal reunión del ejército de las Heimwehr en Viena. Vale la pena mencionar que, poco después, este mismo director de la policía se unió abiertamente a los nazis. Pero el crítico 15 de marzo pasó pacíficamente. El Partido Socialdemócrata se hizo atrás al asumir, no sin razón, que del enfrentamiento con las Heimwehr saldría victorioso el auténtico enemigo, los nazis. En dos ocasiones posteriores, el 30 de marzo, día en que se disolvieron las fuerzas de defensa republicanas,[13] y el 1 de mayo, cuando las acostumbradas manifestaciones

11. Así en el texto original.
12. Militante del Partido Popular de la Gran Alemania. Esta formación, defensora de la idea de la unificación de la Gran Alemania, tuvo una cierta influencia en la década de 1920, llegando incluso a gobernar en coalición con el Partido Socialcristiano. Perdió apoyo tras la aparición del Partido Nazi austríaco, al que acabó uniéndose. En la coyuntura que aquí se menciona, este partido se oponía a las pretensiones de los socialcristianos porque, con independencia de la deriva fascista de los mismos, estos perseguían el objetivo de mantener a Austria independiente, oponiéndose así a la anexión con Alemania.
13. Polanyi se refiere a la Republikanischer Schutzbund, Liga de Defensa Republicana, organización paramilitar surgida tras la Gran Guerra y contro-

en el Ring[14] fueron prohibidas por el Gobierno, la tensión política amenazó con provocar una gran explosión. A pesar de la censura, a pesar de la prohibición de reuniones e incluso de actos privados de asociaciones políticas y culturales, la oposición mantuvo su lucha exclusivamente sobre bases constitucionales. Llevó la contienda a las asambleas provinciales y al Ayuntamiento de Viena, así como al Consejo Federal (correspondiente al Reichsrat alemán).[15] Las últimas esperanzas se concentraron en el Tribunal Constitucional (Verfassungsgerichtshof). Pero fue en vano: este tribunal había sido puesto recientemente fuera de funcionamiento por la renuncia de varios jueces afines al Gobierno. Desde el 8 de marzo, la Constitución en Austria ha sido suspendida.

Este conjunto de acontecimientos fue debido enteramente a un peligro que venía del exterior, de un lugar completamente inesperado, Alemania. La revolución alemana amenazaba con tragarse a Austria entera y privarla de cualquier tipo de existencia autónoma. Desde ese momento, desde el punto de vista del Gobierno, el movimiento nazi en Austria se convirtió en solo un aspecto, aunque a veces fuera el más importante, del movimiento nazi fuera de Austria; o, por decirlo de otra manera, en un aspecto del conflicto con Alemania.

Con esto pasamos definitivamente al campo de la política exterior. No es que hasta este momento la política exterior no hubiera sido una cuestión importante en los asuntos austríacos. Por el contrario, estaba ya en un primerísimo plano meses antes de

lada por el Partido Socialdemócrata. Sería el equivalente socialista a las Heimwehr. No obstante, si bien estas fueron protegidas y alentadas por el Gobierno hasta convertirse en la fuerza de choque del austrofascismo, la Liga fue prohibida el 30 de marzo de 1933. El Partido Socialdemócrata acató la prohibición y solo se produjeron pequeños incidentes en el proceso de desarme.

14. Ringstraße es una avenida que circunvala el centro de Viena. Se corresponde, más o menos, con el trazado de la antigua muralla de la ciudad y fue diseñada como zona de esparcimiento.
15. Cámara de representación territorial compuesta por miembros elegidos por los respectivos estados alemanes. La institución correspondiente en Austria sería el Bundesrat, la Cámara Alta del Parlamento formada por representantes de los nueve estados austríacos.

que la desaparición del estado bávaro del horizonte político empujara al Gobierno austríaco a la acción. Tenemos ahora que reflexionar, aunque sea rápidamente, sobre ello si no queremos pasar por alto dos rasgos importantes de la situación, a saber, los orígenes de las conexiones extranjeras de las Heimwehr y los orígenes de las relaciones austro-italianas en general.

Fue la situación general en el sudeste de Europa lo que inició el movimiento en las relaciones exteriores austríacas hacia el final del año. La posición geográfica de Austria la convierte en un espectador incómodo. No afirmo saber exactamente cómo surgió la situación que desembocó en la visita del jefe de las Heimwehr, el príncipe Starhemberg, a Roma. Pero el jefe del Gobierno visitó Budapest, acompañado por otro importante ministro del gabinete. Sin duda, las cuestiones comerciales fueron el tema principal de las conversaciones en Budapest, por lo menos para los negociadores austríacos. La cuestión croata parecía hacer necesaria una decisión. Italia había descubierto que Croacia no solo estaba flanqueada al norte por Hungría, sino que las comunicaciones italianas con Hungría eran lamentablemente obstaculizadas por una interpretación de la neutralidad austríaca excesivamente estricta. ¿Qué pasaría si los insurgentes croatas se abastecieran de armas en el norte? ¿Y si Croacia se convertía en un inesperado problema de orden internacional?

Esta era la situación y la atmósfera cuyos peligros reveló a Europa el asunto Hirtenberg.[16] Aunque se suponía que Gran Bretaña debía jugar un papel dirigente en la formulación de los instrumentos diplomáticos vinculados con el caso, solo mencionaré el hecho de que en Austria el resultado del asunto fue considerado como un considerable éxito para Italia, puesto que los requerimientos de las dos potencias occidentales quedaron sin respuesta por parte de Austria; y aunque Italia fue obligada a declarar estar

16. Pequeña localidad del este de Austria, donde se ubicaba una fábrica de armamento en la que se debían fabricar toda una serie de armas que Mussolini le prometió al jefe de las Heimwehr. Cuando se desveló ese acuerdo, que vulneraba los tratados firmados tras la guerra, se produjo un gran escándalo internacional.

dispuesta a retirar el material bélico que permanecía en territorio austríaco, la exigencia de un control especial del procedimiento no fue sostenida por más tiempo.

La nota del *Reichpost*, principal órgano del Gobierno austríaco, sobre el cierre de este incidente recibió en su momento muchos comentarios. En un artículo titulado «Ningún cambio de orientación», se afirmaba que no era Austria, sino el mundo alrededor el que había cambiado.

> *Cuando ya no hay ninguna Europa, una política europea se convierte en imposible [...] si los bloques van a tomar el lugar de Europa, Austria tendrá que elegir entre ellos, y en ese caso no elegirá a los poderes que intenten perpetuar las injusticias cometidas en 1919.*

Esto sonaba como una clara declaración a favor del frente revisionista y como un rechazo potencial a seguir por más tiempo el *statu quo* que Seipel[17] había alcanzado tan magistralmente al armonizarlo con la orientación italiana, también iniciada por él. En suma, Austria se preparaba para situarse junto a Alemania, Italia y Hungría contra Francia y la Pequeña Entente,[18] si las cosas llegaban a ese punto. No hace falta decir que estos importantes acontecimientos en el ámbito de las relaciones internacionales, lejos de suponer un conflicto con los intereses alemanes, en realidad colocaron a la política austríaca más cerca de Alemania de lo que había estado desde la guerra, quizá con la única excepción del corto pero desafortunado episodio de la pugna por la unión aduanera. Esto ocurrió el 20 de febrero de 1933. Menos de un mes después de esa fecha, las relaciones entre Austria y Alemania estaban realmente en un punto de ruptura.

17. Ignaz Seipel (1876-1932) fue un sacerdote y miembro del Partido Socialcristiano. Ejerció durante dos mandatos, 1922-1924 y 1926-1929, como canciller austríaco y, en esta segunda etapa, también como ministro de Exteriores. Participó en las negociaciones posteriores a la guerra que marcarían el nuevo estatuto europeo de Austria.
18. Alianza formada por Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía para prevenir el revanchismo húngaro o las pretensiones restauradoras de los Habsburgo. Francia la apoyó firmando tratados con todos ellos individualmente.

¿Qué había ocurrido? ¿Había cogido por sorpresa a los socialcristianos austríacos la victoria de Hitler en las urnas? ¿O no habían previsto que el régimen de Hitler resultaría enormemente fortalecido por dicho éxito, debilitando consiguientemente al Partido de Centro alemán y la posición del catolicismo en general? Esto significaría cometer una injustica contra un grupo de políticos que, incluso tras la muerte de Seipel, todavía puede ser considerado como de los más clarividentes. Sin embargo, para medir correctamente la terrible sorpresa que sacudió hasta los cimientos la estructura política sobre la cual el propio Seipel había fundado la política exterior de la Austria socialcristiana, y para comprender las enormes consecuencias que tan imprevisto cambio necesariamente ejerció sobre el conjunto de las relaciones austroalemanas, debemos entender que la piedra angular de este edificio era la autonomía del Estado bávaro. Baviera había sido el invisible Estado bisagra entre Austria y Alemania. Su desaparición por las convulsiones de la revolución alemana en la primera semana de marzo equivalió a un terremoto político. La misma independencia del Estado austríaco se encontró en peligro de extinción inmediata.

La concepción que tenía Seipel del futuro de Austria no era alemana, sino centroeuropea. Quería combinar, en la medida de lo posible, la ventaja para Austria de estar dentro de una federación alemana con la de formar parte, al mismo tiempo, de un grupo externo a esta federación. Su ideal era una Austria que de alguna manera habría constituido un puente entre los estados alemanes y los estados del Danubio, en primer lugar, Hungría. En esta línea, Austria se habría convertido naturalmente en el centro de cualquier nuevo agrupamiento en esta región. Pues futuras convulsiones en Europa central eran, de acuerdo con esta concepción, consideradas posibles, si no probables. Así, Austria, como Estado católico, se convertiría en el centro natural para una reagrupación de los estados católicos del sur de Alemania o de Hungría, Croacia o Eslovaquia. Sería una completa incomprensión entender a Seipel, partiendo de esta idea, como trabajando para disolver el sistema político existente en los países implicados. Sus convicciones conservadoras le habrían impedido imaginar *eso*, igual que su realismo político habría descartado razonamientos similares como mera

fantasía. Pero esto no impide que tuviera una visión a largo plazo del futuro de Austria, y, en este sentido, pretendía mantenerse tan cerca de Alemania como fuera posible, sin correr el riesgo de caer víctima de la fuerza de la gravedad y ser engullida por ella. El mantenimiento de la estructura federal del Reich alemán se convierte, de esta manera, en parte integrante de la política exterior de Austria, con Baviera como su garante. Sin Baviera, Seipel, un declarado antagonista de la unión con una Alemania centralizada y, como sabemos, un muy cauto partidario de la adhesión de Austria a una Alemania federal, nunca habría encontrado posible sostener a Austria en una relación tan estrecha con Alemania como la que realmente se alcanzó.

Pero, aparte de las ideas de Seipel, se mantiene el hecho de que mientras Baviera existiera como Estado separado, Austria podía asegurar que su independencia no estaba en peligro, o, al menos, que si la unión con Alemania se convertía en la única alternativa, Austria sería capaz de plantearla en sus propios términos.

Consideremos el problema de la monarquía alemana. La cuestión está más allá de lo meramente académico, pues la restauración de la monarquía en Alemania había sido considerada, ya desde el 20 de julio de 1932, como el resultado más probable de la contrarrevolución alemana. Esto no hubiera significado necesariamente una victoria de Hugenberg-Papen[19] sobre Hitler, puesto que una monarquía de compromiso entraba, como se ha dicho, dentro de lo posible. Qué hubiera significado esa monarquía para los diferentes partidos políticos habría dependido fundamentalmente de quién se hubiera situado como sustento de la misma. Pues la posibilidad de una monarquía más o menos independiente

19. Alfred Hugenberg (1865-1951). Político alemán conservador, ultranacionalista y antisemita. Tras la guerra se afilió al DNVP, Deutschnationale Volkspartei (Partido Nacional-Popular Alemán), siendo elegido diputado. En la década de 1930 se aproximará al Partido Nazi, con el que llegará a acuerdos de gobierno. Tanto Papen como él confiaban en poder moderar a Hitler, un mal necesario, una vez este alcanzara el poder. Hugenberg llegó a formar parte, en enero de 1933, del primer Gobierno de Hitler como ministro de Economía y Agricultura, pero solo permanecería seis meses en el cargo.

de los grupos y partidos, y lo suficientemente fuerte como para volver al poder como árbitro entre las facciones enfrentadas, parecía muy remota a la vista de que la falta de popularidad de los Hohenzollern,[20] en comparación por ejemplo con los Wittelsbach[21] en Múnich, era clarísima. Solo una monarquía con un determinado apellido podría haber sido reconocida como tal: una monarquía de los *junkers*[22] de Hugenberg-Papen, una monarquía bajo los auspicios de Hitler o incluso una monarquía de izquierdas que restaurase la democracia y la Constitución, como en otros países en los que había triunfado la contrarrevolución —en Hungría, por ejemplo, donde los legitimistas fueron fuertemente apoyados durante un tiempo por los sindicatos en contra del régimen de Horthy—.[23] Mientras Baviera se mantuviera, Austria podía contemplar todas estas eventualidades con relativa calma, puesto que la patria de la idea monárquica en Alemania es Baviera. Los Hohenzollern en Berlín hubieran significado los Wittelsbach en Múnich al día siguiente, si no el día anterior, dejando a Austria libre para establecer una monarquía propia o, en todo caso, libre

20. Casa dinástica gobernante en Prusia, Alemania, hasta el fin de la Primera Guerra Mundial, y en Rumanía hasta después de la Segunda Guerra Mundial.
21. Casa real europea originaria de Baviera, donde gobernó hasta 1918.
22. Nobleza terrateniente prusiana. Ostentaron el poderío económico, social y político, primero en Prusia y luego en el Imperio alemán.
23. Miklós Horthy (1868-1957). Militar húngaro, conservador, profundamente anticomunista, antijudío y nacionalista. Asumió el mando del ejército contrarrevolucionario que, con el apoyo fundamental del Ejército rumano, derrotó a la revolución soviética de 1919 en Hungría. Horthy permitió y alentó el Terror Blanco que provocó decenas de miles de víctimas en todo el país y el exilio de muchas miles más, incluida Ilona Duczyńska, futura mujer de Polanyi. Tras un período de incertidumbre, el proceso contrarrevolucionario culminó con la proclamación de Horthy como regente de la monarquía húngara puesto que los aliados no permitieron el regreso de los Habsburgo. Con el paso del tiempo, Horthy acabó imponiendo una dictadura personalista con rasgos fascistas hasta que, en 1944, los alemanes, que sospechaban con razón que Horthy iba a cambiar de bando ante la convicción de que Hitler había perdido la guerra, lo destituyeron y colocaron en el poder a un gobierno títere de los nazis. Horthy fue detenido por los alemanes y encarcelado en Baviera. Tras la guerra no se le exigió ningún tipo de responsabilidad. Vivió exiliado en Estoril, Portugal, hasta su muerte en 1957.

del peligro de ser absorbida. Pero al haberse perdido Baviera, la restauración de los Hohenzollern en Berlín significaría a los Hohenzollern en Múnich y, en caso de unión, los Hohenzollern en Viena. Para los socialcristianos era tanto como pensar en la restauración de los turcos.

Desgraciadamente para los socialcristianos, fue la situación bávara la que habían malinterpretado, engañados sin duda por las excesivamente optimistas informaciones que se les habían proporcionado desde los cuarteles generales de Múnich. Estaban seguros respecto a Múnich y, por tanto, se sintieron con libertad suficiente para tratar con Berlín, sin perder nunca de vista la importancia del tema federal. Habían sido, ignorando al católico Brüning y al Partido de Centro, partidarios de Papen casi desde el principio. De hecho, una coalición de los *junkers* y los nacionalsocialistas, con la participación del Partido de Centro, en la cual los nazis no fueran la fuerza predominante, les parecía no solo una buena solución, sino el resultado más probable de la convulsión alemana. Cuando Papen cayó víctima de los nazis y Schleicher, que se convirtió en canciller, fue a su vez depuesto por las maniobras de Papen para dejar paso a Hitler, los socialcristianos continuaron, a pesar de todo, apoyando al lado autoritario, manteniéndose siempre en *qui vive*[24] para que solo los aspectos democráticos de la Constitución, y no los elementos federalistas, fueran dañados o debilitados. Se puede afirmar abiertamente que la principal razón por la que el Gobierno exclusivo de los nazis era contemplado por ellos como un peligro enteramente real era el hecho de que el nacionalismo y el federalismo en Alemania eran totalmente incompatibles entre sí. Sin embargo, las repetidas garantías de Papen y de Hindenburg de que el federalismo se mantendría intacto fueron aceptadas como prueba suficiente de la voluntad de las autoridades centrales de salvaguardar la constitución federal del Reich.

El primer indicio del terremoto que se aproximaba fue la quema del Reichstag.[25] A veces se pasa por alto el hecho de que la base

24. Así en el original. Se traduciría como «alerta».
25. El 27 de febrero de 1933, casi un mes después de la llegada de Hitler al poder, se produce el incendio del Reichstag, edificio del Parlamento, del

legal para la supresión de la soberanía administrativa de los estados a favor de la autoridad del Reich fue proporcionada por un discreto parágrafo del decreto de emergencia del 28 de febrero de 1933, firmado por Hindenburg, por así decirlo, a la luz del Reichstag en llamas. El párrafo dice: «El Gobierno del Reich puede asumir provisionalmente las prerrogativas de las autoridades supremas de los Estados singulares».

El primer ministro bávaro, Held, pidió inmediatamente una entrevista con el canciller del Reich, Hitler. Una declaración oficial se hizo pública el 1 de marzo declarando que: «Nada hay previsto sobre el nombramiento de un comisario del Reich para Baviera», y que «El Dr. Held ha recibido nuevas y más tranquilizadoras garantías que se suman a las ya dadas por Papen y en la declaración escrita de Hindenburg».

La forma y el tono eran los de un documento de Estado. Por otra parte, existía la convicción de que las elecciones de Baviera supondrían una abrumadora confirmación del carácter católico e independiente del Estado de Baviera. El *Reichpost*[26] se sentía tan seguro de este hecho que, todavía el 24 de febrero, había escrito en una editorial:

que se acusa falsamente a los comunistas, lo cual sirve de pretexto para la prohibición, todavía no explícita pero sí implícita, del KPD, Partido Comunista de Alemania, y para las detenciones masivas de sus militantes, incluidos diputados protegidos por la inmunidad parlamentaria. Un joven comunista holandés recién llegado a Berlín fue acusado del incendio y, tras su confesión bajo tortura, fue condenado y ejecutado. En el año 2008, la justicia alemana consideró el juicio no acorde a derecho y absolvió al presunto autor. Hitler pretendió lanzar la responsabilidad sobre la cúpula de la Internacional Comunista que se encontraba en Leipzig. La acusación era tan burda que el tribunal tuvo que absolver a los acusados. La autoría real del hecho sigue siendo hoy objeto de debate, aunque la mayoría de los estudiosos consideran como la hipótesis más verosímil de un incendio provocado por los propios nazis, o de un hecho fortuito aprovechado por estos; en todo caso, lo que se denomina como «operación de falsa bandera». Recordemos también que a lo largo del siguiente mes de marzo de 1933, con los nazis plenamente asentados en el poder, aparecerán los primeros campos de concentración, como serán los de Oranienburg, Osthofen y el tristemente famoso campo de Dachau.
26. Periódico publicado en Viena entre 1894 y 1938.

> *Baviera no está de ninguna manera inclinada a sufrir un mayor incumplimiento de sus derechos constitucionales y todavía menos a someterse a una dictadura nacionalsocialista. Este es el sentimiento de todo el país, sin exceptuar a gran parte de los mismos nacionalsocialistas.*

Las promesas solemnes, las tradiciones monárquicas del pueblo bávaro y la lógica de la contrarrevolución que necesita perentoriamente el compromiso con el conservadurismo parecían hacer inexpugnable la posición de Baviera y, por tanto, la de Austria.

La señal de alarma saltó en Múnich. Siguió de cerca a las firmes y tranquilizadoras declaraciones que Hitler le había hecho a Held. En cualquier caso, el *Reichpost* publicó al día siguiente, 3 de marzo (dos días antes de las elecciones alemanas), un editorial, que no dejó de causar conmoción en Austria, titulado «Un nuevo comienzo». El núcleo del artículo, repleto de sugerencias misteriosas, era que el Partido Socialcristiano debería haber asumido valientemente la responsabilidad de un cambio total en el sistema político del país. Más tarde se supo que el artículo presuponía la proclamación de la monarquía en Múnich. Las elecciones generales supusieron, de hecho, *una gran* sorpresa: el enorme crecimiento de los nazis en el sur católico. El catolicismo había demostrado que no era un baluarte contra el nacionalismo extremo. Al alba del día siguiente a esa decisiva noche electoral, Göring anunció así el resultado de las urnas: «La mayoría del pueblo alemán ha votado por los partidos nacionales», refiriéndose simultáneamente a los nazis y a los nacionalistas. «Por primera vez desde Bismarck, el Partido de Centro ha sido expulsado de su posición clave.» Baden y Hesse tenían una mayoría «nacional», en Baviera y Württemberg los partidos «nacionales» se habían convertido en mucho más fuertes que los partidos católicos locales. Estaba claro que se pediría, y se conseguiría, la disolución de las asambleas legislativas, y que, en las nuevas coaliciones gubernamentales que se formarían, los elementos centralistas, es decir, los opuestos al federalismo, serían dominantes. El 6 de marzo, al Gobierno de Baden le fue requerida perentoriamente su dimisión. En Hesse la disolución era inminente. En Württemberg los nazis exigieron la renuncia del presidente del Estado, el católico Dr. Bolz.

El Gobierno católico en Baviera estaba al borde del colapso. En la noche del 7 de marzo, el Gobierno austríaco redactó el *Pronunciamiento* y comenzó la crisis.

Pero lo peor estaba por llegar. En lugar del esperado anuncio de una lucha en favor de los derechos constitucionales bávaros, una lucha en la que las fuerzas conservadoras podrían haber empeñado sus fuerzas de reserva, llegó la noticia de un acontecimiento casi increíble. El 9 de marzo el Gobierno bávaro estaba, a todos los efectos, destituido al haber sido nombrado el teniente general Von Epp como comisario del Reich para el Estado de Baviera. El *Reichpost* no hizo ningún intento de esconder lo que esto significaba. Su titular fue «Finis Bavariæ!». Todos los movimientos que desde entonces ha hecho el Gobierno austríaco han venido determinados por lo que ha considerado que era la enseñanza que extraer de ese día.

Acortando una larga historia, la versión oficial austríaca es que Baviera no habría caído nunca, a menos que el engaño, la traición y la fuerza no se hubieran combinado para paralizar su resistencia. El *Reichpost* hacía el 12 de marzo un detallado análisis de los acontecimientos del 9 de marzo en Múnich. Puesto que no estoy tratando ahora la política alemana, simplemente mencionaré que, de acuerdo con el *Reichpost*, las autoridades de Berlín aseguraron al Gobierno de Múnich, a las cuatro y media de la tarde, que no se contemplaba ninguna intervención en Baviera; sin embargo, cuando la intervención realmente tuvo lugar a las siete y media de esa misma tarde, el Gobierno bávaro no fue informado de las órdenes del general Von Epp mediante las cuales las prerrogativas de las más altas autoridades del Estado de Baviera le eran transferidas provisionalmente. El telegrama a través del cual, se alega, el Gobierno bávaro fue informado de estas medidas se habría perdido misteriosamente. Cuando fue «repetido», las cosas ya habían sucedido. Hasta el último minuto se habían estado llevando a cabo negociaciones entre Berlín y Múnich, habiendo propuesto el Gobierno bávaro que él mismo nombraría a Von Epp como comisario general del Estado para Baviera, salvaguardando así la Constitución del Reich. Por otra parte, muchos signos confirmaban la creencia de que, a fin de atrincherarse en

preparación para la lucha por el federalismo, el Gobierno bávaro había planeado realmente proclamar la monarquía.

En Austria, el legitimismo nunca estuvo tan cerca de convertirse en una cuestión política concreta como en las dos semanas que siguieron al *Pronunciamiento*, en las que el Gobierno austríaco temió que podría sufrir el mismo destino que Baviera. Baviera había perdido la oportunidad de no caer a la primera; ¡Austria debía ser consciente del error! Esta fue la enseñanza que Viena extrajo de esos negros días de primeros de marzo. Desde principios de mes, el gabinete había estado hipnotizado por el miedo a que fuese demasiado tarde. Cuando una semana después, el día 18, el ministro bávaro de Justicia, el Dr. Frank, hizo un discurso contra el Gobierno austríaco porque obstaculizaba la propaganda nazi y añadió que al teniente general Von Epp quizá se le debería confiar la vigilancia de estas materias en Austria, el Gobierno austríaco estableció inmediatamente la cooperación entre el Ejército, la Gendarmería y las Heimwehr para defender la frontera, y se movilizó a los reservistas.

Si, a la vista de todo esto, la política seguida por los socialcristianos en el conflicto con Alemania puede parecer a veces contradictoria y más de una vez llena de movimientos cruzados, la principal razón de ello puede señalarse fácilmente. La reacción como un todo del catolicismo en Alemania y en Austria frente al nacionalsocialismo tuvo, por decirlo así, dos centros diferentes, el Vaticano en Roma y los socialcristianos en Austria. Una y otra vez, Viena hubo de tener en cuenta que el Vaticano, al poner sus ojos fundamentalmente sobre Alemania como el gran escenario de los hechos, estaba buscando encontrar una base para la cooperación entre el Partido de Centro y los nazis. Pero mientras que, desde mediados de marzo a mediados de abril, Viena ajustó su política, o más bien su tono, en la medida de lo posible, a las tendencias conciliadoras del Vaticano, desde mediados de abril situó decididamente en primer lugar sus intereses regionales en ambos casos. En ambas épocas, Roma fue el escenario de decisiones importantes. Pero mientras que a mediados de marzo había sido la Roma del Vaticano la que había hablado a través del nuevo cardenal-arzobispo austríaco, Dr. Innitzer, a mediados de abril fue la Roma laica de Mussolini la que estableció las pautas para la

negociación de Dollfuss. Que las exigencias de Austria estaban en este momento plenamente reconocidas por el Vaticano se mostró de manera clara por el cambio de tono en las declaraciones del Dr. Innitzer efectuadas a mediados de abril. A mediados de marzo, la Iglesia de Roma había asumido como su tarea principal la construcción de un puente a través del cual el Partido de Centro alemán pudiera retirarse de las posiciones estratégicas más expuestas en las que la victoria de Hitler había dejado a estos exponentes políticos del catolicismo alemán. Las amistosas palabras del Dr. Innitzer del 13 de marzo en Roma sobre el conflicto alemán fueron la introducción, por así decir, a la declaración de la conferencia de obispos alemanes de Fulda a finales de mes, en la cual se admitía «que las prohibiciones y admoniciones generales emitidas contra los nazis ya no eran consideradas necesarias». En relación con esto, pocos días antes el Reichstag de Potsdam había ratificado, con una mayoría de dos tercios que incluía también al Partido de Centro, una Ley de Habilitación que legitimaba a Hitler.[27] Al día siguiente, el *Reichpost* comentó en los términos más conciliadores el discurso de Potsdam bajo el titular de «Un nuevo Hitler». Es difícil para alguien ajeno calibrar si en este momento el Vaticano podía realmente confiar en llegar a un compromiso con los nazis alemanes de carácter tan inclusivo como para cubrir a Austria. En todo caso, la moderación espiritual profesada hacia la doctrina nacionalsocialista por el Dr. Innitzer, la conferencia de Fulda y el *Reichpost* se colocaban en una enorme y paradójica contradicción con la vehemencia extrema con la que el Gobierno austríaco combatía políticamente contra los nazis. «¡Luchamos por nuestras propias vidas!», terminaba un artículo

27. Se trata de la Ley para Aliviar las Penurias del Pueblo y del Reich, más conocida como la Ley Habilitante de 1933. Se aprobó en el Parlamento alemán el 23 de marzo de 1933. Solo votaron en contra los diputados socialdemócratas. Recordemos que los diputados comunistas habían sido detenidos en campos de concentración o habían tenido que huir. Esta ley supuso, *de facto*, el final de la República de Weimar y la instauración de un poder dictatorial. La moderación del discurso de Hitler en la intervención parlamentaria previa a la votación de la ley solo engañó a quien quería ser engañado.

del *Reichpost* en el que se llamaba al país a defenderse en caso de una agresión por parte de los nazis bávaros, y que fue tan lejos como para amenazar con la inmediata restauración de los Habsburgo si la agresividad alemana no le dejaba al Gobierno austríaco otra línea de defensa. Lo que parecía un error de imprenta, en realidad, era más bien una ingeniosa manera de insinuar un *putsch* legitimista cuando el *Reichpost* escribía: «Si su casa es incendiada, los austríacos no se detendrán a considerar si lo que hagan puede ser visto como legal o incluso si puede ser calificado como *legítimo*».

«Legítimo» como yuxtapuesto a «legal» solo tendría sentido, por supuesto, como derivado del término técnico «legitimismo».

Pero, además del Vaticano, pueden haber habido otras influencias moderadoras trabajando en Roma. De hecho, desde mediados de marzo hasta mediados de abril, Roma fue también el centro de las negociaciones celebradas a propósito del Pacto de las Cuatro Potencias.[28] Los líderes socialcristianos austríacos eran muy conscientes de la importancia de un resultado positivo de estas negociaciones si concluían bajo las bases del borrador ítalo-británico inicial. Eran igualmente conscientes de que un resultado negativo tendría una influencia profunda y duradera sobre la posición internacional de Austria. He mencionado el artículo del *Reichpost* en el que Austria anunciaba su adhesión a un *bloque* revisionista, si es que tenía que haber *bloques*. Llevado a su conclusión lógica, esto significa que las cuestiones de Austria de ahora en adelante iban a ser consideradas internacionalmente como concerniendo principalmente a Italia y a Alemania, y ello tanto en el marco del Pacto (original) de las Cuatro Potencias —como las dos grandes potencias vecinas— o bajo el sistema de *bloques*, como parte componente de uno de los *bloques*. Las implicaciones completas de esta alternativa cubren, quizá, todos los aspectos más típicos del problema de la Anschluss. En todo caso, fue más que una coincidencia que el repentino viaje de Dollfuss a Roma a mediados de

28. Pacto firmado por Reino Unido, Francia, Alemania e Italia el 15 de julio de 1933 en Roma. No tuvo consecuencias prácticas porque ni siquiera fue ratificado por los cuatro países.

abril fuera precedido de un artículo en el órgano del Gobierno que en pocas palabras decía que el Pacto de las Cuatro Potencias estaba muerto y acabado. Ello abría el segundo período del conflicto con Alemania, en el que no ya el Vaticano, sino Italia pasaba a primer plano. Dollfuss recibió de Roma una clara preferencia respecto a Papen y Göring. A su regreso declaró que «Austria tiene ahora un amigo en el sur». Al día siguiente, la declaración fue modificada en el sentido de que ahora tiene un amigo *también* en el sur. La corrección no fue demasiado convincente.

La fase más aguda del conflicto con Alemania se iniciaba en ese momento. El 24 de abril de 1933, justo un año después de las elecciones municipales en Viena, los comicios para el Ayuntamiento de Innsbruck, la capital de la provincia del Tirol, dieron un 41 % del total de los votos a los nazis. Los socialdemócratas, el mayor partido local, cedieron casi un 25 % a aquellos. El resto de los votos nazis les fueron arrebatados a los pangermanos y al Heimatblock,[29] que desaparecieron casi por completo. Como en Alemania, muchos votos provenían de gente que normalmente no votaba. Pero esta vez los socialcristianos, a diferencia de su experiencia del año anterior, casi no perdieron ningún voto. Este resultado favorable fue interpretado por ellos como consecuencia del hecho de que el nuevo Gobierno había adoptado una posición muy firme contra los nazis. En realidad, el Gobierno en Austria nunca relajó la presión contra la izquierda. El ataque contra la posición de la izquierda se había llevado varios niveles más allá. Lo sufrieron la prensa socialista, el Partido Socialdemócrata, los servicios sociales, los derechos de negociación colectiva, el estatuto legal de los servidores públicos y de los empleados de las empresas de utilidad pública, el financiamiento de la municipalidad de Viena. Al mismo tiempo, mantuvo su línea fuerte frente a los nazis: el llevar uniformes privados fue ilegalizado, los mítines fueron prohibidos, los empleados del Estado, el Ejército y la policía fueron obligados a renovar su juramento de fidelidad. Lo más importante de todo, el Gobierno empezó a desarrollar la idea del

29. Rama política de las Heimwehr.

patriotismo austríaco como la base de su política interior y exterior. La nueva fórmula del juramento incluía realmente un pasaje en el que se establecía que ningún servidor civil podía ser miembro de una sociedad política extranjera, donde este término cubría, por primera vez, cualquier cuerpo político situado en Alemania.

Mientras el Gobierno alemán no cesaba de mantener oficialmente una actitud muy distante respecto de la Unión[30] con Austria, el periódico de Hitler, *Der Völkischer Beobachter*, sostenía un tono muy diferente. Lo mismo hicieron colaboradores cercanos de Göring, como el ministro bávaro de Justicia, Dr. Frank. Como se reveló más tarde, el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán no ofreció ninguna respuesta a la queja del Gobierno austríaco sobre el discurso del Dr. Frank. El anuncio por parte de un periódico nazi de Viena, el 8 de mayo de 1933, de que el Dr. Frank, acompañado por Kube, Kerrl, Freisler, Ley y otros,[31] había decidido visitar Austria fue, por tanto, una deliberada provocación al Gobierno austríaco. Si hubiera caído en ella, el Gobierno de Austria habría, casi *ipso facto*, renunciado a su autoridad y se la habría entregado a Berlín. En la presente fase, el conflicto se ha desarrollado hacia un ataque económico de Alemania contra Austria. El embargo alemán de los viajes hacia el país vecino es un golpe muy duro, especialmente para el Tirol y Salzburgo. Esto provocará en Austria un injusto resentimiento político contra el Gobierno. En estos momentos continúa excitando amargos sentimientos entre los dos países.

Alemania dice que está preparada para una política de entendimiento en el campo de las relaciones exteriores. Adopta una línea moderada respecto de cuestiones como la igualdad de estatus, la revisión,[32] Dánzig, las relaciones con Polonia, pero contra la Austria germana sostiene una guerra económica. Se puede afirmar

30. Mediante este término Polanyi se está refiriendo a lo que en alemán se denominó, como se ha mencionado antes, la Anschluss, es decir el proceso de anexión de Austria.
31. Wilhelm Kube, político alemán y oficial nazi; Hanns Kerrl, político nazi alemán; Roland Freisler, jurista nazi alemán, fue ministro de Justicia de Prusia y luego del Reich; Robert Ley, político nazi alemán.
32. Referencia a la revisión de los tratados posteriores a la Gran Guerra, fundamentalmente del Tratado de Versalles.

claramente que el resultado de la lucha actual decidirá el rumbo que tomarán las relaciones austro-alemanas en el futuro. Si el Gobierno de Dollfuss es obligado a capitular, Berlín habrá asumido realmente el poder en Viena. Pudiera ser que, incluso entonces, Hitler considere oportuno frenar a los nazis austríacos para que no tomen abiertamente el poder. Pero le quedará exclusivamente a él el decidir cuándo se daría ese paso. De hecho, esto equivaldría a una unión de Austria con la Alemania hitleriana. Las consecuencias de semejante desarrollo para Europa serían seguramente grandes.

Resumen de la discusión[33]

El señor F. V. Schuster pregunta si era probable que el Dr. Dollfuss tuviera éxito en su intento de crear un patriotismo austríaco. No había habido patriotismo austríaco desde la guerra, sino patriotismo regional en los diversos *länder*, con muchos celos internos entre ellos: el Dr. Dollfuss estaría tratando de establecer una dictadura de los moderados y, por tanto, la idea motriz tras ello era más o menos negativa. ¿Habría posibilidad de unir a los partidos antinazis en defensa de la idea de libertad? Un ataque como el de Alemania habría unido en Gran Bretaña incluso a aquellos que se encuentran más económicamente dañados, en defensa de su Gobierno. ¿Sería este el caso en Austria?

El Dr. Polanyi dijo que era verdad que el patriotismo austríaco era un fenómeno nuevo. Si el Gobierno Dollfuss ganará algo con ello es algo que dependerá de cómo presente su caso; en la medida en que este también se ha vuelto contra el parlamentarismo y la democracia representativa, no queda mucho en su programa para contraponer a los nazis. Más aún, si la libertad de Austria no significa libertad política y, también, libertad cultural y espiritual, el peligro radica en que solo significaría libertad para desarrollar

33. El artículo recogido en la revista *lnternational Affairs* reproducía una conferencia dada previamente por Polanyi. La misma separata en la que se edita el artículo recoge un resumen del debate que se desarrolló al término de dicha conferencia.

una rama austríaca del fascismo. Yo no estaría seguro de que los ciudadanos austríacos defendieran eso. Primero, hasta mediados de abril, el «nuevo patriotismo» había comprendido incluso un antisemitismo tan vehemente como el de los alemanes, pero el Gobierno Dollfuss se separó de ello. Confiaba en que el Gobierno triunfaría en dotar a la independencia de Austria de un mayor contenido y en que convertiría a Austria en la depositaria de todo lo mejor de la tradición germana. Una política semejante mejoraría considerablemente las perspectivas del Gobierno. Este decidió conceder ayudas financieras a aquellos intereses más afectados por el ataque económico alemán a Austria. Diez millones de chelines austríacos se dedicaron a ayudar a hoteleros que dependían de los turistas alemanes.

El señor Walton Newsold describió el Primero de Mayo en Viena y cómo, a pesar de que las celebraciones habían sido prohibidas y había nidos de ametralladoras en las esquinas de las calles, la gente paseaba y disfrutaba, banderas socialistas y nazis ondeaban unas al lado de otras y nadie lanzó ninguna piedra.

Preguntó cuál era la actitud de los socialdemócratas hacia el cultivo de ese patriotismo nacional, puesto que ellos habían estado previamente a favor de la Anschluss con Alemania. Entendía que, entre bambalinas, ellos habían llegado frecuentemente a compromisos con el Gobierno.

¿Cómo de lejos está una posible alianza entre socialdemócratas y socialcristianos?

¿Cuál fue la actitud de los elementos de la izquierda hacia Checoslovaquia, que era el área industrial con la que la Viena comercial estaba naturalmente conectada?

¿Cuál sería la reacción de Italia ante cualquier intento de germanización del Tirol? La Exposición Fascista[34] ha provocado gran inquietud por el hecho de que el movimiento creció a

34. Se refiere a la Exposición de la Revolución Fascista, inaugurada por Mussolini el 28 de octubre de 1932, que se presentó en Roma entre 1932 y 1934. Fue una gran muestra de propaganda fascista sobre una presunta base histórica. Tuvo una muy buena acogida de público. Dos ediciones posteriores, en 1937 y en 1942, no tuvieron, ni de lejos, el mismo éxito.

partir de los esfuerzos de Mussolini por despertar a los italianos para recuperar Trento y Trieste, e Italia no es probable que tolerara una vuelta de la influencia germana a Brenner.[35]

El Dr. Polanyi dijo que la celebración del Primero de Mayo en Viena, como se ha dicho, y a pesar de la extrema tensión política, mostró el alto nivel de la cultura política en Austria. Era este el resultado de las tradiciones de un imperio que siempre había estado en peligro de romperse en pedazos y solo podía mantenerse por la sabiduría y la técnica políticas.

Los socialdemócratas eran todavía el partido cuantitativamente mayor en Austria y mucha gente pensó que estarían deseando tomar una línea patriótica, pero el Gobierno no parecía inclinado a hacer uso de ella. Su anterior actitud hacia la unión con Alemania ha cambiado completamente por el hitlerismo.

Checoslovaquia jugó directamente un papel pequeño en la política austríaca, pero uno importante indirectamente, a través de París. La presente confianza de Austria en Italia no llevó a los austríacos a aproximarse a Checoslovaquia, puesto que la oposición entre Italia y la Pequeña Entente fue uno de los factores políticos en la cuenca del Danubio. El discurso de Mussolini tras la firma del Pacto de las Cuatro Potencias en el que habló de Austria, Hungría, Turquía, Grecia como los estados próximos al corazón de Italia, parecía más bien sugerir un nuevo tipo de agrupamiento, y no precisamente que Italia estuviera haciendo las paces con la Pequeña Entente; era mucho más la cuestión húngara la que, en Austria, se situaba por delante.

Italia había dejado clara su oposición a cualquier movimiento de Alemania hacia el sur, no solo en Brenner, sino también hacia Trieste y el Adriático. Fue claramente la influencia italiana lo que hizo a Dollfuss lo suficientemente fuerte a mediados de abril como para oponer una resistencia real contra Alemania.

La opinión en Viena sobre la situación política mundial surgida tras el Pacto de las Cuatro Potencias era que Austria confiaría a partir de ahora en el apoyo de Italia, pero que quizá ahora Italia

35. Zona del sur de Tirol fronteriza con Italia.

podría iniciar conversaciones con Francia y que eso conduciría a una disminución de la oposición entre Italia y la Pequeña Entente a través de París.

Pregunta: ¿cuál podría ser el efecto del reciente concordato entre Austria y Roma sobre la política de Austria?

El Dr. Polanyi dijo que la encíclica *Quadragesimo anno*,[36] el instrumento político que el Vaticano formula para lidiar con cuestiones muy diferentes y contradictorias en el ámbito de la Europa central, tiene dos polos mediante los cuales es posible cambiar el énfasis en función de las necesidades que surjan. Uno era que la Iglesia católica había adoptado definitivamente una actitud amistosa frente a la idea de una sociedad corporativa, es decir, que se le concedía a la sociología fascista un lugar en la filosofía del Estado católico. Pero, por otro lado, el Partido Fascista había sido excluido de ese reconocimiento. De esta manera, la encíclica hizo posible la cooperación, hizo posible la oposición e hizo posible la competencia, mientras que la Iglesia mantenía su independencia en lo fundamental. Seipel entendió que esto era una mano extendida al fascismo. Los católicos alemanes, por otro lado, asumieron la otra idea, que el dominio del Partido Fascista sobre el Estado no era acorde con las ideas de la Iglesia sobre las tareas del Estado.

El concordato con Austria no parece estar directamente vinculado con la actividad católica en Europa central. El texto del mismo todavía no se ha publicado, pero se ha entendido que es muy moderado y no de largo alcance. Roma parece tomar la perspectiva amplia de que era mejor tener un concordato que todo el país

36. Encíclica publicada el 15 de mayo de 1931 por el papa Pío XI. La encíclica, notablemente influenciada por los jesuitas alemanes, trata de ser la respuesta del Vaticano a las convulsiones de la época. Es una defensa de los fundamentos de la sociedad capitalista, aunque alertando sobre la necesidad de no caer en excesos, y una condena tajante del comunismo y el socialismo. No hay referencia explícita al fascismo o al nazismo, aunque se glosa el deseo de una estructura social corporativa tripartita —ejemplo claro de ello será la diferenciación familia-municipio-sindicato que supondrá la base de la sociedad franquista—. Recordemos que uno de los elementos característicos de las sociedades fascistas será la adopción de ese Estado corporativo.

pudiera aceptar que pugnar por uno que al final no fuera duradero. El concordato se ocupa fundamentalmente del matrimonio y el divorcio, y deja inalterados los derechos de la Iglesia respecto de las escuelas, excepto en algunos detalles. Parecería que la Iglesia no ha querido tomar una actitud militante.

El señor C. F. Melville dijo que, como católico romano y colaborador de periódicos clericales, había recibido instrucciones, respecto de Europa central, de «pisar el freno» sobre los nazis, pero que sobre Austria no había recibido esas directrices, lo que le sugería que la Iglesia estaba ansiosa por un compromiso con los nazis en Alemania, pero que era antinazi en Austria.

¿Tiene el cardenal Pacelli[37] el sueño de establecer una especie de Sacro Imperio Romano?

¿Se ha prestado el presente régimen austríaco a la política italiana del «divide y vencerás» en los Balcanes, al favorecer la idea de una confederación danubiana, sea política o económica, o ambas? En Praga se pensó que era una excelente idea, pero una con tarifas aduaneras ahora se ha complicado; en Viena se ha considerado una buena idea si Alemania no queda fuera; en Budapest se aprobaba siempre y cuando el centro fuera Budapest y no Viena; mientras que la actitud de los italianos parecía ser la del perro del hortelano, planteando objeciones tanto a la Anschluss como a la confederación danubiana.

¿Cuál era la posición respecto de la monarquía y cómo se relaciona con la misma cuestión en Hungría?

El Dr. Polanyi estuvo de acuerdo en que, vista desde el Vaticano, la cuestión alemana estaba separada de la cuestión austríaca. La idea de un Sacro Imperio Romano revivido ha estado ciertamente en la cabeza de Seipel, pero no sabía si el cardenal Pacelli la aprobaba y pensó que había perdido toda actualidad.

37. Eugenio Maria Giuseppe Giovanni Pacelli (1876-1958). Cardenal romano, fue nombrado por Pío XI cardenal secretario de Estado en 1930, quedando por tanto al mando de la política exterior vaticana. Previamente había sido nuncio apostólico en Baviera, Prusia y Alemania, por lo que se le suponía un experto conocedor de los entresijos políticos de la zona. A la muerte de Pío XI, fue elegido papa con el nombre de Pío XII.

El Gobierno austríaco favoreció unas relaciones más estrechas con Hungría, pero ciertamente no sostuvo idea alguna de una acción subversiva respecto de Croacia, fuera cual fuera la esperanza italiana de un alzamiento croata.

La confederación danubiana fue una de las cosas de las que más se habló en relación con los problemas de Europa central, pero en ello había poco más que mera charla y, en general, significaba relaciones austro-húngaras.

La cuestión de la monarquía estuvo siempre presente, pero no se disponía de información sobre la posición real de Hungría. Se pensó que poderosas fuerzas se oponían a cualquier intento monárquico. Los húngaros querían mantener su propia «pequeña revisión» muy clara respecto de las cuestiones de la «gran revisión» alemana y de una monarquía austríaca.

EL MECANISMO DE LA CRISIS ECONÓMICA MUNDIAL[1]

Los observadores centroeuropeos están cada vez más convencidos de que todo el período de posguerra, con todas sus peripecias económicas, incluidos los ocho años de milagrosa prosperidad económica en Estados Unidos, la mejora de los negocios en algunos países y las multifacéticas aventuras técnicas, económicas, monetarias y comerciales de esta pésima época histórica, no constituye en realidad más que una sola crisis económica que recorre el mundo de maneras muy diversas y cuya ola más reciente y violenta es la crisis de 1929 a 1933. La crisis económica de los primeros años de la posguerra no ha sido superada, solo desplazada en el tiempo y en el

1. «Der mechanismus der weltwirtschaftskrise», *Der Österreichische Volkswirt*, vol. XXV, suplemento especial, 1933, pp. 2-9. Existen dos traducciones al inglés realizadas por Kari Polanyi-Levitt. La primera, «Mechanisms of the world economic crisis», realizada en 1998, figura en KPA: Con_03_Fol_11, y fue recogida así mismo en la segunda edición de *Karl Polanyi in Vienna. The Contemporary Significance of the Great Transformation*, Black Rose Books, Montreal, 2006. En la primera edición, del año 2000, no aparece. La segunda traducción, «The mechanism of the world economic crisis», más ajustada al original y realizada con David Woodruff, queda recogida en Karl Polanyi: *Economy and Society. Selected Writings*, Polity Press, Cambridge, 2018, pp. 66-80. Existe traducción previa al castellano en Karl Polanyi, *Los límites del mercado*, *op. cit.*, pp. 35-51.

espacio. El equilibrio se había restablecido solo localmente por el hecho de que, una y otra vez, otras áreas económicas, consciente o inconscientemente, asumieron la tarea de soportar el déficit de una economía desequilibrada. Cuando inevitablemente llegó el día de hacer las cuentas, no solo se reavivaron las antiguas brasas, sino que la crisis adquirió una profundidad e inevitabilidad que hizo palidecer a todo lo que se había imaginado hasta entonces.

Para que una afirmación de este tipo no sea simplemente una audaz generalización extraída de algunos acontecimientos arbitrariamente seleccionados de la historia económica de los últimos quince años, el autor está obligado no solo a explicar su particular consideración sobre la naturaleza de la crisis y el método capaz de aportar pruebas acerca de las anteriores afirmaciones, sino que también debe proporcionar estas pruebas con hechos concretos.

¿Por qué no fue posible una autocorrección?

¿Cuál es la esencia de la crisis económica mundial? ¿Cuál es la razón por la que aún se resiste a curarse por sí misma? ¿Cómo han podido algunas economías nacionales, que aparentemente habrían alcanzado un equilibrio ilusorio, superar por algún tiempo las manifestaciones de la crisis y transferir, espacial y temporalmente, la gigantesca carga de un déficit económico acumulado durante años? Y, sobre todo, ¿cómo y de qué manera podría esta interpretación de la crisis arrojar algo de luz sobre la totalidad del proceso general en el que la crisis económica mundial está incrustada?

La necesidad de adentrarnos en las complejidades de la teoría de la crisis se ve aliviada por la convicción de que, si bien la crisis económica que se viene dando desde 1929 está relacionada esencialmente con las que afligen regularmente a nuestra economía, las características decisivas de la misma se derivan directamente del marco general en el que hoy se inscriben. Pero la crisis general, de la que, en nuestra opinión, la crisis coyuntural de los años 1929 a 1933 representa solo su fase más grave, tiene su origen en la Guerra Mundial y en las formas políticas y sociológicas específicas a las que se asoció. Este origen de la crisis general explica por qué el

proceso de autocorrección encontró obstáculos insuperables. Las pérdidas económicas causadas por la guerra fueron, en sí mismas, monstruosas. Por expresarlo de manera paradójica: la opinión en base a la cual una guerra moderna no puede durar más de tres meses por razones económicas era, en sí misma, completamente correcta. El hecho de que la guerra durara varios años fue posible a costa de unos daños sociales generalizados que únicamente pueden producirse bajo la presión coercitiva de fuerzas político-sociológicas irresistibles. Pero solo las perturbaciones que permanecen en la esfera estrictamente económica son susceptibles de autocorrección económica. Los espasmódicos esfuerzos de la comunidad para incrementar los medios necesarios para la guerra, mucho más allá de la capacidad de la economía, causaron daños de tal magnitud que *el tejido social no habría resistido la restauración forzada del equilibrio económico*. La opinión convencional que solo ve el problema en términos de la amenaza de una revolución social, un peligro que sin duda existía, es unilateral. Las razones políticas y sociológicas que, después de la guerra, hicieron imposible restablecer un nuevo equilibrio económico acorde con los daños causados por la misma, eran casi tan generales como las propias fuerzas nacionales, sociales, ideológicas y materiales que llevaron a la guerra y que, tras la derrota de una de las partes, impusieron la paz de los vencedores.

Solo recientes encuestas estadísticas han revelado la enorme magnitud de las pérdidas debidas a la guerra. A pesar de la revolución tecnológica y del milagro económico estadounidense, el nivel de la producción industrial, incluso en el punto álgido del auge económico de 1929, se había quedado alarmantemente por debajo del nivel que habría alcanzado si la tendencia del desarrollo de las dos generaciones anteriores a la guerra se hubiera mantenido sin interrupción. Aproximadamente, en los veinte años transcurridos desde el estallido de la guerra, la producción industrial debería haberse duplicado. En lugar de eso, creció alrededor de un 60% solo para caer en 1933 a los niveles previos al conflicto. De acuerdo con las dinámicas mantenidas durante varias generaciones, a mediados de 1933 debería haber sido más del doble de lo que en realidad era. Ni la actividad febril, pero improductiva, de los años de la guerra, ni el aumento de la producción agrícola, no interrumpida por la

crisis agraria, pueden ocultar el hecho de que la guerra detuvo durante diez años el crecimiento de la producción en la agricultura, y durante veinte años completos, incluso aunque se haga caso omiso de la crisis de 1929 a 1933, el crecimiento en la industria.

Los tres acreedores: rentistas, obreros y campesinos

Sin embargo, aunque los daños causados por la guerra puedan haber sido mayores o menores de lo que previamente se creía, lo que está claro es que en las circunstancias políticas y sociológicas creadas por la guerra eran demasiados grandes como para permitir que, durante muchos años, pudiera establecerse un nuevo equilibrio económico. Después de la guerra, el tejido social solo podía permanecer intacto si tres estratos sociales no se sentían decepcionados por el liderazgo político:

- El rentista, que ayudó financieramente a ganar la guerra, y sin cuya confianza en la moneda y en el crédito la economía capitalista no podía ser restaurada.
- El trabajador, que soportaba la carga política y moral de la guerra y a quien se le prometieron más derechos y más pan.
- El campesino, que parecía el único refugio seguro contra la agitación social.

El hecho de que los rentistas de los estados derrotados fueran inmediatamente triturados cambia tan poco este hecho como la inutilidad de todos los esfuerzos en los estados victoriosos para proteger las reclamaciones por daños de los rentistas. Después de todo, los trabajadores de los estados derrotados tampoco se han librado de las consecuencias de la crisis. Si hubiera una razón puramente económica, ajena a las condiciones previas de la existencia social, habría que decir que una defensa menos rígida de sus reivindicaciones al final habría aportado necesariamente más a los rentistas, a los trabajadores y a los campesinos. Sin embargo, lo único que aquí nos preocupa es que nunca habrían podido conseguir ese «más» porque, mientras tanto, el tejido social había dejado de existir.

En los estados victoriosos, el rentista es quien tuvo el liderazgo. Él había ganado la guerra gracias a sus sacrificios financieros, y su confianza inquebrantable en la moneda y el crédito era la base para la posibilidad de reactivar la economía. La sociedad solo podría seguir existiendo si la desmantelada economía dirigida de guerra era reemplazada inmediatamente y de forma permanente, sin ninguna fase intermedia que pudiera ponerla en peligro, por una economía de libre mercado.

En los estados vencidos, es el trabajador el que tenía la prioridad. Había tomado posesión del poder político y ahora él, que era quien más amargamente había sufrido la carga de la guerra, quería obtener los derechos y el pan que se le habían prometido.

También los estados victoriosos habían conocido una democratización de la vida pública semejante a un terremoto. En Reino Unido, el número de votantes antes de la guerra era de unos ocho millones, y poco después de esta había ascendido a más de veintiocho millones. También aquí la máquina bélica se había alimentado de promesas. «Hogares dignos para los héroes», este era el florido lenguaje del «galés»,[2] que, no contento con contribuir a la campaña con sus fábricas de municiones, también lo hacía con eslóganes. La guerra se había ganado, no había excusa para no cumplir las promesas. De hecho, nadie creía en la necesidad de limitar el nivel de vida después de la guerra. Cuando la realidad comenzó a hacerse patente, ya era demasiado tarde. Tras los terribles esfuerzos requeridos a la economía en su conjunto para defender, e incrementar, el valor de los ingresos de los rentistas, resultaba imposible llevar a cabo una política que impusiera unilateralmente sacrificios a las clases trabajadoras.

El tercer elemento de este grupo era el campesino. Después de la guerra, solo el campesino, arraigado en su tierra, protegiendo su heredad y habituado a unas relaciones de mercado adversas

2. Referencia a David Lloyd George (1863-1945), político galés que comenzó su carrera como parlamentario del Partido Liberal en 1890 y que desde ese momento ocupó diversos cargos, entre los que destacarían los ministerios de Comercio (1905), Hacienda (1908), Armamento (1915) y Guerra (1916). Este mismo año fue nombrado primer ministro, puesto que ocupó hasta 1922.

con la ciudad, suponía, en sentido propio o figurado, una protección real contra el bolchevismo. Así, su concepción del mundo y sus intereses como productor lo conectaban con el conservadurismo. Pero el ejemplo búlgaro demostró que un agricultor decepcionado podía actuar de manera diferente; de hecho, el que campesinos sin una excesiva decepción pudieran participar en la división de grandes propiedades agrícolas parece corroborado por el destino de toda una serie de países orientales y periféricos. Sin embargo, que las revoluciones no solo provienen de la izquierda es una lección que hoy por hoy Europa ha aprendido perfectamente. Basta con pensar que ni el rentista ni el trabajador impusieron la exigencia de su intangibilidad social de manera tan completa como el campesino.

Las exigencias que los intentos de restablecer el equilibrio económico han tenido que aceptar se han planteado, pues, en tres direcciones. La existencia del tejido social exigía imperiosamente:

- Mantenimiento de los ingresos de los rentistas mediante la revalorización de las monedas.
- Mantenimiento de los ingresos de los trabajadores mediante la revalorización de los salarios.
- Mantenimiento de los ingresos de los campesinos mediante la revalorización de los precios de los productos agrícolas básicos.

Hoy no puede existir la menor sombra de duda sobre el hecho de que los daños económicos causados por la Guerra Mundial excluían el sobreconsumo generado por el cumplimiento de estas reclamaciones. Por lo tanto, el mantenimiento del tejido social exigía un imposible económico. Pero cuando la posibilidad económica y la existencia de la propia sociedad entran en conflicto entre sí, entonces las posibilidades económicas se estiran de una manera u otra. Por supuesto, a largo plazo esto es impracticable. La violación de las leyes económicas se paga, más tarde o más temprano, con nuevos y terribles daños económicos. Pero, por el momento, la existencia de la sociedad se ha salvado.

Por cierto: la estructura social estaba en peligro económicamente no solo desde el interior, sino también desde el exterior, desde el

marco del orden estatal creado por la Guerra Mundial. Sin embargo, si no culpamos por encima de todo a las reparaciones, a las deudas de guerra y a la manía autárquica como responsables de la imposibilidad de una autocorrección de la economía mundial, sino que ponemos todo nuestro énfasis en el mantenimiento de los ingresos de los rentistas, los trabajadores y los campesinos, esto se debe a que la cuestión económica interna del sobreconsumo general era, sin duda, de importancia crucial para el problema del equilibrio. Pero las dos cuestiones van unidas. Las reparaciones y las deudas de guerra proporcionaron la orientación de los esfuerzos financieros y económicos, aunque en sí mismas eran tan difíciles de costear como el mantenimiento de un nivel de vida generalmente alto en un mundo pobre en capital productivo. Sin embargo, esos esfuerzos se hicieron y, también ahí, el colapso solo pudo ser evitado por un tiempo a través de intervenciones dañinas económicamente.

La gran intervención: la guerra

Es una idea correcta y muy práctica el que toda la historia económica y financiera de los últimos quince años ha consistido en intervenciones que han tenido graves consecuencias. Pero estas actuaciones no fueron la *causa* de la crisis. Es cierto que dichas intervenciones, algunas de las cuales se llevaron a cabo de forma totalmente equivocada y con poca visión de futuro, retrasaron la solución de la crisis durante mucho tiempo. Sin embargo, este aplazamiento no fue en absoluto inútil: la intervención originaria había sido la propia guerra. Todas las intervenciones de la posguerra fueron, en parte, medios costosos y sacrificados para defender a la sociedad de las letales consecuencias de la más brutal de todas las perturbaciones del equilibrio. Por otra parte, sin embargo, han causado involuntariamente nuevas perturbaciones que han agravado las consecuencias de la intervención originaria. Es imposible entender la verdadera función de estas intervenciones de la época de la posguerra, sin una clara comprensión de cómo los daños de la guerra las hicieron inevitables.

Además, no es lógico describir como tales solo las intervenciones realizadas a favor de los trabajadores y campesinos. En la base

de esto se situaría la conveniente idea de que las medidas destinadas a restablecer las condiciones previas a la guerra portarían, por así decir, en sí mismas su justificación. La revalorización de las monedas, incluso mediante los medios más artificiales y violentos, no se considera una intervención, sin preguntarse si en un determinado país el nuevo estado de equilibrio permite o no en ese momento la revalorización de las rentas de los rentistas. Pero un teorema de equilibrio que se agotara en el énfasis puramente formal, en la santidad de los contratos, no tendría ningún valor desde el punto de vista de la política económica y financiera. Ya que ignoraría la pregunta prácticamente decisiva que dice: ¿qué ingresos son apropiados para la nueva situación de equilibrio, es decir, permanentemente sostenibles?

La vuelta a la paridad del oro en Reino Unido es el símbolo real de la ingenuidad con la que el mundo, hace apenas diez años, se propuso seguir construyendo una economía mundial según los planes de antes de la guerra, aunque sus cimientos hubieran sido socavados profundamente durante los años de la guerra. Pero también los efectos de ese error podrían posponerse durante años.

¿Cómo fue posible posponer la crisis?

El consumo de las clases favorecidas, ya sean rentistas, trabajadores o campesinos, más allá de lo que determine el equilibrio, solo puede satisfacerse a partir de tres fuentes.

Primera: mediante la transferencia de la renta nacional a favor de los favorecidos. Allá donde fueron privilegiados solo los trabajadores y los campesinos, esta transferencia se produjo a expensas de los activos de la clase media y del capital circulante en la industria, en ambos casos a través del impuesto de patrimonio, pero, sobre todo, a través del tipo de impuesto más injusto e inexorable: la devaluación del dinero. El sobreconsumo agrario se hacía posible a través de aranceles y de otros métodos de expropiación proteccionista en detrimento de la población urbana.

Segunda: mediante el consumo del capital. El capital interno de la economía se consumió con la inflación, en buena medida a

través de la venta del patrimonio o de parte del patrimonio al extranjero.

Tercera: el déficit restante debía cubrirse mediante nuevos empréstitos en el extranjero.

Esto ocurrió de una manera inimaginable. Cada una de las economías nacionales sobrecargaba constantemente sus déficits externos. Las economías nacionales de apoyo buscaban a su vez un apoyo todavía más fuerte. Años de aparente estabilidad, períodos de expansión prolongada, una engañosa apariencia de completo equilibrio, se alternaban con nuevas dificultades económicas y financieras. Hasta que, de repente, en el punto álgido de la economía estadounidense, se rompió el vínculo que las mantenía cohesionadas, las interdependientes economías deficitarias comenzaron a caer y todo el edificio de estabilización se derrumbó.

¿Cuál fue el mecanismo de la crisis económica mundial que forzó este encadenamiento y, sin embargo, lo hizo a la vez inevitable?

El desplazamiento geográfico de la crisis, y su consiguiente aplazamiento, se produjo con la ayuda de un mecanismo de crédito, con una capacidad y una elasticidad únicas, que se desarrolló en el período de posguerra.

La peculiaridad de este mecanismo de crédito está probablemente lejos de ser suficientemente comprendida. Mientras que la economía mundial fue destruida por la guerra y reconstruida lentamente en la posguerra solo para volver a degradarse cada vez más desde finales de 1928, el sistema de crédito se desarrolló hasta alcanzar un nuevo apogeo ya durante la guerra. Este fenómeno paradójico continuó casi durante todo el período de la posguerra: una asombrosa movilidad y capacidad del sistema crediticio internacional, junto con una constricción y parálisis, a menudo preocupantes, de la interdependencia económica mundial.

Las guerras son refundadoras de los sistemas de crédito. Los estados victoriosos habían financiado casi toda su adquisición de material, proveniente del exterior, mediante un aparato de crédito creado *ad hoc*. Gracias a ello se han llevado a cabo las mayores transferencias financieras de la era moderna: la venta de valores y de participaciones en Estados Unidos, la garantía del tipo de

cambio de la libra esterlina por parte de Estados Unidos, la eliminación de todos los pagos en moneda extranjera entre los aliados con la ayuda del crédito. Este aparato crediticio adquirió una capacidad prácticamente ilimitada por el hecho de que las grandes potencias, involucradas en una guerra a vida o muerte, utilizaron al máximo el arma del crédito. En general, la politización del crédito no tiene precedentes desde la existencia del capitalismo moderno. Esto fue acompañado por el desarrollo de relaciones comerciales mucho más personales y estrechas que con anterioridad entre los bancos centrales y los bancos comerciales de Londres, Nueva York y París. Este modernísimo sistema de canalización para la distribución del crédito a través de toda Europa se encontró ahora con una nueva fuente de crédito aparentemente inagotable, dispuesta a verter oro generosamente para irrigar el Sáhara de la economía centroeuropea: la inmensa riqueza de Estados Unidos. Los beneficios, todavía incalculables, que este país había obtenido durante la guerra buscaban inversiones. La reconstrucción de Europa se presentaba como *el gran* negocio que no solo salvaría los créditos estadounidenses a Europa, sino que también sería un acto de clarividente amor a la humanidad. Entra así en escena un financiero de riqueza e inexperiencia sin precedentes que solo quería poner en marcha este mecanismo de crédito con sus propios medios. Si hoy, sin embargo, nos parece incomprensible cómo el mundo pudo haber estado tan equivocado en ese momento respecto del verdadero saldo financiero de la guerra, solo tenemos que recordar por un momento los créditos que se consideraban «buenos». El monto total de la deuda entre los aliados se estimó en 25.000 millones de dólares. Cualquiera que investigue los antecedentes de la atmósfera que rodeó la Conferencia de Génova[3] tendrá hoy que recordar que la misma se rompió por las disputas sobre la distribución de cuotas entre los interesados en el

3. La ya mencionada Conferencia de Génova fue convocada por Lloyd George con el objetivo de resolver los problemas económicos que enfrentaba Europa tras la guerra y para tratar de encontrarles acomodo en el concierto internacional a los dos países a los que no se les había permitido participar en la Conferencia de Paz de París en 1919, Alemania y la URSS.

petróleo ruso, y que ellos no eran los únicos en tomarse en serio sus reclamaciones a Rusia. Después de todo, Lloyd George solo pudo hacer su famosa propuesta de fundar una sociedad anónima de veinticinco millones de libras esterlinas para la reconstrucción de Rusia porque la esperanza de la utilidad de los bonos de guerra y de preguerra rusos estaba todavía viva. Se trataba en este caso, sin embargo, de una suma de 35.000 millones de francos oro. Hoy por hoy, todos estos créditos están cancelados; no es nada milagroso el que, en el momento en que aún no lo estaban, los acreedores de estas sumas pensaran que eran ricos. En 1925, cuando Reino Unido y Alemania ya estaban en el patrón oro, se habló en Thoiry[4] de ¡movilizar 16.000 millones de marcos oro de obligaciones para reparaciones como una simple propuesta de negocio! Este mecanismo de crédito, al que los contemporáneos atribuyeron poderes míticos, fue el actor principal en la difusión y el aplazamiento de la crisis durante diez años.[5]

El proceso global

El resultado de la guerra determinó el curso geográfico de la crisis de este a oeste.

Había *estados derrotados* como Rusia, Austria, Hungría, Bulgaria, pero también, en sentido económico, estados surgidos en el teatro oriental de la guerra como Rumanía, Yugoslavia,

4. Referencia a la conferencia que tuvo lugar el 17 de septiembre de 1926, en la ciudad francesa de ese nombre, entre los ministros de Asuntos Exteriores francés y alemán para tratar de llegar a acuerdos sobre los contenciosos bilaterales que afectaban a ambos países. Los acuerdos alcanzados no tuvieron alcance alguno porque provocaron una fuerte oposición entre la opinión pública francesa.
5. Véase Felix Somary: «Kapitalüberschuß und kapitalzuschußgebiete, mechanismus und wirkungen der internationalen kapitalübertragungen», en Bernhard Harms, *Kapital und Kapitalismus*, Hobbing, Berlín, 1931, p. 483. Véanse también la serie de artículos de Walter Federn, publicados antes de la caída del Credit-Anstalt, sobre el exceso de crédito en los números 8, 9, 10, 16, 17, 19 y 20 del *Österreichischen Volkswirt* del 22 y 29 de noviembre de 1930, 3, 17 y 24 de enero, 7 y 14 de febrero de 1931. *(N. del A.)*

Checoslovaquia, Polonia, Grecia y los estados limítrofes, y por último, pero no por ello menos importante, el Reich alemán.

Había *estados victoriosos*, Reino Unido, Francia, Bélgica e Italia.

Y había, constituyendo él solo una categoría, un *megavencedor*, Estados Unidos.

1918-1924. Todo el proceso global se inicia en Oriente con la reconstrucción de gran parte de los derrotados con la ayuda de los estados victoriosos y de EE. UU. La moneda austríaca se estabiliza en 1923, la húngara en 1924 gracias a la ayuda de la Sociedad de Naciones. Análogamente, fueron saneadas Grecia, Bulgaria, Finlandia y Estonia; Rumanía, Polonia, Checoslovaquia y Yugoslavia obtuvieron préstamos franceses; incluso se elaboraron planes de ayuda para Rusia. Punto destacado: el restablecimiento del patrón oro en el Reich alemán, anclado al Plan Dawes[6] junto con los créditos Dawes, la mitad de ellos concedidos por EE. UU. Mediante la reintroducción del patrón oro, los países vencidos perdieron la reserva oculta de la inflación. El silencioso déficit de las economías nacionales fue cubierto, cada vez más, a través de la deuda externa y, por lo tanto, se transfería a los países victoriosos. Todavía en esta primera fase, los estados victoriosos se apoyan en monedas que fluctúan.

1925-1928. Además del déficit que los vencedores toman de los vencidos, se añade su propia falta de equilibrio. La introducción del patrón oro en los países vencedores coloca al déficit de sus economías en una lucha constante por la estabilidad de la moneda. Reino Unido traslada la carga económica de su estabilización monetaria a Estados Unidos por medio de la llamada cooperación de los bancos centrales. La estabilización de la libra esterlina en la paridad de antes de la guerra, el 1 de abril de 1925, está garantizada por la disponibilidad de los préstamos estadounidenses. A partir de ese día, la política crediticia de Estados Unidos, a pesar del enorme aumento

6. El Plan Dawes, por referencia a Charles G. Dawes (político estadounidense, director de la Oficina Presupuestaria, representante de su país en la Comisión de Reparaciones de Guerra en 1924 y que en 1925 alcanzó la vicepresidencia de Estados Unidos), fue un plan pensado para tratar de resolver el problema de las reparaciones de guerra que tenía que pagar Alemania con base en lo establecido en el Tratado de Versalles. El plan se dio a conocer en 1924.

en la concesión de créditos a Alemania, no se lleva a cabo tanto para ayudar a Europa como para auxiliar secretamente a Reino Unido. Punto culminante: el encuentro entre Montagu Norman y Strong[7] en mayo de 1927 en Nueva York. En agosto se introdujo en Estados Unidos una nueva *cheap credit policy*[8] más estricta que duró hasta febrero de 1928 y preparó la caída de Wall Street en octubre de 1929. La criptoinflación estadounidense significa un apoyo permanente a los estados victoriosos que han vuelto al patrón oro, mediante créditos baratos y manteniendo los tipos de interés bajos.

1929-1933. El déficit combinado de los vencedores y vencidos europeos, que se había traslado a EE. UU., salió a la luz en una crisis a la cual había contribuido significativamente el papel de puente del crédito estadounidense a lo largo de los últimos diez años. Desde el Plan Dawes y los acuerdos de deuda con Reino Unido y Francia, Estados Unidos ha financiado tantos los pagos de las reparaciones como los pagos de sus propias reclamaciones, y ha tenido que soportar la carga de la vana estabilización inglesa, las malas inversiones alemanas, así como los déficits de las economías privadas de la Europa oriental que se acumulan en Viena. Acontecimiento principal: la bancarrota del Credit-Anstalt el 12 de mayo de 1931; el marco alemán se hunde, la libra esterlina se desvía de la paridad. El 19 de abril de 1933 el dólar se convierte en una divisa flotante. Tanto el recorte económico mundial como el caos monetario son comparables únicamente con la situación inmediatamente posterior a la guerra.

La revalorización de la libra esterlina y sus consecuencias

Situadas en este contexto, muchas cosas que desde una consideración parcial podrían entenderse como un error o una falta aparecen como inevitables. Algunos de los reproches se antojan contradictorios y las supuestas oportunidades perdidas no serían sino meras

7. Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra entre 1920 y 1944; Benjamin Strong, presidente de la Reserva Federal estadounidense entre 1914 y 1928.
8. «Política de crédito barato».

alternativas que hubieran conducido al mismo indeseable resultado, pero por otras vías. La vuelta británica a la paridad previa a la guerra se considera ahora como un claro ejemplo de decisión económica equivocada. Pero la excusa que se repitió hasta la saciedad en Reino Unido de que en 1925 nadie podía prever que Francia y Bélgica estabilizarían su moneda por debajo de su valor intrínseco y que, por lo tanto, lo colocarían bajo presión en el ámbito de las exportaciones, indica una alternativa cuya no implementación solo puede ser considerada como positiva. En cuanto al nivel de estabilización franco-belga hay que decir, con el mayor énfasis posible, que la causa no se sitúa en su relación con la situación de los precios, sino, sobre todo, en su relación con la paridad inicial. El hecho de que Francia impusiera a sus ciudadanos una expropiación del 80% de sus ingresos por rentas constituía lo esencial de este punto de vista. Si Reino Unido tuvo que luchar con dificultades para sus exportaciones después de 1926, fue principalmente porque sus costes de producción estaban inflados como consecuencia de la carga de los revalorizados intereses y de la carga salarial políticamente asociada a ellos.

Otro caso: durante años la Europa central no quiso aceptar las agudas dificultades económicas de Reino Unido porque, sobre la base de su propia experiencia, había reconocido claramente que la tasa de descuento inglesa seguía siendo demasiado baja como para fortalecer la moneda a largo plazo. En realidad, de 1925 a 1931, solo dos meses escasos cayó el tipo de interés por debajo del 4,5%, un nivel inusualmente alto para Reino Unido. Una reducción legal del tipo de interés de los títulos del Estado en 1925 o un impuesto sobre la propiedad podrían haber compensado el error cometido con la revalorización de la moneda. Realizadas sucesivamente, estas medidas no podrían haber arruinado el crédito británico más de lo que lo hizo el propio hundimiento de la divisa. Cualquier aumento brusco y permanente de la tasa de descuento no solo habría agravado la aguda crisis de la economía inglesa (a la que habría sobrevivido), sino que también habría paralizado la exportación de capitales ingleses que este país creía que debía

mantener para salvaguardar su exportación de mercancías.[9] De hecho, Reino Unido continuó exportando capital incluso después de la estabilización, un movimiento de capital que, entre otras cosas, benefició a las apenas «reorganizadas» economías de Europa oriental. De las emisiones de capital extranjero en el mercado londinense ya en 1924, solo 782 millones eran préstamos a largo plazo a estados europeos.

En realidad, fue la creciente dificultad para mantener la exportación de capital a partir de 1927 lo que excluía el aumento de la tasa de descuento en Reino Unido. El mercado londinense estaba sometido a una fuerte presión invisible. Se expandieron los préstamos a corto plazo y la propia City se volvió cada vez más dependiente del crédito exterior a corto plazo. Los peligros de esta situación habían quedado suficientemente claros en el informe McMillan,[10] muy poco antes del colapso de la moneda en septiembre de 1931.[11] En 1927 las emisiones extranjeras emitidas en

9. Condliffe explica que esta exportación de capital es «una parte indispensable del mecanismo de la economía mundial normal en el período prebélico» (*World Economic Survey 1931-1932*, Sociedad de Naciones, Ginebra, 1932, p. 48). *(N. del A.)* [John Bell Condliffe (1891-1981). Economista neozelandés que formó parte del secretariado de la Sociedad de Naciones y escribió todos sus informes económicos entre 1932 y 1937.]
10. Se conoce por ese nombre el informe realizado por el Comité sobre Finanzas e Industria, más conocido como el «comité MacMillan» por referencia a su presidente, Hugh Pattison MacMillan. El comité fue creado por el Gobierno británico para tratar de establecer las causas del crac de 1929 y evaluar si el sistema bancario y financiero del país ayudaba o entorpecía la recuperación del comercio y la industria. En las conclusiones del comité jugaron un gran papel diversas consideraciones de John Maynard Keynes, el cual participó activamente en sus debates. El informe fue publicado en septiembre de 1931.
11. «Nada es más significativo de las consecuencias de la guerra que *la similitud de un ciclo económico inusualmente largo en EE. UU. con una depresión inusualmente larga en Reino Unido.* El regreso de la libra a los estándares de antes de la guerra, que solo Reino Unido logró entre todos los estados europeos en conflicto, y el gran endeudamiento con Estados Unidos son probablemente las dos causas principales de la depresión» (Felix Somary: *Wandlungen der Weltwirtschaft seit dem Kriege*, Mohr, Tubinga, 1928, p. 11). *(N. del A.)*

Londres todavía ascendían a 651 millones de dólares, en 1928 alcanzaban no más de 525 y en 1929, solo 228 millones de dólares. ¡Y, sin duda alguna, esta cantidad solo podía explicarse sobre la base de la política de dinero barato puesta en marcha por Nueva York!

Desde tiempos inmemoriales, el vínculo elástico que mantenía unidos los equilibrios cada vez más precarios de las economías nacionales deficitarias había sido la ayuda crediticia estadounidense. Pero la correa de transmisión que provocó que los déficits de cada una de las economías europeas más fuertes terminaran en los libros de contabilidad de Estados Unidos fue el restablecimiento del sometimiento de las monedas al patrón oro. Privadas del recurso oculto de la inflación e imposibilitadas de cualquier retraso a causa de las rígidas reglas del patrón oro, las economías nacionales tuvieron que admitir, por decirlo así, sus deficiencias. No alto y fuerte, sino, de manera no menos efectiva, por el camino de nuevos endeudamientos. Pero mientras que las estabilizaciones monetarias en Europa central hicieron que solo Reino Unido siguiera una política de bajas tasas de interés, cuyos efectos no se notaron hasta mucho más tarde, la restauración del patrón oro en el propio Reino Unido no tuvo menos efecto que la inflación silenciosa estadounidense de los años 1926 a 1929 y, por lo tanto, en el colapso final de todo el sistema crediticio mundial.

Estados Unidos y la doble función del mecanismo crediticio

Tal vez la cosa más engañosa en el marco de la historia económica de la posguerra sea el fabulosamente alto nivel de vida de Estados Unidos en esa época. En parte fue el resultado de la riqueza real, por otra parte tenía su origen en unas acciones intervencionistas que dividieron a toda la economía mundial en dos: la política de altos aranceles proteccionistas y la prohibición de la inmigración en Estados Unidos. Sin ellas, la pobreza europea pronto se habría extendido por EE. UU. para desembocar después en un nuevo equilibrio situado en alguna parte entre la miseria de los países derrotados de Europa central y el alto nivel de vida estadounidense. Estados Unidos no podía

hacer frente a la presión de Europa sobre su nivel de vida más que impidiendo entrar en el país tanto a las mercancías como a la mano de obra barata europeas. Esta es la razón más profunda del movimiento unilateral del oro hacia Estados Unidos. Era la única forma de pago que no reducía el nivel de vida estadounidense.

En innumerables ocasiones se ha acusado a Estados Unidos no solo de agravar la crisis a través de su miope política arancelaria altamente proteccionista, sino también de ser prácticamente el culpable de la misma. Un Estado acreedor debería regularse desde el punto de vista económico como un perceptor de rentas y, mediante una balanza comercial deficitaria, facilitar a sus deudores el reembolso de sus deudas mediante la exportación de mercancías. Sin embargo, como ejemplo se remite exclusivamente a países que, como Reino Unido, construían sus inversiones de capital extranjero a lo largo de generaciones y, cuando llegaba el tiempo de los reembolsos, podían adaptar gradualmente su estructura económica al nuevo estado de cosas. Si Reino Unido importa hoy materias primas, por una parte, y productos semielaborados, por otra, en grandes cantidades, la necesaria adaptación de su estructura económica tuvo lugar a lo largo de décadas de comercio con sus deudores dispersos por todo el mundo. Pero ¿puede reclamársele verdaderamente a un país que lleve a cabo una transición voluntaria hacia una balanza comercial deficitaria cuando se transforma de un día para otro de Estado deudor en el principal Estado acreedor, con créditos que son predominantemente de origen *político*? Las exportaciones estadounidenses de 1914 a 1919, cuyo contravalor eran las deudas de guerra de los aliados, exigían una adaptación unilateral de la estructura económica del país a las necesidades de la guerra europea. La aceptación del servicio de la deuda en mercancías, poco después del acuerdo de paz, debería haber provocado una grave crisis en la economía de EE. UU. Nos parece que también en esta ocasión se sitúa erróneamente la intervención culpable en la posguerra, en lugar de situarla en su lugar: la época de la propia Guerra Mundial. Porque esta es, precisamente, la maldición de los hechos económicos fruto de intervenciones políticas; que, a menudo, las terribles consecuencias de la intervención originaria solo pueden evitarse con nuevas intervenciones que requieren grandes sacrificios.

Estados Unidos habría actuado de la mejor manera posible si hubiera cancelado sus créditos de guerra a Europa por un importe nominal de once mil millones de dólares. Ciertamente, así se habría endosado a continuación los costes de la guerra de la propia Europa y habría sufrido durante mucho tiempo la fuerte presión fiscal que el servicio de los intereses de los *liberty bonds*[12] habría requerido a escala nacional. Sin embargo, probablemente habría disfrutado de un nivel de vida más alto que en el período anterior a la guerra. En todo caso, la cuestión parece bastante académica porque Estados Unidos no solo se aferró a sus créditos, sino que para salvarlos concedió a Europa nuevos y enormes préstamos. No obstante, se pueden adjuntar a esta declaración importantes consideraciones:

En primer lugar, que el nivel de vida estadounidense era, en cualquier caso, injustificablemente alto. Una condonación de la deuda habría tenido que reducirlo; una aceptación de los pagos en mercancías y personas habría tenido inevitablemente la misma consecuencia. Segundo, que el sobreconsumo debido a causas políticas y sociales de los rentistas, trabajadores y campesinos en Europa desempeñó un importante papel a la hora de permitir un nivel de vida excesivo en los propios Estados Unidos; que, sin embargo, este sobreconsumo en Europa era posible, a su vez, solo mediante la ayuda crediticia estadounidense. *El mecanismo del crédito* ha dominado así la doble tarea de *mantener el nivel de vida, tanto en Europa como en Estados Unidos, por encima del nivel de equilibrio*.

Durante años, la política monetaria de la directiva de la Reserva Federal fue acusada de esterilizar las masas de oro que fluían hacia Estados Unidos.[13] En Europa hacía falta este oro, sin el cual

12. Bonos de guerra que se vendieron en EE. UU. para apoyar el gasto de la guerra en Europa. Entre abril de 1917 y septiembre de 1918 se hicieron cuatro emisiones de bonos por un valor aproximado de 20.000 millones de dólares, con un interés que fue ascendiendo desde el inicial 3,5 % al 4,25 %. En abril de 1919 se lanzó una nueva emisión de Bonos de la Victoria por 4.500 millones al 4,75 %. Ante la fría acogida que tuvieron estos bonos, como la propia entrada en la guerra, el Gobierno llevó a cabo una impresionante campaña propagandística en la que, quizá por primera vez, tuvieron un papel muy destacado los actores y actrices de cine.
13. Eso no sucedió en este momento. Véase Walther Federn: «Die sterilisierung des goldes», n.os 16 y 17, del 17 y 24 de enero de 1931. *(N. del A.)* [La referencia de Polanyi es incompleta. No menciona la revista en que se publica el artículo, *Der Österreichische Volkswirt*, sin duda porque es la misma que publica el suyo. Y se trata, no de un mismo artículo publicado en dos partes, sino de dos artículos sobre el mismo tema. En concreto, el publicado en el vol. XXIII, n.º 16, del 17 de enero de 1931, pp. 406-409, titulado «Die sterilisierung des goldes?» —en su cita Polanyi omite el signo de interrogación—, y el publicado en el vol. XXIII, n.º 17, del 24 de enero de 1931, pp. 431-434, titulado «Die sterilisierung des goldes und zinsfußpolitik» (La esterilización del oro y la política de tipos de interés).]

no era posible la expansión del crédito, mientras que en Estados Unidos, por el contrario, no se utilizó intencionadamente para la ampliación del crédito. En Europa, por lo tanto, se necesitaban nuevos créditos para la economía, pero Estados Unidos se negaba a conceder nuevos préstamos a Europa. Actualmente, la acusación inversa es la que se escucha con mucha más fuerza: Estados Unidos habría provocado la crisis mundial a través de una inflación desbocada y una exportación de capital sin escrúpulos. Es evidente que las dos acusaciones son mutuamente excluyentes. Por cierto, ahora sabemos que la demanda de una esterilización del oro se basó en un puro malentendido. El incremento de las reservas de oro entre 1921 y 1929 fue acompañado por un aumento de 706 millones de dólares de promedio diario en las reservas de excedentes de los bancos comerciales. Por lo tanto, la economía disponía de entre nueve y diez veces el importe de los nuevos fondos de crédito.

Pero la acusación prueba otra cosa: ¡ninguna expansión del crédito estadounidense le hubiera parecido suficientemente grande a Europa en ese momento! La estabilización de una serie de monedas de la Europa central y oriental, el marco oro cojeando sobre las muletas de las restricciones draconianas al crédito, el aumento de la presión comercial sobre Reino Unido —agravada desde el retorno a la paridad—, la necesidad de estímulos políticos y préstamos puente en la transición entre los bonos Dawes y los Young, junto con los créditos para la reconstrucción a Alemania y otros países, crearon una demanda casi inagotable de asistencia crediticia estadounidense.

Esto nos permite echar un vistazo a la afirmación opuesta, y correcta en un sentido puramente objetivo, de la criptoinflación

estadounidense. En sí misma es, sin duda, justa. Sin embargo, es inadmisible la conclusión (que se oye por todas partes) de que Estados Unidos tiene la culpa del nuevo colapso de las monedas. Esto casi le da la vuelta a los hechos reales del caso: estas monedas solo se mantendrían estables mientras estuvieran respaldadas por una política crediticia estadounidense que necesariamente suponía el incremento de la inflación. Cuando esta ya no pudo continuar, también llegó a su fin la estabilidad de las monedas. Solo quien haya olvidado el grito de Europa a favor de la ayuda de Estados Unidos durante los muchos años de recurrentes emergencias financieras, económicas y, sobre todo, políticas, puede, en el mejor de los casos, ignorar la amarga alternativa que la negativa a prestarnos dinero habría significado para nosotros en aquel momento. Sin embargo, Estados Unidos no se ha opuesto seriamente a las exhortaciones a la ampliación del crédito que resonaban en Europa. Y, ciertamente, los préstamos otorgados a Europa fueron tan excesivos y tan profusamente derrochados como han demostrado serlo los préstamos de Wall Street a los países latinoamericanos. También nosotros vemos el testimonio de las nocivas consecuencias económicas asociadas al aplazamiento de la crisis en el hecho de que el sobreconsumo artificialmente realizado ha llevado a un sobreconsumo aún mayor, tanto entre los deudores como entre los acreedores.

El ciclo de la crisis

Sin embargo, la conexión decisiva para el reconocimiento de las causas resulta de lo siguiente: la entrada de oro a Estados Unidos comienza ya en la crisis económica de 1921-1922; pero la salida de oro no desencadena ninguna presión destacable sobre el volumen de crédito en Europa, mientras que las principales monedas todavía fluctúen.[14] Los billetes no son sensibles a la pérdida de oro. Fue solo después de que Reino Unido volviera al patrón oro en 1925 y Francia en 1926, que comenzaron seriamente las quejas sobre una mala asignación del oro. Los repetidos intentos de restricción del crédito en

14. J. B. Condliffe, *World Economic Survey…*, *op. cit.*, p. 48. *(N. del A.)*

Estados Unidos conducen ahora regularmente a pérdidas de oro para los deudores y, por lo tanto, a un nuevo agravamiento de la situación.[15] Por dos veces Estados Unidos introdujo una «política de dinero barato» en momentos coyunturales más débiles y en ambas ocasiones el año siguiente, 1925 y 1928, se cierra con una pérdida de oro para Estados Unidos.[16] Cuando, en la primavera de 1927, la estabilización *de facto* del franco dio lugar a grandes salidas de oro desde el Banco de Inglaterra hacia el Banco de Francia, Montagu Norman acordó con el gobernador Strong, en Nueva York, una nueva era de «dinero barato» que debería ahorrarle a una economía inglesa en graves dificultades un aumento de la tasa de descuento.

Desde agosto de 1927 hasta febrero de 1928, la tasa de descuento del Banco de la Reserva Federal de Nueva York fue de solo el 3,5 %. Comienza el gran *boom* estadounidense-europeo. Las nuevas monedas oro europeas son apoyadas por la afluencia del oro de Estados Unidos, la importación de capital de Alemania se eleva en 1927-1928 a más de dos mil millones de dólares. La tasa de descuento en Nueva York se incrementa de nuevo al 5 % en julio de 1928; empiezan los inútiles esfuerzos para tratar de detener las alzas derivadas de la especulación. La afluencia de préstamos a largo plazo de Estados Unidos se agota. Las emisiones europeas colocadas en la primera mitad de 1929 en Estados Unidos no supusieron más que 101 millones de dólares, frente a 449 en el primer semestre de 1928.

Hasta 1925, la política estadounidense de protección arancelaria y crediticia salvó tanto a Europa como a Estados Unidos de una disminución del nivel de vida, en la medida en que EE. UU. en parte aceptó el pago en oro y en parte concedió nuevos préstamos. Tras el restablecimiento de las monedas oro en Europa, pero especialmente en Reino Unido, los deudores solo pueden resistir a la presión provocada por la salida de oro sobre sus monedas porque Estados Unidos se rinde al inflacionismo manteniendo el tipo de interés artificialmente bajo y multiplicando sus exportaciones de capital a Europa. A

15. *Monetary Policy and the Depression*, Institute for International Affairs, Oxford, 1933, p. 8. *(N. del A.)*
16. Bertil Gotthard Ohlin: «Le cours et la phase de la dépression», en Société des Nations, *La situation économique mondiale…*, *op. cit.*, p. 110. *(N. del A.)*

medida que el mecanismo de la inflación comienza a fallar, las presiones financieras en el sobrendeudamiento se convierten inevitablemente en la crisis económica. A mediados de 1929, Estados Unidos y Francia ya poseían juntos el 58% de las reservas monetarias de oro del mundo. Estados Unidos, sin embargo, no sigue dando créditos. Ya no es posible ni pagar en oro, ni nuevos endeudamientos. Los estados deudores no tienen otra opción que pagar con mercancías. A partir de 1928-1929 comenzaron a impulsar sus exportaciones.[17] Desde Europa y desde los países de ultramar productores de materias primas, fluyen hacia el mercado mundial mercancías que buscan un comprador a cualquier precio. Las tendencias hacia una caída general de los precios prevalecieron en 1929, y la crisis económica mundial estaba a la vuelta de la esquina. Se añadirán la crisis del crédito en 1931, el recorte del comercio mundial en 1932 y la crisis monetaria general de 1933. El desplazamiento espacial y temporal del déficit económico mundial ha completado su ciclo. Las inflaciones pueden haber preservado el tejido social, pero no han hecho más que prolongar los tormentos del proceso de saneamiento, sin podérselos ahorrar a la humanidad.[18]

17. Condliffe, en *World Economic Survey...*, *op. cit.*, p. 43; y en *La situation économique mondiale...*, *op. cit.*, p. 171; Ohlin, «Le cours et la phase de la dépression», *op. cit.*, p. 211. *(N. del A.)*
18. El profesor John B. Condliffe, autor de los dos últimos anuarios económicos de la Sociedad de Naciones, confirma en el de 1932-1933, publicado a finales de septiembre, una parte esencial de nuestros datos principales: «Las dificultades reales de la situación no salieron a la luz mientras un gran número de monedas, especialmente las de los países deudores, fueron independientes entre sí, mientras los tipos de cambio fluctuaron y las deudas existentes entre los gobiernos no estuvieron reguladas; pero a medida que las monedas volvieron sucesivamente al patrón oro, los tipos de cambio se fijaron y las deudas fueron objeto de sucesivas reglamentaciones, aumentó la tensión en el nuevo mecanismo financiero internacional. Durante los pocos años comprendidos entre 1925 y 1929, la única manera de cumplir con las obligaciones financieras internacionales sin reformar radicalmente las economías nacionales era a través de una amplia afluencia de nuevos capitales a los estados deudores, y fundamentalmente desde Estados Unidos. Tan pronto como estos capitales comenzaron a reducirse, en 1928-1929, como resultado de la presión ejercida sobre la balanza de pagos de los países deudores, los precios se deprimieron, la expansión del crédito se ralentizó y las dificultades del ajuste internacional condujeron finalmente al colapso de todo el sistema monetario internacional», *La situation économique mondiale...*, *op. cit.*, p. 277. *(N. del A.)*

REINO UNIDO Y LA GUERRA EN ETIOPÍA[1]

La tan debatida línea de la política exterior británica está determinada fundamentalmente por tres consideraciones: la prevención, sobre todo, del ascenso militar de una potencia no necesariamente amiga de Reino Unido en el mar Rojo; y la doble determinación de no hacer la guerra sola, si fuera una guerra inevitable, y de permanecer libre de cualquier alianza militar prematura. Tanto el repentino estallido de lealtad británica hacia la Sociedad de Naciones como la nada inconcebible desaparición repentina de esa lealtad encuentran su adecuada explicación en la interacción de estos principios.[2] Downing Street no lucha contra el fascismo en general ni contra el fascismo italiano en particular. Winston Churchill, uno de los más elogiosos admiradores de Mussolini, no habría elegido este momento para apoyar al Gobierno contra el que luchó durante cuatro años si fuera sospechoso de antifascismo. La cuestión es mucho menos complicada. Actualmente Reino Unido está gobernada en la práctica por una

1. «England und der abessinische Krieg», *Der Österreichische Volkswirt*, vol. XXVIII, 26 de octubre de 1935, n.º 4, pp. 71-72. En KPA: Con_03_Fol_14, páginas 121-122.
2. Este artículo apareció poco después de la decisión de la Sociedad de Naciones (Ginebra, 11-19 de octubre) de imponer una serie de sanciones a Italia por atacar a Etiopía el 3 de octubre.

mayoría conservadora que llega a los cinco sextos. Y esta está decidida a mantener fuerte y seguro su dominio sobre la ruta principal del imperio.[3] En la situación actual considera a la Sociedad de Naciones como el medio más adecuado para ese fin. Los intentos ingleses por ocultar esta simple cuestión de hecho son tan absurdos como lo son los esfuerzos italianos por imputar a las razones inglesas una justificación ideológica antitaliana e, incluso, contraria a la afirmación de una visión democrática del mundo. Cuando a finales de noviembre del año pasado se produjo un incidente anglo-italiano en el sur de Abisinia,[4] que en aquel momento pasó casi inadvertido, ningún político del Gobierno inglés hubiera siquiera soñado con que fuera la Sociedad de Naciones la que dirimiera un conflicto en el que estaba en juego la potencia imperial británica. Pero incluso fue Italia, en su duelo con Reino Unido, la que tuvo la opción de elegir las armas. Eligió lo habitual. El enemigo, como si siguiera una intuición, ha optado por la nueva arma —en absoluto consagrada, en realidad considerada inutilizable también por culpa suya— de la Sociedad de Naciones. Esto puede haber tomado a Italia por sorpresa. Pero, por supuesto, ¿cómo no esperar sorpresas en la guerra?

3. Polanyi se refiere aquí a la ruta terrestre hacia Sudáfrica y a la ruta marítima hacia la India, consideradas de absoluta importancia geoestratégica desde el punto de vista imperial.
4. Se trata del conocido como «incidente de los pozos de Wal Wal» en Ogaden, este de Etiopía. Debido a disputas a propósito de los límites territoriales entre Eritrea, ocupada por tropas italianas, y Etiopía, y ante las acusaciones por cada una de las partes de que la otra había penetrado en territorio ajeno, se envió una comisión anglo-etíope para tratar de establecer esos límites. La comisión llegó a la zona el 22 de noviembre de 1934. Tras varios días de tensión, el 5 de diciembre se produjo un tiroteo que desembocó en dos días de lucha abierta que ocasionaron cien muertos por parte etíope y treinta por parte italiana. Antes del estallido de las hostilidades, el coronel británico al mando de la comisión mixta intervino a favor de los etíopes en la medida en que, indiscutiblemente, los pozos de Wal Wal se encontraban en territorio etíope. Menos de un año después, los fascistas italianos invadieron Etiopía tratando de reverdecer viejos laureles imperiales.

Estrategia diplomática

Los conservadores ingleses han realizado una gran hazaña de adaptación política. En este país, en los últimos quince años, el auténtico y permanente objeto de enfrentamiento entre la izquierda y la derecha ha sido precisamente el estar a favor o en contra de lo que podríamos llamar «una política de la Sociedad de Naciones». Que se haya podido llegar a que sea la derecha la que haya puesto en práctica una exigencia mantenida por la izquierda no hace sino adecuarse, en el fondo, a una tradición inglesa en función de la cual, durante los últimos cien años, todo acto legislativo sociopolítico progresista ha sido realizado bajo un gabinete conservador.

Pero esta es precisamente la fuente de la ambivalencia interna que ha estado ligada a la nueva política exterior británica desde su inicio. El verdadero imperialista británico nunca podrá ser un verdadero partidario de la Sociedad de Naciones. Quien cree en el egoísmo nacional como justificación imperecedera de la guerra no puede utilizar adecuadamente, ni siquiera al servicio de su propio egoísmo, un organismo cuya razón de ser es la negación de esa creencia. Por tanto, el recurso a la Sociedad de Naciones por parte de Reino Unido está vinculado a la *reserva* de que solo es válida «mientras la Sociedad de Naciones se mantenga en pie». Esto suena como una obviedad, pero no lo es. Porque determinar el fracaso de la Sociedad de Naciones o la suspensión de su condena es responsabilidad británica; y es una responsabilidad que, hoy por hoy, depende demasiado de lo que puedan justificar los estadistas británicos al imputar la eventualidad del fracaso a factores puramente externos. El énfasis puesto en esta reserva en los discursos de Neville Chamberlain,[5] de lord Hailsham,[6] de Walter Elliot[7] y de otros miembros del ala derecha del partido recuerda repetidamente que

5. Neville Chamberlain (1869-1940). Político conservador británico. Entre otros cargos, ocupó la cartera de Hacienda entre 1931 y 1937, y ejerció como primer ministro entre 1937 y 1940.
6. Douglas Hogg (1872-1950). Político conservador británico que ocupó en esta época el cargo de ministro de Guerra.
7. Walter Elliot (1888-1958). Político conservador británico de origen escocés. En esos años ejercía como ministro de Agricultura.

su lealtad a la Sociedad de Naciones tiene límites importantes, internos. El reciente discurso de Baldwin[8] en Mánchester debería dejar claro que la mayoría del Gobierno rechaza tales reservas. Si la Sociedad de Naciones fracasa, haremos todo lo posible para conseguir mantenerla a flote; esta fue la respuesta de Baldwin a la derecha del partido, la cual, bajo la influencia del exministro de las colonias Amery,[9] que está fuera del Gobierno, se muestra reacia a seguir de manera incondicional la política de la Sociedad de Naciones.

De hecho, cualquier otra solución que no sea la propuesta por Baldwin llevaría a Reino Unido al aislamiento o a los brazos de Rusia. Porque solo puede utilizar la Sociedad de Naciones en la disputa abisinia[10] si al menos una gran potencia sigue su ejemplo en Ginebra.[11] Si Francia se niega a hacerlo, solo queda Rusia. Hay muchas cosas que sugieren que Anthony Eden creyó que esta posibilidad podría darse cuando, en su momento, salió corriendo desde Berlín hacia Moscú.[12] Pero la mayoría de los conservadores rechazaría semejante salida. Para ellos solo hay o cooperación con Francia, o aislamiento. La alternativa a Ginebra es el aislamiento. Pero el aislamiento es impotencia. De ahí la conclusión lógica de que Reino Unido debería retirarse de esta disputa.

Pero ¿qué significa la política de la Sociedad de Naciones? El mismo discurso de Baldwin, que parecía estar tan firmemente comprometido con la Sociedad de Naciones, expresa, aunque sea de manera involuntaria, la duda decisiva. ¿Y si la Sociedad de Naciones fracasara? Pero por fracaso se entiende cualquier comportamiento

8. Stanley Baldwin (1867-1947). Político conservador británico que ocupó el cargo de primer ministro del país, por tercera vez, entre 1935 y 1937.
9. Leo Amery (1873-1955). Político conservador británico que ejerció el cargo de ministro de las Colonias.
10. Recordemos que el término «Abisinia» se utiliza aquí como otra denominación para Etiopía. En realidad, Abisinia se refiere al Imperio etíope, formado por Etiopía y Eritrea. Esta última había sido convertida, junto con Somalia y Libia, en colonia italiana en 1890.
11. Sede de la Sociedad de Naciones.
12. Sir John Simon (1873-1954), lord canciller británico, y Anthony Eden (1897-1977), ministro de Exteriores, visitaron Berlín los días 25 y 26 de marzo de 1935. Desde allí, Eden se dirigió a Moscú, donde estuvo del 28 al 31 del mismo mes.

de la Sociedad de Naciones que no consiga disuadir a Italia de la guerra contra Etiopía, o que no sepa hacerlo rápida y radicalmente. Sin embargo, a pesar de la casi milagrosa demostración de energía de Ginebra, es casi impensable que la Sociedad de Naciones satisfaga las exigencias inglesas, no solo en los hechos, sino ni siquiera en los tonos y en los ritmos. Reino Unido, ha dicho Baldwin en Worcester, no se adelantará a la Sociedad de Naciones ni se quedará detrás de ella. Sin embargo, Baldwin sabe muy bien que la verdadera cuestión es la contraria, es decir, si la Sociedad de Naciones no se desviará en un futuro, aunque sea un poco, respecto de la línea británica. Pero, en este caso, ¿debería Reino Unido, no obstante, tratar de no caer en la impotencia del aislamiento?

Esta es, sin duda, la cuestión que dominará la estrategia diplomática inglesa a largo plazo. Las soluciones no son imposibles. Es necesaria una hábil combinación de la política de la Sociedad de Naciones y de acción autónoma. Si no nos equivocamos, ya se está en esta línea. El factor regulador más importante en juego es el tiempo. ¿Cuánto tiempo tardarán las actuaciones puestas en marcha en Ginebra en presionar a Italia, si se excluye una acción militar? Combinar la política de la Sociedad de Naciones y las acciones autónomas no significa otra cosa, sin embargo, más que coordinar intencionadamente los efectos obtenibles con medidas económicas y los obtenibles mediante medidas militares.

En consecuencia, Reino Unido ha preferido medidas económicas efectivas inmediatas a intervenciones militares inciertas en el futuro. Cabe suponer que una renuncia británica explícita a tales medidas precedió al acuerdo francés, muy difícil de obtener, de boicotear todas las exportaciones italianas.

En consecuencia, el hecho de que se adoptaran decisiones eficaces sobre el suministro de armas, extendiéndolas a los suministros que ya estaban en proceso, también era un objetivo. A largo plazo, la fuerza militar de Italia se verá paralizada y se pondrá en marcha el rearme de Etiopía, aunque no sea en un plazo breve de tiempo.

En consecuencia, sobre todo porque los plazos y los tiempos de las cuestiones son prácticamente los mismos, sea la que sea la estrategia elegida, si Italia no vence en *este año de guerra*, le abandonará la perspectiva de vencer en el próximo. De hecho, pasado

un año la situación habría cambiado radicalmente: el Ejército italiano, amenazado por las restricciones de suministros, dependería de rutas de aprovisionamiento cada vez más largas; mientras, el nivel de armamento de Abisinia estaría mejorando rápidamente. Con el Ejército atrapado tanto en el frente como en la retaguardia, bajo un cielo hostil, en un territorio muy difícil, se paralizaría la capacidad de acción de la madre patria italiana, pues su radio de acción en materia de política exterior estaría fatalmente restringida. Italia ya no estaría entonces en condiciones de representar una amenaza militar creíble contra Reino Unido, la cual estaría concentrando todas sus fuerzas y medios para forzar una rendición incruenta de Italia. Gran Bretaña podría entonces utilizar esta victoria diplomática, aunque hubiera sido obtenida por su acción individual, para la consagración del ascenso de la Sociedad de Naciones. Es más o menos en este sentido que se orientan las esperanzas de los estrategas diplomáticos británicos ante el evidente hecho de que el imperio insular, que no puede depender enteramente de sus propias fuerzas, pero tampoco de las de las organizaciones de seguridad colectiva, debe esforzarse por combinar ambas.

Estrategia militar

El problema militar fundamental al que se enfrenta Italia es el hecho de que, por el momento, únicamente puede conquistar los territorios que no desea poseer, mientras que aquellas zonas por las que se está librando esta guerra solo le serán accesibles en una fase posterior de la campaña. Un atacante que avanza desde el este no puede penetrar directamente en las zonas occidentales del país.

Si el avance oriental italiano impidiera la posibilidad de un suministro importante de armas a los abisinios a través de la línea férrea entre Yibuti y Adís Abeba, el desplazamiento geográfico de la guerra descrito anteriormente solo la prolongaría, pero de ninguna manera tendría una influencia significativa en su desarrollo. Con el tiempo, el nativo desarmado sucumbirá infaliblemente ante el asaltante fuertemente armado.

Pero es la parte occidental del país, que tiene su propia ruta de suministro a través de la línea ferroviaria Puerto Sudán-Sennar, la que puede llegar a ser muy importante para el curso de la guerra. Puerto Sudán se encuentra en el mar Rojo, al norte de Eritrea, en el Sudán Anglo-Egipcio. La línea férrea, utilizada para la exportación del algodón de Kasala, no tiene conexión terrestre con El Cairo y Alejandría.[13] Pero eso no tiene por qué significar una ralentización, sino que puede suponer incluso una aceleración de los suministros europeos destinados a Abisinia. Como esta línea, a diferencia del ferrocarril de Yibuti, no atraviesa territorio abisinio, no está expuesta a ataques enemigos. Pero se aproxima mucho a la frontera occidental de Abisinia y, lo que es más importante, es una parte del país que ha permanecido durante largo tiempo cerrada al acceso del enemigo. El norte, que sería la zona más accesible para el atacante, estaría surcado por rutas de caravanas atravesadas por antiguos senderos forestales, mientas que la parte sur estaría protegida durante mucho tiempo de los ataques por el macizo de las tierras altas centrales. Difícilmente se podrá evitar el equipamiento de los soldados abisinios con armas de fuego y ametralladoras, por lo que es previsible una guerra larga. Sin embargo, para Reino Unido el factor decisivo podría ser el coste. Porque cada día que se acorte la movilización de la flota le supone un ahorro mucho mayor que el precio de compra de unos pocos cientos de ametralladoras.

En este momento, sin embargo, parece que un rápido avance de los italianos desde el este hacia el centro, para tratar de impedir el suministro de armas desde el oeste, estaría imposibilitado por razones geográficas. Por tanto, se podría confiar en un análisis publicado recientemente en *The Economist*, que sería bastante compatible con la descripción ofrecida por una expedición científica estadounidense en 1926 (véase *Abisinia salvaje* de T. Baum), con base en la cual para grandes contingentes solo habría un

13. La ciudad de Puerto Sudán es el puerto más importante de Sudán en el mar Rojo. Sennar es una ciudad situada al sudeste de Sudán, a unos trescientos kilómetros de Jartum y a otros tantos, aproximadamente, de la frontera etíope. Durante un tramo, la línea férrea, precisamente en la zona de Kasala, corre paralela a la frontera con Eritrea.

acceso abierto, a saber, el borde oriental de la meseta central que se extiende de norte a sur y cuyo destino meridional sería Dese. Esto significaría que la Abisinia oriental se convertiría en el verdadero escenario de la guerra. La fértil meseta occidental, el auténtico objetivo de la guerra, estaría difícilmente al alcance de la mano de los italianos. Por otro lado, la nueva propiedad de más tierras en el este por parte de estos puede facilitar un compromiso en la política interior y en la exterior.

El debate en la Cámara de los Comunes, a la vista de todas estas circunstancias diplomáticas y militares, debería plantearse en sus términos específicos.

EL HITO DE 1935[1]

Los años de los tratados de paz de París[2] han llegado a su fin. Se ha cruzado el umbral de un nuevo período histórico. El tiempo de la transición ha quedado atrás y ya se pueden ver los contornos de una nueva época. Durante catorce años la paz mundial se ha basado en dos pilares: en Europa, en la superioridad militar de Francia y sus aliados; en el Pacífico, en el Tratado de Washington sobre la neutralización de China y la contención de la potencia naval japonesa.

Ambos pilares fueron arrasados en 1935. El masivo rearme alemán y la denuncia de los acuerdos de Washington por parte de Japón, en manifiesta violación del Tratado de las Nueve Potencias[3] en

1. «Markstein 1935», *Der Österreichische Volkswirt*, vol. XXVIII, n.º 12-13, 21 de diciembre de 1935, pp. 232-234. La reproducción del artículo se encuentra en KPA: Con_03_Fol_14, páginas 116-118
2. La Conferencia de Paz de París de 1919, iniciada en enero de ese año, fue la reunión en que se establecieron toda una serie de tratados derivados del resultado de la Gran Guerra. Aunque el Tratado de Versalles, firmado el 28 de junio de 1919, es el más conocido por afectar a Alemania, se firmaron algunos más, todos ellos con el nombre de la localidad próxima a París en que se realizó el acto formal de la firma; por ejemplo, el Tratado de Saint-Germain referido a Austria (10 de septiembre de 1919), el de Neully referido a Bulgaria (27 de septiembre de1919), el de Trianon referido a Hungría (4 de junio de1920) y el de Sèvres referido a Turquía (10 de agosto de 1920).
3. El Tratado de las Nueve Potencias, Estados Unidos, Japón, China, Francia, Reino Unido, Italia, Bélgica, Países Bajos y Portugal, se firmó en 1922 y en el mismo se pretendía asegurar la soberanía e integridad territorial de

China, han destruido el sistema de tratados de la posguerra. Tanto a las aguas del Yangtsé y el Amur, como a las del Vístula y el Danubio, se acercan mareas de tormenta.

El nombramiento de Reino Unido como mediador y árbitro se basó en el aislamiento geopolítico del Lejano Oriente de las regiones del Rin, el Danubio y el Vístula. Las esferas europea y asiática de influencia británica estaban separadas por medio mundo. Reino Unido llevó a cabo una política en Europa y otra distinta en Oceanía y, sin embargo, fue capaz de actuar en ambas partes con todas sus fuerzas. No había ninguna necesidad de igualar su actuación en Renania y en Manchuria. Rusia,[4] concentrada solo en sí misma e indiferente ante Europa, funcionaba como un aislante de seguridad entre esos dos centros mundiales de alta tensión.

La admisión de Rusia en la Sociedad de Naciones provocó un cortocircuito. El aislante mundial fue destruido. Reino Unido, que en Asia adoptó una postura contraria a Rusia para congraciarse con Japón, ahora tenía que sostener una posición opuesta en Europa, por el bien de Francia.[5] Desvelada esta paralizante contradicción, salió a la luz, sobre todo en su política exterior global, una debilidad irremediable fundada en la situación de la flota del Pacífico. Todos los esfuerzos diplomáticos de británicos durante el pasado año estuvieron dirigidos, en última instancia, a intentar liberarse de ese dilema (aprovechado deliberadamente por Berlín).

La activación de la política rusa provocada por las presiones alemanas y japonesas ha dado lugar a una repentina contracción del mundo. Una política exterior de largo alcance se ha convertido

China siempre y cuando esta respetara la denominada «política de puertas abiertas», que significaba el mantenimiento de la apertura de los puertos comerciales chinos a todas las mercancías de estas potencias y en igualdad de condiciones entre ellas.

4. Polanyi es recalcitrante en el uso de la denominación «Rusia» para lo que desde 1922 era la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. De manera similar, utiliza muy a menudo «Inglaterra» cuando debería decir «Gran Bretaña» o «Reino Unido».
5. Recuérdese el Tratado de Locarno (1925) y, siempre en el marco de la Sociedad de Naciones, el Pacto franco-soviético de asistencia mutua firmado en París el 2 de mayo de 1935.

en la norma. Los conflictos locales en el Danubio se propagan, a través de Rusia, hasta Tokio y Washington a la velocidad del rayo. Europa ya no está situada al este, sino al oeste de América.

En los mismos Estados Unidos, la rebelión de Japón contra el equilibrio del Pacífico y la, literalmente, miniaturización del tamaño de nuestro planeta, están suponiendo un cambio en la política exterior. Estados Unidos renuncia a la libertad de los mares. A ello le sigue, inevitablemente, una política de neutralidad en las esferas económica y financiera. La *lex imperfecta* del Pacto Kellogg[6] se eleva a la categoría de directiva general de una política económica de sanciones y de neutralidad a gran escala. Un siglo y medio de leyes navales estadounidenses ha sido cancelado.

Se trata de cambios muy rápidos y profundos que, sean simplemente la consecuencia extrema de un cambio gradual, o sean el efecto de la actuación de nuevas fuerzas históricas hasta ahora inimaginables, son temas más dignos de consideración por parte de la filosofía de la historia que del análisis político. Este último debe limitarse a establecer la dinámica de los acontecimientos íntimamente vinculados a la política interior y a la política exterior, una dinámica que no se conocía en Europa desde hace siglos. No solo la brusquedad de los acontecimientos y las direcciones a menudo sorprendentes que toman, con frecuencia opuestas a las de momentos anteriores, sino, casi todavía más, la aparente facilidad con que se desencadenan y se mantienen en marcha aparecerían como las características del avance en el cambio de época. En comparación con todo esto, se considera que la propia Guerra Mundial, los trastornos sociales y territoriales y, después, las normalizaciones del primer decenio tras la guerra no son sino manifestaciones de una era ya pasada. Las revoluciones de los años 1917-1919 no serían más que las consecuencias habituales de las

6. Se conoce como el Pacto Kellogg, o Briand-Kellog, por sus dos promotores principales, Aristide Briand, ministro francés de Exteriores, y Frank Kellogg, secretario de Estado de EE. UU. Fue firmado el 27 de agosto de 1928 en París y su compromiso fundamental era la renuncia a la guerra como método de solución de los conflictos internacionales. En un principio, los signatarios fueron quince países, pero posteriormente se añadieron hasta cincuenta y siete más.

derrotas militares; las dictaduras serían la reacción habitual a las convulsiones políticas y sociales. A pesar de toda la dinámica de unos acontecimientos que revolucionaron el destino de pueblos enteros, estos hechos en sí mismos eran todavía parte, básicamente, del siglo XIX. La guerra y la posguerra se mostraron como la continuación y la conclusión de la era del nacionalismo liberal. Solo después de que las oscilaciones del péndulo nacional y social causadas por el *shock* de la guerra hubieron disminuido, comenzó, a mediados de los años veinte, un evento de *tipo diferente*.

En Italia, la transformación fascista del Estado comenzó en enero de 1925, cuando a Mussolini, que había decido normalizarse después del caso Matteotti, el «Aventino» de los liberales[7] le cortó la retirada. Esto sucedía en un momento en que la agitación relacionada con la desmovilización y las ocupaciones semibolcheviques de las fábricas, con su consiguiente reacción, había disminuido. Mussolini, que no estaba comprometido con ningún programa, se había embarcado deliberadamente en el camino del retorno al parlamentarismo cuando, de repente, se produjo el corrimiento de tierras. A partir de este momento, Italia inicia un nuevo desarrollo: surge la férrea voluntad, aunque solo sea de forma gradual, de transformar el Estado en sentido corporativo. A pesar de todas las conexiones con el caos de la posguerra, el fascismo italiano no es hijo de la guerra. Su inicio, siete años después de los tratados de paz, se destaca claramente como una iniciativa histórica original.

La Revolución rusa había terminado aparentemente en 1926. Tras todas las perturbaciones de la era de la posguerra, la fase *Directoire*, que portaba los rasgos de una gran revolución, había comenzado. Parte de los revolucionarios hablaron de un *Thermidor*. Según todas las reglas de valoración histórica, la transformación social, provocada por el absolutismo zarista y una terrible catástrofe militar, había llegado a su conclusión con la NEP.[8]

7. Sobre estos dos decisivos acontecimientos de la política italiana, véanse las notas 2 y 3 del texto «Fascismo en Italia, Alemania, Austria» en este libro, en la página 385.
8. Новая экономическая политика, НЭП (Nueva Política Económica, NEP). Política económica propuesta por Lenin y aprobada en marzo de 1921, que

El cansancio revolucionario combinado con una política de *enrichissez-vous*,[9] parecían abrir el camino hacia la normalización. Todas las cancillerías europeas, todos los especialistas políticos, incluidos algunos de los principales bolcheviques, afirmaron que la revolución había alcanzado su punto álgido. En el sentido sustancial, no se equivocaban. Porque lo que comienza en 1927, y todavía sigue creciendo en 1928 con el plan quinquenal, no tiene nada en común con la revolución de posguerra, aparte de la continuidad temporal y personal. Se vuelve a comenzar desde los cimientos, como consecuencia de una decisión consciente. Energías completamente inesperadas encuentran una base no menos imprevista de entusiasmo. Se inicia un nuevo desarrollo que ya no es resultado de la guerra y de la derrota. Surge de una decisión humana y es la voluntad humana la que marca el camino que sigue.

La manera más habitual de abordar el Tercer Reich es como un trastorno interno y externo causado solo por la experiencia de la guerra y los tratados de paz. Desde este punto de vista, el golpe nacionalsocialista podría calificarse como la prolongación de una época histórica pasada. Pero, en nuestra opinión, tal interpretación se apoyaría más en las apariencias que en la realidad. A pesar de todos los vínculos —determinados en parte objetivamente y en parte por el ambiente y la propaganda— del movimiento y del Gobierno nacionalsocialista con el preludio histórico de la humillación nacional, el punto de inflexión que comenzó en 1933 surgió, en realidad, cargado de nuevos significados. La leyenda de las dificultades económicas que, supuestamente, persisten en Alemania desde la conclusión del tratado de paz, incluso aunque tenga un cierto fundamento, no podría utilizarse como razón para explicar una subversión del Estado que no solo está muy lejos de garantizar el bienestar de las personas, sino que casi apunta a todo lo contrario. Al igual que el bolchevismo ruso y el

sustituyó al comunismo de guerra tratando de relanzar una economía destruida por la Gran Guerra y la guerra civil e invasión extranjera posterior a la Revolución. Fue sustituida en 1928 por el Primer Plan Quinquenal.
9. «¡Enriqueceos!».

fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán es una nueva creación sin condicionalidad histórica inmediata que emerge de las profundidades de una crisis de época y entra en conflicto con todos los presupuestos sociológicos por los que se regía el momento previo. Esta nueva creación, combatiendo contra el viejo orden de las cosas, rompe con una facilidad casi milagrosa el marco político existente y lo reemplaza por otro que está organizado de manera completamente distinta e implica una diferente estratificación social.

La revolución pacífica que se desarrolló en Estados Unidos en 1933, que tuvo su expresión en el New Deal y en una activa política de neutralidad económica que rompió con todas las costumbres estadounidenses, carece obviamente de cualquier tipo de conexión esencial con la guerra y la agitación. Se produce tras un período de paz y prosperidad, revelando también en el nuevo continente la presencia de energías históricas exuberantes, casi inagotables.

El estrecho entremezclarse de los acontecimientos políticos internos y externos sería la tercera característica que considerar. No Italia, sino el fascismo; no Alemania, sino el nacionalsocialismo; no Rusia, sino el bolchevismo; no Estados Unidos, sino las nuevas ideas estadounidenses del período de Roosevelt son los elementos del proceso. Reino Unido lucha por el mantenimiento de la democracia, Japón experimenta un feudalismo industrial de corte oriental. La disolución de las organizaciones económicas intergubernamentales representadas por el patrón oro, el libre comercio y el mercado mundial de capitales promovió un desarrollo de grandes unidades económicas estatales en una escala sin precedentes. El Estado —tanto si tiene una estructura básica democrática como si la tiene fascista— existe en función del sistema, cuya existencia y protección se derivan de la aplicación de su política exterior. El poder o la debilidad de esta última surge del sistema. El sistema se convierte así, al mismo tiempo, en norma ideal y en deber práctico, en estrella orientadora y en medio de la política cotidiana. Desde la época de las grandes guerras de religión no se había dado una identidad similar en la conformación del destino interno y externo del Estado.

En la crisis de fin de año, la novedad en los acontecimientos mundiales aumentó hasta su punto más álgido. Italia, enredada en

una aventura colonial, había actuado con una fría ambigüedad contra los intereses imperiales británicos. La ruta terrestre a Sudáfrica[10] y la ruta marítima a la India parecían amenazadas de repente por la presencia militar italiana en Sudán y en el mar Rojo. El Gobierno de Baldwin ha puesto en marcha en la Sociedad de Naciones una fuerte campaña contra Mussolini. El primer resultado ha sido una victoria en la defensa británica contra el avance italiano en la región del Nilo. Las condiciones elaboradas bajo presión francesa sacrifican a Etiopía, pero no suponen pérdida de la más mínima pizca del poder de los británicos.[11] Toda la región del Nilo Azul, comprendidos todos sus afluentes hasta la cuenca más lejana, está protegida de la intrusión italiana, aunque precisamente este territorio de Abisinia occidental hubiera sido destinado, según los acuerdos de 1906 y de 1925, a la explotación económica por parte de Italia. A cambio, el resto de Abisinia queda prácticamente en manos de Mussolini, aunque quizá con la

10. Recordemos que unos de los proyectos más ansiados por los imperialistas británicos era conseguir unir las colonias británicas de África en un continuo de norte a sur del continente, esto es, desde El Cairo hasta Ciudad del Cabo. La plasmación de dicho proyecto sería la construcción de una línea férrea que uniera ambas ciudades. El proyecto contó siempre con la decidida oposición de Francia, puesto que su realización supondría cortar el continente en dos y se le impediría el acceso a la parte oriental de África. De hecho, Francia respondió con un proyecto similar, pero en este caso de oeste a este. El famoso incidente de Fachoda, ciudad del nordeste del actual Sudán del Sur, ocurrido en el último trimestre de 1898 y que estuvo a punto de provocar un enfrentamiento bélico entre Francia y Gran Bretaña, se relaciona precisamente con el encuentro entre la expedición francesa en ruta hacia el este del continente y la británica en dirección al sur del mismo.
11. El plan Hoare-Laval, pacto inicialmente secreto, fue firmado en París el 8 de diciembre de 1935. Sus artífices fueron Samuel Hoare (1880-1959), en ese momento ministro de Exteriores británico, y Pierre Laval (1883-1945), primer ministro francés. Cuando se conoció, la consecuencia directa fue la desaparición de muchas de las esperanzas depositadas en la Sociedad de Naciones. Ante la airada reacción de la opinión pública británica, Hoare tuvo que dimitir, siendo sustituido por Anthony Eden. En Francia, los partidos del Frente Popular criticaron también muy duramente el pacto en cuestión, al considerarlo una rendición implícita ante Mussolini y Hitler.

prohibición de crear un ejército negro. En definitiva, se trata de *una clara traición a la idea de la Sociedad de Naciones a favor de los intereses particulares de los británicos*. Según todas las reglas de la diplomacia del siglo XIX, el asunto parecería haberse resuelto de manera ingeniosa. ¿Cómo podrían haberse introducido en este exótico incidente preocupaciones morales cuando todos los participantes se movían por el poder y por el territorio como principal motivación política?

De este modo, la rebelión de la opinión pública británica contra los planes de paz de París es, en efecto, una rebelión contra la vieja idea imperialista y *a favor de la Sociedad de Naciones*. El hecho de que, para Gran Bretaña, tanto la cohesión del imperio como la colaboración con Estados Unidos, pero también la paz social interior, puedan depender del resultado de este movimiento popular solo demuestra la importancia de los intereses ideales puestos en cuestión. En los países anglosajones del mundo se palpa una religión pacifista y sancionadora. Es ella la que fusiona la política interior y la política exterior para formar la unidad que actualmente se está poniendo a prueba estos días en Ginebra en condiciones nuevas, inesperadas. Es ella la que lucha por la paz, pero no por el *statu quo*, el cual representa una dinámica conservadora.

Entre las grandes potencias, solo Francia sigue siendo un país de estilo antiguo. Por tanto, el hecho de que se considere en peligro de extinción es quizá el mejor testimonio de que los espíritus están influenciados inconscientemente por el cambio de época.

EL SIGNIFICADO DE LA PAZ[1]

1. El postulado de la paz

Afirmar que la guerra es el problema central de nuestro tiempo es ir directos al corazón de la crisis de nuestra civilización. Porque semejante afirmación implica dos presupuestos básicos: 1) que, a menos que la guerra sea abolida, nuestra civilización perecerá en y mediante guerras; y 2) que los obstáculos para la abolición de la guerra están ligados a las instituciones políticas y económicas fundamentales de nuestra sociedad. Declarar la guerra como el mayor mal y su abolición como nuestra principal tarea es, por tanto, formular un principio revolucionario.

Esto ha sido reconocido claramente por los más coherentes defensores del sistema actual. «Una doctrina que se basa en el nocivo postulado de la paz es enemiga del fascismo», afirmó Mussolini en su declaración sobre el fascismo recogida en la *Enciclopedia*

1. «The meaning of peace», KPA: Con_20_Fol_13. En esta carpeta encontramos la versión definitiva del texto, publicada en el boletín del Christian Left Group en agosto de 1938, junto con dos versiones mecanografiadas previas corregidas y con añadidos. Aquí traducimos la versión definitiva a partir del texto incluido en Karl Polanyi: *For a New West. Essays, 1919-1958*, eds. Giorgio Resta y Mariavittoria Catanzariti, Polity Press, Cambridge, 2014, pp. 77-85.

italiana.[2] El postulado de la paz es hoy la línea divisoria entre dos mundos.

¿Cuál es, pues, el contenido exacto de este postulado y cuáles son concretamente las premisas sobre las que se fundamenta?

Postular la paz o, en el lenguaje ordinario, insistir sobre un mundo en paz es simplemente asumir que hoy podríamos funcionar sin la institución de la guerra. Así, dejemos que la guerra deje de ser una necesidad primordial de la existencia humana y se convierta en la negación de la humanidad por la humanidad misma. Una vez que ya no sea inevitable, tiene que ser abolida a toda costa; y ninguna otra tarea puede reclamar prioridad sobre esta. Este es el contenido del postulado de la paz. Su validez depende de la verdad o de la falsedad de la premisa, fundamentalmente de la asunción de que la necesidad de la guerra como condición de la sociedad humana ha dejado de existir.

La guerra era un «destino inevitable, como la muerte».[3] Participar en ella era el destino común que solo podían eludir aquellos dispuestos a aceptar la seguridad personal al precio de separarse de la comunidad. Pero ni el Antiguo ni el Nuevo Testamento, ni la filosofía griega ni la romana veían un problema moral en la institución de la guerra. La gente común rechazaba considerarla como un crimen. La aceptación del postulado de la paz por amplias

2. Polanyi cita aquí el texto de Mussolini que aparece en la entrada «fascismo» de dicha enciclopedia. Dicho texto fue publicado posteriormente con el título de *La doctrina del fascismo*, convirtiéndose así en el documento doctrinal básico del fascismo. No obstante, todo indica que, en realidad, el escrito no es obra de Mussolini, sino de Giovanni Gentile. Ampliando un poco más la cita, leemos: «... el fascismo no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua. Rechaza, por consiguiente, el pacifismo, que oculta una renuncia a la lucha y una cobardía frente al sacrificio. Solamente la guerra eleva todas las energías humanas al máximo de tensión e imprime un sello de nobleza a los pueblos que tienen la virtud de afrontarla. Las demás pruebas no son sino sucedáneos y jamás colocan al hombre frente a sí mismo, en la alternativa de vida o muerte. Por lo tanto, una doctrina que parte del postulado previamente establecido de la paz, es ajena al fascismo» (*La doctrina del fascismo*, «Doctrina política y social», ap. III, «Contra el pacifismo: la guerra y la vida como deberes»).
3. Cita del *Otelo* de Shakespeare, acto III, escena III, línea 276 (en castellano: *Obras completas*, trad. Luís Astrana Martín, Aguilar, Madrid, 1966, p. 1.493).

masas de la población es un acontecimiento completamente nuevo. Es el cambio más significativo que ha tenido lugar en la conciencia del ser humano moderno.

2. La institución de la guerra

Que la guerra no sea necesaria de ninguna manera supone compartir el error de que la guerra es un remanente atávico que nos ha llegado del hombre de las cavernas y que nuestra época ilustrada ha rechazado finalmente. Es improbable que nuestros antepasados de las cavernas conocieran la guerra; no tenían ni razones ni medios para llevar a cabo este tipo de actividades altamente organizadas. La necesidad, los instrumentos y la capacidad para librar una guerra se desarrollaron probablemente en una interdependencia mutua una vez se hubo alcanzado un cierto nivel de civilización. La guerra no es ni «tan antigua como la humanidad»,[4] ni «durará mientras el ser humano no cambie su naturaleza». Las afirmaciones dogmáticas acerca de la naturaleza psicológica de la guerra no tienen ningún sentido.

Hay que reconocer que las instituciones humanas no son explicadas, como norma, señalando los motivos psicológicos que los individuos puedan tener para hacer uso de la institución en cuestión. La existencia de tribunales de justicia, por ejemplo, no se debe a los motivos por los cuales los individuos apelan[5] a los juzgados una vez estos existen. Y la necesidad de decidir sobre conflictos entre miembros de la comunidad sin recurrir a la guerra privada no tiene nada que ver con los motivos de tales conflictos en cada caso individual. Estos motivos pueden ser buenos o

4. Esta frase, tantas veces repetida, se debería atribuir a sir Henry Maine, el cual escribió: «War appears to be as old as mankind, but peace is a modern invention» («La guerra parece ser tan antigua como la humanidad, pero la paz es una invención moderna»), en su obra *International Law*, John Murray, Londres, 1890, p. 8.
5. Los editores del texto indican aquí que han sustituido la palabra que aparece en el original, «repair», por «appeal», alegando un error en el inglés de Polanyi. La modificación parece razonable.

malos, permanentes o transitorios, conscientes o inconscientes, emocionales o racionales; la validez de los motivos para establecer tribunales de justicia no conlleva ninguna referencia a estos rasgos.[6] Las ventajas (o desventajas) para el individuo que se derivan de la existencia del tribunal son de un carácter totalmente diferente a las ventajas (o desventajas) que de la existencia del tribunal se derivan para la comunidad y, eventualmente, para el individuo en cuanto que miembro de la comunidad. Es en esta cualidad que el individuo cosecha los beneficios de la paz interna, mientras que en su cualidad de litigante puede asegurar para sí mismo (o tener que sufrir) las diversas ventajas (o posibles desventajas) inherentes a su contacto personal con la ley.

El caso de la guerra es similar. Es una institución cuya función primordial es decidir sobre cuestiones que surgen entre distintos grupos territoriales, cuestiones que no pueden ser decididas de otra manera y que no pueden permanecer en suspenso sin poner en peligro la existencia de las comunidades concernidas. Dichas cuestiones son principal, aunque no exclusivamente, territoriales. Los estados solo pueden existir dentro de fronteras definidas; la incertidumbre sobre estas afecta al propio Estado tan fatídicamente como lo haría un desafío permanente a su soberanía: el Estado se ve abocado inevitablemente a la anarquía. Pero mientras que un desafío a la soberanía se enfrenta mediante la acción del ejecutivo o, en última instancia, mediante la guerra civil, las dudas que surgen respecto de las fronteras tienen que ser superadas o pacíficamente, mediante acuerdo, o por la fuerza, mediante la guerra. Si el acuerdo pacífico falla, la guerra es inevitable siempre y cuando los estados en conflicto no deban lealtad común a una soberanía superior. Las razones para su conflicto pueden ser buenas o malas, racionales o irracionales, materiales o ideales, pero esto no afecta de manera alguna a la imperativa necesidad de una decisión final siempre que exista un conflicto. En ciertos casos típicos, tales como las migraciones de pueblos, el surgimiento de estados nacionales o los grandes movimientos de emancipación social, no puede dudarse razonablemente

6. De nuevo se corrige un error gramatical de Polanyi en el texto original.

de que el progreso mismo de la humanidad sería impedido si, por alguna milagrosa intervención de una autoridad suprahistórica, los motivos de disputa fueran declarados inválidos. La estrecha conexión entre guerras civiles y nacionales en distintos períodos históricos debería bastar para advertirnos de que no debemos asumir a la ligera que las guerras siempre se han llevado a cabo por razones que, retrospectivamente, no pueden ser reconocidas como válidas.

«La guerra existe porque la gente desea que exista» (Aldous Huxley).

Esta es, en resumen, la teoría psicológica de la guerra. Pero muy pocas instituciones existen porque los individuos desean que existan. Es hora de dejar de discutir las instituciones humanas en términos de los estados de ánimo agradables o desagradables asociados generalmente con el cumplimiento personal de las funciones sociales en cuestión. El sistema judicial no existe como resultado del sombrío humor atribuido a menudo a los jueces, sino en virtud de la necesidad de las sociedades desarrolladas de algún tipo de disposición institucional contra el quebrantamiento de las leyes. De manera similar, las guerras no son ni causadas por gentes que resulta que tienen un «espíritu guerrero», ni llevadas a cabo por soldados imbuidos de ese espíritu. Semejante espíritu es más bien el resultado, no la causa, de la guerra; la gente directamente afectada por la lucha puede estar en un estado de ánimo relativamente pacífico. Los manuales de ciencia militar a duras penas contienen algo más que una referencia de pasada al odio o a la avaricia. Ni en la época de las guerras dinásticas, ni en la de los gabinetes de guerra, ha tenido el odio la más mínima influencia apreciable sobre la decisión de los gobiernos de lanzar una guerra contra uno u otro de los «enemigos» elegibles. Incluso Estados Unidos fue a la guerra en 1917 principalmente porque no podía permanecer neutral por más tiempo sin padecer graves consecuencias como Estado soberano; en la medida en que esto es así, importaba poco si le declaraba la guerra a Gran Bretaña (como habían hecho en condiciones similares en 1812) o a Alemania (la alternativa en 1812 habría sido Francia). No fue el odio lo que llevó a Estados Unidos a la guerra, aunque una vez que la paz era insostenible, el odio pudo ayudar a decidir quién sería el enemigo. La guerra, en efecto, está tan poco provocada por el odio como

la bolsa de valores es el resultado de la necesidad de excitación, o los periódicos de la necesidad de basura. Las guerras como tales no tienen nada que ver con los sentimientos. Si pudieran librarse sin emociones quizá serían todavía incluso más crueles; y el que las emociones tengan que ser hoy en día excitadas para librar la guerra más eficientemente es más bien un resultado secundario de la moderna democracia de masas que de la naturaleza de la guerra.

Debería ser evidente que ninguna comunidad puede establecerse y hacer su trabajo si las dudas sobre sus fronteras enturbian la lealtad de los miembros de la comunidad, vacían el tesoro de recursos y privan a la propia comunidad organizada de uno de los atributos de su soberanía. Esto es por lo que el arbitraje de la guerra fue vital para la existencia de las sociedades humanas. Así las cosas, quedó santificada.

El postulado de la paz, tan simple como parece, supone nada menos que una nueva fundación de la política. Descansa sobre un acto de fe que anuncia la llegada de una nueva era en la historia del género humano. La repentina aparición de una convicción generalizada sobre la naturaleza criminal de la guerra tiene que ser contemplada como un indicio del nacimiento de una nueva y más amplia comunidad para la que se reclama la jefatura sobre los estados soberanos de la tierra. Ha llegado la hora de establecer un poder, y una soberanía, en las naciones que consiga pacíficamente lo que la guerra consiguió previamente mediante la violencia: ser el árbitro entre las naciones.

¿Cómo puede ocurrir esto? Es en este momento en el que aparece la falacia pacifista.

3. La falacia pacifista

La política pacifista está basada sobre la errónea creencia de que la guerra no tuvo una función vital en el pasado y que, por tanto, puede ser simplemente abolida. Este es un funesto error el cual, en caso de un éxito sustancial del movimiento pacifista, es probable que provoque una reacción por la cual el movimiento pacifista sería destruido necesariamente. Y ello porque, en la medida en que

la necesidad de la guerra *no* ha desaparecido, una sociedad incapacitada para utilizar este último recurso para afirmar su existencia en un conflicto resultaría privada automáticamente de una de las precondiciones de su existencia. Ninguna comunidad seguiría hasta el final ese camino. El peligro es que, si el movimiento pacifista obtiene un éxito importante antes de su hundimiento, su caída puede arrastrar también a la causa del postulado de la paz. Y eso ocurriría casi necesariamente. Ya que si las fuerzas de la paz fracasan en realizar las implicaciones del postulado que mantienen, entonces el postulado de la paz puede convertirse, en efecto, en un medio de paralización del progreso, mientras que condenaría a la humanidad a una fútil búsqueda de la paz en la pasividad, la anarquía y la decadencia.

4. La analogía de la tolerancia

Pero el principio que defiende el pacifista es un principio verdadero. Entonces, ¿cómo puede ser que lo que parece su coherente aplicación práctica conduzca inevitablemente a su refutación?

Los primeros protagonistas del principio de tolerancia en este país se enfrentaron a un dilema similar. El principio de tolerancia religiosa fue transferido del ámbito de la experiencia religiosa al campo de la política por el más grande de todos los ingleses, Oliver Cromwell. En él, el puritano se había transformado en el independiente; la libertad de conciencia fue traducida como tolerancia. Estableció un ejemplo en la historia moderna, quizá en la historia del mundo, de una dictadura que luchó por el reforzamiento de la libertad y la ilustración. Su conflicto con el Parlamento fue la lucha de un decidido defensor de la tolerancia religiosa contra un cuerpo semirrepresentativo de intolerancia religiosa. Y, sin embargo, ¿cuál hubiera sido el resultado del triunfo de Cromwell sobre el Parlamento, asumiendo que ese resultado fuera concebible? A largo plazo, y sin lugar a dudas, la victoria de la intolerancia católico-romana sobre su propio protestantismo tolerante. Porque si Cromwell y el Ejército hubieran seguido adelante, y Reino Unido se hubiera embarcado en los años cuarenta del siglo XVII en el

régimen de tolerancia religiosa resultante, en definitiva, de la Gran Rebelión, el efecto difícilmente habría sido otra cosa diferente al triunfo de la Contrarreforma. Y esto puede mostrarse fácilmente. La Iglesia y el Estado todavía no se habían separado. Así, la tolerancia religiosa por parte del Estado habría ocasionado o la inmediata victoria de una religión intolerante sobre el Estado, o el caos. Porque, a menos que el Estado hubiera eliminado las sanciones religiosas de su propia legislación y la religión hubiera reconocido la soberanía del Estado nacional, la separación de Iglesia y Estado habría llevado necesariamente a la desintegración, Reino Unido habría caído pronto bajo la influencia de la Contrarreforma europea y la causa de la tolerancia religiosa habría sido enterrada durante muchas generaciones. (Donde las condiciones institucionales pudieron ser definidas, como en Nueva Inglaterra, la tolerancia fue introducida, en consecuencia, sin poner en peligro a la propia comunidad.) De esta manera, el triunfo de una forma intolerante de catolicismo fue prevenido solo debido al fracaso de Cromwell para forzar prematuramente la tolerancia en el país. Pero, asumiendo que nuestro análisis es correcto, ¿prueba ello que las ideas de Cromwell fueran falsas? Difícilmente, pues la verdadera referencia de su experiencia religiosa descansa sobre el profético reconocimiento de un tiempo en el que el Estado permitiría la libertad de todas las religiones y las religiones aceptarían libremente la soberanía del Estado. Un estado de cosas, sin embargo, que pudo llevarse a cabo solo después de cambios múltiples y de largo alcance en la estructura institucional de la sociedad. El destino de Cromwell fue el de un comandante en jefe en el poder; confundió su profética visión con un mandato político.

5. ¿Qué reemplazará a la guerra?

Así pues, ¿cuáles son los cambios institucionales que harán realidad el postulado de la paz?

Si la guerra tiene que ser abolida, el orden internacional tiene que ocupar su lugar. Pero no es concebible ninguna soberanía

internacional sin un nuevo orden económico mundial que reemplace al que está muriendo. Este orden, del cual forma parte el patrón oro internacional, con sus libres movimientos del capital y del trabajo, de las mercancías y de los pagos, no puede volver nunca más. Pero, a menos que la división internacional del trabajo se mantenga en una forma u otra, es inevitable una caída general de los niveles de vida; e incluso si puede evitarse esa caída, un gran incremento en el nivel de vida siempre podrá obtenerse en el futuro mediante el simple medio de restablecer la división internacional del trabajo. Sea lo que sea lo que el futuro nos depare, el internacionalismo permanecerá como una irresistible fuerza motriz de la historia.

Otro rasgo fundamental de nuestra época se deriva del hecho de que un nuevo orden económico internacional tiene que implicar reajustes económicos de largo alcance, no tanto entre los poseedores y los no poseedores como entre todos los distintos países del globo, y en gran número de maneras. En consecuencia, la tarea fundamental de la política nacional será equipar a las naciones con una organización social que pueda soportar la gigantesca presión de —de hecho, inseparable de— cualquier ajuste importante en el campo económico internacional. En última instancia, es la estructura de clase de la sociedad la que se mostrará como un obstáculo al reajuste económico internacional; porque los masivos sacrificios económicos solo podrán ser soportados por voluntad propia por aquellas comunidades que estén firmemente unidas al servicio de ideales trascendentes. Este es el duradero origen de las fuerzas que hacen inevitable la llegada del socialismo en nuestra época.

El establecimiento de un orden internacional pacífico no puede ser llevado a buen término, por tanto, mediante un simple rechazo a luchar, sino solo a través de la consecución real de las bases institucionales de un orden semejante. El primer paso para alcanzar este fin se basa en la transformación de nuestros estados-nación capitalistas en comunidades reales, mediante el sometimiento de la vida económica al control de la gente común y, de ese modo, también de la abolición de la división de la propiedad en la sociedad.

6. La reforma de la conciencia

En la medida en que nos sea posible reconstruir el significado de la ética del Nuevo Testamento en términos de vida institucional, podemos afirmar que su tendencia era, indudablemente, tanto pacifista como comunista. La práctica de la Iglesia primitiva reflejó esas tendencias, lo cual implicaba el rechazo de la sociedad como un conjunto de instituciones permanentes.

La misma conciencia humana había sido reformada en los Evangelios mediante el descubrimiento de la naturaleza personal de la vida humana y de la libertad esencial de la personalidad. En consecuencia, en la ética del Nuevo Testamento estaba implícita una actitud negativa hacia la sociedad institucional. Ni las instituciones, ni las costumbres, ni las leyes eran la sustancia de la existencia social, sino la comunidad como una relación entre personas: una interpretación de la naturaleza de la sociedad institucional que implicaba su rechazo.

En términos del mundo moderno, la filosofía social de Jesús era anarquista. Su pacifismo y su comunismo se basaban en la negación de la ineludible naturaleza de la sociedad institucional. El poder, el valor económico, la coerción eran repudiados como males. El descubrimiento de la naturaleza de la vida personal se vinculaba así al rechazo a aceptar la necesidad de formas permanentes de existencia social.

En nuestra época, la conciencia humana esta siendo de nuevo reformada. El reconocimiento de la ineludible naturaleza de la sociedad establece un límite a la libertad imaginaria de una personalidad abstracta. El poder, el valor económico, la coerción son inevitables en una sociedad compleja; para el individuo no hay manera de escapar a la responsabilidad de elegir entre alternativas. Ni él ni ella pueden excluirse de la sociedad. Pero la libertad que parece que perdemos a través de este conocimiento es ilusoria, mientras que la libertad que ganamos mediante el mismo es válida. El ser humano alcanza su madurez en la asunción de su pérdida y en la certeza de la consecución final de la libertad en y a través de la sociedad.

La verdad acerca de la vida humana descubierta por Jesús se afirma todavía hoy en el reconocimiento de que, en nuestra

sociedad actual, el ser humano está en condiciones de autoalienación, y que la transformación socialista es la única manera de reivindicar la vida personal en una sociedad compleja.

7. El pacifismo y el movimiento de la clase obrera

De manera proverbial, el *revival* del wesleyanismo[7] salvó a Reino Unido de una revolución. El pacifismo social —el rechazo de la lucha de clases en cualquier sentido del término— fue establecido como parte del modo de vida cristiano. Por lo que respecta a la clase obrera, el pacifismo moderno significa simplemente la aplicación de este credo armonizador desde el hogar hasta en los asuntos exteriores. Las responsabilidades con las que los miembros de la clase dominante están investidos por naturaleza les imposibilitaban poner en práctica estas doctrinas.

En su conjunto, el inconformismo tendía a fomentar una filosofía idealista que persistió incluso después de que los conceptos religiosos originalmente asociados a ella se hubieran desvanecido y fueran reemplazados por otros seculares. Así, a pesar del decaimiento de la vida religiosa, el mundo de las ideas se mantuvo como un mundo separado; los ideales eran despojados simplemente de su contexto religioso y vinculados a contenidos seculares —el funesto abismo que se había abierto entre idealidad y realidad sobrevivió al cambio—. El ideal de justicia social, bajo la denominación de «rectitud», fue separado de las únicas instituciones que podrían haberlo incorporado. De manera similar, después de la guerra, la Sociedad de Naciones como ideal permaneció separada en las mentes de la gente de la Sociedad de Naciones como institución. Es en la historia religiosa del movimiento de la clase obrera en este país donde debe buscarse una explicación del desarrollo que ha hecho del pacifismo un obstáculo clave para la consecución de la paz.

7. Referencia al movimiento originado en torno a los hermanos Wesley, fundamentalmente alrededor de John (1703-1791). Fue este un notable predicador que inspiró el movimiento metodista. Tuvo gran influencia tanto en Gran Bretaña como en Estados Unidos.

LAS RAÍCES DEL PACIFISMO[1]

Señor presidente:

¿Puedo explicar en qué sentido, y en qué sentido únicamente, puedo consentir que se me llame pacifista? Mussolini estableció la posición del fascismo respecto del pacifismo así: «Una doctrina que se base sobre el nocivo postulado de la paz es hostil al fascismo».[2] Lo que Mussolini denuncia aquí como «nocivo postulado de la paz» es la doctrina que yo defiendo. No es una opinión idealista o sentimental del tipo «la paz es buena», y por tanto «debe

1. «The roots of pacifism», KPA: Con_18_Fol_38. Se trata de un texto no publicado escrito a máquina, pero con numerosos tachones, correcciones y añadidos. Algunas de esas correcciones son ilegibles. En este caso, hemos seguido la edición de Giorgio Resta y Mariavittoria Catanzariti en Karl Polanyi, *For a New West…, op. cit.*, pp. 86-91. Tomaremos también de aquí las referencias a fragmentos ilegibles. No obstante, hay que hacer notar que los editores se han confundido a la hora de proporcionar los datos del texto. El archivo indicado anteriormente, el Con_18_Fol_38, no se corresponde con las notas para una conferencia en Gillingham, ciudad del sudeste de Reino Unido, en una fecha que se sitúa en 1935-1936. Esas referencias son las correspondientes a otro archivo que, si bien tiene el mismo título, es diferente. Este puede encontrarse en KPA: Con_20_Fol_14 y consiste claramente en un esquema borrador, también repleto de correcciones, tachones y añadidos, de una conferencia sobre el tema. Por otro lado, es evidente que la referencia que se hace más adelante a una obra concreta de Aldous Huxley sitúa la fecha del texto, como muy pronto, en el mismo año de la publicación de su libro, esto es, en 1938.
2. Véase el texto anterior, «El significado de la paz», en página 179.

ser» —o cualquier otra afirmación igualmente sin sentido—, sino que este postulado implica un claro diagnóstico político y económico de la crucial etapa actual en el desarrollo de la sociedad humana. *Es este específico diagnóstico el que suscribo.* De acuerdo con este diagnóstico, en el corazón de la presente lucha entre fascismo y democracia, como entre capitalismo y socialismo, está el problema de la guerra. Si mantener tal creencia lo hace a uno pacifista, entonces soy un convencido pacifista. Tendremos que ocuparnos de ello a lo largo de esta noche.

Sin embargo, si el pacifismo implica la aceptación de la orden de «no luchar», entonces, categóricamente, *no soy pacifista*. Mi diagnóstico específico implica, por el contrario, que, quizá durante bastante tiempo, los seres humanos tendremos que luchar si es que queremos abolir la institución de la guerra.

¿Cuál es la raíz del peligro de guerra en nuestra época? Es esta: las formas actuales de la existencia material del ser humano son las de una interdependencia de alcance mundial. Las formas políticas de la existencia humana deben tener también ese alcance mundial. Sea en el interior de las fronteras de un imperio-mundo o en las de una federación mundial, sea mediante conquista y dominio, sea mediante la cooperación internacional, las naciones del globo tienen que ser conducidas al seno de un cuerpo que las envuelva, si nuestra civilización quiere sobrevivir. Hasta que no se organice la paz de una de estas dos maneras, las guerras, y unas guerras a escala cada vez mayor, continuarán necesariamente.

Nuestro punto de partida es la interdependencia económica.

La referencia al factor material no tiene en este caso nada que ver con el, así llamado, autointerés económico. No tiene que ver con ingresos, beneficios, salarios y tipos de grupos o clases de población, sino con las vidas mismas de millones de seres humanos que dependen del factor material en cuestión. Aquello que supusiera la destrucción deliberada de decenas de millones de personas resulta, en la naturaleza de las cosas, políticamente impracticable y moralmente indefendible.

Ahora, *si no fuera por la interdependencia económica realmente existente*, las naciones y los pueblos podrían decidir mañana mismo que, de ahora en adelante, viviéramos pacíficamente, como estados soberanos independientes, en la autosuficiencia económica.

Las pasiones y los prejuicios pueden impedirles seguir por ese camino, pero política y moralmente estaría justificado. Excepto por un factor, precisamente: el económico. El establecimiento de una autosuficiencia universal causaría, necesaria e inevitablemente, una caída tan repentina y fatídica en los recursos materiales de la humanidad que se reduciría la población de la tierra de manera muy considerable. Y ello porque la vuelta forzada a condiciones primitivas de producción supondría la inanición y la muerte de vastas masas de seres humanos. *Por esta razón fundamental, la solución al problema de la guerra mediante el método de la autosuficiencia universal es inaceptable.*[3]

De aquí se siguen muchas otras consecuencias importantes: si la autosuficiencia universal no ofrece solución alguna, tenemos que intentar asegurar, al menos, esa medida de cooperación económica internacional que existía hasta hace poco. La cuestión es: ¿cómo conseguirlo?

Nuestra tesis es que esto no puede hacerse en las formas tradicionales de la cooperación económica. Estas han sido derribadas completamente y no pueden ser restauradas. Tendrán que crearse nuevas formas de cooperación económica. Y es la necesidad de crear estas nuevas formas de cooperación económica lo que nos obliga a establecer nuevas formas de organización política a escala internacional. Es precisamente la imperativa necesidad que tenemos de buscar esas nuevas formas de vida internacional la causa última de toda la presión, el estrés y el sufrimiento que la humanidad está experimentando en el presente y puede que todavía tenga que experimentar en el futuro.

Podría objetarse: ¿por qué no pueden restaurarse las formas tradicionales de cooperación económica? Y ¿por qué la creación de nuevas formas de cooperación económica internacional implica necesariamente la tragedia de guerras fratricidas y civiles?

Nuestros dos principales problemas: las formas tradicionales de cooperación económica internacional se han derribado. El patrón oro internacional, el mercado internacional de mercancías,

3. Tras las palabras «método de», Polanyi introduce a mano un par de frases que resultan ilegibles.

basado sobre el libre intercambio de bienes y pagos, han muerto. El sistema dependía del patrón oro internacional. No puede ser restaurado, porque se ha hecho evidente que cuanto más estrecha es la interdependencia entre las naciones, mayores son los sacrificios que se necesitan para mantener el sistema en marcha. ¿Por qué? El trabajo del patrón oro internacional implica la disponibilidad de todos los países concernidos para permitir que su nivel interno de precios suba o baje de acuerdo con cambios incontrolables en la balanza de pagos internacional. En la medida en que el balanceo sea hacia arriba, los gobiernos pueden estar de acuerdo; pero una bajada permanente en el nivel de precios puede suponer una ralentización de la producción, una caída en la producción de riqueza para los consumidores, puede significar desempleo masivo y el consiguiente peligro de disolución del propio tejido social. Ningún gobierno puede ocasionar deliberadamente semejante estado de cosas; ninguna sociedad podría mantenerse en semejantes condiciones.

La alternativa a las formas actuales de cooperación económica internacional es el establecimiento de nuevas formas. *¿Por qué estas no pueden establecerse inmediatamente?*

Al menos en la etapa de transición —y esta etapa cubre un largo período—, tendrán que hacerse sacrificios económicos masivos en todos los países implicados. Bajo nuestro sistema económico actual, en ningún país la gente se embarcará voluntariamente en tales esfuerzos. La razón es obvia. Una comunidad genuina podría muy bien decidir hacer grandes sacrificios en aras de un gran propósito, y perseverar en su conducta tanto tiempo como fuera necesario. Pero bajo nuestro sistema industrial, la sociedad no es una comunidad de ese tipo. Nuestro sistema de propiedad la divide en dos secciones: la gente que es responsable real de llevar a cabo la producción industrial, en cuanto que propietarios y directivos de los medios de producción, y la gente que no tiene tal responsabilidad.

No puede esperarse seriamente que estos últimos arrostren la carga de los recortes salariales y el desempleo derivados de una política general cuyos costes reales no están en posición de evaluar. Por este simple motivo, en nuestro sistema presente es imposible hacer que toda la población actúe como una unidad singular por lo que atañe a las cuestiones económicas. Esta es la razón

última por la que nuestras naciones-estado, tal y como están actualmente constituidas, son inadecuadas para la tarea de establecer un nuevo sistema de cooperación económica internacional.

A este propósito, deseo ofrecer un ejemplo del razonamiento económico de nuestros destacados pacifistas. El punto en cuestión es nada menos este: si es posible o no la autosuficiencia económica. Como hemos visto, esta cuestión es decisiva porque es el único supuesto mediante el cual las comunidades humanas, *constituidas como ahora lo están*, pueden establecer una existencia pacífica en estados soberanos independientes. Esto es lo que Russell[4] dice sobre la posibilidad de la autosuficiencia: «No creo que pueda dudarse de que, con la aplicación del conocimiento existente, Gran Bretaña podría ser capaz, en diez años, de producir la cantidad de comida necesaria para mantener la vida de su propia población». Sería «mucho más fácil de lo que habitualmente se supone, desarrollar nuestros propios suministros». Y procede a citar extensamente un artículo del doctor O. W. Willcox del periódico *The New Republic* (del 3 de junio de 1936), en el cual este escritor estadounidense especializado en agrobiología se refiere al trabajo del doctor W. F. Gericke de la Universidad de California. El doctor Gericke afirma que ha producido 217 toneladas de tomates por acre y que ha cultivado 2.465 fanegas de patatas por acre, es decir, unas veinte veces la media nacional en Estados Unidos. *Las plantas ni siquiera habían enraizado en tierra.* Se usaron tanques poco profundos, que contenían productos químicos líquidos en los cuales se mojaban las raíces. Los líquidos químicos se calentaban con electricidad. «Todavía estamos oyendo historias —termina el Dr. Willcox— de un científico aficionado del que se cuenta que cultivó el suministro anual de patatas de una familia numerosa en una bandeja de

4. Se refiere a Bertrand Russell, al que menciona con su nombre completo en una referencia previa, pero en unas frases que aparecen tachadas por el propio Polanyi. Las frases tachadas, situadas inmediatamente antes de la actual, dirían: «La cuestión está lejos de ser académica para el pacifista práctico. Desde el punto de vista de Bertrand Russell, como es sabido, el pacifismo queda justificado únicamente como una política a corto plazo a la vista de los terribles peligros de la guerra moderna. Propugna el pacifismo *hoy* y admite que puede no apoyarlo mañana».

hojalata situada debajo de la cocina. De hecho, no hay ninguna razón por la que no podamos tener granjas rascacielos en las que filas de bandejas no muy hondas apiladas unas sobre otras hasta una altura de cien —o mil— pies...». Personalmente, no dudo de la posibilidad de una agricultura científica. En realidad, desde que la agricultura existe siempre ha sido más o menos artificial. Pero la construcción socialista en la Rusia soviética ofrece el mejor ejemplo de una economía de este tipo. Grandes gastos en capital suponen una merma en los niveles de vida. ¿Es consciente Bertrand Russell de la cantidad de gastos en capital que supondría embarcarse en proyectos de este tipo si se plantean a algo así como una escala nacional? Estos gastos de capital, en términos de trabajo y mercancías, significan la esclavización de la gente del país por lo menos durante una generación. Obviamente, también debería haber bandejas para las plantas de algodón, de café o de té, bandejas para los árboles del caucho, para naranjos o limoneros, e incluso bandejas para cerdos, ovejas y bueyes a fin de procurarnos carne.

Pero los descubrimientos del Dr. Willcox no han sido pasados por alto en otros ambientes en los que el pensamiento científico queda todavía más en evidencia que en el caso de Russell —que al menos es un gran científico en su propia esfera—. Me refiero al reciente libro de Aldous Huxley titulado *Ends and Means*.[5] La «agricultura limpia» ideada por el Dr. Gericke ocupa un lugar de honor en el libro, aunque, como añade cautelosamente Huxley, «está todavía en fase experimental». El libro del Dr. Willcox *Nations Can Live at Home*[6] ha convencido a Aldous Huxley de que los ingleses pueden vivir en casa sin la asistencia de otras casas. «¿Hasta qué punto es la superpoblación una excusa válida para el militarismo y el imperialismo?», se pregunta Huxley. «Es incluso probable que la "agricultura

5. Aldous Huxley: *Ends and Means*, Chatto & Windus, Londres, 1938 (en castellano: *El fin y los medios. Sobre los ideales y los métodos empleados para su realización*, trad. Antonio López, Página Indómita, Barcelona, 2016). La obra fue escrita a lo largo de 1937, pero publicada en 1938. Sobre las cuestiones que siguen, puede consultarse el capítulo V de dicha obra, titulado «La sociedad planificada».
6. Oswin William Willcox: *Nations Can Live at Home*, Allen & Unwin, Londres, 1935.

limpia" produzca una revolución agrícola en comparación con la cual la Revolución Industrial de los siglos XVIII y XIX semejaría la más trivial de las convulsiones sociales.»[7]

Resulta que una de las consecuencias de esas triviales convulsiones ha sido el que la población de Reino Unido se haya multiplicado por seis entre 1770 y 1900. Si la «agricultura limpia» supusiera solo otro aumento de habitantes equivalente, la población mundial podría incrementarse fácilmente de dos mil a doce mil millones. Sin embargo, Huxley argumenta sabiamente sobre esto al expresar su esperanza de que «la tasa de natalidad no se incremente bruscamente». Aún así, encuentra «altamente significativo que ningún gobierno haya hecho, hasta el momento, ningún intento serio de aplicar los métodos agrobiológicos modernos a gran escala, con el objetivo de elevar el nivel de bienestar material entre los individuos y hacer así innecesarios el imperialismo y la conquista de nuevas tierras». Solo este hecho, dice Huxley, sería una demostración suficiente de la verdad de que las causas de la guerra no son solo económicas, sino también psicológicas. Nadie más que un loco afirmaría que las causas de la guerra son únicamente económicas. Pero ¿ha olvidado Huxley por completo que la queja universal contra el imperialismo y los estados militaristas es precisamente que lo que hacen, mediante todo tipo de medios artificiales, no es sino tratar de incrementar sus provisiones de alimentos y recurrir a la ayuda de la ciencia para obtener lo imposible a este respecto? La científica «batalla del grano» de Mussolini o la «mantequilla limpia» de Göring parecen haberle pasado desapercibidas. Incluso la pacífica Checoslovaquia ha disminuido sus importaciones

7. Huxley añade una nota a pie de página en la que indica: «En el informe de la comisión nombrada por el presidente Roosevelt para considerar las posibles tendencias futuras, la "agricultura limpia" fue situada entre las trece invenciones que podrían suponer importantes cambios sociales en un futuro próximo. El informe fue firmado en julio de 1937». A parte de otras consideraciones, es evidente que, si Huxley cita un informe de julio de 1937 en el capítulo V y en la página 44, sobre un total de quince capítulos y 336 páginas, el texto se habría concluido como pronto a finales de ese año, lo que ratificaría nuestra hipótesis de que el texto de Polanyi dataría, como mínimo, de mediados de 1938.

agrícolas en no menos de un 74% en trece años de posguerra. Pero es justamente el espantoso coste de estos antieconómicos esfuerzos pseudocientíficos lo que empobrece a las naciones, deprime sus niveles de vida y hace madurar la psicosis del imperialismo expansionista.

Esto por lo que respecta a «los fines y los medios»; lo más caritativo que se puede decir sobre ellos es, supongo, que derivan de la máxima de que el fin *justifica* los medios.

Hemos dedicado tanto tiempo al argumento del Dr. Gericke para mostrar la frivolidad con la que pacifistas serios se toman a veces esta cuestión. Habitualmente, no es el *pacifista religioso*, sino el *racionalista*, como Russell, o alguien predispuesto *psicológicamente*, como Huxley, el que sostiene unos argumentos que son conspicuos por su irrelevancia. Solo el pacifista religioso puede presentar un caso consistente. No necesito decir que, y esa es mi convicción, está equivocado.

Pero volvamos a nuestro argumento. Fundamentalmente por razones económicas, la organización internacional de la vida tiene que ser restaurada. Esto *no* puede ocurrir sobre las bases tradicionales; los gobiernos pueden impedir, y no permitirán, que el sistema económico de sus países se convierta en la víctima de fuerzas internacionales incontrolables. No puede suceder sobre bases nuevas en la medida en que se mantenga nuestro sistema económico actual. Porque nuestras modernas sociedades de clases carecen totalmente de esa unidad en el campo económico que les permitiría asumir los masivos sacrificios que exigiría el establecimiento de una cooperación internacional. Solo las verdaderas comunidades pueden generar la fuerza moral de un heroísmo histórico sin el cual no es probable que se lleven a cabo tales esfuerzos y se pueda tener éxito frente a semejantes obstáculos insalvables.

Nos encontramos en la situación siguiente: en la esfera internacional, el proceso necesariamente lento de establecer una federación mundial termina antes de alcanzar su realización final. En la esfera nacional, nuestro sistema económico actual tendrá que ser reemplazado por una comunidad económica real, concretamente por la razón de que solo tal comunidad será capaz y estará dispuesta a pagar el alto precio económico del establecimiento de una federación mundial. Este es el motivo por el que, en el período que se presenta

ante nosotros, los asuntos exteriores tienen que continuar dominando sobre los asuntos nacionales.

Los poderes opuestos a la cooperación internacional forzarán sus guerras imperialistas en otros países. Los poderes que, por la razón que sea, favorezcan un sistema internacional tenderán a oponerse a ellos conjuntamente.

Será en el transcurso de este prolongado y doloroso intento de desarrollar una solución cooperativa que la debilidad inherente al presente sistema económico como unidad de cooperación planetaria tendrá que proporcionarnos su fatídico fruto. Pues ningún sistema internacional puede probarse factible si no satisface las exigencias de genuina cooperación a escala internacional. Así, ninguna medida de sufrimiento humano nos aproximará al deseado orden internacional, excepto en el caso de que las propias naciones sean transformadas —en el transcurso de guerras, de dolorosas derrotas y de no menos costosas victorias— *en una verdadera comunidad económica*.

FACTORES SOCIALES EN LA RECIENTE HISTORIA EUROPEA[1]

En el caso de Francia, los factores sociales y los nacionales eran mutuamente contradictorios. Se paralizaban el uno al otro. Este era el trasfondo de la caída de Francia en 1940. Algo vagamente similar era el caso en todos los países democráticos, alguno de los cuales sucumbió, siendo Gran Bretaña casi una excepción.

Pero ¿no piden los factores nacionales y sociales reforzarse también el uno al otro?

Realmente lo hicieron en la Francia de la *Revolución francesa*, cuando la revolución de la clase media llevó desde Madrid a Moscú el poder de Francia a toda Europa.

O cuando, bajo la República, emergió Reino Unido como un gran poder y barrió a los Países Bajos de los mares. Cromwell la consolidó como una fuerza mucho más poderosa de lo que había sido bajo Isabel I o Carlos I, con la ayuda de los puritanos, de los subsidios de los ricos comerciantes de la City de Londres y de la

1. «Social factors in recent european history», borrador de trabajo. No consta fecha del texto, pero por los datos aportados por Polanyi resulta obvio que estamos hablando de la primera mitad de la década de los cuarenta. El original puede consultarse en KPA: Con_08_Fol_02. Consiste en una hoja mecanografiada con varios añadidos a mano.

alta burguesía de Anglia oriental. El *protestantismo y las clases medias* estaban haciendo de Reino Unido una potencia mundial.

De manera similar, la *Rusia soviética* de nuestros días está mostrando la tremenda fuerza de una causa social y otra nacional, que se refuerzan mutuamente. Una gran revolución social está en marcha, mientras que al mismo tiempo Rusia está recuperando las fronteras que perdió a manos del imperialismo alemán en la Primera Guerra Mundial, en una época de extrema debilidad. ¿Y cuál fue la causa de esa extrema debilidad? Precisamente el antagonismo de clases no resuelto que, finalmente, acabó explotando en la Gran Revolución rusa. *Turquía*, *China* y *México* son otros ejemplos.

En Alemania, Italia y Japón, no hubo revolución desde la izquierda sino desde la derecha, la cual se combinó con las fuerzas nacionales para hacer historia. Tanto el socialismo como el fascismo —en su más amplio sentido— son tendencias inherentes a nuestra civilización industrial. Es otro caso de interrelación entre naciones y movimientos sociales, haciendo cada uno uso del otro para llevar más allá su propio ascendiente.

Esta es la explicación de mucha de la historia reciente. Alemania, Italia y Japón (incluso más recientemente Argentina)[2] están intentando hacer uso del fascismo para conseguir sus fines nacionales.

2. Es difícil poder determinar a qué se estaría refiriendo concretamente Polanyi por lo que respecta a Argentina. Bien podría ser que fuera una mención genérica a esa década de los años treinta, denominada como «La década infame», y que se inició con la dictadura militar de José Félix Uriburu, momento en el que, por cierto, se intentó construir un Estado corporativo similar al del modelo italiano. Pero, dado que la fecha de este texto es posterior a 1940, podría ser también una mención al golpe militar del 4 de junio de 1943 o, incluso, a la figura emergente de Juan Domingo Perón.

¿POR QUÉ VOLVER LOCA A RUSIA?[1]

I

Hay un error mortal contra el que Estados Unidos está asegurado, el apaciguamiento.[2] Es Múnich lo que le ha hecho este gran servicio. Neville Chamberlain ha aclarado a los estadounidenses lo obtusa que fue esa política y la ignorancia que implicaba respecto de la naturaleza revolucionaria del hitlerismo.

Contra lo que Estados Unidos parece no haberse asegurado todavía es contra el error, igualmente fatal, de Chamberlain respecto de Rusia. Pero este error podría llegar a ser imperdonable porque la pifia británica, que casi acaba con su libertad y su independencia, fue solo parcialmente a propósito de Alemania; tenía que ver,

1. «Why make Russia run amok?», *Harper's Magazine*, n.º 186, marzo de 1943, pp. 404-410. La fotocopia del artículo original está en KPA: Con_18_Fol_23.
2. Se denomina «política de apaciguamiento» a la practicada por el primer ministro británico, Chamberlain, respecto de la Alemania nazi. Dicha política alcanzó su máxima expresión en los pactos establecidos en la Conferencia de Múnich de 1938, en la que, pensando que las cesiones a los alemanes calmarían las pretensiones nazis, Francia y Gran Bretaña aceptaron la incorporación de los Sudetes a Alemania, en detrimento de Checoslovaquia. Poco tiempo después, Checoslovaquia desaparecía tras crearse el Protectorado de Bohemia y Moravia, bajo control alemán, y propiciarse así en Eslovaquia el establecimiento de un régimen fascista bajo tutela nazi.

al mismo tiempo, con Rusia. Estados Unidos no puede permitirse repetirla.

Desgraciadamente, es una ley de la política que solo se accede a una verdad cada vez. En el caso de Múnich esa verdad era que el hitlerismo no era una política, sino una revolución; y que el apaciguamiento fue tan inútil como pretender guiar correctamente a un terremoto. La otra verdad, a la que no llegó a acceder el público estadounidense, aunque era tan patente como la primera, era que Gran Bretaña había subestimado las posibilidades constructivas de la política rusa. Y, sin embargo, este error fue tan decisivo como el apaciguamiento a la hora de producir esta colosal pifia.

Durante años se advirtió a EE. UU. de que no siguiera el ejemplo suicida de Chamberlain con Alemania; al final, el aviso fue escuchado y Estados Unidos renunció a apaciguar a Hitler. Es hora de lanzar una advertencia similar respecto de su política hacia Rusia. Aunque ahora el peligro es diferente, no es menos real. El punto que merece ser considerado por los estadounidenses es que los errores británicos respecto de Alemania y respecto de Rusia fueron solo dos lados de la misma política radicalmente falaz.

La creencia popular, mantenida tanto fuera como dentro de Estados Unidos, de que la Gran Bretaña de posguerra no tenía política y simplemente iba a la deriva está equivocada. Mostraremos que la verdad es lo contrario. Desde el día en que Hitler fue nombrado canciller del Reich, en enero de 1933, hasta aquel otro día en el que Winston Churchill se convirtió en primer ministro, en mayo de 1940, Gran Bretaña no solo tuvo una política, sino que se atuvo a ella tenazmente. Si, cuando fue lanzada, era buena o mala no es lo que aquí se discute. Posteriormente, y esta es la cuestión, condujo al apaciguamiento y a Múnich. Esta línea fue conocida como la idea del Pacto de las Cuatro Potencias.[3] Aunque se habló poco de él, se dio por hecho en casi todo el mundo.

3. Las cuatro potencias del pacto serían Gran Bretaña, Francia, Alemania e Italia. El acuerdo se firmó el 15 de julio de 1933 en el palacio Venecia de Roma, pero, como ya se ha indicado en la nota 28 del artículo «Austria y Alemania», p. 130, el pacto no fue ratificado y en consecuencia no llegó a tener consecuencias reales.

Su nacimiento sigue todavía rodeado de misterio. Públicamente fue propuesto por primera vez por Mussolini el 17 de marzo de 1933. Significativamente, el primer ministro británico, Ramsay MacDonald, así como sir John Simon, volaron a Roma y firmaron inmediatamente una declaración conjunta en apoyo al plan (que probablemente fue debida a sir John Simon). Implicaba nada menos que el establecimiento de un concierto europeo de las cuatro potencias occidentales, Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania, para reemplazar a la Sociedad de Naciones y gobernar el continente, resolviendo problemas incidentales a costa de territorios al este de Alemania.

Las cuatro grandes potencias europeas, todas armadas, se controlarían entre ellas y mandarían sobre el resto, incluidos los estados pequeños y Rusia. Europa volvería al, así llamado, viejo orden. Eufemísticamente, fue denominado el Pacto de las Cuatro Potencias. No sería idealista, pero al menos podía funcionar.

Así pues, desde el principio la exclusión de Rusia era absolutamente esencial para la idea del Pacto de las Cuatro Potencias. Implicaba que los intereses rusos debían considerarse como un fondo común con el cual los participantes en el pacto podían compensarse mutuamente si sus acuerdos no funcionaban sin contratiempos. Si Hitler decidía repartirse Rusia, nadie lo impediría. El esquema total fue facilitado enormemente por la tradicional política exterior soviética, que había sido francamente revolucionaria o, incluso peor, no lo había sido francamente, pero lo había sido sin duda.

II

Por lo tanto, había un vínculo irrompible entre los puntos de vista del Pacto de las Cuatro Potencias y la postura «anti-Rusia». Por eso es vital para los estadounidenses reconocer que durante los siete años críticos, es decir, hasta que Winston Churchill tomó el mando y abandonó el apaciguamiento, Gran Bretaña nunca tuvo en mente otra línea de actuación en política exterior que la idea del Pacto de las Cuatro Potencias. Ramsay MacDonald, igual que Baldwin, Simon, Hoare y Neville Chamberlain, e incluso

lord Lothian y el grupo de Cliveden,[4] han sido todos, de diferentes maneras, seguidores igualmente acérrimos de esa idea. Ni siquiera se pararon a considerar si Rusia no podría estar, después de todo, dispuesta a una política positiva y constructiva, porque eso, simplemente, no casaba con su modelo preconcebido.

Puede parecer sorprendente que el Pacto de las Cuatro Potencias haya sido tan elástico como para sobrevivir durante un período de tiempo tan largo a las vicisitudes de los cambios de la situación. Los pactos formales suelen ser considerados, con razón, como instrumentos frágiles y tanto menos adaptables cuantas más potencias incluyen.

Pero el nuevo concierto iba a ser más una organización *de facto* del continente que una institución legal basada sobre un pacto o un tratado. Esto explica la extrema tenacidad con la que el plan sobrevivió. Lo que llevó a Chamberlain a Múnich fue la idea del Pacto de las Cuatro Potencias. Él, junto con el resto de ciegos líderes de la City de Londres, estaba convencido de que solo si Gran Bretaña estaba dispuesta a hacer sacrificios en todas direcciones, Hitler podría ser apaciguado y la idea del Pacto puesta en marcha. No fue hasta demasiado tarde que descubrió que el hitlerismo era un acontecimiento primitivo dominado no por la razón, sino por fuerzas ingobernables. Ni siquiera cuando, manteniendo la promesa que había hecho a Polonia, se decidió por la guerra, renunció ni por un momento a la idea del pacto. El concierto entre las cuatro potencias de Europa occidental se mantuvo como el objetivo. La única diferencia fue que Alemania, que no pudo ser inducida a semejante acuerdo mediante el apaciguamiento, debería ser forzada a entrar en él bajo la presión de una fuerza superior.

Mirando hacia atrás, podemos ver fácilmente que Chamberlain o intentaba engañar a otros, o se engañaba a sí mismo. Su política suponía amenazar a Hitler con una alianza anglo-franco-soviética que era una mera filfa, ya que él no iba a llegar a las últimas consecuencias

4. Se trata de un grupo aristocrático británico que comprendía a personajes importantes de la política, la industria y las finanzas y que se articuló en torno a la familia Astor. Se conoce como «grupo de Cliveden» porque este era el nombre del palacio en el que residían los Astor y donde solía reunirse el grupo.

con Rusia si su objetivo final seguía siendo, como así fue, la conclusión del Pacto de las Cuatro Potencias. Pero este acuerdo, por lo menos por lo que se refiere a Gran Bretaña, era necesariamente hostil hacia la URSS, a la cual, dadas las condiciones, amenazaba inevitablemente con su destrucción a manos de Hitler. El hecho prueba que Chamberlain se estaba engañando a sí mismo. Rusia no podía ser utilizada contra Alemania a menos que pudiera sentirse segura de que, una vez esta hubiese sido derrotada e intimidada, la guerra no tomaría en algún momento un giro que llevara después de todo a un Pacto de las Cuatro Potencias que la dejara a ella a solas.

El apaciguamiento, en otras palabras, era solo una mitad de una fórmula cuya otra mitad era el «antisovietismo», y en el conjunto se leía: Pacto de las Cuatro Potencias. Así de simples son, necesariamente, las ideas generales que gobiernan las políticas seculares de los grandes imperios. Menos simples no serían lo suficientemente adaptables. Pero cuanto más simples son, tanto mayor sería la desgracia si resultaran ser falsas.

Precisamente esto es lo que pasó. El error de Chamberlain se produjo tanto respecto de Alemania como de Rusia. La única revolución que ha entendido la City de Londres fue la Revolución francesa de 1789. Ya que la revolución alemana de 1933 no se parece en nada a aquella, la City ha mantenido que no era una revolución. Por otro lado, la Revolución rusa de 1917 no solo se parecía a la francesa, sino que era en muchos detalles una auténtica copia de ella. ¿Quién sino un loco dudaría de cuál de las dos era el enemigo?

En este momento, como puede verse, interviene la ignorancia de los trasnochados *gentlemen*. Esta ya había jugado su papel en la incorrecta evaluación de Alemania, pero estaba destinada a jugar un papel igualmente funesto en el erróneo juicio sobre Rusia. La tolerancia de Nevile Henderson[5] hacia los nazis emanaba de la limitada imaginación en la que había sido entrenado. La escuela pública inglesa estaba destinada a crear un liderazgo nacional inmune al virus de la Revolución francesa. En aquel momento no

5. Nevile Henderson (1882-1942). Diplomático británico que ocupó el puesto de embajador de Gran Bretaña en la Alemania nazi entre 1937 y 1939.

había nada en la revolución alemana que le advirtiera de que aquello también era una revolución, y no la estudió con la suficiente atención como para darse cuenta de que, incluso aunque no hubiera empezado con la desposesión de los ricos, podía sin embargo terminar ahí. Por otro lado, la Revolución rusa, aunque era claramente una revolución, contenía elementos constructivos que no eran evidentes a corto plazo. Fue la ausencia de un juicio adecuado sobre este aspecto vital lo que, en última instancia, convirtió la equivocada política británica en un acto casi de suicidio nacional.

Una breve consideración debería quitarnos de en medio el habitual camelo que marca la discusión sobre las políticas soviéticas. Debería afirmarse, en primer lugar, que los partidos comunistas de los diferentes países del mundo no serían, aunque solo fuera por consideraciones organizativas, otra cosa que representantes de los intereses exteriores soviéticos. Pero mientras que, en los primeros años de la revolución, estos intereses eran prácticamente idénticos a la promoción de la «revolución mundial», esta simple conexión desapareció poco después. Los partidos comunistas, sin embargo, continuaron siendo activos seguidores de las políticas rusas del día a día, fueran estas favorables o no a la revolución. Argumentaban que para un socialista no podía concebirse un interés mayor que el mantenimiento y la seguridad de la Rusia socialista. Por lo tanto, en lo que sigue podemos prescindir de la idea de la Internacional Comunista como *un factor separado* de la política exterior de la URSS.

Podemos hacerlo, en segundo lugar, con toda seguridad porque la política exterior de Rusia, como la de cualquier otro país, está determinada fundamentalmente por sus propios intereses. A este respecto, alianzas y sociedades, por un lado, y subversiones y quintacolumnismo por otro, tienen que ser considerados como instrumentos de la política exterior. En consecuencia, no deberíamos excluir ninguno de ellos cuando consideremos sus actividades exteriores.

Por último, no deberíamos olvidar el carácter excepcional de las grandes revoluciones; en ellas, incluso los intereses de la seguridad y la certidumbre pueden pasar temporalmente a segundo plano frente a otros intereses con independencia de que estos

tengan su base en ideologías sociales, nacionales, raciales o religiosas. Esos acontecimientos tempestuosos transcienden el estado normal de la política y se desarrollan bajo leyes propias. En efecto, nada es más importante que calibrar correctamente hasta qué punto la URSS es todavía, o quizá de nuevo, un poder revolucionario mundial.

III

Vuelvo a la errónea política británica respecto a Rusia. Manchuria, Etiopía y España prepararon el camino para Múnich. En cada caso, por un instante fatal, la política británica estuvo determinada por el componente «antirruso» de la línea del Pacto de las Cuatro Potencias de no permitirle a Rusia salir de su aislamiento. En lugar de aceptar la ayuda de Rusia para solventar una dificultad determinada, Chamberlain, Simon y Hoare rechazaron deliberadamente su apoyo con base en las esperanzas derivadas del Pacto de las Cuatro Potencias, debilitando de esta manera, todavía más, la capacidad negociadora británica.

Manchuria. Sir John Simon ni siquiera llegó a considerar la posibilidad de animar a la URSS para que detuviera la agresión japonesa. Sin embargo, si lo hubiera hecho, Japón podría estar todavía hoy ocupada en negociar los términos del ferrocarril del este de China o, en esta línea, tratando de calmar el descontento de Corea.

Etiopía. Cuando se estableció la política de sanciones buscando parar la agresión italiana, se hizo repentinamente evidente lo poderosa que era la fuerza que representaba la URSS en Oriente Próximo. En particular, la Turquía kemalista[6] mantuvo estrechamente su conexión rusa; solo Turquía tenía los aeropuertos que podían mantener segura a la flota británica del Mediterráneo oriental frente a los bombarderos italianos, con la ayuda de una fuerza aérea con sus bases terrestres. Pero Gran Bretaña tuvo que

6. Referencia a Kemal Pascha Atatürk (1881-1938), primer presidente de la República de Turquía.

rechazar la amistosa intervención soviética ante Turquía, lo que podría haber protegido a su flota, salvado a la Sociedad de Naciones y evitado una guerra. La política del Pacto de las Cuatro Potencias no permitía otra cosa. Tras esto, la Sociedad de Naciones cayó en un sueño crepuscular del que nunca despertó.

España, el caso decisivo, nos acerca mucho más al tema de este análisis. No hay necesidad de argumentar la importancia de esa victoria fascista que rompió el fundamento moral de la Francia republicana. Cuando Franco entró en Madrid, París se convirtió en un suburbio de Berlín. La política, como dijo Platón, es una ciencia geométrica. Si el más antiguo poder militar de Europa y su república más destacada ya no se atreve a socorrer a una república hermana vecina amenazada por una rebelión anticonstitucional, ¿cómo podemos esperar que el pueblo francés crea en sí mismo y en las ideas de sus instituciones libres? Por tanto, una vez fuera Francia, Gran Bretaña tendría que luchar sola. Cuando los españoles leales fueron forzados a capitular frente a la Luftwaffe alemana vestida de paisano, fue al Ejército británico en las arenas de Dunquerque al que se le robaron sus defensas. Pero la idea del Pacto de las Cuatro Potencias era, más que nunca, la política británica, y los españoles leales tenían el apoyo de Rusia. Simplemente esto bastó para que Chamberlain y Simon condenaran su causa. Decidieron que los españoles leales tenían que perecer y, de esta manera, casi sellaron fatalmente el destino de la propia Gran Bretaña.

¿Cuál era para Neville Chamberlain la política de Rusia en España? Y ¿cuál era en verdad?

La opinión era, por supuesto, que mientras Alemania e Italia intervenían en España para incrementar su poder nacional, Rusia intervenía para expandir la revolución mundial. Si los comunistas controlaban las oficinas gubernamentales de la España leal, como de hecho ocurría, y si, lo que también era cierto, controlaban el Ejército, ¿quién podría esperar de ellos que mantuvieran métodos constitucionales o que se abstuvieran de difundir las doctrinas bolcheviques y convirtieran la batalla interna de España en un campo de entrenamiento para la revolución mundial?

Los hechos, que nunca fueron reconocidos oficialmente por ningún gobierno, ni siquiera el soviético, deben ser reconstruidos

basándonos en diferentes fuentes que, por distintas razones, pueden considerarse fiables. Se compone de esta manera el cuadro siguiente: el Partido Comunista de España, como tal, no tenía, como suele ocurrir, nada que decir respecto de la determinación de la política de la clase obrera. Todo estaba controlado por los comunistas soviéticos que estaban directamente subordinados a su Gobierno en Moscú. Este Gobierno adoptó la tesis de que no había revolución en España, ni comunista, ni socialista, ni siquiera democrática. Reconocer la existencia de alguna revolución fue declarado contrario a los intereses de la política exterior soviética y, por tanto, un acto contrarrevolucionario. Cualquiera sorprendido fomentando la revolución en España, fuera comunista o no comunista, era desmentido de inmediato. Aunque comunistas rusos, alemanes y de otros países lucharon denodadamente por España, mantuvieron hasta el final la posición de que no se trataba de ninguna otra cosa más que del constitucionalismo y la legalidad. Es sabido que los comunistas fueron atacados agriamente por sus propios izquierdistas, los trotskistas, por su supuesta traición a la causa de la revolución mundial. En general, debe de haber sido una posición extremadamente incómoda de mantener a la vista de las muchas formas de radicalismo endémicas en España. Pero no hay duda posible de que los soviéticos, incluso bajo fuertes presiones, se atuvieron a su línea no revolucionaria.

Si el Gobierno británico hubiera estado mejor informado, y la constructiva política soviética hubiera sido mejor comprendida, quizá ni siquiera la orientación del Pacto de las Cuatro Potencias hubiera inducido gratuitamente al Ministerio de Exteriores a sacrificar en España posiciones diplomáticas y estratégicas enormemente importantes, comprendido, incluso, el poder del Ejército francés.

Tras Manchuria, Etiopía, España: Múnich. Tras los preliminares, la capitulación misma. Descendiendo en el aeropuerto de Heston del avión que le trajo de vuelta después de su última entrevista con Hitler, Neville Chamberlain agitó un trozo de papel que contenía una fórmula vacía sobre la firma de Hitler y la suya propia. Este documento, anunció triunfalmente el primer ministro británico a la expectante multitud, significaba «la paz

para nuestra época». No cabe duda de que se creía lo que decía, pues lo que sostenía en su mano no era otra cosa más que el tesoro largamente buscado. Pero el documento contaba su propia historia. Alemania había sido «apaciguada» y a Rusia se la había mantenido fuera de la mesa de negociación. En verdad, el precio era, nada menos, que el desmembramiento de Checoslovaquia con la aprobación del propio enviado de Chamberlain, Runciman;[7] y Francia había traicionado sus solemnes promesas a las víctimas, desvelando fatalmente su debilidad. Pero, frente a todo esto, Chamberlain y Simon habían realizado el acto supremo del establecimiento por parte de Gran Bretaña, Francia, Italia y Alemania de un nuevo Concierto Europeo para reemplazar a la Sociedad de Naciones, y que gobernaría el continente en el futuro, sin la URSS. El pacto fantasma por el que tanto habían suspirado estaba por fin a su alcance. Para ellos, Múnich fue el precio de la fórmula del Pacto de las Cuatro Potencias.

Menos de un año después, Gran Bretaña estaba en guerra. Alemania, que no había sido apaciguada, se preparaba para arrojarse sobre otra víctima: Polonia; y Rusia, temerosa de quedar aislada y no queriendo ser ninguneada de nuevo por Chamberlain, con un gélido realismo, le dio luz verde a Alemania. Otros seis meses después, la propia Gran Bretaña estaba en peligro, y ese peligro se incrementó hasta tomar el nombre de Dunquerque. Así, dos años después de Múnich, solo Winston Churchill y los héroes de la Reales Fuerzas Aéreas impidieron que Gran Bretaña corriera la misma suerte que Checoslovaquia. Pasó otro año

7. Walter Runciman (1870-1949). Político liberal británico que ocupó diversos cargos en el Parlamento y en la Administración. Su primera actuación destacada fue la firma, en 1933, del llamado Pacto Roca-Runciman con el Gobierno argentino, que supuso la rúbrica de toda una serie de compromisos (obligación de venta de carne a Gran Bretaña a precio menor al de otros proveedores, exención de aranceles a la importación de productos británicos, establecimiento de un Banco Central bajo control de funcionarios británicos, monopolio británico sobre los medios de transporte del país...) que implicaban la imposición de condiciones neocoloniales a Argentina y que llevaron, en no poca medida, al país a la ruina. Su otra intervención fue como negociador, a petición de Chamberlain, de los acuerdos de Múnich de 1938.

y ahora fue la misma URSS la que fue presa del vampiro, y sus ejércitos retrocedieron ante el monstruo implacable, hasta que el milagro de Moscú detuvo su devorador avance. Así pues, en este momento Múnich se ha convertido en sinónimo de ridículo, no solo por el autoengaño del apaciguamiento, sino también por la complacencia intelectual que había superado la ignorancia sobre Alemania con una no menor ignorancia completa sobre la URSS.

IV

Vuelvo ahora a Estados Unidos. Múnich los había puesto a salvo del apaciguamiento. Pero ¿qué ocurría con Rusia? ¿Está el Departamento de Estado a salvo de las falacias que privaron a Gran Bretaña del aliado que necesitaba, hasta que Hitler casi ha conseguido acabar con los dos por separado? ¿Ha probado Washington a estar mejor informado sobre la capacidad de resistencia rusa de lo que lo estaba Londres? ¿O no se han mostrado tan mal informados sobre Rusia como lo estaba Chamberlain en los días del apogeo de Múnich? Sin embargo, y esto debe afirmarse categóricamente, los peligros derivados de un error respecto de la URSS son todavía mayores, si eso es posible, hoy que hace cuatro años, aunque puedan adoptar *una forma bastante diferente*. La URSS, que fue lanzada por la diplomacia británica a la cooperación con Hitler, podría ser incitada por el Departamento de Estado hacia una orientación tan desesperada como aquella.

Sin rodeos, decir que el único objetivo de la URSS en el futuro es la «revolución mundial» es indiscutiblemente falso. Pero también lo sería la afirmación contraria de que se habría convertido en una potencia psicológicamente incapaz de utilizar el instrumento de la revolución. La simple verdad es que, en última instancia, forjará, como el resto de países, su política de acuerdo con sus intereses y circunstancias. Esto es por lo que la política coherente del Departamento de Estado sobre Rusia, al menos la que le resulta visible a un observador externo, solo aguanta la comparación

con la aventura del Pacto de las Cuatro Potencias de Chamberlain y Simon.

Tras la puesta en marcha de los planes quinquenales en 1929, era evidente que la URSS se estaba centrando en sus propios asuntos. De ahí la escisión trotskista que se basó, precisamente, en la cuestión de la «revolución mundial». Una Rusia que ha comprometido sus recursos en una tarea de industrialización a largo plazo no puede permitirse mantener una política exterior revolucionaria. Tras el ascenso de Hitler, en 1933, se sintió amenazada por un poder que era claramente revolucionario, y cuya economía mejoraba con la guerra, mientras que la propia se veía amenazada por esta. Acto seguido, se volvió resueltamente hacia una política de paz. Su disciplina en los años de los frentes populares, especialmente en la prueba decisiva de España, así como en el campo de la seguridad colectiva y de las sanciones, probó que estaba siguiendo una línea constructiva incluso frente a constantes decepciones. En efecto, en los años previos a Múnich ningún país intentó más denodadamente reforzar la Sociedad de Naciones y los mecanismos internacionales de mantenimiento de la paz que la URSS. Que sus incesantes solicitudes fueran rechazadas como insinceras por los fanáticos de la idea del Pacto de las Cuatro Potencias no tendría mayor importancia. Es cierto que después de unirse a Hitler en el otoño de 1939[8] abrió las compuertas de la guerra, e incluso atacó Finlandia. Pero esto, debería recalcarse, *ocurrió después de Múnich*.

Pero, Múnich o no, lo que finalmente probó el episodio entre Stalin y Hitler fue que la revolución rusa había superado la fase de efervescencia revolucionaria. Probaba, precisamente, que la URSS estaba ahora dispuesta a subordinar todos y cada uno de sus planteamientos al supremo interés de la seguridad y la estabilidad; que como alternativa al aislamiento prefería situarse junto a su peor enemigo ideológico. Los intereses del Estado ruso de ciento ochenta millones de habitantes, no los del partido bolchevique, que son solo una pequeña fracción, hicieron girar el timón hacia Berlín cuando Londres y París se negaron tercamente a aceptar su ayuda.

8. En realidad, el Pacto Ribbentrop-Mólotov se firmó el 23 de agosto de 1939.

Así, el tratado con Hitler y la guerra de Finlandia, actos de una política pura de poder, sitúan en primer plano nuestro argumento: si se aísla a Rusia, esta seguirá la línea política que considere necesaria, le guste esa política o no. Hay abundantes pruebas de que quiere evitar ser forzada a una línea de «revolución mundial». Pero el breve tratado Hitler-Stalin reveló que no dudará en ceñirse a cualquier escenario, por desesperado que resulte, si no se le deja alternativa. Tratar de aislar a la URSS, rechazar cooperar con ella, insinuar que es el enemigo significa, sencillamente, forzarla contra su voluntad a una estrategia de «revolución mundial», se opone a toda razón y sentido común, supone una proeza solo comparable al rotundo error de Chamberlain.

Obligar a la URSS a volver a consignas revolucionarias hace tiempo desechadas sería una auténtica catástrofe. Y, a pesar de ello, la presión sobre ella puede ser abrumadora si el Departamento de Estado persiste en una política que, en buena lógica, no puede tener otro resultado.

La tentación para Rusia puede estar en el liderazgo que ganaría casi sin esfuerzo. Sus parientes eslavos del centro y el este de Europa, y son numerosos, seguirían su ejemplo. Las minorías sociales oprimidas en esa región de desesperanzados asentamientos entremezclados la mirarían como su liberadora de las opresiones nacionales. La nebulosa fórmula de la revolución agitaría el natural deseo de revancha y lo convertiría en una pasión ciega que avivaría las llamas de un justificado malestar campesino hasta convertirlo en un incendio devastador.

Y, no obstante, podría esperarse con toda la razón que Rusia solo se inclinara por esa vía de extremismo como una política desesperada, una desesperación que no se debería tanto a su propia existencia, sino, más bien, al futuro de sus relaciones con las democracias occidentales. ¿Qué irritaría más a los líderes soviéticos que encontrar a los estadounidenses, *después* de Manchuria, Etiopía, España y Múnich, empeñados obstinadamente en políticas propuestas al mundo por Hitler hace ya una década? En estos diez años, Rusia ha cambiado desde el quemado esqueleto de una revolución a ser uno de los principales países industriales del mundo, de ser un centro de propaganda poco efectiva en última

instancia a convertirse en un bastión militar en el continente euroasiático. Porque no solo está manteniendo a raya a Hitler; su apoyo a Turquía libró a Suez de caer en manos de este tras la caída de Creta, y su apoyo a China impidió que Japón convirtiera su vasto imperio en una fortaleza inexpugnable desde la que controlar el Pacífico. Aparte de sus propios territorios que le quitó en sus fronteras Alemania en 1918, en ningún momento a lo largo de estos diez años ha mostrado el menor signo de querer expandir esas fronteras, y este es el carácter de este país autocontenido que, como Estados Unidos, no necesita más que paz para ser próspero. Y, sin embargo, tiene dos peligros formidables a los que hacer frente: el peligro nazi en Europa y el peligro japonés en el Pacífico. Su alianza con Gran Bretaña se encargaría del primero; pero el segundo tiene que tomarse muy en consideración. En realidad, si la lógica de la geografía ha vinculado alguna vez a dos vecinos en una armonía de intereses exteriores, es a las dos potencias continentales cuyas fronteras se juntan en las regiones polares del Pacífico, Estados Unidos y la URSS.

Rusia parece preocupada porque Estados Unidos debería comprender. Está solicitando su amistad. Está deseando ofrecer a Estados Unidos lo que, persistentemente pero en vano, ofreció a la Gran Bretaña de Chamberlain: su colaboración permanente.

A Washington, sin embargo, no parece importarle si la Carta del Atlántico[9] es interpretada o no como otro Pacto de las Cuatro Potencias, puesto que parece ignorar las obvias implicaciones de sus patentes actos, por acción o por omisión, respecto a Rusia. Estos son numerosos. Está la sorprendente ausencia de contactos sobre el tema del castigo a los criminales de guerra; el asombroso episodio de Otón de Habsburgo;[10] la ostensible ausencia de contactos

9. Se conoce como la Carta del Atlántico a una declaración firmada por Winston Churchill y Franklin D. Roosevelt a bordo de un barco de la Marina de EE. UU., «en algún lugar del Atlántico», el 14 de agosto de 1941. En ella se plantean una serie de puntos, a propósito del nuevo orden mundial, que habrá que establecer tras el fin de la guerra.
10. Otón de Habsburgo-Lorena (1912-2011). Probablemente Polanyi se refiera a la promesa que Otón consiguió de Winston Churchill, sin duda vinculada con la estrecha relación que mantuvo con Roosevelt en sus años de

con Rusia sobre el acuerdo con Darlan,[11] que manifestaba representar a Vichy, un gobierno hostil a Rusia; la exclusión de la URSS de las conferencias de los estados mayores aliados; el silencio sobre la sugerencia de Stalin a propósito de las bases para una cooperación permanente anglo-soviético-estadounidense. Y más, sin que aparezca ni una sola prueba convincente de lo contrario.

Los contactos ocasionales e incluso los intercambios materiales no suponen ninguna prueba. Eden visitó Moscú en 1934, y Francia fue tan lejos como para firmar un tratado de amistad con la URSS. Sin embargo, estos actos no supusieron una ruptura con las políticas del Pacto de las Cuatro Potencias de los gobiernos británico y francés. Tales contactos pueden significar mucho o poco de acuerdo con el esquema en el que se incluyan. Este esquema, por lo que respecta al Departamento de Estado, se parece mucho al que siguieron en su momento Chamberlain y Simon. Por supuesto, Washington aplaude los éxitos soviéticos contra los nazis, pero, por otro lado, transmite la impresión de querer tener con Rusia la menor relación posible.

No parece haberse buscado la cooperación con la URSS en un solo asunto de la posguerra; y sobre cierto número de cuestiones inevitables de la posguerra, ya está siendo engañada. Todo el mundo sabe que una vez se consiga la victoria, los intereses de la URSS tienen que incluir necesariamente condiciones en, y para, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Checoslovaquia, Rumanía, Bulgaria, Albania, Yugoslavia y Hungría, como mínimo. Todas las actas del Departamento de Estado publicadas indican que no se va a intentar un acuerdo con la URSS sobre ninguna

exilio durante la guerra, de la creación de una federación del Danubio que suponía la vuelta de los Habsburgo. La URSS se opuso radicalmente y el plan nunca se llevó a término.
11. François Darlan (1881-1942). Jefe de la Armada en 1939, se proclamó adepto al régimen colaboracionista de Vichy, llegando a ser su máximo dirigente. Cuando se produjo el desembarco aliado en el norte de África, Darlan llegó a un acuerdo para mantener el control de las tropas a condición de que cambiara de bando, cosa que hará, aunque afirmando estar bajo la autoridad de Pétain. Pocos días después fue asesinado por un joven soldado francés.

de estas cuestiones. Pero el destino del mundo puede depender de un grado razonable de cooperación entre Gran Bretaña, Estados Unidos y la URSS para construir el núcleo de un desarrollo en el que puedan sobrevivir las civilizaciones nacionales.

Después de estériles años de vergüenza y sufrimiento, el Pacto de las Cuatro Potencias, ese plan maestro de falso realismo, demostró ser un fuego fatuo. Hoy se puede pronosticar con absoluta certeza que cualquier política en Europa que ignore deliberadamente a la URSS llevará al caos y al desastre. Si el hitlerismo se va, otro orden tiene que llegar. Ningún poder del mundo puede restaurar el antiguo. Pero la URSS puede muy bien convertirse en una fuerza constructiva entre el barullo de pequeños pueblos de Europa central y oriental; puede probar a ser lo suficientemente madura como para conservar lo que valga la pena conservar (lo que, en opinión del autor de este artículo, es mucho). Por otro lado, bajo presión puede volver a las rabiosas fiebres de sus inicios. ¿Por qué hacer que se vuelva loca?

¿CAPITALISMO UNIVERSAL O PLANIFICACIÓN REGIONAL?[1]

I

De todos los grandes cambios de los que nuestra generación ha sido testigo, ninguno ha mostrado ser tan decisivo como aquel que está transformando la organización de la vida internacional. Tras la rutina de la política del poder, que o sirve a las ideologías o, más a menudo, se sirve de las ideologías, podemos vislumbrar políticas amplias y significativas que pueden, aunque sea accidentalmente, satisfacer las profundamente enraizadas aspiraciones del individuo común. Es probable que las oportunidades del socialismo democrático (que mucha gente, incluso recientemente, consideraría

1. «Universal capitalism or regional planning?», *The Londres Quarterly of World Affairs*, vol. 10, n.º 3, enero de 1945, pp. 86-91. Existe traducción previa al castellano en Karl Polanyi, *Textos escogidos*, *op. cit.*, pp. 273-282. Está recogido en KPA: Con_18_Fol_28. Aquí se reproducen hasta cinco ejemplares del artículo. A partir del tercero encontramos toda una serie de modificaciones, eliminaciones y cambios en general que parecen sugerir el aprovechamiento de algunos argumentos presentes en este artículo para la elaboración de otro más corto que se titula «Foreign economy and foreign policy». Un par de borradores de este artículo se incluyen al final de la carpeta.

nulas) hayan aumentado considerablemente, aunque por vías inesperadas. Pero sea el que sea el destino de los asuntos nacionales, el sistema político del mundo en su conjunto ha alcanzado, sin duda, un punto de inflexión y, a consecuencia de ello, Gran Bretaña se encuentra en este momento en una encrucijada. El acontecimiento está todavía muy próximo y es demasiado vasto como para ser claramente discernible, pero cuanto antes seamos conscientes de él, mejor será.

Uno llega a darse cuenta de esto cuando se hace el intento de describir con mayor precisión las tendencias subyacentes a las políticas exteriores de Gran Bretaña, Rusia y Estados Unidos; porque aquí se hace evidente que el modelo tradicional no es suficiente. Lo que está en cuestión entre las potencias no es tanto su lugar en un modelo de poder dado, *como el modelo mismo*. Hablando en general, Estados Unidos encajaría en un modelo, el de la sociedad del siglo XIX, mientras que otros poderes, incluida la propia Gran Bretaña, pertenecen a otro que está en fase de transición a una nueva forma. Cada lado favorecerá, o por lo menos debería razonablemente hacerlo, el modelo que tienda a mantener seguro su lado del equilibrio. Obviamente, es de la mayor importancia leer correctamente el significado de estos modelos.

El acontecimiento fundamental de nuestra época es la caída simultánea del capitalismo liberal, el socialismo de la revolución mundial y la dominación racial, las tres formas competitivas de las sociedades universalistas. Su súbita desaparición fue seguida por cambios drásticos y desconocidos en los asuntos humanos y por el inicio de una nueva era en la política internacional. El socialismo de la revolución mundial fue vencido por el socialismo «regional» con los sufrimientos y glorias de los planes quinquenales, las tribulaciones de los procesos y el triunfo de Stalingrado; el capitalismo liberal llegó a su final con la caída del patrón oro, que trajo consigo millones de desempleados y una miseria social sin precedentes; el principio de dominación de Hitler ha sido destruido en un campo de batalla tan extenso como el planeta que él intentaba conquistar; y de esta gran mutación han surgido distintas formas con una existencia intrínsecamente limitada, nuevas formas de socialismo, de capitalismo, de economías planificadas o semiplanificadas, que son cada una de ellas, por su propia naturaleza, *regionales*.

Este proceso fue una réplica casi exacta del establecimiento del sistema europeo estatal hacia finales del siglo XV. En ambos casos, el cambio brota del hundimiento de la sociedad universal de la época. En la Edad Media, esa sociedad era fundamentalmente religiosa, mientras que en nuestra época era económica. Es obvio que la ruptura del sistema decimonónico de la economía mundial produjo inevitablemente la aparición inmediata de unidades económicas de extensión limitada. En términos del patrón oro, el verdadero símbolo de la economía universalista, esto es autoevidente desde que su desaparición forzó a todos los países a ocuparse de su propia «economía exterior», la cual, previamente, «se arreglaba por sí misma».[2] Nuevos organismos tienen que ser desarrollados, nuevas instituciones tienen que establecerse para hacer frente a la situación. Los pueblos del mundo están viviendo ahora bajo estas nuevas condiciones, que los obligan a desarrollar un nuevo modo de vida. Sus «economías exteriores» son asunto de los gobiernos; sus monedas son administradas; su comercio y sus préstamos exteriores están controlados. Sus instituciones internas pueden diferir enormemente, pero las instituciones con cuya ayuda lidian con sus «economías exteriores» son prácticamente idénticas. El nuevo modelo permanente de los asuntos mundiales es el de sistemas regionales que coexisten unos junto a otros.

Hay una notable excepción. Estados Unidos se ha mantenido como la patria del capitalismo liberal y es lo suficientemente poderoso como para continuar solo la utópica línea política implicada en esta funesta excepcionalidad; una línea utópica ya que, en última instancia, el intento de restaurar el orden mundial anterior a 1914, junto con su patrón oro y sus diversas soberanías, es intrínsecamente imposible. Pero Estados Unidos no tiene alternativa. Los estadounidenses identifican casi unánimemente su estilo de vida con la empresa privada y con la competencia en los negocios, aunque no completamente con el *laissez-faire* clásico. Esto es lo que significa para ellos la democracia, tanto para los ricos como para los pobres, incluyendo ahí también la igualdad

2. Por «economía exterior» entendemos, simplemente, el movimiento de bienes, préstamos y pagos a través de las fronteras de un país.

social para la gran mayoría de la población. La gran depresión de principios de los años treinta dejó intacta esta consideración y solo atenuó el halo de adulación que rodeaba a la economía del *laissez-faire*. Excepto para unos pocos socialistas, fundamentalmente del tipo de la revolución mundial, y quizá para un número algo mayor de fascistas conscientes, los grandes logros del capitalismo liberal se presentan a los estadounidenses como el hecho central en el ámbito de la sociedad organizada. La legislación laboral, los seguros sociales, las tarifas aduaneras, los sindicatos y los experimentos en los servicios públicos, incluso de la escala de la TVA,[3] han afectado a la posición del capitalismo liberal tan poco como lo pueden haber hecho derivas similares hacia el intervencionismo y el socialismo en Europa hasta 1914. El New Deal[4] bien podría ser el punto de partida de una solución independiente, estadounidense, del problema de una sociedad industrial, y una verdadera vía de salida al *impasse* social que destrozó la mayor parte de Europa. Sin embargo, ese momento todavía no ha llegado.

Con una oferta libre de tierras, trabajo no cualificado y papel moneda, funcionó en Estados Unidos una economía liberal, al menos hasta el período que se inició en 1890, sin que se produjeran los letales peligros para el tejido social, las personas y el suelo que resultan, por otro lado, inseparables de un capitalismo autorregulado. Esto es por lo que los estadounidenses todavía creen en un estilo de vida que ya no es defendido por la gente común del resto del mundo, pero que, no obstante, implica una universalidad que compromete a aquellos que creen en ella a reconquistar el mundo

3. La Tennessee Valley Authority, Autoridad del Valle del Tennessee, es una gran corporación pública dedicada fundamentalmente a la generación de energía eléctrica. Fue creada en 1933 en el marco de las medidas públicas destinadas a intentar superar la grave crisis económica producida tras el crac bursátil de 1929.
4. Recordemos que se conoce como New Deal a todo un conjunto de políticas que se pusieron en marcha en Estados Unidos para tratar de hacer frente a las consecuencias de la gran crisis de 1929. Tenían un carácter fuertemente intervencionista, por lo que dichas políticas suponían una ruptura clara con las políticas liberales previas. Se llevaron a cabo bajo la presidencia de Franklin D. Roosevelt, tras acceder este al cargo en 1933.

en su nombre. Sobre el tema crucial de la economía externa, Estados Unidos representa todavía el siglo XIX.

Se sigue de ahí que, al menos potencialmente, Gran Bretaña y la Unión Soviética, junto con otros países, se ajustan a un modelo, y Estados Unidos a otro. La Commonwealth británica y la URSS forman parte de un nuevo sistema regional de potencias regionales, mientras que Estados Unidos insiste en una concepción universalista de los negocios mundiales que concuerda con su anticuada economía liberal. Pero los reaccionarios todavía confían en que no es demasiado tarde para que el sistema propio de economía exterior británico pueda modificarse de tal manera que se sitúe en línea con el de Estados Unidos. La verdadera cuestión hoy en día es esta.

II

Es de su compromiso con el regionalismo de donde Rusia extrae su propia fuerza. La victoria del estalinismo sobre el trotskismo significó un cambio en su política exterior desde un rígido universalismo, que descansaba sobre la esperanza de la revolución mundial, hacia un regionalismo que bordea el aislacionismo. De hecho, Trotski era la línea tradicional de la política revolucionaria, mientras que Stalin fue un osado innovador. Pero al negar estos hechos, los comunistas provocan una desesperanzada confusión y hacen innecesariamente difícil para nosotros el darnos cuenta de la llamativa novedad de la política de Stalin.

Para empezar, hay una actitud completamente nueva hacia los usos del cambio social. El victorioso imperio ruso da por garantizada su independencia y su interés primordial es la paz duradera. (Dicho esto, la URSS podría, mediante media docena de planes quinquenales, alcanzar los niveles estadounidenses de eficiencia industrial y nivel de vida, e incluso superarlos.) Como ha excluido soluciones universalistas según el modelo de la Sociedad de Naciones o la federación mundial, la paz depende simplemente de las políticas exteriores de sus vecinos. Los rusos están determinados a tener en sus fronteras occidentales solo a países amigos,

pero no tienen intención de extender sus fronteras de manera que incluyan a estos vecinos. Los nuevos cambios constitucionales están pensados para ayudar a Rusia en este esfuerzo, ya que permiten a sus vecinos más pequeños coordinar sus políticas con sus propios vecinos inmediatos en el interior de la URSS sin tener que llevar a cabo negociaciones con el coloso mismo. La URSS ofrece, pues, solidaridad eslava contra la agresión alemana, y asume que nada más que el interés de clase induciría a sus gobernantes a situarse con Alemania y contra ella. Por tanto, quiere destrozar la influencia política de la clase feudal y los «grandes» industriales en estos países, e intenta usar medios socioeconómicos para este propósito, pero solo para este propósito. En otras palabras, desea poner el radicalismo económico al servicio de fines políticos limitados. Estas reformas básicas, que propone por ejemplo en Polonia, no suponen revoluciones socialistas en el sentido usual, en el que el socialismo es un fin en sí mismo, sino simplemente levantamientos populares dirigidos a la destrucción del poder político de las clases feudales, mientras se evita cualquier transformación general del sistema de propiedad. Tales revoluciones son mucho más seguras que las tradicionales e ilimitadas revoluciones socialistas, las cuales podrían provocar, al menos en Europa oriental, una contrarrevolución fascista o podrían mantenerse solo con la ayuda de las bayonetas soviéticas, lo que Rusia no tiene intención de hacer.

Nada podría resultarle al revolucionario convencional menos atractivo. No es exagerado decir que no podría aceptarlo sin reservas mentales e incluso puede encontrar difícil el comprenderlo. Tradicionalmente, considera la acción política como un medio de conseguir fines socioeconómicos, y darle la vuelta a esta secuencia utilizando medios socioeconómicos, como la nacionalización o la reforma agraria, de cara a alcanzar objetivos políticos, le puede parecer casi antinatural. En efecto, los propios rusos rechazan, con razón, denominar a estos métodos como socialistas, pues están destinados simplemente a salvaguardar su propia seguridad. Por todo eso, pueden conseguir una transformación socialista democrática de manera más efectiva que cualquier cosa que hayan intentado alguna vez los socialistas de la revolución mundial.

El socialismo ha descendido así desde la estratosfera ideológica hasta la tierra. Nuestra generación ha aprendido cómo el pueblo se sitúa masivamente tras políticas orientadas a proteger a la comunidad de los peligros externos. Los rusos prometen a sus vecinos una existencia nacional segura a condición de que ellos mismos se libren de las clases irremediablemente reaccionarias, y es por este objetivo que sugieren expropiaciones y, eventualmente, confiscaciones. Nadie debería sorprenderse si tales métodos, impopulares en otros sitios, encontraran un fuerte apoyo en comunidades que ven en ellos medios para la seguridad nacional. Debería recordarse que una vez la Reforma empezó a suponer la secularización de la propiedad de la Iglesia, el escenario se desplazó rápidamente desde las celdas de los monasterios a las salas de consejos de los príncipes. De manera similar, el pueblo puede decidir con celeridad medidas socialistas que les proporcionen beneficios políticos.

Se sigue de ahí que es precisamente el carácter regional de este socialismo lo que asegura su éxito y le previene de convertirse en un mero preludio de ulteriores guerras y revoluciones. Estas serían necesariamente el resultado de intentar difundir el socialismo, en su propio beneficio, por los países vecinos. La socialización de este nuevo tipo no es, categóricamente, un artículo para la exportación. Es fundamento de la existencia nacional.

En Europa del Este, el regionalismo también es la cura para, al menos, tres enfermedades políticas endémicas: el nacionalismo intolerante, las pequeñas soberanías y la no cooperación económica. Las tres son subproductos inevitables de una economía de mercado en una región de asentamientos racialmente mixtos. El nacionalismo virulento del siglo XIX era desconocido fuera de los confines de esas economías, y su extensión geográfica hacia Europa central, Europa oriental y Asia coincidió con los territorios colocados bajo control de un sistema crediticio dominado por las clases medias autóctonas. En áreas multinacionales, como las cuencas del Vístula y del Danubio, esto desembocó en estados histéricamente chovinistas que, incapaces de poner orden en el caos político, simplemente infectaron a otros con su anarquía. Más aún, para sorpresa del librecambista utilitarista, con su ingenua perspectiva ligada a lo económico, las cuestiones raciales no resueltas

impedían un tranquilo funcionamiento de los mercados a través de las fronteras en disputa. Los bolcheviques descubrieron pronto que este tipo de nacionalismo era el resultado de la economía del siglo XIX en áreas multinacionales. De hecho, su experiencia, tanto dentro como fuera de sus fronteras, les enseñó que allá donde los métodos del mercado eran sustituidos por un comercio planificado, el chovinismo intratable perdía su perversidad, la soberanía nacional se convertía en menos maníaca y la cooperación económica se contemplaba de nuevo como ayuda mutua en lugar de ser temida como una amenaza a la prosperidad del Estado. En efecto, tan pronto como el sistema de crédito dejó de basarse en la «confianza» para hacerlo en la Administración, las finanzas, que gobiernan mediante el pánico, fueron destronadas y pudo recuperarse la cordura. Debe admitirse que cualquier tipo de regionalismo económico, sea socialista o no, cualquier planificación, sea democrática o no, puede tener un efecto similar en ese rompecabezas racial del Danubio, del Vístula, del Vardar y del Estrimón. Pero ha sucedido que la historia les ofreció una oportunidad a los rusos, los cuales, naturalmente, han tomado lo que se les ofrecía.

El regionalismo no es una panacea. Muchos problemas viejos, y quizá muchos nuevos, no cederán ante su tratamiento. Sin embargo, es un remedio para muchos de los males de Europa oriental: y esto explica la superioridad de las políticas rusas en esta región. Si la Carta del Atlántico nos compromete realmente a restaurar los mercados libres allá donde han desaparecido, podemos estar abriendo la puerta a la reintroducción de un nacionalismo enloquecido en regiones en las que ha desaparecido. No solo estaríamos importando desempleo y hambre en las regiones liberadas mediante la simple «liberación» de los mercados locales; estaríamos cargando nosotros mismos con la responsabilidad de lanzar de nuevo a los pueblos a la anarquía de la que, mediante sus propios esfuerzos, acaban de salir. Los partisanos del general Tito han prometido resolver con justicia el problema de los odios en los Balcanes, comenzando, sencillamente, por la asunción de un sistema no dirigido ya por el mercado y no dirigido ya por la clase media. Esta es la clave del milagro macedonio. Puede que mañana toda Europa anhele el remedio de los Balcanes y, entonces, se impondrá el regionalismo.

III

Parece claro, pues, que el capitalismo liberal no es hoy un tema básicamente nacional. En primer lugar y ante todo, es una cuestión de política exterior, puesto que es en el marco internacional donde han quedado rotos los métodos de la empresa privada, como queda demostrado por el fracaso del patrón oro; y es en ese marco que la adhesión a esos métodos constituye un obstáculo directo para una solución práctica. El capitalismo liberal está basado en una simple premisa: las compras y ventas en el exterior, el prestar y pedir prestado y el cambio de divisas se producen entre *individuos*, como si fueran miembros de uno y el mismo país. La «economía exterior» es, por tanto, un asunto entre personas privadas, y al mecanismo del mercado le es atribuido el poder casi milagroso de «equilibrar» las economías exteriores de todos los países *automáticamente*, esto es, sin intervención de sus gobiernos. Esta utópica concepción falló en la práctica, como tenía que ocurrir, y el patrón oro resultó destrozado por el desempleo que generó. De hecho, los nuevos métodos de «economía exterior» que han reemplazado al patrón oro son incomparablemente más efectivos para los propósitos de la cooperación internacional. Con su ayuda somos ahora capaces de resolver problemas que antes eran insolubles. Entre estos estarían la distribución de las materias primas, la estabilización de los precios e incluso el asegurar el pleno empleo en todos los países. Todos y cada uno de estos problemas eran una fuente permanente de anarquía en el sistema de mercado. Si hubiera sido posible que un sistema de mercado todavía más universal hubiera podido triunfar, después de todo, es algo que nunca podremos determinar, porque ello supondría la imposible tarea de reinstaurar con anterioridad el sistema de mercado a lo largo de todo el mundo. Pero a esta tarea, se ha autocomprometido Estados Unidos y puede que durante algún tiempo no se percate de que su intento está condenado al fracaso. La alternativa a la utopía reaccionaria de Wall Street es el deliberado desarrollo de nuevos organismos e instrumentos para el comercio, los préstamos y los pagos exteriores, lo que constituiría la esencia de una planificación regional.

Aquí reside la oportunidad de Gran Bretaña. La «economía exterior» tiene que ser, necesariamente, el pivote de las políticas de un imperio insular que depende de las importaciones para mantener un nivel de vida civilizado, y de la libre cooperación con los dominios de ultramar para la supervivencia de la Commonwealth. Ni el pleno empleo, ni una divisa flexible, ni las importaciones continuas son posibles para un país semejante sin una economía exterior planificada. Con su ayuda, sin embargo, Gran Bretaña sería capaz de recoger las enormes ventajas económicas y políticas de la nueva organización regional del mundo. Dio un paso decisivo en 1931, cuando abandonó el patrón oro, introdujo un embargo de capitales y volvió al papel moneda; otro paso se dio en Ottawa; y todavía otro se sitúa en el establecimiento de gobiernos nacionales como instituciones semipermanentes; y una avalancha de cambios incluso todavía más incisivos se produjeron durante la guerra. Gran Bretaña ya no es un país de libre comercio; no está en el patrón oro; en el interior ha interferido con la empresa privada de todas las maneras concebibles; es enteramente capaz de organizar el conjunto de su economía exterior sobre unas bases controladas, sea quien sea el que se encuentre eventualmente a cargo del control. Y todo esto ha ocurrido sin vulnerar ninguna de las libertades fundamentales o la libertad de influir sobre la opinión pública. De hecho, la opinión pública nunca ha tenido tanto poder sobre el Gobierno.

Lejos de haberse quedado encerrada en su vida nacional o frustrada en su existencia imperial al haber roto el tabú de la no interferencia con la industria, Gran Bretaña se ha vuelto más saludablemente unida con cada año que ha pasado desde que abandonó la atmósfera del capitalismo liberal, la libre competencia, el patrón oro y todos los demás nombres bajo los que se santifica a la sociedad de mercado. Nada le impide usar los nuevos métodos de la economía regional para abolir el desempleo, ajustar periódicamente las monedas, organizar importaciones masivas, dirigir sus inversiones exteriores, acordar trueques a gran escala, financiar las exportaciones de la industria pesada, establecer contratos de colaboración industrial a largo plazo con otros gobiernos y, así, el empleo interno y los niveles de vida con sus propias políticas comerciales, financieras y monetarias, de tal manera que se aseguren las ventajas que se derivan, en el

mundo moderno, de un sistema nacional establecido deliberadamente y gestionado con base en unos objetivos. Precisamente porque la economía exterior es más propensa al control, y lo necesita más, que el comercio interno, las islas británicas, a pesar de su rígida estructura de clases, tuvieron la buena suerte de estar por delante del joven continente americano en el proceso de ajuste a los requerimientos de la nueva economía.

Esta ventaja está ahora en peligro. La libertad que Gran Bretaña consiguió a tan alto precio en las críticas semanas de 1931, cuando sus bancos amenazaban con quebrar y fueron rescatados solo al precio del patrón oro, estaría en peligro por una asimétrica política de cooperación anglo-americana. En lugar de asegurar a Gran Bretaña las excepcionales ventajas de un regionalismo que le permitiría cooperar igualmente con la URSS y con Estados Unidos, una cooperación particularmente importante para tratar con sus subcontinentes, se le despojaría de los organismos del comercio exterior que necesita para su supervivencia. Se convertiría en un mero socio impotente de un sistema anticuado adaptado a la economía continental de EE. UU., y en el cual la economía exterior juega solo un pequeño papel. A cambio de este dudoso privilegio, se invita a Gran Bretaña a renunciar a la perspectiva de una estrecha colaboración industrial del continente europeo con la URSS, lo que le aseguraría libertad de acción, un aumento en el nivel de vida y la aventura de una paz constructiva en los tiempos venideros.

El gran símbolo del universalismo es el patrón oro. Puede objetarse que el patrón oro previo a 1914 no podrá ser reintroducido, y que difundir la alarma a propósito de la intención de Estados Unidos de restablecerlo es combatir contra molinos de viento. Pero esto es una bobada. El *antiguo* patrón oro está, por supuesto, muerto y enterrado; y nadie sueña con resucitarlo incluso aunque, hasta hace muy poco, los expertos de la Sociedad de Naciones declararon que era *la* condición de la prosperidad futura. Pero, desgraciadamente, lo que Estados Unidos está buscando no es una mera sombra o un nombre vacío, sino la sustancia del patrón oro; y esta, como la gente bien informada debería saber ya, no es otra cosa más que el equilibrio de la «economía exterior» mediante los movimientos automáticos del comercio, es decir, mediante el comercio

no dirigido de individuos y firmas privadas. La batalla por el patrón oro, que superficialmente parece ser una simple riña sobre tecnicismos financieros, es en realidad una batalla por y contra la planificación regional. Hubo una sombría ironía en algunas declaraciones rusas favorables a los planes estadounidenses de restaurar el patrón oro. Porque a Rusia, como no tiene comercio privado, la cuestión no le concierne. Es un mero espectador que podría estar divirtiéndose secretamente con las payasadas de Estados Unidos y Reino Unido, enredados en la tela del patrón oro.

Gran Bretaña tendrá, pues, que definir su política respecto del patrón oro, cualquiera que sea la forma que adopte. Organismos como AMGOT, UNRRA, UFEA[5] y otros son instrumentos, fundamentalmente estadounidenses, para restablecer los métodos del mercado en los países liberados. El hecho de que, dadas las condiciones de escasez, el uso de tales métodos tienda a producir hambre y desempleo no parece haber impresionado a algunos intérpretes de la Carta del Atlántico. Incluso la presunta predilección de estos organismos de ayuda y rehabilitación por monárquicos y clericales puede ser dudosa: lo que hace que se sitúen invariablemente del lado del *ancien régime*, y en contra de las fuerzas populares, no son tanto sus reaccionarios puntos de vista como su determinación de restaurar las prácticas del libre mercado, y a esta determinación se opondría necesariamente cualquier cuerpo representativo popular. Sería interesante observar las reacciones del inglés ordinario cuando comience a darse cuenta de que en el corazón de la política mundial hay una conspiración universalista orientada a hacer un mundo seguro0para el patrón oro.

Realmente, hay un grave peligro de que Gran Bretaña pierda su oportunidad. Una clase dominante industrialmente estancada está menos influida por consideraciones económicas que por las ventajas del nacimiento y la educación. Una cooperación incondicional

5. AMGOT: Allied Military Government of Occupied Territories (Gobierno Militar Aliado de los Territorios Ocupados); UNRRA: United Nations Relief and Rehabilitation Administration (Administración de las Naciones Unidas para el Auxilio y la Rehabilitación); UFEA: United Foreign Economy Administration (Administración Unida de la Economía Exterior).

con Rusia en el continente europeo, enormemente provechosa como propuesta de negocios, puede ocultar el peligro de un nuevo impulso igualitario que irradiaría esta vez de un continente que se habría convertido en sede de gobiernos populares bajo la influencia rusa. La URSS ya no sería temida como la madre de los sóviets; podría mostrarse ella misma como una auténtica hija de la Revolución francesa. La nube en el horizonte todavía no es más grande que la mano de una persona. Pero ¿qué pasaría si comenzara a crecer y, al final, en alguna grave crisis o en alguna gran aventura de progreso, aparecieran fuerzas frescas que fusionaran en una las dos naciones de Disraeli?[6] Semejante resultado es temido por aquellos que ven más en el pasado que en el futuro su derecho a gobernar. Se aferrarán a sus privilegios sociales a costa, incluso, de pérdidas financieras. Contrariamente al interés nacional, pueden intentar restaurar el capitalismo universal, en lugar de ponerse en marcha con audacia por los caminos de la planificación regional.

6. Benjamin Disraeli (1804-1881). Político conservador británico que ocupó en dos ocasiones el cargo de primer ministro. Acabó convirtiéndose en uno de los políticos británicos más importantes del siglo XIX. En su faceta como escritor destacó su novela política titulada *Sybil*, en la que refleja las enormes diferencias de clase entre unos pocos privilegiados y las grandes masas obreras. Esta situación queda plasmada nítidamente en el subtítulo de la novela: «Las dos naciones».

EL SOCIALISMO

LA CONTABILIDAD SOCIALISTA[1]

Observaciones preliminares

Capítulo I. El problema de la contabilidad socialista
- ¿Qué es la contabilidad?
- Preguntas sobre la contabilidad y los objetivos de la economía
- Economía socialista (productividad y justicia social)
- Visión general del problema (1.ª versión)

Análisis y crítica de los conceptos de productividad y de justicia social

1) La productividad

A. Análisis de la productividad

· Las tres condiciones del rendimiento. Productividad técnica (concepto real de productividad)

1. «Sozialistische rechnungslegung», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Separat-Abdruck, vol. 49, n.º 2, 1922, pp. 377-420. Prestigiosa revista alemana fundada por Werner Sombart, Max Weber —que publicó en ella, en dos partes, su famosa obra *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*— y Edgar Jaffé, junto con Joseph Schumpeter y Alfred Weber. Este número en concreto fue publicado por su último editor, Emil Lederer. La revista se fundó con ese título en 1904 y desapareció en 1933 cuando, tras la llegada de los nazis al poder, gran parte de sus miembros tuvo que abandonar el país. El texto puede leerse en KPA: Con_02_Fol_13.

· «Productividad social». Valoración social e individual de los bienes
· Concepto general de productividad técnica y «social»
B. Crítica de la productividad capitalista
· Límites de la productividad técnica y relativa
· Límites de la productividad «social»
· El contenido concreto de la exigencia de una productividad técnica y social
2) La justicia social
A. Análisis de la justicia social
· Distribución equitativa y orientación hacia una producción sin fines de lucro
· Concepto general de justicia social
B. Crítica de la distribución capitalista
· Contenido concreto de la propuesta de la exigencia de una distribución justa
· Resultados del análisis y de la crítica
- Visión general del problema (2.ª versión)
Elementos característicos de la economía socialista
1. «Costes naturales»
2. «Costes sociales»
A. Costes de la orientación hacia una producción sin fines de lucro
B. Coste de la distribución equitativa
- La visión final del problema (3.ª versión)
Las dos dificultades básicas de la solución
1. Imputación de los costes naturales y sociales de la producción (dificultad cualitativa)
2. El principio de coste en contabilidad (dificultad cuantitativa)
- Cifras de conciliación y cifras fijas
- Principio de coste y principio de valor
- Costes imputables y no imputables
- El problema de la dificultad cuantitativa (1.ª versión)
- Efectos legales en el capitalismo: efecto de la gestión y efecto de la intervención

- Versión funcional del problema: costes de gestión y coste de intervención (2.ª versión)

Capítulo II. Conceptos contables y mecanismo de la contabilidad socialista
1) *Un ejemplo de economía socialista de transición organizada funcionalmente*
- Las principales asociaciones: el municipio y la asociación de la producción
- Organizaciones de consumidores
- Las funciones de la justicia social
- La aparición del «salario justo» y del «precio justo»
- La distribución de los bienes productivos
a) Materias primas (precio social de las materias primas)
b) Otros bienes productivos
- Excedentes, rentas de la producción y total de inversiones
- Contabilidad de la asociación de la producción y del municipio
2) *Contabilidad de los costes de producción*
A. Formación de la cuenta «municipio»
a) costes sociales
b) costes cuasi sociales
B. Formación de la cuenta «asociación de la producción»
a) costes naturales
b) costes cuasi naturales
Resultados
1. El principio funcional de la imputación de los costes naturales y de los costes sociales
- La dificultad cualitativa resuelta
2. Tabla que muestra los efectos de la justicia social en los costes de producción
- Análisis de la tabla
- El principio funcional de la imputación de costes de gestión y de los costes de intervención

- La dificultad cuantitativa resuelta en sus dos formulaciones
El mecanismo de la contabilidad socialista
Resumen

Observaciones preliminares

La cuestión de la contabilidad se reconoce generalmente como el problema clave de la economía socialista. Aquí se discutirá un intento de solución.

Para anticipar ya desde el principio dos características de nuestra solución, creemos que puede citarse su simplicidad como una ventaja, pero también como su máxima desventaja —a ojos de muchos su defecto fundamental— el que, entre todos los sistemas socialistas, no puede aplicarse más que a aquel dotado de un sistema funcional de organización como pudiera ser el socialismo gremial. Las razones para esta limitación y sus consecuencias las dejaremos de lado por el momento. En cualquier caso, aquí no aportamos nada a la teoría de una economía sin mercados porque, en cierto sentido, el comprar y vender con base en precios negociados, y por tanto, si se quiere, también el mercado, es algo que existe en la economía del socialismo gremial. También admitimos abiertamente que consideramos imposible resolver el problema de la contabilidad en una economía administrada centralizada. Así pues, ofrecemos a los dogmáticos de la economía sin mercados, como los de la tendencia Kautsky-Neurath-Trotski, en principio tan pocas cosas nuevas como les ofrecemos a los dogmáticos de la economía pura de mercado. Sin embargo, tenemos la mayor confianza en poder dirigirnos y pedir su comprensión a las personas que actúan en pro del socialismo, y a aquellos teóricos socialistas más modernos (como Bauer, Cole, Lenin o Piatakov) para los que la oposición entre socialismo y capitalismo ya no se reduce al estereotipo de economía sin mercados frente a economía con mercados. Hoy en día, el capitalismo contemporáneo representa tan poco una economía libre de mercado,

como poco podemos imaginar una economía ampliamente desarrollada sin ningún tipo de intercambio. Las economías socialista y capitalista se diferencian en otras cosas.

Incluso a partir de estas breves observaciones preliminares podemos ser conscientes de que nos movemos en un terreno muy controvertido. Como en otros ámbitos de la economía, también en este apenas hay un concepto que no se discuta, solo que en este caso la discusión se lleva a cabo con una acritud mayor de la que encontramos en otros.

Es a esta circunstancia que nuestra exposición debe su tercera y muy desafortunada característica: la forma abstracta con la que fue investida. Esta le resultará particularmente incómoda a la persona práctica a la cual, como se ha dicho, nos hubiera gustado adherirnos. Además, ¡el esfuerzo lógico bastante considerable de nuestro trabajo de presentación es, por desgracia, desproporcionado en relación con la simplicidad de la solución ofrecida! Pero no sabíamos qué otra cosa hacer. En un campo en el que a cada paso el terreno está cubierto de las trampas de términos ambiguos y principios controvertidos, solo se puede proceder con extrema precaución. Sin embargo, puesto que además estamos, como se ha indicado, entre una escuela y otra, tanto más difícil era llevar sin vacilación nuestra empresa a buen término, pero también sin equívocos.

Si, en este momento, el sistema del socialismo funcional no fuera solo una idea predominantemente político-organizativa, sino que ya se hubiera convertido en un concepto económico, entonces podríamos, al menos en la medida en que nos apoyaríamos en este sistema, haber contando con una base teórico-económica. Pero, tal y como están las cosas, esta nueva teoría política y organizativa del socialismo ni siquiera dispone aún de una rudimentaria teoría económica. Nada más significativo a este respecto que el hecho de que en una misma exposición aparezcan determinados legalmente solo los salarios, mientras que en otras se presenten así definidos tanto los salarios como los precios. Sin embargo, tampoco existe una teoría económica en las otras tendencias socialistas. Si bien Marx ha creado una teoría de la economía capitalista, siempre evitó conscientemente trabajar sobre una teoría económica del socialismo. De esta manera, la única teoría de la que disponemos a

propósito de una economía sin mercados proviene de la teoría de la utilidad marginal, en la forma de la teoría de la economía cerrada. Por paradójica que le pueda resultar a alguien, una economía comunista administrada no podría apoyarse más que en esta escuela para establecer su propia teoría económica. El hecho de que no lo haga surge de la acertada percepción de que, si lo hiciera, esa aproximación solo podría tener resultados negativos en la práctica. *Sin embargo, la doctrina socialista de la economía capitalista no puede ser convertida, mediante alguna especie de inversión dialéctica, en una teoría de la economía socialista*. Ni la vieja escuela del socialismo ni tampoco la nueva disponen de una *teoría económica positiva*. Por supuesto, esto generó un inconveniente para nuestro análisis, ya que nos vimos obligados a considerar fundamentalmente de forma aislada los problemas sobre la contabilidad respecto de los problemas de la economía en general, lo que significa que estas cuestiones han de adoptar una formulación no solo muy abstracta, sino también desvinculada del resto del mundo.

En estrecha relación con esto mismo se sitúa la cuarta característica de nuestro trabajo: el carácter estrictamente formal de su método. Trataremos ahora de esclarecer brevemente la situación de la que surgió el recurso a un método de este tipo y los resultados concretos que nos han decidido en su favor.

De la ausencia de una teoría económica socialista positiva tenían que surgir, necesariamente, dos cuestiones metodológicas preliminares:

1. ¿Son nuestras ideas actuales sobre una economía socialista lo suficientemente claras como para plantear la cuestión de la contabilidad de dicha economía con la adecuada claridad? Como se verá más adelante, para nuestro problema es suficiente con conocer los objetivos y propósitos o, en una palabra, los principios de una economía socialista.
2. En ausencia de una economía socialista positiva, ¿se puede resolver el problema de la contabilidad socialista? Está claro que esto solo podría ocurrir si los problemas de la contabilidad fueran, en principio, independientes de los problemas económicos. ¿Qué hay de esta cuestión?

El hecho de la existencia de este principio de independencia queda demostrado por la relación entre contabilidad y teoría económica que encontramos en el capitalismo. El sistema de conceptos contables y el procedimiento contable, por ejemplo el de la doble contabilidad, son completamente independientes de consideraciones teórico-económicas de cualquier tipo. Desde una consideración histórica, este hecho aparece todavía más contundentemente. Apunta, casi, a la relación inversa de dependencia entre contabilidad y teoría económica: históricamente, la contabilidad no es una aplicación práctica de la teoría económica, sino que, por el contrario, es la teoría económica la que se ha desarrollado históricamente a través de la interpretación, el análisis y la sistematización de los conceptos de la contabilidad. La relación entre los *hechos económicos*, los *conceptos contables* y la *teoría económica* es, por lo tanto, la siguiente:

1. Los *hechos económicos* son fenómenos de primer orden.
2. Los *términos contables*, resultantes de la necesidad práctica de un estudio cuantitativo de los fenómenos de primer orden, son fenómenos de segundo orden.
3. La *teoría económica*, que históricamente se deriva principalmente de la interpretación de estos términos contables, es un fenómeno de tercer orden. Cuando Quesnay escribió los artículos «Fermiers» y «Grains» en la *Enciclopedia*, los elementos de la futura agricultura capitalista *ya* existían, pero la idea de capital *todavía no* existía. Lo que Quesnay «descubrió» fueron los términos contables de la nueva agricultura, tales como *avances primitives*, *avances annuelles* y *produit net*, términos contables que lo llevaron a la elaboración de su *Tableau économique*. Es bien sabido que será a través de la interpretación de este «cuadro» que se desarrollará la escuela fisiocrática y se creará de esta manera la primera teoría económica capitalista. A partir de aquí, esta teoría siguió siendo esencialmente una interpretación de estos conceptos contables y una investigación de sus interrelaciones, las cuales se encuentran en la base de la contabilidad de los hechos económicos capitalistas.

En algunos aspectos esenciales nos encontramos hoy en un estado similar, con respecto a los hechos económicos socialistas, al que se encontraban en ese momento los economistas respecto de la economía capitalista. Consideremos que nuestra economía está hoy en una fase de transición hacia el socialismo. En el terreno de las ideas esta transición está mucho más avanzada que la del feudalismo al capitalismo en el siglo XVIII en Francia, aunque en la práctica estaría más atrasada. Otra diferencia es que hoy nos enfrentamos a una teoría económica mucho más desarrollada y expandida, la capitalista, que la que tenían ante sí los fisiócratas, la llamada «escuela mercantilista». Sin embargo, esta dificultad puede ser superada eliminando esta economía contemporánea mediante la misma energía en la investigación de las nuevas ideas y de los nuevos hechos que desplegaron los economistas de aquella época. No obstante, su intento de crear una teoría del valor, basada en los hechos económicos de la agricultura francesa de la época, fue prematuro. Así que, cuando Quesnay «descubrió» la magnitud del valor, aún no sabía cómo interpretar las unidades de esa magnitud. Los terratenientes todavía recibían una renta capitalista junto con su renta feudal, pero de tal manera que era en parte en especies y en parte en dinero. De ahí las contradicciones de la teoría fisiocrática del valor, a pesar de la gran claridad de los fundamentales conceptos contables que había «descubierto». Pero si la primera produjo confusión, los segundos demostraron, de una vez por todas y sin ambigüedades, los elementos de la economía capitalista.

Así pues, por lo que respecta a la separación formal de la contabilidad y la teoría económica, no se trata tanto de una dificultad metodológica como de una dificultad de exposición. En todo caso, esto no debe subestimarse: se requiere un cierto grado de imparcialidad artificial para poder ser capaces de hacer abstracción de las múltiples interpretaciones teóricas que se han adherido a los términos que designan hechos elementales. Pero tampoco hay que sobrestimarlo: solo hay que tener en cuenta que toda ciencia examina básicamente fenómenos designados mediante términos que ella no ha creado, sino que, por el contrario, proceden del lenguaje ordinario común o, en el caso de estructuras de pensamiento más complicadas, han surgido en el marco de otras ciencias. Así, por

ejemplo, en el caso de la teoría económica, mediante los fenómenos que se denominan como esfuerzo laboral, valor de uso, utilidad, rareza, producción, distribución, dinero, precio, ingresos, salarios, bienes de consumo, medios de producción, alimentos, productividad técnica, efectos legales, etc., hemos enumerado casi todos los conceptos de la teoría económica que hemos utilizado aquí. Lo único que importa en este caso es vincular estas expresiones nada más que con la noción común a la que el profano acostumbra a asociarlas. El error, que consiste en sobrestimar estas dificultades de exposición (por ejemplo, con base en consideraciones fenomenológicas que se traducen en la eliminación de la diferencia entre los hechos y su interpretación), conduce fácilmente a una exagerada sutileza y meticulosidad en la técnica de definición y de deducción que puede, en la práctica, desembocar en una presentación totalmente oscura.

Por lo tanto, lo que debemos hacer es esforzarnos por mantener nuestras observaciones sobre la contabilidad socialista lo más separadas posible de los problemas de la teoría económica. Por supuesto, esto es imposible desde un punto de vista fáctico. *Formalmente, sin embargo, es posible, y debemos conseguir esta independencia formal de la contabilidad respecto de la teoría económica para que nuestro tema no se disuelva en un caos de controversias económico-teóricas y, por lo tanto, se convierta en irresoluble.*

Presentación abstracta, método formal y, como perspectiva, una solución que ni siquiera promete ser universalmente aplicable; suena todo ello bastante poco atractivo. Y lo que es más, como veremos de inmediato, tendremos que repetir muchas cosas que en este contexto ya han dicho otros a menudo, y mejor, antes que nosotros. En vista de todo ello, podemos concluir estas observaciones introductorias refiriéndonos sencillamente a la importancia del problema de la contabilidad para toda la teoría y la práctica del socialismo.

El capítulo I contiene la definición del problema, así como las principales dificultades para su solución.

El capítulo II ofrece la solución a la tarea que nos ocupa.

Capítulo I. El problema de la contabilidad socialista

La contabilidad es una perspectiva general cuantitativa de la economía. La economía capitalista, por ejemplo, gira en torno al beneficio, y su contabilidad tiene por objeto proporcionar una perspectiva general de la economía mediante la cual pueda deducirse la relación de cada elemento del capital con el beneficio. La economía de un ejército se limita a la consecución de fines militares mediante el gasto de dinero y bienes, y, en este contexto, su perspectiva general se convierte en un fin en sí mismo, por así decir: la posibilidad de control, la previsión de la distribución y el gasto y, posiblemente, el ahorro que de ello se deriva. No importa *el por qué* alguien se compromete en un acto económico, la perspectiva cuantitativa de la economía se obtiene generalmente por medio de la contabilidad.

Sin embargo, el modo y la forma en que se lograría esa perspectiva general es diferente para cada tipo de economía, porque lo que queremos extraer de esa perspectiva es diferente en cada caso. La tarea de todo sistema contable particular es por lo tanto, y en términos sencillos, la siguiente: la contabilidad tiene que ofrecernos una serie de respuestas cuantitativas a las preguntas que necesitamos hacernos sobre la actividad económica de que se trate. La naturaleza de estas preguntas determina la naturaleza de la contabilidad que deberá responder a ellas. La economía capitalista, por ejemplo, tiene como objetivo práctico el beneficio y, por esta razón, la tarea de su contabilidad es proporcionar una perspectiva general de la economía que muestre la relación cuantitativa de cada uno de sus elementos característicos (los diversos elementos del capital) con el requisito del beneficio. Así pues, cada particular forma de contabilidad no debe perder nunca de vista *qué* objetivos y propósitos prácticos tendría la economía en cuestión, pues de ellos se derivan estos asuntos. Pero que estos objetivos sean «teóricamente» correctos o erróneos, posibles o imposibles, morales o inmorales, contradictorios o coherentes debe seguir siendo irrelevante a efectos de la contabilidad. Lo que a esta le importa son los objetivos prácticos tal y como se le presentan a ella, y no su interpretación teórica.

Consideramos como *economía socialista* toda aquella economía que tenga como objetivo la realización de dos exigencias: 1) Con respecto a la producción, la exigencia de máxima productividad. 2) Con respecto a la distribución, la exigencia de justicia social.[2] Esta independencia formal del sistema de producción y del sistema de distribución la entendemos como la tercera característica de la economía socialista.

Esto plantea inmediatamente el *problema general* de la contabilidad socialista.

> *¿Cómo podemos obtener una perspectiva general de la economía que ponga de manifiesto, de forma cuantitativa, la relación de cada uno de sus elementos característicos con las exigencias de la productividad, por un lado, y con las exigencias de justicia social, por el otro? (1.ª versión)*

En este nivel de generalidad, la tarea no contiene más que incógnitas: ni el contenido de la exigencia de productividad, ni el contenido de la exigencia de justicia social nos son conocidos, y todavía menos la relación mutua entre estos dos contenidos. Pero, entonces, ¿cómo podemos establecer los elementos característicos de la economía socialista y determinar cuantitativamente su relación con la exigencia de productividad, por un lado, y con la exigencia de justicia social, por otro?

Para esto es necesario: 1) Definir el *contenido general* de los conceptos de productividad y de justicia social. 2) Indicar la función histórica que tienen estos conceptos en la situación actual y conferirles un *contenido concreto*, a fin de: 3) Encontrar finalmente un *principio* según el cual estos conceptos puedan separarse

2. El término utilizado por Polanyi es «das soziale recht», que literalmente podría traducirse al castellano como «derecho social». Aunque la expresión «derechos sociales» se ajustaría a la intención del autor, hemos preferido traducirlo por «justicia social», de acuerdo con la traducción que el mismo Polanyi nos proporciona en una breve lista de términos alemanes utilizados en el artículo, con su correspondiente propuesta de traducción al inglés. Véase la página 47 del ya mencionado KPA: Con_02_Fol_13.

fácilmente entre sí en los elementos característicos de la economía socialista y expresarlos cuantitativamente.

La deseada definición general resultará del *análisis* de estos términos; su contenido concreto, de la *crítica* histórica de su función en el capitalismo. El principio que determine el camino hacia la solución surgirá entonces por sí mismo mediante un simple examen.

Análisis y crítica de los conceptos de productividad y de justicia social

1. La productividad

A. Análisis de la productividad

La producción[3] es un proceso de trabajo, es decir, un proceso de lucha y de adaptación que sirve para satisfacer las necesidades materiales del ser humano. El rendimiento de los bienes obtenidos depende de condiciones muy diferentes: 1) Del *rendimiento* de la naturaleza. 2) Del esfuerzo y el alcance de la *carga de trabajo*.[4] 3) De los *medios de producción* utilizados,[5] así como de la forma en que se utilizan. Sin embargo, siendo tan diferentes entre sí como lo son estos factores, también lo es la importancia que tienen para nosotros: 1) La dependencia del rendimiento respecto a la *naturaleza* se mantiene relativamente constante para un lugar y un período dados y, por tanto, casi irrelevante en términos prácticos (es lo que se llama «productividad de la naturaleza»). Los otros dos factores dependen, más o menos, de los seres humanos y, en consecuencia, son de mayor importancia. No obstante, una diferencia esencial los distingue puesto que: 2) Somos libres, en la mayoría de los casos, de conseguir un mayor rendimiento por medio de

3. Nuestro concepto de «productividad de la producción» está estrechamente vinculado al ambiguo concepto de «fuerza productiva o productividad del trabajo». *(N. del A.)*
4. De nuevo, seguimos la sugerencia de Polanyi que propone como traducción de «arbeitsmühe» la expresión inglesa «burden of labour».
5. No en un sentido amplio, sino utilizado en el más restringido de «herramientas de producción». *(N. del A.)*

una mayor carga de trabajo, pero teniendo la sensación de no haber obtenido nada en términos prácticos (*extensión e intensidad del trabajo*). 3) La tercera condición del rendimiento es, pues, aquella sobre la que tenemos costumbre de centrar nuestra atención: la dependencia del rendimiento, manteniendo inalteradas la «productividad de la naturaleza» y la extensión e intensidad del trabajo, en relación con los *medios de producción* utilizados y con la manera de utilizarlos (*productividad técnica*).[6]

El objetivo de la productividad técnica es, así pues, incrementar al máximo la cantidad de bienes manteniendo al mismo tiempo el menor gasto posible de trabajo y recursos naturales; el medio para ello es la aplicación más completa de unos instrumentos de producción lo más perfectos posibles. *Este concepto de productividad es el que se encuentra en la base de la exigencia socialista de una productividad máxima*.

Otro *concepto de productividad* surge, sin embargo, cuando consideramos no el desarrollo del proceso de producción, sino el resultado, el producto. El hecho de que el producto creado sirva para satisfacer una necesidad, es decir, representar un bien, lo hemos dado por sentado anteriormente en la deducción del concepto de productividad técnica. Sin embargo, los bienes producidos no solo pueden evaluarse[7] desde el punto de vista del consumidor individual o del grupo de consumidores, como suele ser el caso, sino también desde la óptica de la sociedad. Pero es esta evaluación la que se sitúa en primer plano de la concepción socialista el mundo. Esta, a menudo, tendrá que evaluar el significado de los bienes de manera

6. El *modo de utilización*, considerado en sí mismo, da lugar aquí al concepto de «racionalidad de la producción», condicionada por la habilidad del trabajador, la organización del trabajo, el grado de centralización de la gestión, la concentración de la producción, la estandarización de los tipos, los procesos de ahorro de mano de obra y de materiales, el estado de la tecnología química y mecánica, etc., a los que se oponen la dependencia de los medios de producción aplicados, también considerados en sí mismos, como la *«productividad técnica» en el sentido más estricto de la palabra. Definimos siempre este término en un sentido amplio en el que se combinan los medios de producción y su utilización. (N. del A.)*
7. Usado en su sentido habitual, «considerarse». Polanyi quiere resaltar aquí que no utiliza el término en el sentido de atribuirle un valor económico.

muy diferente a como lo hace el individuo, o los individuos, por sí mismos. A igualdad en las otras condiciones, la sociedad considerará que el trabajo que produce bienes que tienen un mayor valor de uso desde el punto de vista social es el más productivo. A partir de esta consideración de los productos manufacturados desde el punto de vista de la utilidad social, tiene lugar la aparición del concepto de «productividad social»[8] de la producción.

En resumen: la productividad técnica apunta hacia un aumento máximo de los bienes con una mínima carga de trabajo; la «productividad social», por su parte, apunta a salvaguardar la mayor utilidad social de los productos obtenidos.

En esta concepción general, las productividades técnica y «social» siguen apareciendo como valores intemporales por los que toda economía debe esforzarse. Debemos preguntarnos: ¿cuál es su contenido concreto?, ¿qué las convierte en exigencias de la economía socialista?

B. Crítica de la productividad capitalista

El contenido concreto de estos conceptos, condicionado por su actual función histórica, resulta de la crítica socialista del sistema económico capitalista. La relación mutua entre productividad técnica y «social» también se hará evidente.

1. La *productividad técnica* en la economía capitalista queda por detrás del máximo teóricamente alcanzable: las *pequeñas empresas* y las *empresas individuales*, sobre todo en la industria, funcionan mermando la productividad; la competitividad impide la homogeneización de los tipos de producción, incluyendo los casos en que dicha homogeneización sería deseable; si, por otra parte, la competencia es eliminada por los cárteles, *trusts*, sindicatos y otras entidades monopolísticas privadas, esta forma de organización contribuye en parte al mantenimiento de empresas relativamente improductivas técnicamente y a la eliminación

8. Las expresiones «productividad social», «orientación social de la producción», «mayor utilidad social de la producción» o su orientación se utilizan a partir de ahora como sinónimos. *(N. del A.)*

de la competencia técnicamente más productiva; de la misma manera, todos los demás monopolios naturales, legales y coyunturales de la economía capitalista actúan también preservando modos de producción relativamente improductivos técnicamente y, por lo tanto, contribuyendo a una cantidad indeterminada de modos de producción técnicos inutilizados en el campo, por ejemplo, de la invención y la mejora, etc. (obstáculos a la *productividad técnica relativa*). Las dimensiones de la productividad técnica, es decir, la *productividad técnica absoluta*, también están por debajo del máximo teórico: las crisis económicas generales y privadas llevan a *parones* y *restricciones* de producción; la eliminación de la competencia por parte de los cárteles y de otras organizaciones vinculadas conduce a menudo a un *estancamiento* deliberado de la *expansión* de la producción; los gastos improductivos de la economía competitiva son considerables (publicidad, comerciales, agentes, embalajes, etc.).
2. Independientemente de la productividad técnica, la economía capitalista está sujeta a otras críticas que tienen que ver con la utilidad social de los bienes producidos, es decir, con la «productividad social» de los bienes producidos. El fundamento anárquico de este modo de producción excluye desde el principio cualquier garantía respecto de una orientación en el sentido de una utilidad superior de la producción de bienes. El sentido que el ser humano, como ser social consciente, otorga a los bienes, no tiene la más mínima influencia en comparación con el sentido que les atribuye en cuanto que individuo aislado. Por tanto, no existe ningún medio para comparar la *valoración social* de las mercancías frente a su *valoración individual en los casos particulares*. No son las necesidades más nobles e ilustradas las que dominan la producción, sino las más crudas y codiciosas. Y el conocimiento de este estado de cosas, no importa cómo de general sea, no puede modificar las cosas. La producción que se llevó a cabo con la exclusión de los valores más elevados actúa retroactivamente de manera desmoralizadora sobre las necesidades, y las engaña al despertar necesidades ilusorias y confundir el sano sentimiento de toda la secuencia de las necesidades naturales. La

producción agrícola e industrial de alimentos, la industria de la construcción y la vivienda, la industria del alcohol y todo el circuito entero de la producción de moda y de baratijas, así como otras áreas no menos importantes de la economía actual, muestran claramente la indiferencia orgánica del modo de producción capitalista ante las demandas de orientación de la producción hacia una mayor utilidad social. Por todas partes se crea, con un gasto significativo de trabajo, una cantidad significativa de valores de uso cuyo rango es mínimo desde un punto de vista social, cuando no acaban convirtiéndose en contravalores. Sin embargo, incluso cuando no se tiene en cuenta el objetivo inmediato de la producción, del producto, la economía capitalista no puede tomar en consideración la perspectiva de la utilidad social: la industria privada no puede, por su propia esencia, incluir las *repercusiones* del proceso de producción sobre la vida de la comunidad. La economía privada carece de órganos sensoriales susceptibles de establecer cómo deberían organizarse la salud, el ocio, la existencia espiritual y moral de los productores y de los que residen en los barrios próximos a las plantas de producción, cómo se promueve o se perjudica el bienestar general a través de tal o cual orientación de la producción o del modo de producción a través de sus efectos retroactivos. Y todavía menos puede promover conscientemente los *objetivos positivos* del bien común, como serían los objetivos espirituales, culturales y morales de la comunidad, en la medida en que su realización está condicionada por medios materiales. Finalmente, fracasará por completo allá donde los objetivos económicos coincidan con los *objetivos naturales de la humanidad*, como la ayuda y la paz internacionales.[9]

9. Véase para este párrafo, Rudolf Goldscheid: *Höherentwicklung und Menschenökonomie* (Mayor desarrollo y economía humana), cap. X, Werner Klinkhardt, Leipzig, 1911. Nuestra «productividad social», aunque denominada de igual manera, no es sin embargo idéntica a la de Goldscheid (p. 58). *(N. del A.)*

Esta crítica afecta a la producción capitalista independientemente de su productividad técnica: desde este punto de vista, incluso las industrias técnicamente muy productivas, como la del alcohol o la de las armas, pueden actuar en detrimento de los intereses generales de la comunidad, tanto más cuanto antes hayan alcanzado ese nivel.[10]

De esta doble crítica del modo de producción capitalista desde la perspectiva de la productividad, surge claramente la función histórica de estos conceptos como exigencias de la economía socialista y, por tanto, su contenido concreto:

1. *El contenido concreto de la exigencia de una productividad técnica máxima* se basa en la comprensión de sus límites concretos en el modo de producción capitalista. Los monopolios competitivos y privados van necesariamente acompañados de una cierta falta de planificación de la producción global, de una falta de uniformidad en la gestión y los métodos de producción. De la conciencia de estos límites se deriva también la exigencia de abolición del sistema fundamental de monopolio privado y competitivo, una exigencia que culmina forzosamente en un programa de abolición de la propiedad de los medios de producción.
2. En cuanto que exigencia, la «productividad social» de la producción recibe su contenido concreto a partir de la conciencia de los límites concretos de la utilidad social del modo de producción capitalista. Este es también, por supuesto, de utilidad social, de la misma manera que es productivo en un grado histórico sin precedentes; pero, por su propia naturaleza, no puede superar un cierto nivel de utilidad social. La economía orientada al beneficio se somete a la evaluación del consumidor aislado. La persona aislada, sin embargo, juzga casi sin excepción desde un punto de vista individual, y no con base en criterios sociales. *No es el aislamiento mutuo de los productores, sino más bien el*

10. Los términos «colectividad» (*gesamtheit*), «sociedad» (*gesellschaft*), «comunidad» (*gemeinschaft*) y «sociedad total» (*gesamtgesellschaft*) no son utilizados aquí como términos científicos y, por tanto, serían prácticamente sinónimos. *(N. del A.)*

aislamiento mutuo de los consumidores lo que supone un obstáculo para una mayor productividad. La valoración más alta, la social, dirigiría todo el proceso de producción, que se convertiría, por tanto, en un *medio para alcanzar los objetivos materiales e inmateriales de la comunidad*. Esta exigencia culminaría también en el programa de socialización de los medios de producción, pero no para producir bienes de una manera técnicamente más productiva, sino para crear bienes con una utilidad social más elevada.
3. *En esta forma concreta, desarrollada, la productividad técnica y la «social» prueban ser conceptos totalmente diferentes*. La primera está determinada por elementos *naturales*, cuya validez está limitada por el proceso *material* de producción; la segunda es un concepto *social*, cuyo alcance va más allá del objetivo material final de la producción, y está codeterminado por el elemento *inmaterial* de los objetivos supremos de la comunidad. Al igual que la distribución, la dirección de la producción en una economía socialista no proviene de un efecto secundario incontrolable del proceso de producción, sino que fluye directamente de la voluntad consciente de la comunidad.[11]

Resultado: para que el concepto de productividad tenga un significado claro, debe limitarse al concepto de productividad técnica.[12] La orientación de la producción hacia la utilidad social, la «productividad» social, no debe subsumirse bajo el concepto de «productividad». Pertenece a la categoría siguiente.

2. *La justicia social*

A. Análisis de la justicia social

En la sociedad socialista, los ideales del todo que se ha hecho consciente de sí mismo se encarnan y realizan mediante la justicia social. 1. El *reparto* de los esfuerzos y las cargas del *trabajo*, por una parte, y

11. Así, el concepto de «productividad» pertenece enteramente al ámbito de la producción, que es el único origen de sus motivaciones.
12. A partir de este momento, «productividad» y «productividad técnica» se usarán como sinónimos. *(N. del A.)*

la distribución de los *bienes* producidos, por otra, constituyen aquí el carácter social de la economía. 2. *La orientación de la producción*, en la medida en que está determinada por puntos de vista sociales más elevados, también pertenece al carácter social de una economía socialista. La distribución de las cargas y de los bienes, así como la orientación de la producción, son regulados por la justicia social.

B. Crítica de la distribución capitalista

El contenido concreto del concepto de distribución justa emerge una vez más de la crítica de la economía capitalista. Es de esta crítica de la que ha surgido históricamente el movimiento socialista. En la economía capitalista hay dos tipos de ingresos mediante los cuales se pone en marcha el proceso de distribución de bienes: los *ingresos procedentes del trabajo* (sueldos, salarios, tasas, parte de los beneficios empresariales, una parte de los ingresos de los artesanos autónomos, de los agricultores, de los comerciantes, etc.) y los *ingresos no provenientes del trabajo* (pensión, intereses, beneficios, beneficios especulativos, rentas monopolistas, la mayor parte de los beneficios del empresario, etc.). Pero incluso los ingresos provenientes del trabajo no están necesariamente determinados por el esfuerzo y la carga de trabajo, o por el rendimiento y la utilidad, sino que a menudo están determinados por monopolios económicos disfrutados por grupos sociales tradicionales o por individuos. Por lo tanto, la distribución de los bienes generados por estos ingresos es *injusta e irracional*. Sin embargo, esta misma distribución de los ingresos es fluctuante: las crisis, el desempleo, las enfermedades, etc., causan pérdidas de ingresos, lo que conduce a una tormentosa incertidumbre en la distribución de los bienes. Tampoco hay garantías de que todo el mundo obtenga unos ingresos y de que, por lo tanto, participe en los bienes. Por el contrario, es cuando uno depende más de ellos, como en el caso de enfermedad, embarazo, infancia y vejez, cuando permanece sin ingresos y, en consecuencia, sin suministro de bienes. Esta situación es contraria al *derecho* de todo miembro de la sociedad *a vivir*.[13]

13. Ya hemos mencionado con anterioridad en qué sentido la producción de bienes debería servir a una utilidad civil superior. La garantía de ese objetivo pertenece, sin duda, al contenido concreto de la justicia social. *(N. del A.)*

A esta crítica de la distribución capitalista de los bienes le corresponden las siguientes exigencias concretas de justicia social:

Distribución de la carga de trabajo según las capacidades y de los bienes según las necesidades (comunismo), o distribución de los bienes de acuerdo con el trabajo realizado, excepto en el ámbito de las necesidades básicas (colectivismo).

La *distribución* es, pues, la función principal de la justicia social. En el ámbito de la *producción,* su función se limita a garantizar la mayor utilidad social de esta.[14]

Conclusión: la justicia social debe entenderse como aquellos principios que rigen la orientación de la producción hacia la utilidad social, así como la distribución justa de los bienes en la sociedad socialista.

Así, habiendo identificado, mediante el análisis y la crítica, el contenido concreto de las exigencias de la productividad y de la justicia social, podemos ahora describir el *problema concreto* de la contabilidad socialista:

> *¿Cómo es posible obtener una visión de conjunto de la economía que muestre cuantitativamente la relación entre sus elementos característicos, por una parte desde el punto de vista de la multiplicación de los bienes y, por otra, desde el punto de vista de la mayor utilidad social de la producción y del reparto justo de los productos? (2.ª versión)*

Habiendo reducido de esta manera el problema a sus elementos económicos, podremos ahora responder a la pregunta de qué elementos debemos considerar como característicos de la economía socialista. Deben ser necesariamente aquellos comunes a los dos objetivos económicos mencionados. ¿Cuáles son estos elementos?

La respuesta surge de una simple reflexión: el proceso natural de la producción, determinado por el objetivo económico de la productividad, consiste en producir bienes por medio de la fuerza de trabajo y de recursos naturales[15] (materias primas, fuerzas naturales,

14. Desde una perspectiva económica, los motivos de ambas funciones de la justicia social emergen desde la esfera del *consumo. (N. del A.)*
15. En aras de la brevedad, a partir de aquí dejaremos de lado los recursos naturales y hablaremos únicamente de los sacrificios del esfuerzo laboral. Para una economía socialista en la que, por supuesto, la ley general de la determinación de los costes del tiempo medio de trabajo socialmente necesario no tiene vigencia, el sacrificio de recursos naturales que solo están disponibles en cantidades limitadas (como los suelos fértiles, bosques, extracción de minerales, minas de carbón, campos de petróleo, etc.) es de especial importancia. Sin embargo, esta distinción es irrelevante a efectos contables. *(N. del A.)*

etc.), se sufre el trabajo, se destruyen los bienes, se crean otros en su lugar: ese es el proceso natural de producción. Estos sacrificios de trabajo y recursos naturales que provoca el proceso constituyen los costes del bien producido. Dichos costes se los atribuimos a la *naturaleza*. Si este proceso natural se ve ahora afectado y modificado por la influencia de la justicia social, entonces la única cuestión pertinente, desde el punto de vista económico, será la del sacrificio suplementario de esfuerzo laboral y de recursos naturales causado por estos impactos, o de otra manera: ¿qué costes ha engendrado en el proceso de producción la *justicia social*? Con razón, atribuimos dichos costes a la acción consciente de la *sociedad*.

Entonces ¿qué tipo de costes son estos?

De los dos contenidos principales de la justicia social, la distribución justa y la orientación de la producción hacia la utilidad social, consideraremos en primer lugar el segundo:

1. El proceso natural de la producción se lleva a cabo, básicamente, a un coste mínimo: el problema técnico de la producción debería siempre considerarse resuelto solo cuando se reduce al mínimo la cantidad de sacrificios en mano de obra y recursos asociados a la producción del producto. Sin embargo, toda demanda mediante la cual la justicia social aborda la producción en nombre de los puntos de vista superiores de la utilidad social requiere más sacrificios en trabajo y en recursos de los que exige el aspecto propiamente técnico. Independientemente de si se trata de modificar la naturaleza de los propios productos manufacturados o solo su calidad o cantidad, si se trata de elegir una ubicación, un proceso de fabricación, una compra de materiales o cualquier otro aspecto del

proceso de producción, este requisito conlleva, en función del estado técnico y organizativo existente en la producción, unos costes adicionales que pueden atribuirse fácilmente a la orientación social de la producción, es decir, a la «sociedad».[16]

2. Pero ¿qué ocurre con el otro contenido principal de la justicia social, la *distribución justa*? ¿Acaso no le resultaría indiferente a la producción la manera concreta en que se distribuyeran los bienes producidos? Esta distribución tiene lugar al final del proceso de producción y, por tanto, no puede influir en este último ni generar costes. De esto parecería deducirse que solo la segunda función de la justicia social, mediante la cual se asegura la orientación social de la producción, es relevante para la contabilidad; su primera función, y la más general, mediante la que se garantiza el reparto justo de la carga de trabajo y de los bienes de consumo, del sufrimiento y de la alegría materiales no pertenecería al problema de la contabilidad, sino que debería ser considerada separadamente de ella.[17]

Sin embargo, eso es un error. Es cierto que desde el punto de vista de la sociedad en su conjunto no importa cómo se hayan repartido el trabajo y los bienes: la carga total de trabajo, el consumo total de bienes no se ven influidos por ello. Desde una perspectiva general, ni el reparto justo ni el reparto injusto de bienes suponen el menor coste. Y, sin embargo, la distribución de los bienes es de la mayor importancia desde el punto de vista contable.

¿Qué es lo que ocurre?

Pues que la contabilidad debe proporcionar una visión de conjunto y un control de cada parte de la economía, de cada empresa en particular y de cada parte del proceso de producción en cada empresa. Para cada parte de la economía, la manera en que se divide entre

16. El término «sociedad» se usará, de ahora en adelante, en el sentido indicado con anterioridad. *(N. del A.)*

17. La misma preocupación puede expresarse con respecto a la distribución de materias primas, que es uno de los principales medios para garantizar la orientación de la producción hacia la utilidad general. La respuesta que sigue también se aplicaría a esta preocupación. *(N. del A.)*

las partes la carga de trabajo y el disfrute de los bienes no es, sin embargo, indiferente. Por el contrario, las condiciones de producción en una empresa en concreto están determinadas únicamente por esto, en la medida en que no dependen de la productividad, sino de la justicia social. Una distribución justa según la edad, el sexo, el mérito, el estado civil y el número de hijos, las variaciones en la distribución en función de las variaciones en la consideración de lo que es necesario para alcanzar el principio de justicia, tiene un efecto diferente en cada empresa y en cada momento, dependiendo de la composición cambiante de sus efectivos y de sus miembros. *Es precisamente la distribución justa la que ocasiona un cambio constante en los costes de producción de cada empresa individual y en cada fase específica de producción, costes que deben separarse de los costes de producción naturales, lo cual constituye la principal tarea práctica de la contabilidad socialista.*

Los *costes* son, por lo tanto, el *elemento característico* de la economía socialista, y los que forman el objeto real de la contabilidad. La *productividad* y la *justicia social* son los objetivos hacia los que deben dirigirse estos elementos: «naturaleza» y «sociedad» son los dos factores que causan estos costes y a los cuales son imputables. Así como la economía del beneficio distingue los elementos rentables y los no rentables del capital, la economía socialista tiene que separar los sacrificios en trabajo y en recursos naturales que reclama la naturaleza de los que requiere la «sociedad». (Este resultado permite también restringir el problema de la contabilidad de la economía en su conjunto al problema de la contabilidad de la producción.)

Nuestro problema original adquiere su forma definitiva en la siguiente versión:

> *¿Cómo es posible obtener una visión de conjunto de la producción que ponga de manifiesto la relación cuantitativa entre los costes relacionados con la «naturaleza» y los costes vinculados a la «sociedad»? (3.ª versión)*

El camino hacia la solución parece, pues, expuesto conceptualmente. Sin embargo, ya antes de que podamos adentrarnos en él, dos dificultades nos bloquean el camino:

Las dos dificultades básicas de la solución

1. *Imputación de los costes naturales y sociales de la producción*[18] *(dificultad cualitativa)*
Ninguna parte del proceso económico natural puede revelarnos en qué medida está determinado por consideraciones respecto de la productividad técnica y en qué medida por aspectos sociales. Los efectos de la justicia social en una economía socialista transforman el completo proceso de producción hasta en sus elementos mas pequeños. Entonces, ¿cómo se puede rastrear el curso real de la producción hasta el hipotético proceso original, y cómo se pueden comparar los costes de este hipotético proceso original con los costes que atribuimos al efecto de la justicia social?
Denominaremos a esto la «dificultad cualitativa».

2. *El principio de coste en contabilidad*
Imputación de los «costes marco» y de los «costes de intervención» (dificultad cuantitativa)
La segunda dificultad surge de la tarea cuantitativa de la contabilidad. En la versión precedente, el problema de la contabilidad solo podía resolverse cuantitativamente si se asumía el principio de *sumabilidad de costes*: lo llamaremos «principio de costes en la contabilidad». Este establece que el montante cuantitativo de un bien, independientemente de la unidad en que se calcule, puede ser obtenido mediante suma de los costes cuantitativos de los bienes que lo constituyen (servicios, bienes materiales, recursos naturales). Un sistema de contabilidad cuyas sumas no pudieran ser expresadas en una sola y misma unidad no tendría sentido. Sin embargo, la economía socialista, tal y como la hemos definido en función de sus objetivos, no presupone en absoluto una economía puramente administrativa que fije unilateralmente los precios de todos los bienes (precios fijos), que luego pueden sumarse fácilmente, sino que también permite la posibilidad de acordar precios (precios acordados) para los bienes. Puesto que no queremos presuponer nada sobre la formación de los precios, debemos tener en cuenta aquí el caso teóricamente más general y, desde el punto de vista de la contabilidad, prácticamente más desfavorable. Por lo tanto, suponemos que en la economía, sobre la que queremos obtener una visión cuantitativa de conjunto, se pueden encontrar distintos tipos de formación de precios, desde la formación de precios en el mercado mediante el libre juego de la oferta y la demanda hasta los precios establecidos administrativamente. Queda por ver si tal supuesto es no solo teóricamente válido, sino siquiera prácticamente concebible. Rechazar la contabilidad de una situación económica de este tipo sería, en cualquier caso, imponerle a una economía socialista requisitos que no pueden deducirse fácilmente de sus dos objetivos principales, tal y como los hemos formulado anteriormente.

Sin embargo, aquí comienza la dificultad real, que queremos llamar «dificultad cuantitativa»; los precios fijos pueden afectar a los precios acordados al menos de dos maneras fundamentalmente diferentes, dependiendo de si esta acción tiene lugar en la dirección hacia delante del proceso de producción (hacia el producto), o en el sentido opuesto (hacia la materia prima). *Sin embargo, del principio de costes en contabilidad se deriva como consecuencia que solo pueden sumarse las cifras relativas a los costes surgidos de la tendencia hacia delante en el proceso productivo.*[19] Un precio fijo y todos los precios negociados que aparecen en su efecto hacia delante no pueden ser sumados a) ni al propio precio fijo, b) ni a los precios

18. Al igual que los problemas matemáticos, jurídicos o de teoría económica, también el problema de la asignación de costes en la contabilidad es un problema especial. La llamada «contabilidad de doble entrada» le ofrece una solución práctica a la contabilidad capitalista. Los resultados de esta asignación se consideran datos para la teoría económica. En las siguientes observaciones, la asignación de costes en la contabilidad socialista se convierte en el centro de nuestra cuestión. *(N. del A.)*

19. La causa de este fenómeno se remonta a los más profundos fundamentos de la teoría económica. Surge del carácter histórico de la economía, de la irreversibilidad del tiempo. Sin embargo, a efectos contables se aplica por las razones formales expuestas previamente, sin tener en cuenta las consideraciones de la teoría económica. *(N. del A.)*

negociados que aparecen en su efecto hacia atrás. *Así pues, solo los siguientes casos se adecúan al principio de costes en contabilidad: 1) Los precios fijos entre sí. 2) Los precios negociados entre ellos, que han aparecido como efecto hacia delante de un único precio fijo. 3) Los precios negociados surgidos como efectos hacia delante de un precio fijo y este mismo precio fijo. (Dificultad cuantitativa, 1.ª versión.)*

Cualquier consideración a gran escala en contabilidad tiene como material una enorme cantidad de cifras. Ninguna de estas cifras nos revela bajo qué influencias se produjeron. Incluso si fuéramos capaces, asumiendo un solo precio fijo, de asegurar que sus efectos incluían únicamente sumas permitidas, ¿qué tipo de perspectiva podría ofrecernos a través de unos cálculos que no serían comparables con ningún otro? Además, si aceptamos aunque solo sea un precio fijo, en lugar de un precio negociado, como consecuencia del efecto hacia delante del primer precio fijo, ello supondría un doble movimiento en la serie de los precios *acordados*, colocados entre dos precios fijos, todo lo cual convertiría al principio de costes en irrelevante.

Expresada de esta manera, la dificultad parece insuperable. No obstante, queremos intentar, sin recurrir a la teoría económica, darle al problema una versión diferente, generalizándolo y, al mismo tiempo, encontrando un ejemplo en la realidad. Realizamos esta *generalización* sobre la base de la consideración de que el precio fijo es solo uno de los casos del efecto de la ley sobre la economía en su conjunto; como *objeto concreto*, utilizaremos la economía capitalista en función del siguiente argumento: desde el punto de vista de la posibilidad de una contabilidad unificada para los diferentes tipos de grupos de costes, no existe una diferencia fundamental entre una economía de intercambio (precios acordados) en la que también pueden encontrarse efectos legales (precios fijos) y una economía socialista en la que, cambiando de posición las excepciones y las reglas, también puede haber tanto precios fijos por ley como elementos de intercambio con precios negociados. Por lo que se refiere a la contabilidad, en ambos casos la cuestión es la siguiente: ¿cómo es posible respetar el principio de costes a pesar de la doble consecuencia de los efectos de la legalidad (precios fijos)?

Incluso en la economía capitalista, tal y como hoy la conocemos, hay *dos tipos de efectos del derecho sobre la economía*, principalmente

efectos que no interfieren sobre el principio de costes, y efectos que lo niegan. El primer grupo incluye, por ejemplo, los *ordenamientos jurídicos* que dan lugar a los siguientes costes: los ocasionados por derechos de importación, establecimiento de un precio para las materias primas, como el mineral de hierro o el carbón, o los costes ocasionados como consecuencia del establecimiento legal de un monopolio sobre la tierra por la vía de la pura renta sobre esta, etc. (*marco económico*). El segundo grupo incluye todos los efectos de las injerencias en la libre determinación de los precios de las mercancías, fundamentalmente cualquier establecimiento administrativo del precio fijo de un producto final o de productos intermedios, como serían máquinas o textiles (*intervención en la economía*).

La razón de esta diferencia se hace todavía más evidente al analizar los diversos efectos que la fijación del precio de una materia prima y la fijación del precio de su producto tienen, respectivamente, sobre el precio del producto o de la materia prima: el precio fijo de la materia prima no anula el cálculo de los costes de su producto (efecto de marco); sin embargo, el precio fijo del producto anula el cálculo de los costes de su materia prima, es decir, el precio de la materia prima ya no dependerá de sus costes de producción, sino, por el contrario, del precio fijo de su producto (efecto de intervención). El mismo fenómeno puede ser rastreado no solo en relación a los precios fijos de dos bienes diferentes, sino también respecto del precio fijo de un solo bien, por ejemplo, un producto intermedio, en las dos direcciones de su efecto: hacia delante, en dirección al producto final, la intervención no suprime el cálculo de los costes de producción; hacia atrás, en dirección a la materia prima, invierte el principio de costes en su contrario, en la determinación del precio según el producto.[20]

20. De ello se deduce que cada precio fijo actúa simultáneamente como marco y como intervención. En el primer caso hacia delante, en el sentido de la evolución del proceso de producción; en el caso de la segunda, hacia atrás, en sentido contrario a la dirección del proceso de producción. Sin embargo, el hecho de que podamos ignorar el efecto de intervención de determinados precios fijos, y llamarlos simplemente «marcos», se debe a que sus repercusiones quedan prácticamente fuera del ámbito de la

Así pues, no es el carácter de la disposición jurídica en sí misma, ni siquiera la naturaleza o el objeto de su efecto en general, sino exclusivamente la función específica que dicho efecto tiene en el desarrollo del proceso de producción en un caso particular lo que determina si el efecto jurídico en cuestión debe entenderse como un marco o como una intervención. Es por la doble *función* de la incidencia del derecho por lo que la economía capitalista reacciona de dos maneras fundamentalmente diferentes: *toda intervención en la economía* (sea un precio fijo u otra) anula el principio de coste y, por lo tanto, el cálculo de los costes de producción; la existencia de un marco económico (sea un precio fijo u otro) no afecta en lo más mínimo al cálculo más preciso. *De ello se deduce que los costes marco se incluyen fácilmente en el principio de costes, mientras que los costes de intervención suprimen el principio de costes*.

Para respetar el principio del coste en la contabilidad de la economía socialista, debemos resolver la siguiente dificultad:

> *Tenemos que encontrar un principio mediante el cual puedan contabilizarse los costes marco y los costes de intervención, para poder excluir estos últimos del cálculo de costes. (Dificultad cuantitativa, 2.ª versión.)*

Los dos objetivos principales de cualquier economía socialista nos proporcionaron los dos conceptos básicos de la contabilidad

formación de los precios. Esto afecta, por ejemplo, a países extranjeros, como sería el caso de las tasas de importación; a la valoración de la tierra, como en el caso de las materias primas, que tienden también a ser importadas; o a la libre circulación de trabajo y tierra, como en el caso de los monopolios sobre la tierra. Desde una perspectiva más amplia, por lo tanto, este marco legal o coercitivo, como se tiende a denominarlo actualmente, también parece ser una intervención en la economía; por ejemplo, desde el punto de vista del comercio mundial, de la explotación de los recursos naturales o de las tierras comunes. No obstante, desde el punto de vista más limitado del entorno económico en cuestión, algunos efectos jurídicos pueden entenderse fácilmente en la práctica como un marco para la economía, y otros como intervenciones en la misma. Pero, teóricamente, como es bien sabido, una economía socialista deberá considerarse siempre como una economía cerrada. *(N. del A.)*

socialista: los costes naturales y los costes sociales. Los múltiples objetivos y finalidades secundarios que se derivan de estos dos objetivos principales deben darnos otros conceptos más amplios para la contabilidad socialista; solo con su ayuda podremos superar las dificultades mencionadas anteriormente.

De la distinción teórica de los conceptos a la separación práctica de los elementos de la realidad que les corresponden queda un largo camino. Pero cuanto más nos acerquemos a esta realidad, mayor será la posibilidad de encontrar en ella los elementos importantes de esta separación.

Para ello, asumiremos un tipo de sociedad socialista funcionalmente organizada.

Capítulo II. Conceptos contables y mecanismo de la contabilidad socialista

1) Un ejemplo de economía socialista de transición organizada funcionalmente

La justicia social en la comunidad se establece por los acuerdos entre la «comuna» y las «asociaciones de producción».[21] Se considera que la comuna es la propietaria de los medios de producción; sin embargo, el derecho directo de disposición no está asociado a

21. «Comuna» nos sirve como término general para comunidad política, colectivo local, Estado funcional de derecho, autoridad territorial democrática, poder de los consejos de los delegados obreros, Estado socialista, etc. «Asociación de producción» es también un término genérico para cooperativa productiva, gremio, fábrica autónoma, sociedades de negocio, taller social, economía autónoma, sindicato productor, sindicato industrial o asociación general de trabajadores, *One Great Union*, etc. Ahora bien, dado que la comuna, entendida en este sentido, también desempeña, desde este punto de vista, la función de una organización de consumidores, también mencionamos aquí expresamente, como segunda organización de consumidores, junto a la «comuna», a la «cooperativa de consumidores». De todas maneras, con la expresión «las dos asociaciones principales» queremos decir siempre: 1) la comuna, y 2) la asociación de producción. *(N. del A.)*

esta propiedad. Este corresponde a las asociaciones de producción, por las cuales debemos entender las asociaciones de una rama de la industria, basadas en el sistema de consejos,[22] que gestionan la rama de la industria en cuestión en nombre de la sociedad.[23] El sistema de representación democrática de los trabajadores en los talleres, en las oficinas y en las administraciones se convierte así en una asociación de producción tan pronto como asume la dirección y la gestión de una rama particular de la industria o de los servicios en nombre de la sociedad. Las asociaciones de producción individuales se agrupan para formar la asociación regional, y las asociaciones regionales lo hacen para formar el congreso de las asociaciones de producción, que representa a toda la producción. Este congreso es una agrupación funcional de toda la industria y de todas las ramas de servicios y administraciones, al igual que lo son las partes que los componen, y está en pie de igualdad con la otra principal asociación funcional de la sociedad, la comuna. La esfera de influencia de la comuna es más estrecha que la del Estado contemporáneo, aunque puede parecer más amplia debido a su diferenciación. La comuna no es solamente un órgano político, sino también el portador real de los objetivos superiores de la comunidad. Estas principales asociaciones funcionales tienen competencias en cuestiones legislativas y ejecutivas, cada una en su propio ámbito. El poder más alto de la sociedad, como se mencionó en un principio, queda plasmado en los acuerdos de estas principales asociaciones funcionales.[24]

Además de la asociación de la producción, la segunda asociación económica es la organización de consumidores. Que está

22. Comités de empresa, consejos de trabajadores, etc. *(N. del A.)*
23. Queremos recalcar aquí que la agricultura no constituye un problema distinto en cuanto a los problemas formales de la contabilidad. Otra cosa distinta es el caso en la teoría económica. *(N. del A.)*
24. Las representaciones funcionales (asociaciones) de una misma persona nunca pueden entrar en conflicto irresoluble entre sí; esta es la idea básica de toda forma constitucional funcional. Para el arbitraje de las contradicciones caso por caso, se prevén comités mixtos de la comuna y de la asociación de producción o una especie de tribunal constitucional supremo (órgano de coordinación) que, sin embargo, no tienen poder legislativo, sino solo un poder ejecutivo limitado (justicia, garantizar la seguridad, etc.). *(N. del A.)*

representada, en parte por la propia comuna en su función de representación de los consumidores, y en parte por las cooperativas de consumidores. La función específica de las distintas organizaciones de consumidores deriva de consideraciones prácticas: necesidades, por ejemplo, personales y familiares que normalmente no superan el ámbito local pertenecen al dominio de la cooperativa local de consumidores, que se concibe como la asociación de una comunidad creada mediante la justicia social; las necesidades locales comunes como el agua, el gas, la electricidad, el transporte local, etc., son asunto de los representantes de los consumidores a través de la comuna local que se divide en distintas representaciones funcionales, según se trate de necesidades culturales como escuelas, teatros, bibliotecas, etc., o de cuestiones técnico-económicas.

En todas las formas de asociación, la asociación territorialmente superior tiene la mayor autoridad ejecutiva, directiva y de decisión, tanto si se trata de la organización del trabajo mediante la asociación de producción como si se trata de la organización del consumo a través de las organizaciones de consumidores (órganos de representación y cooperativas). *La coordinación efectiva de estas funciones deberá ser asegurada, si es necesario, a escala nacional.*

La función fundamental de la justicia social en el sentido más amplio de la palabra es, por supuesto, aquella sobre la cual se construye esta forma de sociedad, sus organizaciones y las esferas de actividad y los modos de actuación de estas últimas. Es en este punto que la justicia se convierte en el concepto de «realidad social», cuyo contenido ideal expresa.

De estos principios fundamentales de la justicia social forman parte también las dos disposiciones que deben garantizar la distribución justa de los bienes en esta sociedad: las disposiciones mediante las cuales se crean los conceptos de «salario justo» y «precio justo».

1. El salario justo regulará los ingresos monetarios de cada miembro de la sociedad de acuerdo a consideraciones que son en principio idénticas. La segunda disposición, que incluye el precio justo, hace que la distribución de bienes se base en estos ingresos. La independencia de los ingresos y, por ende, de la distribución de los bienes, respecto de los procesos de

producción técnica y de distribución técnica, así como de los excedentes o de las pérdidas de unidades contables se convierten así en la disposición fundamental de la justicia social. El salario es, por lo tanto, la forma general del ingreso. El salario base se determina por acuerdo de las asociaciones principales.[25] Su gradación con base en la edad, el tipo de trabajo, etc., la realiza el congreso de las asociaciones de producción y sus componentes funcionales y territoriales, hasta los talleres, oficinas y comités locales.

2. El precio justo de los bienes, del que, por supuesto, depende la oferta real de bienes en la misma medida que los salarios, también se basa en la justicia social. Su importe se deja al acuerdo de las organizaciones de consumidores (representantes y cooperativas) con las asociaciones de producción. El excedente sobre el precio de coste mostrado por una unidad contable no puede convertirse nunca en un beneficio, porque nadie puede obtener ninguna ventaja personal de ese excedente. La determinación de todos los ingresos de la comunidad mediante la justicia social suprime la economía del beneficio y la rentabilidad en su misma base.

La *distribución*[26] *de los bienes de consumo* se deja, en principio, al acuerdo de las asociaciones de producción y las cooperativas de consumidores: por ejemplo, la asociación inmediatamente superior a la que pertenece una empresa se hace cargo a precio de coste de los productos de esa empresa particular o asociación de producción. El precio acordado con la organización de consumidores competente se considerará un precio justo. La diferencia entre el precio de coste y el precio justo se registra como excedente.

Los bienes de consumo se distribuyen de dos maneras diferentes, dependiendo del tipo de bienes de consumo de que se

25. La distinción entre «acuerdo de la comuna» y «acuerdo de las dos asociaciones principales» no es esencial para nuestra exposición. *(N. del A.)*
26. El término «distribución» no tiene nunca el significado secundario de distribución por vía administrativa, por oposición a la distribución mediante el mercado. No se trata aquí de un término técnico para la «economía de la distribución», sino del correlato habitual de «producción». *(N. del A.)*

trate: 1) *Algunas materias primas* están sujetas a la distribución social directa entre las distintas ramas de la producción, y otras están sujetas al consumo. Por tanto, la disposición de estas materias primas no corresponde al círculo de la asociación de producción de la que proceden, sino que más bien responde a un acuerdo de las asociaciones principales. A los precios establecidos para estas materias primas los llamamos «precios sociales de las materias primas». 2) La distribución de *otras materias primas* y de todos los bienes de producción en general (máquinas, herramientas, productos intermedios, materiales auxiliares, etc.) descansa sobre la asociación de producción de forma similar a la de los bienes de consumo y se realiza *básicamente de la misma manera*.

Los excedentes de cada una de las asociaciones de producción individuales (locales y regionales) dan lugar al excedente de la asociación regional, y los excedentes de las asociaciones regionales dan como resultado el excedente del congreso de las asociaciones de producción. La disposición de este excedente está sujeta al acuerdo de las dos principales asociaciones de la siguiente manera: el excedente se invierte en la producción una vez deducida la *renta de producción*. Esta renta es utilizada por la comuna para cubrir todos los gastos económicos y no económicos derivados de la justicia social en su sentido más amplio. Su reparto entre las distintas ramas de la industria, y hasta alcanzar a las empresas individuales, está asegurado por el congreso de asociaciones de producción y, gradualmente, a través de sus correspondientes componentes funcionales y territoriales. La forma en que se invierte la parte del excedente de producción que queda tras la deducción de la renta de producción estará sujeta, en la medida en que se refiere a la *orientación de la producción*, a la justicia social y, por tanto, quedará sujeta al acuerdo entre la asociación de producción y la comuna; el resto, en cuanto que aspecto *técnico-económico* de la inversión, estará sujeto completamente a la asociación de producción.

Si el superávit de una unidad de cuenta (por ejemplo, el de la asociación de producción inmediatamente superior antes mencionada, que es responsable de la distribución de los bienes de las empresas y de las asociaciones bajo su control) excede la cantidad

determinada por la asociación situada inmediatamente por encima de ella, se informará de ello a esta segunda asociación superior. En tal caso, esta asociación superior deberá intervenir para conciliar, si es necesario, la producción del bien con las necesidades. En caso de que el excedente de toda la rama industrial supere el nivel máximo permitido, el congreso de las asociaciones de producción deberá intervenir de manera similar y ajustar la producción de las distintas asociaciones. (Puede ocurrir, por supuesto, que, por ejemplo en el caso de los bienes de lujo, se renuncie deliberadamente a esta armonización para poder vender más baratos otros bienes.)

Esta función reguladora del excedente admisible solo opera en el marco de la justicia social. Como hemos visto, la suma total de los excedentes se reparte, en última instancia, entre *la renta de producción* y la *inversión*.

La contabilidad de la renta de producción se inscribe en el *balance de la comuna*; la contabilidad de las operaciones de la producción produce el *balance de la producción* (la contabilidad de las asociaciones de producción). Esta última se divide en: a) *costes de producción*, b) *excedente* y c) *inversión*.

2) Contabilidad de los costes de producción

Este tipo de contabilidad se elabora sobre dos balances, el balance de la asociación de producción y el balance de la comuna, que debe mantener cada unidad de producción. El primero incluye todos los costes en que incurre la asociación de producción como consecuencia del proceso de producción, como serían, por ejemplo, mano de obra, materias primas, materiales auxiliares, amortización de los medios de producción, degradación de los edificios, etc. Todos los costes generados en el proceso de producción por las órdenes de la comuna son cargados por la asociación de producción a la cuenta «comuna». Si tales costes han sido adscritos igualmente a la cuenta «asociación de producción», serán retirados de esta antes del cierre del balance y se transferirán a la cuenta «comuna».

La cuenta «asociación de producción» y la cuenta «comuna» se gestionan siempre por separado.

Examinemos ahora más de cerca la formación de estas dos cuentas:

A. Se inscribirán a cargo de la cuenta «comuna» los gastos derivados de las siguientes disposiciones de la comuna:

1. Distribución justa.
   a) Distribución de capital a los productores.
   b) Distribución de productos a precio de coste, por debajo del precio de coste o gratuitos a los productores o consumidores.
   Por ejemplo:
   a) Distribución de una prima extraordinaria a determinados miembros de la empresa o de apoyo a los miembros del ejército en combate.
   b) α. Distribución de leche a precio de coste para los lactantes del vecindario. β. Precios por debajo del precio de coste mediante un descuento de un porcentaje determinado o mediante el establecimiento de un precio máximo (*precio social al consumo*). Distribución gratuita de ropa interior a las mujeres encintas que pertenezcan a la fábrica de ropa interior, etc.: (*costes sociales*).
2. Orientación de la producción hacia la utilidad social.
   Los sobrecostes generados por disposiciones referidas a la elección del lugar de la producción, de la especialización, del tipo de producción, etc., tanto si se calcularon por adelantado como si se determinaron retrospectivamente (*costes cuasi sociales*).

B. Se inscribirán a cargo de la cuenta «asociación de producción»:

1. Todos los gastos de producción *causados* por la necesidad de herramientas de producción, edificios, energía y otros recursos naturales, así como por desastres naturales: *costes naturales*. Estos se cargarán también a la cuenta de la «asociación de producción» cuando sus importes hayan sido fijados en todo o en parte por la comuna, como sería particularmente el caso de:
2. Los salarios: *costes cuasi naturales, primer grupo*.
3. Los precios sociales de las materias primas, siempre y cuando hayan sido fijados: *costes cuasi naturales, segundo grupo*. Por

esta razón, los llamaremos *costes cuasi naturales de producción*. Constituyen la contrapartida de los *costes cuasi sociales* de las cuentas de la comuna expuestos en el apartado A.2, cuyo *montante ha sido ciertamente definido* por el proceso natural de producción, pero que han sido generados por una disposición de la comuna. Así pues, después de la imputación de todos los gastos a su cuenta correspondiente, se llega a la siguiente distribución:

- En la cuenta de la comuna, los costes *generados* a la asociación de producción por la comuna (*costes sociales*), incluso aunque estos costes pudieran aparecer previamente en la cuenta «asociación de producción» (*costes cuasi sociales*).
- En la cuenta «asociación de producción», los costes *generados* por el proceso natural (*costes naturales*), incluso aunque su *montante* haya sido definido por la comuna sola o en colaboración (*costes cuasi naturales*).

Haremos aquí una pausa.

Echemos un vistazo más de cerca a esta división en dos de los costes y sustituyamos en nuestro pensamiento la asociación de producción por «naturaleza», y comuna por «sociedad»: *¿en qué consistiría entonces la separación establecida más arriba entre la cuenta de la «asociación de producción» y la cuenta de la «comuna», sino en la distinción buscada entre los costes impuestos por la naturaleza y los costes impuestos por la sociedad?*

Preguntémonos ahora cómo hemos llegado a este resultado.

La *diferencia conceptual* entre los costes naturales y los costes sociales parece conducir de manera evidente a la *diferencia funcional* entre la comuna y la asociación de producción. ¿Por qué? Porque los dos objetivos económicos, la productividad y la justicia social, corresponden a motivaciones diversas que están aquí presentes en sujetos diferentes. Si estos dos motivos se dan unidos en un sujeto, como por ejemplo en el consejo político-económico supremo, estos serán tomados en consideración, pero solo el resultado de esta consideración aparecerá como el «motivo» de la voluntad económica. En este «motivo», los motivos originales parecen haber sido eliminados y ya no sería posible establecer cuál sería su parte de

imputación correspondiente a la voluntad económica. Por esta razón, la economía capitalista utiliza también a sujetos, aunque sean *sujetos ficticios*, como portadores de las diferentes cuentas. La contabilidad socialista tiene que buscar estas cuestiones en la *realidad social, asignando funciones separadas a la forma organizativa de expresión de los distintos motivos y elevándolos al rango de sujeto a través de la forma organizativa de expresión*. Así, la voluntad social consciente expresada a través de la comuna también requiere costes, igual que la tarea exigida por la asociación de producción exige costes: la *diferencia* esencial *entre sus motivos y las funciones* que se les asignan hace que percibamos los sacrificios requeridos para la realización de la voluntad de la comuna como sacrificios por el bien común, por la justicia, por finalidades y objetivos superiores, por nuestros ideales conscientes; todos ellos se realizan, por tanto, en nombre de la justicia social, por la *sociedad*, mientras que los costes, en términos de esfuerzo y sufrimiento en el trabajo, que surgen de las tareas que tiene a su cargo la asociación de producción son considerados como costes impuestos por las exigencias de la máxima productividad y, por tanto, por la *naturaleza* misma.

> *La separación funcional de las dos asociaciones principales conduce aquí, más allá de los diferentes motivos que forman su base organizativa, a la deseada imputación a la «naturaleza» y a la «sociedad» de los costes causados por sus respectivas voluntades.*

La *primera dificultad* para la solución práctica de nuestra tarea, que habíamos denominado como «*cualitativa*», quedaría así superada.

Pero ¿qué pasa con la *segunda*, la *dificultad cuantitativa*, a la que nos habíamos referido en el mismo punto? ¿Cómo podemos diferenciar, en los efectos de la justicia social, aquellos que no influyen en el principio de costes, es decir, en la capacidad de sumar costes parciales, y aquellos que niegan este principio? En otras palabras, ¿cómo se pueden separar los costes marco, que se incluyen fácilmente en el cálculo de costes, de los costes de intervención, que ignoran este cálculo, y cómo se pueden excluir estos últimos de dicho cálculo?

De repente, estas preguntas también encuentran ahora sus repuestas. La clave de la solución ya está contenida en lo anteriormente expuesto, y solo necesita ser recuperada desde allí.

Veamos: ¿qué efectos de la justicia social sobre la producción hemos atribuido a la cuenta de la «sociedad», y cuáles a la cuenta de la «naturaleza»?

Dejemos que la tabla siguiente nos sirva de resumen:

Tabla de los efectos de la justicia social en los costes de producción

1. ¿Qué objetivos están en el origen de los costes?	*2. Naturaleza de los costes*	*3. Cuenta*	*4. Denominación de la clase de costes*	*5. Naturaleza de su efecto*
1) Distribución justa	*1) Salarios* *2) Participaciones*	*Naturaleza* *Sociedad*	*Cuasi naturales* *Sociales*	*Marco* *intervención*
2) Orientación de la producción hacia la utilidad social	*3) Precios sociales de las materias primas* *4) Sobrecostes*	*Naturaleza* *Sociedad*	*Cuasi naturales* *Sociales*	*Marco* *Intervención*

Así pues, los salarios y los precios sociales de las materias primas se encuentran en la cuenta «naturaleza», dos grupos de costes con un efecto macro, es decir, que no afectan al principio de costes.

En la cuenta «sociedad» encontramos todas las asignaciones, a excepción de los salarios, que tienen por objeto garantizar una distribución justa mediante medidas puntuales, temporal o espacialmente diferentes, así como todos los sobrecostes (excluyendo los de los precios sociales de las materias primas), que tienen por objeto influir en la orientación de la producción hacia la utilidad social. Estos dos grupos de costes actúan como intervenciones en la economía, y anulan el principio de coste al afectar retroactivamente a los elementos precedentes de la serie de costes. *Como muestra nuestra tabla, estos dos grupos de costes son excluidos de los costes de fabricación mediante la cuenta «sociedad».*

¿Cuál es la razón de esta sencilla solución al problema de la separación de los costes marco y los costes de intervención?

La justicia social afecta también a la producción en parte como marco y en parte como intervención. Este efecto, a menudo disimulado en la economía capitalista tras instituciones legales anónimas, como el monopolio sobre la tierra, y tras regulaciones financieras, como impuestos o tasas, es aquí claramente evidente. Por ello, este efecto nunca lleva a la limitación del principio de coste: aquella parte de las disposiciones legales que afecta tanto al reparto justo como a la orientación hacia la utilidad social, y que funciona como marco, se limita a establecer el montante de los costes generados por la naturaleza, mientras que la parte de las disposiciones legales que representa una intervención es también aquella en la que los costes, habiendo sido generados por la sociedad, se excluyen de los costes y no pueden, por ello, afectar al principio de coste.

El que esta solución a la dificultad cuantitativa sea válida en su *segunda versión* se demuestra también por el hecho de que demuestra así mismo su validez para nuestra *primera versión* del problema del principio de coste en la contabilidad:

En la cuenta «naturaleza» se incluyen tanto: 1. Precios fijos sumados a precios fijos (como los salarios y los precios sociales de las materias primas); como 2. Precios negociados sumados a precios negociados, por ejemplo los precios de los bienes en general para la asociación de producción;[27] o, por fin, 3. Precios negociados sumados a precios fijos (como salarios y precios sociales de las materias primas) que se encuentran en el inicio del proceso de producción.

27. La fijación de los precios de estos bienes (precios sociales al consumo) revela, como es bien sabido, la cuenta «sociedad» por su desviación de los precios negociados, la cual elimina el efecto retroactivo de estos precios sobre la serie de costes que los precede (efecto de intervención). *Sin embargo, en cuanto que bienes de producción, estos bienes tendrían también precios negociados. (N. del A.)*

Por fin, la *relación interna* en la que se hallan las soluciones de la dificultad cualitativa y la dificultad cuantitativa, y que constituye la razón por la cual podemos ofrecer una solución unitaria, se desprende de la concepción de la formación de la cuenta «naturaleza» y de la cuenta «sociedad».

Los costes cuasi naturales de producción (salarios y precios sociales de las materias primas), que constituyen el *marco de la producción*, se añaden automáticamente a los demás costes naturales al calcular el precio de coste. Los costes de la justicia social que *representan una intervención en la producción* son, o bien registrados al principio en la cuenta «sociedad» (costes sociales), o bien extraídos posteriormente de la cuenta «naturaleza» y transferidos a la cuenta «sociedad» (costes cuasi sociales).

Así pues, tanto la imputación de los costes sociales y naturales como el propio principio de costes parecen estar garantizados.

El mecanismo de la contabilidad socialista se presenta ahora ante nosotros claramente:

> *Esta contabilidad nos ofrece, en la cuenta naturaleza, una fiel representación del curso natural de la producción, tal y como tiene lugar en el marco de la justicia social, y se limita a eliminar de este cuadro todas las intervenciones de la justicia social en la economía por medio de la cuenta sociedad.*

Resumen

Esto nos habría llevado al final de nuestra descripción del ejemplo de una economía socialista de transición.[28] Nos ha proporcionado el mecanismo de la contabilidad socialista que buscábamos, así

28. La descripción de la contabilidad referida a los excedentes, a la suma de inversiones, así como las cuentas de la comuna resultan superfluas porque no tienen ningún interés directo en nuestro asunto. Y ello porque no queremos discutir aquí las transiciones entre cada clase de costes (costes sociales hacia los costes naturales, etc.). *(N. del A.)*

como varios de los conceptos más importantes de dicha contabilidad socialista. Como ya habíamos dicho en las observaciones introductorias, somos conscientes de que esta solución no puede transferirse a un tipo de economía socialista que no sea la funcional. Por el contrario, toda la línea de reflexión de nuestra presentación pretendía mostrar la conexión fundamental entre la organización funcional de la sociedad y la posibilidad de una contabilidad de la economía socialista de una sociedad organizada sobre esas bases.

La solución que ofrecemos es la más sencilla: en esencia, se trata de un cálculo de los costes de producción que sucede al modelo históricamente existente hasta ahora, y cuya validez cuantitativa y cualitativa frente a las intervenciones de una política de precios y de producción, como exige la justicia social, está garantizada por el hecho de que los costes de esta intervención se eliminan de los costes de producción mediante un cálculo especial.

Los dos conceptos básicos de la contabilidad socialista con los que nos hemos encontrado son los costes naturales y los costes sociales. Son comparables por su importancia con el de *produit net* (plusvalía) en la economía capitalista. Toda teoría económica futura tendrá que tomarlos, de una forma u otra, como punto de partida. Derivan de los objetivos económicos del socialismo y, por lo tanto, se aplican a todas las formas concebibles de organización económica socialista. Su validez general puede excusar el que aquí resumamos brevemente el razonamiento mediante el cual hemos llegado a ellos. Tendremos igualmente ocasión de examinar más de cerca el significado real de los términos marco de la economía y de intervención en la economía, así como de aclarar la esencia de la diferencia entre la organización funcional y la organización administrativa centralizada de la sociedad desde el punto de vista de la contabilidad:

La máxima *productividad*, por un lado, y el imperio de la justicia social, tanto en la distribución de la carga de trabajo como en el disfrute de los bienes, por otro, son los dos objetivos económicos por los que lucha el socialismo. El análisis de estos objetivos muestra, sin embargo, que la versión precedente de los mismos solo tiene un significado claro si se asigna un contenido específico tanto al concepto de productividad como al de justicia social.

La productividad de la producción está determinada por un cociente en cuyo denominador está el esfuerzo de trabajo soportado y, en su numerador, la utilidad del bien creado. Esta utilidad (valor de uso) no puede ahora ser evaluada solo desde el punto de vista de la necesidad del consumidor aislado —como es norma en el intercambio mercantil de tipo capitalista—, sino que debe serlo también desde el punto de vista de la comunidad. Para la concepción socialista del mundo, es esta última evaluación la que se sitúa en primer plano. Estas dos evaluaciones no necesariamente coinciden. En la economía socialista, el concepto de productividad de la producción pierde su claridad original. Por lo tanto, para restablecerla, el concepto de producción debe definirse de tal manera que solo dé la medida de la productividad del proceso de producción respecto a un bien determinado de una utilidad determinada. La «productividad social», como hemos llamado a la dependencia de la productividad en relación con las diversas evaluaciones de la utilidad del bien producido, debe, por principio, excluirse del contenido del concepto de productividad. Este se reduce estrictamente, por tanto, al concepto de *productividad técnica*.

La función de la economía mediante la cual se define la «productividad social», tan esencial para la economía socialista, ha mostrado una sorprendente analogía con esa función que hemos llamado anteriormente «justicia social». La exigencia de «productividad social», de una orientación social de la producción, tiene que ver con la exigencia de una utilidad social superior de los bienes producidos. En esta exigencia no se expresa directamente el interés de un productor, sino el de un consumidor. Así desde un principio aparece su afinidad con los principios que rigen la distribución. Estos principios también expresan aquí una exigencia ideal, ya que la justicia social encarna exigencias ideales. La superior utilidad social de la orientación de la productividad, la «productividad social», aparece así junto con la exigencia de justicia en general como el contenido de la *justicia social*.

Los *redefinidos* conceptos de productividad y justicia social desembocan ahora *directamente* en los conceptos contables de costes naturales y sociales: los costes naturales representan los sacrificios que el proceso de producción material requiere según la naturaleza

de los trabajos de producción, pero los costes sociales representan los sacrificios adicionales que la voluntad social nos impone al querer garantizar una distribución justa para cada caso particular, y la utilidad social superior de la orientación de la producción.

La diferenciación cuantitativa de los grupos de costes, los naturales y los sociales, es por supuesto la principal tarea práctica de la contabilidad socialista: sin la diferenciación de los costes naturales, la producción no tendría una línea de actuación precisa y segura y dependería de la intuición o de la aproximación. Sin la diferenciación de los costes sociales, y quisiéramos decirlo aquí enfáticamente, el lado político-moral del socialismo sería tan imposible de realizar como el aspecto técnico sin la diferenciación de los costes naturales. La humanidad solo será libre si sabe cuánto le costarán sus ideales. Solo entonces llegará a comprender que ella es la única responsable de su realización. También entonces reunirá la fuerza para realizar sus ideales, porque solo si vislumbramos una conexión directa, controlable y trazable hasta el detalle entre los sacrificios que hay que hacer y el progreso que esperamos ver en el camino hacia la realización de nuestros ideales, los seres humanos podremos desplegar los impulsos internos para adentrarnos por ese camino, para adaptarlo a nuestras fuerzas, para cubrirlo con alegría y satisfacción.

No discutiremos aquí de nuevo la separación *cualitativa* entre los elementos de coste causados por la naturaleza y los causados por la sociedad por medio de la contabilidad separada de la comuna y de la asociación de producción. Solo expresaremos, en términos generales y en este momento, la idea básica que subyace a esta solución: cuando la voluntad económica surge como resultado de sopesar diferentes motivos, no hace falta efectuar la imputación separada de los elementos de coste causados por estos motivos diferentes más que cuando estos motivos son representados por sujetos diferentes. La razón principal de este fenómeno fundamental es que dos motivos opuestos en un mismo individuo necesariamente se influyen de manera contradictoria, interpenetrándose y transformándose mutuamente. Pero cuando de ellos ha surgido una voluntad uniforme, son anulados totalmente en esa voluntad. La voluntad que resulta de ello toma el lugar de los motivos que

fueron sus componentes. Solo con ayuda de la memoria podremos visualizar una sombra más o menos pálida de los motivos originales. Ya no se puede hablar de un registro exacto y cuantificable de su relación de intensidad. Un zapatero que tiene que hacer un par de zapatos y quiere que estos sean a la vez duraderos y atractivos no puede indicar, tras haberlos terminado, cuánto tiempo de trabajo, cuidado y materiales le ha costado la durabilidad de los zapatos, y cuánto le ha costado el corte y la confección para que sean agradables. En el mejor de los casos puede indicarlo según su sensación, es decir, de manera aproximada, pero nunca con exactitud. Sin embargo, nuestro zapatero no necesita en absoluto ser capaz de hacer esta imputación, ya que no tiene que poner en cuentas diferentes por un lado los costes de la durabilidad de los zapatos, y por otro los costes de hacerlos agradables. Pero si lo intentara, no tardaría en desesperarse. Si, por ejemplo, un consejo supremo político-económico de la economía tuviera que construir una fábrica de zapatos, pero al mismo tiempo tuviera que cumplir con los requisitos de algún ideal social cualquiera, como la instalación de esta unidad de producción en un distrito agrícola, le sería imposible establecer, tras haber cumplido con su tarea, cuál ha sido el coste real para la sociedad del aspecto ideal de este plan. Esta es la razón por la que el problema de la contabilidad en una economía administrada centralizadamente es, en principio, insoluble. En efecto, ¿cómo puede realizarse un cálculo técnico de los costes de producción cuando, además de la voluntad de productividad técnica, existe otra voluntad que introduce imperceptiblemente en el proceso elementos de coste cuya eliminación posterior es imposible?

La separación de los costes naturales de los costes sociales solo es posible con una organización de la economía en la que la voluntad de productividad técnica y la voluntad de justicia social y de utilidad superior de la orientación de la producción estén representadas por dos sujetos diferentes. No vamos a repetir aquí cómo se puede cumplir este requisito en una economía organizada funcionalmente.

Asegurar la *validez cuantitativa* de nuestra contabilidad de los costes de producción nos ha llevado a los conceptos de *marco de la economía* y de *intervención en la economía*. Sin embargo, esta distinción

no es, en principio, formalmente posible en todas las formas de socialismo. Ahora bien, dado que por razones objetivas acabamos de excluir del conjunto de nuestro análisis a la economía administrada de forma centralizada, esta distinción adquiere de nuevo una importancia general. A excepción de esta forma de organización, sigue siendo válida para todas las demás formas de socialismo. Por tanto, vemos en ella una herramienta imprescindible para la creación de la teoría económica socialista.

Así pues, definiremos como marco de la economía aquellos efectos legales sobre la economía que causan costes y que no anulan el principio de coste en la contabilidad. Por el contrario, las intervenciones en la economía serán actuaciones legales que tienen como consecuencia la anulación del principio de coste. Esta distinción que, en principio, con la limitación anterior, se aplica a toda economía es especialmente fecunda para la socialista. Toda economía no está solo «regulada externamente», sino que también tiene un marco legal. No es cierto que la economía socialista difiera, en principio, de la economía capitalista al exigir una regulación legal que rechazaría la economía capitalista. *Lo que distingue a estas dos economías es solo la naturaleza de su régimen jurídico*. Hemos intentado mostrar cuál podría ser la naturaleza de este régimen jurídico sin eliminar el efecto marco de la reglamentación. Se ha establecido claramente el vínculo fundamental entre los salarios y determinados regímenes de precios de los productos básicos, por una parte, y la posibilidad de algún tipo de precios negociados para todas las demás mercancías, por otra. No obstante, en la medida en que la economía socialista también prevé intervenciones en la economía (en el sentido anterior), los costes de estas intervenciones deben atribuirse por separado para no hacer ilusorio el cálculo de los costes de producción. Pero, para poder mantener la idea de una intervención, debe haber un sujeto interviniente y otro (la economía) en el que tenga lugar la intervención. Por lo tanto, un consejo supremo político-económico, en el que se fusionan estas dos categorías, es incapaz de asignar los costes a la intervención que los causó. ¿Cómo podría una voluntad que determina arbitrariamente y en cada momento el destino de la sociedad ser capaz de distinguir diferentes contenidos de su voluntad general, a saber, aquellos que constituyen la «voluntad marco»

frente a los de la «voluntad económica» y, en ocasiones, de una «voluntad de intervención» que para intervenir en la «voluntad económica» va más allá de la «voluntad marco»?

Incluso aunque fuera teóricamente posible poder resolver el problema de la distinción cualitativa entre los costes naturales y los costes sociales en una economía administrada de forma centralizada (lo que acabamos de negar), la dificultad cuantitativa de la contabilidad en esta economía no se resolvería en absoluto. O, lo que viene a ser lo mismo, la validez del principio de coste en la contabilidad solo puede garantizarse si los costes de las intervenciones en la economía, que anulan este principio, se imputan por separado. En una economía administrada de forma centralizada, sin embargo, tal proceso es impensable.

Podemos ahora responder también a la pregunta de por qué y hasta qué punto nuestra contabilidad socialista solo puede ser aplicada a una economía organizada funcionalmente: porque solo en un sistema funcional los conceptos contables de costes naturales y costes sociales, que surgen de los principios mismos del socialismo, llegan a ser magnitudes cuantitativas susceptibles de ser registradas. La importancia de esta restricción radica por lo tanto en que, en principio, la contabilidad es imposible en una economía administrada de forma centralizada.

Cualquiera que sea nuestra opinión sobre la relación entre una economía funcional y una economía administrada de forma centralizada, el mecanismo de la contabilidad sociopolítica que hemos desarrollado aquí es aplicable siempre a una economía con una organización funcional.

En nuestra exposición hemos evitado deliberadamente los problemas de la teoría económica que se nos han presentado bajo la forma de precondiciones objetivas y concretas de nuestras hipótesis. Nada se ha afirmado o probado respecto de la posibilidad o imposibilidad de estas condiciones; así pues, nuestras explicaciones no nos han acercado en nada a la solución del problema principal de la teoría económica socialista.

Sin embargo, sí que creemos que hay una cosa que hemos demostrado, y es que, suponiendo una economía socialista organizada funcionalmente, sería posible una contabilidad de esa economía.

LA TEORÍA FUNCIONAL DE LA SOCIEDAD Y EL PROBLEMA DE LA CONTABILIDAD SOCIALISTA

(Una respuesta al prof. Mises y al Dr. Felix Weil)[1]

Nuestro escrito sobre «La contabilidad socialista»[2] ha sido objeto de críticas más o menos profundas desde sectores diversos.[3] Como introducción a esta breve nota de respuesta, quizá sería útil resumir sucintamente nuestra posición con respecto a la discusión en curso sobre el problema de la contabilidad en una economía socialista.

1. «Die funktionelle theorie der gesellschaft und das problem der sozialistischen rechnungslegung (Eine erwiderung an Prof. Mises und Dr. Felix Weil)», *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, Separat-Abdruck, vol. 52, n.º 1, junio de 1924, pp. 218-228. Puede consultarse en KPA: Con_02_Fol_15
2. Karl Polanyi: «Sozialistische rechnungslegung», *op. cit.*
3. Véanse Ludwig von Mises: «Neue beiträge zum problem der sozialistischen wirtschaftsrechnung», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 51, n.º 2, pp. 488-500. Puede consultarse en KPA: Con_03_Fol_20; Otto Leichter: «Die wirtschaftsrechnung in der sozialistischen gesellschaft», *Marx-Studien*, vol. V, n.º 1, 1923, pp. 77-79; Felix Weil: «Gildensozialistische rechnungslegung. Kritische bemerkungen zu Karl Polanyis "Sozialistische rechnungslegung"», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 52, n.º 1, junio de 1924, pp. 196-217. Puede consultarse en KPA: Con_03_Fol_21.

La importancia central de este problema para la economía socialista es, hoy por hoy, generalmente reconocida.[4] En su evaluación, sin embargo, pueden distinguirse tres grupos principales, dos de los cuales representan la oposición tradicional entre la economía de mercado y la economía sin mercado,[5] mientras que el tercero, que todavía está en proceso de constitución, descansa sobre una base fundamentalmente independiente de esta oposición. Consideramos a este último grupo, en verdad muy restringido, como el de los representantes de la teoría socialista *positiva*.

Entre los dos primeros grupos principales, que pugnan entre sí, hay unanimidad respecto del problema. Los dos identifican la oposición teórica entre economía de mercado y economía sin mercado con la oposición entre capitalismo y socialismo, y de esta manera la segunda es definida desde un principio no solo como colectivista y asociada a un Estado socialista, sino también como una economía sin intercambios ni mercados, como una economía administrada de forma centralizada. Por más feroz que pueda ser el enfrentamiento entre estos dos grupos, presentan sin embargo un frente unido frente al tercero, surgido recientemente y que hemos denominado «teóricos socialistas positivos». A este último grupo podrían adscribirse los fundadores del socialismo funcional en Reino Unido, especialmente los representantes del *socialismo funcional gremial*, así como los teóricos socialistas de tendencia científica com E. Heimann y J. Marschak.[6]

4. Solo Weil afirma que este problema no existe en absoluto para el socialismo («Gildensozialistische rechnungslegung...», *op. cit.*, p. 197), o que solo tiene una importancia menor (p. 205). Para ello, remite a Marx. Pero se equivoca, como demuestra la siguiente cita: «... después de la abolición del modo capitalista de producción, pero no de la producción social, sigue predominando la determinación del valor en el sentido que la regulación del tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los diferentes grupos de producción, y por último la contabilidad relativa a ello, se tornan más esenciales que nunca» (*El capital*, Libro III, vol. 8, cap. XLIX, Siglo XXI, Madrid, 2009, p. 1.081). La frase de que el problema de la contabilidad es el eje del problema económico socialista proviene, por cierto, de Lenin. Es bien sabido que la hizo objeto de una generosa propaganda en la Rusia soviética de 1920. *(N. del A.)*
5. Entre nuestros críticos, Mises representa al primero y Weil al segundo. *(N. del A.)*
6. Véanse Jacob Marschak: «Wirtschaftsrechnung und gemeinwirtschaft. Zu

Nuestro artículo fue escrito en abierta oposición a ambas direcciones convencionales, y fue concebido como una primera tentativa de afirmar la exigencia de creación de una *teoría económica* socialista positiva, contra lo que creemos que no es sino la anticuada disputa teórica escolástica entre los marxistas ortodoxos y sus oponentes «burgueses».[7] Vayamos, pues, al grano.

Exigir la creación de una doctrina económica socialista positiva es, por supuesto, admitir que tal doctrina todavía no existe. En nuestro trabajo hemos examinado en detalle las implicaciones metodológicas de esta situación para nuestra manera de enfocar el problema de la contabilidad. Por otro lado, sin embargo, también hemos tenido en cuenta nuestras definiciones y otros supuestos, de tal manera que el camino hacia un tratamiento positivo de la economía socialista *siga siendo claro*. Esto se aplica, en particular, a

Misesschen these von der unmöglichkeit sozialistischer gemeinwirtschaft», en *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozialpolitik*, vol. 51, n.º 2, p. 501 y ss.; y el notable libro de Eduard Heimann: *Mehrwert und Gemeinwirtschaf. Kritische und positive Beiträge zur Theorie des Sozialismus*, Hans Robert Engelmann, Berlín, 1922, pp. 120, 140, 164 y *passim*. Heimann no tuvo acceso a los textos originales de los funcionalistas ingleses (n. 384), lo que probablemente explica por qué juzga erróneamente la cuestión esencial de esta nueva teoría social (*cf.* n. 338 y compárese con las obras de George D. Howard Cole: *Guildsocialism Re-stated*, Londres, 1920, y, sobre todo, con *Social Theory*, Londres, 1920). Es decir, «el equilibrio de los grupos de intereses organizados», que Heimann rechaza con razón desde el punto de vista de la «plena socialización de las ramas individuales de la economía», se adapta fundamentalmente a una base funcional, ya que, en este caso, los consumidores y los productores se enfrentan entre sí *de manera global*. La ley de Oppenheimer sobre la fuerza relativa de los motivos del «comprador» y del «vendedor» obviamente no se aplica a este escenario. Sin embargo, en el aspecto general que se discute aquí, nuestro punto de vista va más allá del de Heimann porque queremos que la «economía social completamente realizada» no sea entendida como «una satisfacción de necesidades sistemáticamente orientada hacia un orden establecido» en el sentido de Max Weber, sino en el sentido funcional, como una libre interacción de autorganizaciones funcionales. Véase para lo demás Eduard Heimann: «Über gemeinwirtschaftliche preisbildung», *Kölner Vierteljahresheft für Sozialwissenschaften*, vol. 1, n.º 2, p. 71. *(N. del A.)*

7. Véase el texto precedente, pp. 380-382. *(N. del A.)* [Por supuesto, se refiere a su propio texto «La contabilidad socialista», en las pp. 235-280 de este volumen.]

tres aspectos: primero, a la definición de economía socialista; segundo, a la relación mutua entre derecho y economía; finalmente, tercero, al análisis de las motivaciones económicas. Nuestra concepción de la economía socialista no considera la organización de la economía colectiva en sentido amplio. La realización de dos exigencias —la máxima productividad en la producción, por un lado, y el imperio de la justicia social, tanto en términos de distribución como de orientación social de la producción, por otro— agotaría para nosotros el concepto de economía socialista.[8] Tratamos los conceptos de justicia y economía de la misma manera: no de manera estática, como dos manifestaciones de un único y mismo sustrato social (relaciones de propiedad = relaciones de producción), sino dinámicamente, como dos factores relativamente independientes del ser social. Así pues, solo de esta forma nos fue posible distinguir los efectos marco y los efectos de intervención de la justicia sobre la economía, una distinción por la cual la alternativa habitual entre una economía administrada, en cuanto que economía regulada por la justicia, y una economía liberal, en cuanto que economía independiente de la regulación jurídica, parece quedar abolida.[9] Finalmente, hemos relacionado el problema de la diferenciación entre costes «naturales» y costes «sociales» de un producto,[10] con el análisis de la «voluntad económica unificada» en términos de los motivos de los que procede, y este análisis ha mostrado la relación concreta entre la organización interna de los actores económicos y la manera en que será determinada su economía.

Es cierto que con todo esto todavía no se ha conseguido mucho en la creación de una teoría económica socialista positiva. Sin

8. Por el contrario, Weil, en la obra citada, plantea la definición siguiente: «Por socialismo entendemos el orden social hacia el que (según Marx y Engels) progresa el desarrollo» (n. 9). *(N. del A.)*
9. *Cf.* Beatrice Webb y Sidney Webb: «Policy of the national minimums», en *A Constitution for the Socialist Commonwealth of Great Britain*, Londres, 1920, p. 10. *(N. del A.)*
10. Weil cree reconocer en esta categoría el «valor de distribución» de Dühring. Está equivocado. El valor de distribución de Dühring representa un precio de monopolio que descansa sobre la propiedad surgida de la violencia, tal como Dühring considera a la gran propiedad agraria. No obstante, Weil no presenta ningún fundamento para su afirmación. *(N. del A.)*

embargo, sería fácil demostrar que dicha teoría solo será posible tras la puesta en marcha de las definiciones e hipótesis mencionadas. Es de esta manera como procedieron los funcionalistas ingleses para superar la aparentemente inevitable elección entre colectivismo y sindicalismo.[11] Así mismo, nos hemos esforzado por dejar claro en nuestros escritos que estas definiciones e hipótesis solo pueden ser fructíferas sobre la *base de una perspectiva funcionalista de la sociedad*.[12] En resumen, nuestro intento de solución se fundamenta en la doble condición de que ni para la teoría económica la oposición entre economía de mercado y economía sin mercado, ni para la teoría de la organización económica socialista la oposición entre colectivismo y sindicalismo son alternativas necesarias.

Por lo tanto, Mises, en su crítica, sin duda ha tocado el núcleo de la cuestión al atacar la propia posición funcionalista. «No hay mediación ni conciliación posible entre el sindicalismo y el socialismo», dice Mises. (Socialismo aquí debe ser entendido siempre como socialismo colectivista.) El error en nuestra construcción radica, pues, en la ambigüedad con la que se pretende «evitar la cuestión central: sindicalismo o socialismo». En particular, esto se aplica a la adopción de una forma constitucional en la que el acuerdo de las dos asociaciones funcionales principales, la comuna y la asociación de producción, representa el poder más elevado de la sociedad. Como prueba de su objeción, Mises ofrece el siguiente argumento; y cita nuestro artículo: «Las representaciones funcionales de una misma persona nunca pueden entrar en conflicto irresoluble entre sí, esta es la idea básica de toda forma constitucional funcional».[13] Y continúa de esta manera: «Esta idea básica de la forma constitucional

11. Beatrice y Sidney Webb, firmes opositores al socialismo gremial (*op. cit.*, pp. 48-50), afirman que todo el socialismo inglés ya está basado en el funcionalismo (pp. XVII y 107). La obra de los Webb constituye, por cierto, un intento necesariamente desafortunado de poner en sintonía las tendencias colectivistas de los autores con el principio funcional. *(N. del A.)*
12. «Sozialistische rechnungslegung», *op. cit.*, pp. 413-420. *(N. del A.)* [Polanyi se refiere a su propio texto «La contabilidad socialista», en las pp. 235-280 de este volumen.]
13. Se trata de una cita que Mises extrae del texto mencionado de Polanyi, concretamente de la nota número 24, en la p. 264 de este volumen.

funcional es, sin embargo, errónea. Si, y este es el prerrequisito tácito de la construcción de Polanyi y de todas las construcciones relacionadas, el parlamento político debe estar formado por la elección de todos los camaradas con igual derecho de voto para cada individuo, entonces puede surgir un conflicto entre este y el parlamento de las asociaciones de producción, que surge de un sistema electoral completamente diferente». Si «ni la comuna ni el congreso de asociaciones de producción tienen la decisión final, entonces el sistema no es viable en absoluto. Si la decisión última es de la comuna, se trataría de una economía administrada *de forma centralizada* para la que el propio Polanyi admite la imposibilidad de la contabilidad económica. Si la decisión final es de las asociaciones de producción, entonces nos enfrentamos a un modelo sindicalista».

Esta línea argumental sería irrefutable si el principio tácito en el que se basa fuera correcto. Pero no lo es. Ese principio debería decir: «Una forma constitucional solo es viable si la decisión final corresponde a *uno de los dos* órganos reconocidos constitucionalmente». Probablemente no haya necesidad de demostrar que, por el contrario, en la gran mayoría de los sistemas constitucionales que están reconocidos como perfectamente viables, la decisión final *no* depende de uno, sino de al menos dos de los órganos legislativos.

La falsa conclusión de Mises puede quizá explicarse por el hecho de que no consideró el doble significado de la expresión «forma constitucional», según la cual significaría *una mera relación de poder social real o una relación social de reconocimiento*. Solo para la forma constitucional de la sociedad en el primer sentido, como *relación social de poder*, se aplica la idea de que esta, para ser efectiva, debe representar una relación de poder superior, es decir, la decisión debe recaer en una de las partes. Esta idea no puede ser transferida en ningún caso a la forma constitucional en el otro sentido de la palabra, como relación de reconocimiento social. Sin embargo, al hacer esto Mises llega a la conclusión errónea de que una forma constitucional solo es viable si la decisión recae sobre *uno* de los factores reconocidos constitucionalmente. Puede que el error de Mises haya quedado oculto por el doble significado de la expresión «decisión última», en la que la palabra «última» contiene, por una parte, una *relación de poder* que

funciona *tras* la relación de reconocimiento y, por otra parte, la instancia superior *en el seno de la propia relación de reconocimiento*.

Pero incluso tras un proceso incorrecto de pensamiento puede haber oculta una objeción verdadera. Por lo tanto, queremos tratar de recapitular la objeción de Mises tras haber discutido brevemente el problema de la necesidad teleológica de un organismo único como autoridad para la toma de decisiones sobre la forma constitucional, y entendido tanto en cuanto relación de poder como en cuanto relación de reconocimiento.

En una relación de poder, la solución de un conflicto entre las partes solo es posible en el caso de una superioridad permanente de una parte sobre la otra. Por tanto, la decisión siempre es tomada por una de las dos partes. Si el poder de las partes es el mismo o fluctuante, la relación de poder fracasa conceptualmente: la solución del conflicto entre las partes sobre la base de la relación de poder queda descartada por principio. No obstante, para que en un conflicto se llegue a un acuerdo debe surgir una relación de reconocimiento entre las partes (por ejemplo, el establecimiento de una constitución, de la ley, de la costumbre, etc.). También en el marco de la relación de reconocimiento la decisión *puede*, aunque solo externa y aparentemente, por ejemplo mediante una alternancia o una decisión por sorteo, concederse a una de las dos partes, pero esto no es *indispensable* y, por regla general, no se hará. Las partes han *reconocido* mutuamente la obligación de llegar a un acuerdo que, en principio, garantizaría la resolución del conflicto. De qué lado se decantará, en cada ocasión, el predominio sobre la base de la relación de reconocimiento, a diferencia de una supremacía que anularía esta relación de reconocimiento, es una circunstancia incidental que solo desplazaría el punto de compromiso entre las partes, pero que no puede abolir la relación de reconocimiento y, por lo tanto, la obligación de resolver el conflicto de manera amistosa. La identificación de este predominio con la superioridad nos parece que es otra confusión que socava la argumentación de Mises.

Para rendir cuentas de estas relaciones, la objeción de Mises debería haber sido la siguiente: «La superioridad permanente de la comuna sobre la asociación de producción (o viceversa) excluye una relación de reconocimiento entre ambas; por lo tanto, debe seguir

siendo una mera relación de poder entre ellas, que solo puede ser efectiva si la decisión recae en una de las dos asociaciones. Luego, colectivismo o sindicalismo». Para poder *probar* esta objeción a nuestra tesis, Mises tendría que haber indicado a *cuál* de las dos asociaciones debe pertenecer el supuesto poder superior permanente. (Como se ha demostrado previamente, el hecho de que esto solo pueda ser una cuestión de supremacía permanente se deriva de que una oscilación constante de la supremacía permitiría una relación de reconocimiento entre las partes, e incluso la haría necesaria.) Mises no puede, por lo tanto, eludir la cuestión, pues eso significaría admitir por su parte que teóricamente no es posible favorecer a una de estas asociaciones funcionales sobre la otra. Esto, sin embargo, es precisamente lo que afirmamos como consecuencia del principio funcional, y lo que Mises pensó que estaba refutando a favor de su alternativa no probada: colectivismo o sindicalismo.

Sin embargo, no hay respuesta para esa pregunta. El ser humano como productor y el ser humano como consumidor representan dos motivaciones a través de las cuales se determina un mismo proceso vital, la actividad económica del individuo. Por lo tanto, los intereses que se derivan de estas motivaciones están básicamente equilibrados. Si, como se supone, la comuna y la asociación de producción suponen representaciones distintas de estas direcciones de la voluntad, entonces en estas asociaciones funcionales se enfrentan entre sí intereses básicamente igual de fuertes. Una fluctuación a favor de uno u otro interés y, por lo tanto, que la superioridad de uno de ellos varíe, sigue siendo tan concebible como en el caso de un individuo en sí mismo, pero la repercusión inevitable de esa fluctuación en el otro polo, temporalmente suprimido, es intentar restablecer el equilibrio rápidamente. El equilibrio en la relación de poder, y con él la supresión de esa relación y el establecimiento de una relación de reconocimiento, se siguen aquí del principio funcional y excluyen una objeción inmanente a la posibilidad de un equilibrio funcional. Por cierto, Mises ni siquiera intentó hacer tal sugerencia.[14]

14. Nuestra formulación «Se considera que la comuna es la propietaria de los medios de producción; sin embargo, el derecho directo de disposición no está

Volviendo a la forma involuntariamente engañosa de la objeción de Mises, observamos que, por supuesto, no habíamos afirmado en absoluto que no pudiera haber conflicto entre la comuna y la asociación de producción. Más bien, este conflicto pertenece al elemento vital de una sociedad socialista concebida funcionalmente. En lugar del conflicto de intereses entre diferentes grupos de personas, como ocurre en una sociedad de clases, en el socialismo *es el conflicto entre diferentes intereses de un mismo grupo de personas* lo que constituye el principal fundamento del movimiento de la sociedad y, por lo tanto, de la economía. No es tanto por la diversidad de sistemas electorales, como piensa Mises, sino por el principio funcional en sí mismo, que él enfatiza igual que nosotros, por lo que se deriva el conflicto entre las principales asociaciones funcionales. Así pues, lo que habíamos presentado como la idea básica de una constitución funcional era más bien que este conflicto necesario no podía sino ser *resuelto*, porque, en la transparencia de la organización funcional, el conflicto entre los intereses diferentes de los mismos individuos debe encontrar su equilibrio, tal y como en realidad ocurre en el interior de un mismo individuo con respecto a sus diferentes intereses. El individuo *debe ser aquí confrontado consigo mismo* mediante sus diferentes representaciones funcionales. La necesidad del equilibrio funcional de los intereses se basa entonces en la unidad psicológica y física del individuo y no requiere ninguna otra prueba, que tampoco sería capaz de aportar. Para probar la imposibilidad de semejante confrontación, Mises, a falta de una objeción inmanente al principio funcional, habría

asociado a esta propiedad. Este corresponde a las asociaciones de producción» ha sido criticada por Mises como poco clara porque «trata de evitar la cuestión central: socialismo o sindicalismo» (p. 491). En efecto: «La propiedad es un derecho de disposición; si el derecho de disposición no pertenece a la comuna, sino a las asociaciones de producción, entonces estas son las propietarias y tenemos ante nosotros una comunidad sindical» (p. 491). Sin embargo, la propiedad no es solo un derecho de disposición, sino también un derecho de apropiación. El hecho de que la comuna sea la propietaria de los medios de producción significa que conserva tanto el derecho de apropiación de los productos como el derecho indirecto de disposición de los medios de producción. Ambos se ejercen a través de la justicia social como marco jurídico de la economía. *(N. del A.)*

tenido que dirigir su argumentación contra la forma de organización funcional. En ese caso, habría tenido que demostrar o bien que ni siquiera el sistema funcional de representación da lugar a una representación correspondiente a las voluntades separadas de los individuos, o bien que ni siquiera la democracia funcional garantiza el grado de transparencia con el que la identidad de los individuos implicados de ambas partes toma conciencia de su identidad. En sus críticas, aunque breves y concisas, Mises no ha afirmado ninguna de estas dos cosas, y mucho menos las ha demostrado.

Mientras que Mises, a partir de una correcta comprensión del funcionalismo, pone en primer plano el conflicto entre los órganos funcionales, pero afirma la incapacidad para sobrevivir de la forma constitucional funcional debido al choque entre los conflictivos intereses de los consumidores y los productores, Weil explica que «la comuna y el gremio ¡no tienen ningún conflicto de intereses real!».[15] No es de extrañar, pues, que todas las conclusiones esenciales que hemos extraído de la construcción funcional de nuestra supuesta economía socialista parezcan basarse en una mera «imaginación»,[16] en una «extraña ilusión»,[17] en una «fuerza mística»,[18] que atribuimos a esta forma de organización. Sin embargo, la explicación del persistente fracaso de los esfuerzos críticos de Weil parece bastante obvia. Ha cometido el fallo de *malinterpretar dos términos* que sirven de pivote para nuestra forma de pensamiento: hemos denominado como «funcional» la constitución de la sociedad que presentamos como hipótesis, y como economía socialista de esta sociedad organizada funcionalmente hemos planteado la hipótesis de un sistema, descrito con precisión, de «precios fijos», es decir, fijados jurídicamente, y de «precios negociados». La descripción de la economía que hemos asumido descansa, pues, sobre esta dicotomía, que, todo sea dicho, es comúnmente aceptada. Por su parte, Weil interpretó erróneamente[19] los

15. F. Weil, «Gildensozialistische rechnungslegung...», *op. cit.*, p. 29. *(N. del A.)*
16. *Ibid.*, p. 213. *(N. del A.)*
17. *Ibid,*, p. 212. *(N. del A.)*
18. *Id. (N. del A.)*
19. Muy claramente: «fijación» o «acuerdo» de los precios (pp. 210 y 215), y también en la p. 203, n. 29 y parte III.B de la crítica de Weil. *(N. del A.)*

precios obtenidos por acuerdo como una variante de los precios fijos *y, por tanto, ha malentendido esta fundamental distinción*. Algo similar le sucedió con el concepto central de nuestro trabajo, el concepto de «funcional»; identifica siempre «funcional» con «socialismo gremial».[20] De ahí el título de su escrito crítico: «Contabilidad del socialismo gremial». Aunque nuestro trabajo asume una organización socialista gremial de la producción, la hemos mantenido dentro del marco de una organización funcional de la sociedad. *¡Sin embargo, nuestras principales propuestas se derivan de la organización funcional de la sociedad, y no del modelo de producción del socialismo gremial!* Weil, como hemos dicho, equipara el término «funcional», cuyo significado en la literatura socialista más reciente era obviamente desconocido para él, con el término «socialismo gremial». Sus honestos esfuerzos por entender nuestro trabajo *fracasaron inevitablemente* debido a esta decisiva *mala interpretación*.[21] Todo

20. Weil establece la igualdad «funcional = socialismo gremial» (pp. 201-202, 212 y *passim*). Baste señalar, sin embargo, que los fundadores del movimiento del socialismo gremial, como A. J. Penty o A. R. Orage, rechazan la teoría funcionalista de la sociedad de la misma manera, si bien con menor firmeza, que los socialistas gremiales W. Mellon y S. Taylor, mientras que entre los adversarios del socialismo gremial pueden también encontrarse partidarios de la teoría funcional (*cf.* n. 9). Además, «funcional» y «socialista gremial» representan términos de tipo diferente. Weil parece confundir ahora «función» y «profesión» y entiende por «asociaciones funcionales» a «grupos profesionales», es decir, a ¡sindicatos! Así, en un momento determinado (n. 15) describe a los sindicatos como *los* órganos «funcionales» en Rusia, *a diferencia* de los sóviets, entendidos como «administración central». Hablar de *una* organización funcional en una sociedad es, de hecho, tan erróneo como afirmar que *una mitad* de un cuerpo simétrico es simétrica y la otra no. Véanse, a propósito de esto, los comentarios de Weil sobre «la economía funcional correctamente entendida» (p. 203), en los que sostiene en ocasiones que los consumidores son abastecidos por «el *trust* al que pertenecen como productores» y a continuación los considera «representados» por ese mismo *trust* (n. 6). Esto sería exactamente lo contrario de una representación funcional. *(N. del A.)*
21. En la parte III.B (p. 405), por ejemplo, Weil reproduce nuestras hipótesis de la manera siguiente: «El acuerdo de las dos asociaciones principales fija así los "precios", es decir, determina por la mayoría prescrita por el reglamento interior las "cifras" para cada tipo de producción». Weil no ha comprendido que las asociaciones principales fijan solo el salario base

nuestro pensamiento tenía que aparecer a sus ojos como un enorme caos de contradicciones. Estas «contradicciones»[22] se resuelven, sin embargo, de forma natural si no se comprende por «precios negociados» lo contrario de lo que son, y si el concepto de la representación de la organización de una producción basada sobre los gremios es sustituido por el concepto, de naturaleza absolutamente diferente, de constitución funcional de la sociedad.[23]

En estas circunstancias, cualquier contacto que pueda establecerse entre los comentarios críticos de Weil y nuestra línea argumental no puede ser más que pura casualidad. Solo hemos encontrado un ejemplo y sería aquel en el que Weil declara impracticable la determinación de los costes cuasi sociales, porque para ello habría que restar «una cantidad completamente imaginaria de los nuevos costes de producción, es decir, los costes que habrían surgido si, en ausencia del efecto hipotético de la justicia social, por ejemplo, este producto concreto no se hubiera producido en absoluto, sino que se hubiera producido otro distinto en su lugar».[24] Esta observación es correcta en la medida en que, en determinados casos límite, es decir, cuando estas intervenciones provoquen condiciones de producción completamente nuevas y no comparables con las existentes hasta ese momento, los costes de la intervención de la justicia social deberán convertirse en meras conjeturas ya que el total obtenido tendría que fluctuar dentro de unos límites especificables. Para la economía de una sociedad funcional, este caso límite representaría ahora la transición a un fenómeno dinámico que daría

y ciertos precios de materias primas, y que, para el resto, el precio es libremente acordado entre productor y consumidor (*precio negociado*), y se aplica para *cada tipo de producción*. Y así en adelante. *(N. del A.)*

22. Sin embargo, en un momento dado de nuestro texto (p. 413) dejamos inadvertidamente, de una versión anterior, el término «economía de transición» en lugar de «socialista». Por el contrario, el término «política social» en lugar de «socialista» (p. 420) representa, como se desprende del contexto, un mero error tipográfico. *(N. del A.)*
23. Weil demuestra de nuevo que no conoce esta forma constitucional al atribuirnos, en la nota 2, la creación del término «comuna», cuando hubiera bastado una ojeada a los capítulos del libro de Cole *Guildsocialism Restated, op. cit.*, para salvarlo de este error. *(N. del A.)*
24. Véase Weil, *op. cit.*, p. 209. *(N. del A.)*

lugar a la «transición de los grupos de costes entre sí».[25] En el mundo dinámico, en efecto, ciertos «costes sociales» deben convertirse en «costes naturales» una y otra vez, y esto suele ocurrir tan pronto como estos costes sociales se hayan convertido en las condiciones generales de producción de la sociedad. En este caso, en el que las intervenciones en la economía se consolidan dentro del marco de la economía y, por lo tanto, los costes causados por estas intervenciones se transforman de costes de intervención en costes marco, dichos costes ya no deben interpretarse como sociales, sino que deben interpretarse como costes naturales. La contabilidad de esta transición constituye entonces la *contabilidad de la dinámica de la economía*, sin la cual, en principio, no sería posible tener una visión general cuantitativa sobre períodos más largos. En la sociedad funcional, cuya hipótesis hemos adoptado, la transición de un grupo de costes «sociales» a un grupo de costes «naturales» se determinaría caso por caso mediante el acuerdo de la comuna y la asociación de producción. La objeción de Weil se basa, pues, en un fenómeno dinámico que tuvimos que dejar fuera de consideración en nuestro cálculo estadístico, y aludir a él en una nota que Weil también malinterpretó.[26]

25. Véase nuestro trabajo, n. 27. *(N. del A.)*
26. Weil, *op. cit.*, pp. 209-210. *La definición contable de las cantidades de los costes «naturales» y de los costes «sociales» no nos supone, en realidad, «ningún problema»*, ya que, básicamente, nos atenemos al principio de coste y dejamos que el principio del valor (en el sentido de la escuela subjetiva) funcione a través del «mercado» funcionalmente organizado. También nos acusa de pasar por alto el problema de la sumabilidad de los elementos de coste, a pesar de que creemos ser los primeros en haber tratado la cuestión de forma rigurosa y, en cualquier caso, lo expusimos con sumo detalle. Sin embargo, Weil ignora tanto esto como el análisis, igualmente esencial, del concepto de productividad, por el que pasa con una broma o una alusión sin sentido (*loc. cit.*, n. 22 y p. 207). *(N. del A.)*

SOCIALISMO GREMIAL[1]

En el seno del movimiento obrero, una nueva corriente ha venido expandiéndose, tras la Gran Guerra, desde Reino Unido hacia la Europa continental y América. Su objetivo es el mismo: la realización del socialismo. Pero, en cambio, el camino que sigue es nuevo y se diferencia claramente tanto de la concepción del *colectivismo comunista* como de la *sindicalista*. Quizá no sea, en esencia, más que la reconciliación teórica y práctica de estas dos facetas, una síntesis de dos antítesis, llevada a cabo por el sentido pragmático inglés. Manteniendo todos los elementos probados y viables del pensamiento marxista, en particular la noción de lucha de clases, el socialismo gremial representa, no obstante, una reinterpretación moderna del socialismo que está provocando, con justicia, un amplio interés.

Si dejamos de lado esos objetivos finales que se desvanecen en un futuro distante, podemos decir que el propósito de los socialistas

1. «A gildszocialismus», *Bécsi Magyar Újság*, vol. IV, n.º 141, 18 de junio de 1922, p. 7. La fotocopia, de bastante mala calidad, se localiza en KPA: Con_01_Fol_52, página 52. Aunque se tiene presente la edición original húngara, tanto en el facsímil del periódico en cuestión como en su edición posterior en Karl Polanyi: *Fasizmus, demokrácia, ipari társadalom*, Gondolat, Budapest, 1986, pp. 371-375, la traducción se realiza desde la edición en inglés Karl Polanyi, *The Hungarian Writings*, *op. cit.*, pp. 118-120. Se han realizado algunas variaciones respecto de esta traducción con la intención, obvia, de tratar de ajustarse más fielmente al texto original húngaro.

colectivistas es la completa nacionalización, mientras que los sindicalistas abogarían por la completa eliminación del Estado. Los primeros colocan la gestión de la producción en las manos de los órganos administrativos centrales del Estado, mientras que los segundos desean colocar el poder económico en las manos de los propios productores.

De la misma manera, sostienen los colectivistas, en que el Estado es hoy responsable de proporcionar al público servicios postales, asumiría también la responsabilidad de todas las demás funciones de producción y distribución en la sociedad. De la misma manera, responden los sindicalistas, en que el empresario privado lleva a cabo hoy las tareas de producción, los trabajadores pueden hacer lo mismo si controlan las fábricas, las oficinas, la tierra. *El trabajo asalariado, añaden, seguirá siendo trabajo asalariado incluso aunque el Estado, en lugar del empresario privado, se convierta en el patrón del trabajador, si no es que el trabajador acaba convertido en un mero robot al servicio del Leviatán del Estado. El productor solo puede llegar a ser verdaderamente libre si se convierte en el patrón de su propio trabajo.*

Si bien algunos autores traducen el término que da título al artículo como «Socialismo de guildas» y, en consecuencia, hablan de «guilda», aquí hemos preferido utilizar una palabra castellana que se ajusta perfectamente al sentido original. Más aún: el propio Polanyi parece ceñirse a una consideración de este tipo cuando, como veremos en más de un texto, insiste en diferenciar claramente este nuevo tipo de «gremio» del gremio medieval. En esencia, el socialismo gremial, o socialismo corporativo, fue un movimiento político, surgido en el Reino Unido a principios del siglo XX, que proponía la toma de control de las empresas por los trabajadores de las propias empresas, más que un control de los trabajadores «como clase». Los trabajadores quedarían organizados mediante gremios, que, a diferencia del gremio clásico medieval, adoptaría más bien una forma de corporación sindical. Pero así mismo, compartiendo con el «sindicalismo industrial» la creencia en la democracia industrial y el control directo de los trabajadores, se consideraba también diferente a este en tanto en cuanto trataban de buscar una reconciliación entre las exigencias de la autonomía política y la económica. Autores bien conocidos de esta tendencia fueron George D. Howard Cole (autor de la monumental *Historia del pensamiento socialista*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1957-1963, que consta de siete tomos) y, en cierta medida, Bertrand Russell. Desapareció como movimiento algún tiempo después de la Gran Guerra, y buena parte de sus miembros se integraron en el Partido Laborista británico.

Frente a esto, los colectivistas señalarán, legítimamente, que un capitalismo de colectivos de trabajadores no es lo mismo que el socialismo, al contrario, sustituir los monopolios privados actuales por monopolios colectivos no solo incrementaría la anarquía en el seno de la economía, debilitando la solidaridad entre los trabajadores, sino que en última instancia conduciría a una resurrección del capitalismo privado. La producción no es un fin en sí mismo, sino que debe servir al consumo: en esto, solo el Estado y la comunidad pueden representar con eficacia al consumidor. Por esta razón, el control de la producción necesita ser manejado por el Estado y no dejado a los productores, que mirarán únicamente por sus propios intereses y no por los intereses generales.

El socialismo gremial propone la unificación de estas dos concepciones. El Estado y la comunidad representarían *los intereses de los consumidores*; la asociación de productores representaría *los intereses de los productores*. Para este fin, las actuales organizaciones de productores se transformarían en *gremios*.

Durante la época medieval, «gremio» era el nombre que se le daba a las corporaciones artesanas en las áreas germanoparlantes. Contrariamente a las degeneradas corporaciones del este de Europa, las corporaciones artesanas italianas, alemanas, holandesas, inglesas, etc., fueron las auténticas portadoras de la cultura urbana en la época medieval y en los inicios de la moderna. La abundancia material, sofisticadas manufacturas, un orgulloso sentimiento de libertad y una genuina solidaridad fraternal apuntalaron el florecimiento de los gremios venecianos, florentinos, londinenses y hanseáticos, a los cuales solo puso fin la «Revolución Industrial» o, mejor, la aparición de la máquina.

Por tanto, en la *época utópica* del socialismo gremial, el renacimiento de esta radiante vida industrial medieval apareció indudablemente frente a los gremialistas. Un gobierno de los trabajadores basado en la eliminación de la competencia y el respeto de la profesionalidad, que no abarcara en esta ocasión a una parte de la población sino a una federación mundial, fundada sobre una completa fraternidad de cientos de millones de proletarios industriales y campesinos: este era el ideal que insufló vida al movimiento utópico de los gremios.

En cuanto que *socialismo científico*, el socialismo gremial fue desarrollado por *G. D. H. Cole* al descubrir en la estructura de la sociedad contemporánea esos elementos cuyo sentido interno radica en su habilidad para contribuir a la construcción de los gremios industriales. *Una de las bases de las ideas histórico-filosóficas de Marx fue que un nuevo modo de producción solo reemplazaría al orden antiguo cuando los elementos del nuevo orden hubieran alcanzado su pleno desarrollo en el seno del viejo.*

Cole considera que el auténtico representante del socialismo gremial es el movimiento obrero sindical mundial. Los sindicatos actuales deben ser transformados en *asociaciones industriales*, es decir, es preciso reorganizarlos no ya sobre la base de *categorías profesionales* (trabajadores de la madera, trabajadores metalúrgicos, etc.), sino sobre la base de *sectores industriales* (industria mecánica, industria de la construcción, etc.). De hecho, una asociación industrial de este tipo, que dirige la producción, no representa otra cosa más que un *gremio* moderno.

Si la clase obrera dirige su fuerza no solo a las luchas salariales, sino también a ganar para sí misma el derecho a tener voz y voto en la gestión de la dirección de la empresa, sin aceptar ninguna dependencia del empresario, entonces el papel de dicho empresario en la fábrica pasa a resultar obsoleto y, como todo órgano social que se ha vuelto obsoleto, o se extingue o se ve obligado a buscar un empleo en la nueva organización del trabajo. De esta manera, los fundamentos del capitalismo serán erosionados por las fuerzas del autogobierno industrial.

No obstante, la clase obrera necesita simultáneamente continuar su lucha por el poder político, ya que, contrariamente al sindicalismo, el Estado y la comunidad juegan también un importante papel en el programa del socialismo gremial.

Junto al poder de los gremios, deben mantenerse también los poderes del Estado. Pero no en la forma de voluntad «soberana», sino como un cuerpo dirigente que realiza funciones iguales a las del gremio. En primer lugar en el ámbito económico, donde el Estado, o la comunidad, se convierte en defensor de los intereses de los consumidores frente al gremio, que representaría, por su parte, a los productores. En su propia esfera de competencias, ambos

tienen el poder legislativo y ejecutivo, mientras que en el caso en que los intereses se contrapongan, se impone la autoridad de los acuerdos entre el Estado y el gremio.

Evidentemente, en este punto el socialismo gremial se revela como una teoría política radicalmente nueva, que podríamos resumir en la tesis de que *la esencia de la sociedad no queda expresada por el Estado, sino mediante la cooperación entre las organizaciones funcionales de la sociedad*, una armonía que en una sociedad libre de las divisiones de clases no necesitará ser asegurada por ninguna coerción artificial o mediante la «soberanía» del Estado. Y ello porque el Estado y el gremio no pueden entrar en conflicto entre ellos, ya que ambos constituyen diversas formas de representación *de la misma comunidad. La idolatría del comunismo colectivista por el Estado es, pues, un error equivalente al radical rechazo del Estado por los anarcosindicalistas.* La auténtica solución radica en un reconocimiento del verdadero papel del Estado.

Hoy, el socialismo gremial ya no es una mera teoría; en Reino Unido, importantes sectores del movimiento obrero se sitúan tras él. Allí, la idea de un autogobierno industrial se está convirtiendo en el grito de batalla. Junto con sus resultados prácticos, un elemento igualmente importante serían los logros ideológicos del socialismo gremial en la medida en que ahora podemos, una vez más, conectar los verdaderos valores de la libertad, tal y como surgen de las vidas de los trabajadores, con la idea de autodeterminación individual y con el respeto por la profesionalidad, la libertad de asociación y la responsabilidad voluntariamente asumida frente a la sociedad.

Por este motivo, mucha gente ve hoy el socialismo gremial como la fuerza que ofrece a la clase obrera la perspectiva de un genuino frente unido.

GREMIO Y ESTADO[1]

El día 19 de este mes, el Partido Laborista Independiente[2] de Gran Bretaña presentó su nuevo manifiesto, el cual está basado en la idea del socialismo gremial.[3]

La esencia del socialismo gremial es bien conocida: propugna la socialización de los medios de producción, pero en lugar de

1. «Gild és állam», *Bécsi Magyar Újság*, vol. V, n.º 74, 29 de marzo de 1923, p. 5. En el archivo encontramos una reproducción, de nuevo de mala calidad, en KPA: Con_01_Fol_52, página 51. Aunque se tiene presente la edición original húngara, tanto en el facsímil del periódico en cuestión como en su edición posterior en Polanyi, *Fasizmus, demokrácia, ipari társadalom*, *op. cit.*, pp. 376-378, la traducción se realiza desde la edición en inglés Karl Polanyi, *The Hungarian Writings*, *op. cit.*, pp. 121-122.
2. El Independent Labour Party, partido político británico, fue fundado en 1893 y se situó en sus inicios a la izquierda de lo que sería el germen del Partido Laborista, fundado en 1900. Desde 1906 a 1932 formó parte, aunque manteniendo posiciones independientes, del Partido Laborista. Por ejemplo, a diferencia de este, el ILP, de clara tradición pacifista, se opuso a la guerra y mantuvo su oposición incluso cuando esta era ya una realidad. Formó parte de la Segunda Internacional, pero la abandonó en 1920 entrando, tras un fallido intento de incorporarse a la Tercera Internacional, en la Internacional Obrera y Socialista, a la que estuvo afiliado entre 1923 y 1933. Su influencia decayó tras la Segunda Guerra Mundial y en 1975 acabó incorporándose plenamente al Partido Laborista.
3. Esta frase introductoria solo se recoge en la edición del diario, no así en la edición posterior del libro.

nacionalizarlos los situaría bajo el control democrático de los sindicatos y las cooperativas. Se opone a la nacionalización, el núcleo central del viejo credo colectivista, no solo por el peligro de que la centralización lleve a un incremento de la burocratización, sino también por cuestiones de principios, porque la idea que guía el espíritu del socialismo es el deseo de libertad. Y esto no requiere una extensión del poder estatal, sino, más bien, su reducción.

El británico Partido Laborista Independiente, representante del socialismo gremial dentro del Partido Laborista, ha formulado en su manifiesto respecto de esta cuestión lo siguiente:

> *... nos oponemos al socialismo de Estado, y a su burocracia. Nos centramos en los sindicatos y deseamos que abarquen tanto el trabajo manual como el intelectual. Los sindicatos serán responsables, en la sociedad socialista, de la producción y de la administración interna de la industria. Pero no estarán solos en ello. La producción industrial concierne no solo al trabajador fabril, sino también al ama de casa y a los consumidores en general. Por tanto, proponemos que los representantes de los consumidores, por ejemplo las cooperativas de consumidores, trabajen conjuntamente con los productores en todas las industrias y oficinas.*

De acuerdo con esto, los medios de producción arrebatados a la propiedad privada no serían transferidos al Estado (como quieren los colectivistas) ni a los trabajadores de las factorías, sino a los sindicatos, que se habrían convertido en *gremios*. Podemos hablar de gremios en cualquier industria en la medida en que organicen a todos los trabajadores de acuerdo con el ramo industrial en cuestión (no con la profesión), e incluyan tanto a los trabajadores manuales como a los administrativos e intelectuales.

Así pues, en el seno del movimiento obrero, el socialismo gremial situará el poder en las manos de los sindicatos. *Los gremios son la culminación del movimiento sindical*. Hasta este momento, el programa de este nuevo tipo de socialismo es claro. Pero ¿cómo se relaciona este sistema de sindicatos, cooperativas y socialismo municipal con la cuestión del poder del Estado? Este es el escollo del manifiesto del

socialismo gremial. Porque si el Estado es el representante de la voluntad de la sociedad, entonces solo sus órganos serán capaces de llevar a cabo cualquier tipo de reforma radical de la sociedad. Pero una organización construida de esta manera se regirá necesariamente por el poder del Estado, no por las organizaciones autorganizadas de los trabajadores: los sindicatos, las cooperativas y los municipios socialistas. Más concretamente: *¿es posible una sociedad organizada sin el Estado, y si lo es, cómo?* Esa es la cuestión.

El socialismo gremial responde a esta cuestión con una *nueva teoría social*. Brevemente, esta nueva y revolucionaria teoría afirma:

> *No es verdad que el funcionamiento orgánico de la sociedad pueda ser garantizado solo por el Estado.* Por el contrario, el poder estatal unifica artificialmente y, al hacerlo, perjudica la natural y sana unidad de la sociedad. *La sociedad es esencialmente un organismo cuyos órganos individuales realizan sus funciones armónicamente. Este es el punto de partida de la nueva teoría social funcional.*

Tiempo atrás, la fábula de Menenio Agripa sobre el estómago y los miembros se basaba en esta metáfora orgánica.[4] Así pues, a primera vista la teoría funcional no parece ser una novedad.

Y, sin embargo, es nueva y original. La armonía social procede de *causas* completamente diferentes a las mencionadas por el bueno de Menenio Agripa. No mediante superficiales analogías

4. Menenio Agripa, cónsul romano muerto en el año 493 a. C. Famoso por su elocuencia, fue enviado por los patricios para mediar ante los plebeyos sublevados en lo que se conoce como la primera secesión de los plebeyos (494 a. C.). Según se cuenta, es en su alocución a los plebeyos en el monte Sacro, donde se habían refugiado, que Agripa presenta su famosa fábula. En ella se narra cómo los miembros del cuerpo consideran que el estómago no llevaría a cabo ninguna actividad digna de consideración para el conjunto del cuerpo, mientras que el resto de órganos no dejan de trabajar para él. Es por eso que deciden boicotearlo y no realizar ninguna actividad que alimente al estómago. Pero, al poco, la falta de alimento en el estómago supone la pérdida de fuerzas de todo el cuerpo. De ahí que rápidamente se comprenda que el cuerpo es un todo al que contribuye cada una de sus partes.

con el cuerpo animal, sino a través de las vidas de los *individuos* que constituyen la sociedad. Las funciones del individuo son: la producción, el consumo, las relaciones vecinales, la vida intelectual y su florecimiento. Estas funciones son las que animan a los individuos a crear asociaciones: para producir en común, para consumir en común, para tener vínculos vecinales, para constituir asociaciones intelectuales. Las encarnaciones contemporáneas de estas asociaciones naturales son los sindicatos, las cooperativas, las organizaciones comunitarias, los grupos ideológicos y culturales. Cada una de ellas realiza alguna función de la vida individual. El mismo individuo puede pertenecer a más de un grupo, dependiendo de a qué funciones de su vida sirva cada asociación. En una sociedad verdaderamente democrática en la que no exista ningún privilegio de la violencia o de la propiedad privada que se interpongan al derecho natural de los individuos a crear asociaciones, reinará la armonía entre las asociaciones que compongan la sociedad. ¿Cómo podría ser de otra manera? Al fin y al cabo, son *los mismos* individuos los que las constituyen.

Los productores, los consumidores y las relaciones de vecindad (de barrio o de distrito) son organismos diferenciados, pero formados siempre por las mismas personas. Por consiguiente, en una democracia funcional no hay necesidad de un poder estatal como factor unificador, ya que las organizaciones surgidas de las diferentes funciones de las vidas individuales ya operan en armonía.

Sin embargo, eso no quiere decir que el poder del Estado se convierta en superfluo. Su autoridad se ve simplemente *atenuada*. Se mantiene todavía como un importante portador de funciones localizadas a escala municipal, regional, en otras palabras, vecinal. Pero ya no será el único «poder soberano», sino, más bien, un poder en igualdad de condiciones con el otro poder funcional principal: el *gremio*.

La libre cooperación entre el gremio y el Estado, esta es la nueva sociedad imaginada por los socialistas gremiales.

NUEVAS CONSIDERACIONES SOBRE NUESTRA TEORÍA Y PRÁCTICA[1]

Muchos socialistas se habrán preguntado si es posible tener una visión completa de la economía en su totalidad. En aras de la brevedad, a esta pregunta sobre la posibilidad, los medios y los límites de la visión de conjunto de la economía la llamaremos «*el problema de la visión de conjunto*». Sin duda, constituye un tema importante de la teoría socialista. Uno de los objetivos del socialismo es construir una economía consciente y fundamentalmente clara, en lugar de una economía capitalista dominada por leyes ciegas y esencialmente confusas. El socialismo *científico* debe su surgimiento, entre otras cosas, al reconocimiento del hecho de que una economía cada vez más clara no es solo un deseo piadoso, sino una tendencia científicamente comprobable ya en el mismo capitalismo. Como es bien sabido, la concentración y centralización técnico-económica en el seno del capitalismo conducen a una

1. «Neue erwägungen zu unserer theorie und praxis», *Der Kampf*, vol. 18, n.º 1, enero de 1925, pp. 18-24. Existe traducción previa al castellano en Karl Polanyi, *Los límites del mercado*, *op. cit.*, pp. 25-34. El original puede leerse en KPA: Con_02_Fol_12. En esta misma carpeta encontramos una reproducción de la publicación original en alemán, una traducción al inglés realizada por Kari Polanyi-Levitt, hija de nuestro autor, y la publicación de esta traducción en la revista *Cahiers Monnaie et Financement,* n.º 22, pp. 127-137.

creciente unificación de la economía en general y, por lo tanto, a una mayor claridad del proceso económico en algunos aspectos importantes. Por supuesto, esto no significa que el problema de la visión de conjunto se resuelva algún día por sí solo, esto es, sin nuestra intervención. En todo caso, para la creación de una visión de conjunto consciente de la economía valdría el principio de que la comprensión activa del proceso de transformación, del que formamos parte, es un factor esencial del proceso mismo. Por lo tanto, impulsar la teoría socialista no significa, con respecto al problema de la visión de conjunto, construir una teoría de la economía socialista del futuro para integrarla en una historia vacía, sino interpretar el presente concreto con un espíritu socialista y, así, dirigirlo en un sentido socialista. También es cierto, respecto del problema de la visión de conjunto, que su tratamiento por parte de la teoría socialista será significativo y estará justificado solo en la medida en que los resultados de este tratamiento puedan ser fructíferos para la *práctica del movimiento obrero*. Queremos tener esto en cuenta a la hora de afrontar las cuestiones, desafortunadamente bastante abstractas, del problema de la visión de conjunto.

Sin embargo, parece que el asunto es bastante sencillo: ¿cómo es posible obtener una visión de conjunto de la economía? La respuesta suele ser entonces: con la ayuda de *estadísticas* perfeccionadas y, si esto no es suficiente, «organizando la economía de *forma centralizada* y haciéndola más clara».

La aparente simplicidad de esta solución, que llamaremos «económico-administrativa», desaparecerá sin embargo al examinarla más de cerca. Se habla de la economía en general como *objeto de la visión de conjunto*, como si se tratase de un objeto natural, como si fuera un paisaje que se pudiera mirar tranquilamente desde un avión. Pero la economía no es un objeto natural, es un proceso socionatural. Por miedo a quedar atrapado en el concepto fetichista de la economía política clásica, que considera que la riqueza de la sociedad consiste en las «mercancías», el concepto económico-administrativo cae fácilmente en el erróneo extremo del naturalismo más grosero para el cual la economía consiste solo en cosas tangibles, máquinas, materias primas, etc. Pero cuando el socialista habla de una visión de conjunto de la economía, se refiere (o al

menos debería referirse) a una visión de conjunto de los *elementos últimos* del proceso socionatural que la economía representa. Los elementos de la economía son: 1. Las necesidades humanas. 2. El sufrimiento de los seres humanos en el trabajo. 3. Los medios de producción, como recursos minerales, máquinas y otras herramientas, provisiones de alimentos, materias primas y productos intermedios y, por último, el medio de producción más importante: la fuerza de trabajo. Es tarea del gestor económico el satisfacer, de la manera más completa posible, estas necesidades mediante dichos medios de producción con un mínimo de sufrimiento laboral. Por tanto, el objeto de la visión de conjunto de la economía no es en realidad «la economía en general», pensada, por así decir, como un objeto natural que se pueda contemplar a vista de pájaro, sino, por el contrario, los elementos económicos: las necesidades, el sufrimiento en el trabajo y los medios de producción. De estos tres tipos de elementos de la visión de conjunto, la fórmula económico-administrativa se centra ahora exclusivamente en los hechos, en los medios de producción (incluida la fuerza de trabajo). ¿Es capaz de captar siquiera los otros dos elementos de la economía (las necesidades y el sufrimiento)? Esto es lo que deberemos preguntarnos.

Pero esta pregunta nos lleva directamente a otro aspecto del problema de la visión de conjunto. Es evidente que, dependiendo del objeto, *el tipo de visión de conjunto* puede ser distinto. De hecho, una cosa es el marco objetivo de las cosas concretas del mundo que nos rodea (medios de producción, fuerza de trabajo, fábricas, minas, terrenos agrícolas, etc.), y otra bien diferente los estados de ánimo de las personas (necesidades, sufrimientos laborales), es decir, supervisar los procesos internos de las mismas. Los medios de producción son cosas visibles y tangibles del mundo exterior, contables, medibles y detectables externamente. Por el contrario, *solo podemos visualizar las necesidades o el sufrimiento en el trabajo de otra persona de una manera, poniéndonos en su lugar en nuestros pensamientos, experimentando sus necesidades, su sufrimiento laboral, respondiendo compasivamente a esas necesidades, sufriendo interiormente este trabajo*. Pero este proceso de *visión de conjunto interna* es fundamentalmente diferente de la visión de conjunto externa de los hechos. De los tres elementos de la economía, por lo tanto,

solo los medios de producción son accesibles a la visión externa, mientras que los otros dos (necesidades y sufrimiento laboral) están sujetos a un tipo sustancialmente diferente de visión de conjunto, que acabamos de llamar «visión de conjunto interna». Así pues, la respuesta a nuestra pregunta anterior (la solución económico-administrativa al problema de la visión de conjunto ¿también puede captar las necesidades y el sufrimiento laboral?) depende de *si la solución económico-administrativa es capaz no solo de una visión de conjunto externa, sino también interna, de los elementos de la economía*.

Queremos examinar más de cerca cómo los teóricos de la economía administrativa, que, como se ha dicho, centran su atención en primer lugar en la *visión de conjunto* de los medios de producción objetivos, pueden contribuir a superar esta dificultad. Al entender la economía exclusivamente como el curso técnico-material de la producción, reducen, la mayoría inadvertidamente, la economía a la producción, por lo que tanto las necesidades como el sufrimiento en el trabajo quedan automáticamente relegados a un segundo plano. *En cuanto a las necesidades*, por ejemplo, simplemente se hace como si ya fueran conocidas. Como medida de precaución, se utiliza en cierta manera el consumo como sustituto de las necesidades reales desatendidas, considerando sencillamente el consumo real de un período anterior (por ejemplo, el año previo) en lugar de las necesidades actuales. Pero *las necesidades y el consumo son cosas muy diferentes*, como sabe todo aquel cuyo consumo no satisface sus necesidades. Por lo tanto, el consumo real pasado no coincidiría con las necesidades actuales a no ser —entre otras cosas— que, en primer lugar, el consumo pasado hubiera coincidido con las necesidades pasadas, y que, en segundo lugar, las necesidades hubieran permanecido inalteradas. Sin embargo, para poder establecer esto, primero habría que conocer las necesidades. No conociéndolas, verdaderamente no queda otra que establecer arbitrariamente la igualdad entre consumo y necesidades; o, más correctamente, hacer que la igualdad entre el consumo y las necesidades aparezca sobre el papel, y así las necesidades, en realidad desconocidas, se consideren administrativamente determinadas, normalizadas y fijadas, y, por lo tanto, sean aceptadas como «conocidas». Pero esta no es tampoco una solución, porque para poder determinar, normalizar y fijar hasta qué punto deben ser

satisfechos los diferentes tipos de necesidades, primero hay que conocer las necesidades. Lo mismo podría aplicarse al *sufrimiento en el trabajo*, al esfuerzo laboral con el que se relaciona el rendimiento laboral. El gestor económico debe también conciliar la satisfacción de las necesidades con el sufrimiento en el trabajo. Sin embargo, el sufrimiento laboral no puede medirse ni por el desempeño real del trabajo ni por los salarios reales, como los economistas administrativos suelen intentar hacer. Por el contrario, lo que se mide, en parte, es la adecuación tanto del trabajo que realizar como del salario que le corresponde al sufrimiento en el trabajo, al esfuerzo del trabajo. Pero para esto debería conocerse este sufrimiento laboral, este esfuerzo del trabajo. Conocer las horas trabajadas, el producto obtenido o el salario pagado no sustituye al conocimiento del esfuerzo real realizado. En definitiva, por lo que se refiere tanto a la visión de conjunto de las necesidades como del sufrimiento en el trabajo, el planteamiento económico-administrativo se contenta con una mera solución ficticia.

Pero, volviendo a nuestra pregunta, que el economista administrativo pueda llegar a alcanzar una visión interna de la economía dependerá de *los medios* de los que disponga *la visión de conjunto*. Por lo tanto, queremos examinar ahora brevemente los medios y los límites de la visión de conjunto:

Uno de estos medios es la *estadística*. En efecto, las estadísticas son un medio general para obtener una visión exacta de los fenómenos de masas en la medida en que se trata de fenómenos del pasado y cuantificables. Pero no son un instrumento milagroso, porque sus resultados se refieren solo a hechos contables y, por lo tanto, externos, como las personas, los bienes, las tierras de cultivo, las cifras de consumo etc., y nunca en el momento presente, sino en su estado anterior. *Los fenómenos actuales, internos y cualitativos necesariamente se le escapan*. Aquí se sitúa el límite de sus prestaciones. Así pues, *la estadística es el instrumento clásico de la visión externa de la economía*.

De igual aplicabilidad general, pero de alcance incomparablemente mayor, es el segundo medio a disposición del economista administrativo: *la organización*. Todo el mundo sabe que si se organiza una industria, un ejército, una rama de la industria, etc., el

resultado será que ganarán mucha claridad. La organización trabaja de dos maneras: en primer lugar, *crea* una visión de conjunto para la dirección mediante la circulación de informes desde las posiciones «inferiores» a las «superiores»; en segundo lugar, sustituye la necesidad de una visión de conjunto para la alta dirección por una visión de conjunto más limitada, pero inmediata a las posiciones inferiores. En este último caso, la dirección forma su voluntad a partir de los «mensajes» de las oficinas inferiores. La voluntad así formada, que solo puede ser mantenida de manera general, es, en consecuencia, complementada y concretada, en el transcurso de su implementación, por los cuerpos inferiores. De este modo, toda organización actúa como un *organismo de supervisión* que, por un lado, crea una visión de conjunto y, por otro, la *subroga*. Aunque la importancia de este hecho para la solución del problema de la visión de conjunto es indudablemente enorme, está claro que la utilidad de una visión de conjunto que se ocupa solo de las personas organizadas exteriormente en la economía (¡porque solo las personas pueden organizarse, nunca la economía!) es necesariamente *limitada*.

Lamentablemente, todavía carecemos de una teoría de la organización que facilite la demostración de que la capacidad de visión de una organización está limitada principalmente por los principios subyacentes a la organización misma. Esto debe entenderse de la siguiente manera: una organización humana construida exclusivamente sobre el principio del poder, por ejemplo un ejército de esclavos, no ofrecería ninguna visión de conjunto de los rendimientos, y la dirección tendría que procurarse la visión de conjunto necesaria para el mando de otra manera (no por medio de la organización) si no quiere que la máquina humana bajo su control actúe ciegamente y al azar. Incluso las organizaciones basadas exclusivamente en el principio del derecho (el principio de la obligación jurídica), como por ejemplo un cuerpo de funcionarios, tienen limitada *su capacidad para proporcionar una visión de conjunto*. Por muy grandes que sean sus logros en ciertas áreas, como la producción, en otras, sin embargo, fracasan completamente. En efecto, tampoco el aparato burocrático más perfecto está en situación de transmitirnos la visión interna que buscamos,

la del cambio vivaz entre necesidades y gasto de trabajo de las personas sometidas a la organización. Con esto se habrían mostrado, en líneas generales, *las limitaciones de la visión de conjunto que la perspectiva económico-administrativa, tal y como se entiende habitualmente, puede proporcionarnos*.

No obstante, el fracaso más llamativo es ese modo de pensar económico-administrativo con el que estamos familiarizados, en el que el objetivo es captar la realidad concreta del movimiento obrero y los elementos de futuro que contiene. Los economistas administrativos olvidan completamente las realizaciones ya existentes de los sindicatos, las asociaciones industriales, las cooperativas o los municipios socialistas. Sin embargo, como mostraremos enseguida, todas estas entidades son *órganos de la visión de conjunto interna de la economía*, cuya importancia es muy grande, también para el desarrollo del socialismo. Nos gustaría mostrar cómo surge esta visión de conjunto utilizando el ejemplo del partido político, y pasar luego brevemente a la visión de conjunto económica que ya está hoy en día presente en los sindicatos, las cooperativas, las asociaciones industriales y los municipios socialistas.

Consideremos el estado de un partido obrero organizado democráticamente durante una crisis política aguda, es decir, en el momento de su máxima actividad. La visión de conjunto que tiene la dirección del partido sobre el estado de ánimo, la determinación, la influencia y la capacidad de acción de los votantes organizados en el partido es perfecta. La dirección conoce hora a hora todas las corrientes y tendencias en el seno de las masas y, según su dirección e intensidad, reacciona a ellas con la sensibilidad de los mejores aparatos físicos. *La visión de conjunto interna de las tendencias en cuanto a voluntades y sentimientos de amplias capas del electorado se realiza completamente en un partido así. Pero, además de la casi perfecta visión de conjunto de la dirección, existe también en buena medida una «visión de conjunto de los militantes»*. Cada *miembro* de una organización partidista viva y democrática siente exactamente si el poder y la capacidad de acción del movimiento en su conjunto están, en un momento dado, en una fase ascendente o descendente, dependiendo la claridad de esta visión casi exclusivamente del carácter democrático del partido. Esta viva

visión de conjunto interna en el marco del partido sirve naturalmente para salvaguardar los intereses políticos del electorado de la manera más completa posible y para permitir que el poder, la determinación y la disposición al sacrificio del individuo particular actúen en beneficio de todos a través de la dirección.

La situación de las organizaciones económicas del movimiento obrero es muy similar.

Por ejemplo, veamos un sindicato organizado democráticamente en vísperas de un conflicto decisivo con la patronal. En este momento, tanto la dirección como los miembros de los sindicatos tienen una visión precisa de las corrientes y de las tendencias subyacentes que operan en el sindicato, y sopesan exactamente los objetivos y los medios en relación con las fuerzas disponibles. Pero además de esta visión consciente de las condiciones de la lucha, hay, aunque en su mayoría casi inadvertida, una visión diferente dentro del sindicato, una visión cuyo significado ya no está vinculado al orden capitalista, sino que, por el contrario, solo se puede desarrollar plenamente bajo el socialismo. Antes de pasar a la «batalla abierta» del caso anterior, *primero* todas *las demandas contradictorias de los miembros* tienen que ser oportunamente sopesadas, evaluadas y reconocidas *internamente*. *Las evaluaciones contradictorias respecto del trabajo de los miembros deberán ser equilibradas en la medida de lo posible*. Los numerosos factores que afectan a los niveles salariales (edad, número de hijos, educación, peligrosidad, responsabilidad, rareza del trabajo, etc.) deberán ser equilibrados de manera justa. Si esto no se hiciera, el sindicato podría escindirse en mitad de una lucha. Esta exigencia es tan evidente que, en la mayoría de los casos, ni siquiera es necesario hacer hincapié explícitamente en ella. Forma parte de la vida normal del sindicato y, por ello, se impone casi automáticamente. Pero el hecho de que pueda imponerse sin más demuestra que en el sindicato existe, de manera tan potente como inadvertida, una visión de conjunto interna de los miembros, completa y viva, acerca de la valoración recíproca del trabajo de los mismos. El sindicato es ya hoy en día, por lo tanto, un órgano de la visión interna de los miembros sobre el mundo del trabajo, la cual elabora directamente una visión de conjunto de la dirección y de los miembros acerca de todos los tipos de gasto de trabajo. No es

solo, como ya se ha dicho a menudo, un órgano de la visión de conjunto externa de la *fuerza de trabajo* como medio de producción, sino también un medio de la visión interna de ese otro elemento tan distinto de la economía: el *sufrimiento laboral*. Lo que en el capitalismo solo puede realizar el mercado laboral fijando de manera mecánica y externa los precios de la fuerza de trabajo, aquí se obtiene orgánicamente y de manera fundamentalmente distinta, por medio de una visión interna directa (aunque todavía dentro de los límites salariales capitalistas).

El caso de las *asociaciones industriales* también es instructivo. Lo que se hace dentro del sindicato con respecto a una profesión, a una rama, en la asociación industrial se hace por una industria. Una industria aglutina a trabajadores manuales e intelectuales, trabajadores de taller y de oficinas pertenecientes a sectores diferentes. Cada uno de estos sectores desempeña una determinada función en el organismo de la industria en cuestión. La asociación industrial de los trabajadores está preparada para luchar contra los empresarios, así como para controlar o, si es posible, tomar el control de la industria solo si hay una visión clara dentro de la asociación industrial de la importancia de cada uno de los sectores para la industria en su conjunto. Huelga decir que esta importancia, es decir, la importancia de la función de los distintos sectores, no puede decidirse ahora por votación en la asociación industrial: en este caso, la democracia formal, en el sentido del dominio de la mayoría, ya no tiene ningún valor legítimo. Sin embargo, en toda asociación industrial sana existe una especie de visión de conjunto interna de las respectivas relaciones de fuerza entre los distintos sectores según su importancia, es decir, según la importancia de su función dentro de la empresa, de la industria. Esta visión de conjunto interna es mucho más que un sentimiento borroso, *es la base misma de la organización de la asociación*. La visión global interna sobre el significado funcional de los distintos sectores, es decir, la importancia de la función de cada uno de ellos en la empresa, en la industria, es obviamente uno de los elementos de futuro más importantes en la construcción del actual movimiento obrero. Ello constituye, de hecho, uno de los requisitos previos esenciales para *la autogestión industrial*.

Del mismo modo, el caso de una floreciente *cooperativa* de consumidores y organizada democráticamente es similar. En el contacto cotidiano y directo con las mujeres de los trabajadores y gracias a las relaciones constantes y directas con los habitantes del lugar que, al mismo tiempo, tienen derecho a votar y a influir en la dirección de la cooperativa a través de sus comentarios y críticas, la dirección de la cooperativa se convierte en un órgano de la visión de conjunto interna de las necesidades de los socios, visión que puede tener la misma intensidad y amplitud que la de un cabeza de familia acerca de las necesidades de sus familiares.

Aunque de otra manera, encontramos la misma función general en una municipalidad socialista. Los residentes de un barrio, que tienen las mismas necesidades comunes y cuyos dirigentes forman parte del mismo entorno, transmiten a la dirección una visión de conjunto interna completa de sus necesidades en cuanto que miembros de la comunidad.

Llegamos así a la *conclusión* de que las formas existentes del movimiento obrero son de gran importancia para el problema de la visión de conjunto. Porque es común a todas estas formas el que en ellas se manifiesta directamente, a través de su organización, un elemento esencial de la economía.

Pero estas organizaciones del movimiento obrero tienen también una segunda característica en común: no son estructuras económico-administrativas concebidas artificialmente e impuestas desde arriba, sino que son básicamente el resultado de la actividad autónoma de los trabajadores, de su progresiva autorganización. A este desarrollo desde dentro hacia fuera tenemos que atribuir *su capacidad para formar una visión de conjunto. El principio subyacente a estas organizaciones es diferente del principio en el que se basan las formaciones económico-administrativas*. Sin embargo, como ya hemos dicho, depende del principio subyacente de la organización si la organización actúa como un medio de la visión de conjunto y en qué medida. El principio subyacente a estas organizaciones del movimiento obrero no es, esencialmente, ni el principio de poder, coerción o autoridad, ni el principio legal abstracto, el principio burocrático (aunque ni el uno ni el otro pueden estar ausentes), sino que es, ante todo, el principio cooperativo en el sentido más amplio de la palabra, el principio

de conexión entre iguales, de la autorganización genuina. *La autorganización, esta es nuestra principal conclusión, es un instrumento de la visión interna de conjunto de ese ámbito de la vida del que nace la motivación para la autorganización*. Aquellos que se relacionan con sus compañeros en la *cooperativa de consumidores* para satisfacer sus necesidades crean así un órgano de visión de conjunto interna sobre la intensidad y la orientación de las necesidades de todos sus miembros. Aquellos que se unen en el marco de un sector, de una profesión, a sus colegas de un *sindicato* para proteger su trabajo crean también, de la misma manera, un órgano de visión de conjunto interna sobre la intensidad y las tendencias de las mutuas evaluaciones respecto del sufrimiento en el trabajo. Cuando trabajadores de diferentes ramos y profesiones se unen como miembros de una *asociación industrial*, esta asociación se convierte en un órgano de visión de conjunto interna relativo a la importancia de cada sector individual en el seno de una industria, y a la importancia de cada sector individual para el conjunto de la industria en cuestión. Aquellos que, como habitantes de una localidad, se unen para satisfacer las necesidades colectivas, en el marco de una *comunidad socialista*, también crean un órgano de visión de conjunto interna sobre la intensidad y la orientación de sus necesidades comunes en cuanto que vecinos. Cuanto más vivas e intensas sean las actividades de los individuos en estas organizaciones, más precisa y vívida será la visión de conjunto que se ofrece, tanto a la dirección como, en parte, a los miembros, del elemento de la vida económica a partir del cual se originó la organización.

¿Se puede derivar de estas ideas algo útil para la *práctica del movimiento obrero*? Al menos en un aspecto nos parece seguro que sí. La comprensión de la naturaleza del problema de la visión de conjunto nos proporciona un criterio claro y sencillo para evaluar ciertas cuestiones importantes de la práctica organizativa. La forma correcta de organizarse es, por supuesto, evidente en la mayor parte de las ocasiones por la naturaleza de la tarea y las circunstancias imperantes. Sin embargo, muy frecuentemente se puede elegir entre diferentes formas y posibilidades de procesos organizativos. A menudo nos preguntamos, en vano, *¿qué forma y qué posibilidades deberíamos elegir en cuanto que socialistas?* En

estos casos, la única pregunta que hay que hacerse es *si una forma u otra de organización puede asegurar mejor la visión de conjunto interna*. No siempre será posible considerar como un progreso la convergencia de organizaciones de diferente naturaleza, como propone en tantas ocasiones la perspectiva económico-administrativa; sin embargo, este será el caso cuando la pérdida de claridad interna, que es casi inevitable, se vea compensada por otras ventajas. No toda nueva «organización» significa necesariamente un progreso organizativo en el sentido socialista del término. Existen también organizaciones defectuosas, y una de las maneras de evitarlas es comprobar la transparencia de la organización en cuestión, es decir, el grado de visión global que tiene. Los economistas administrativos, especialmente, en su frenesí organizativo sin duda bienintencionado, pecan con demasiada frecuencia contra este mandamiento. En segundo lugar, el organizador práctico obtiene, a través de estos conocimientos, una comprensión más profunda de la importancia de la *democracia en el seno de las organizaciones obreras*, porque debería quedarle claro que la capacidad de estas organizaciones para desempeñar su función depende de la cantidad de democracia viva que se implemente en sus vidas cotidianas. En tercer lugar, también aprende gradualmente a comprender que no basta con que la dirección por sí sola obtenga una visión de conjunto; la organización le debe permitir también a cada uno de sus miembros tener una amplia visión de conjunto desde *su propio punto de vista*. Es bien sabido que la realización de este requisito es una de las tareas más interesantes y difíciles que se le presentan al organizador en la práctica. Por supuesto, la dirección por sí sola no puede cumplir esta tarea. Cada trabajador debe dar lo mejor de sí mismo a la organización. Pero, por lo que respecta a la naturaleza de su participación, sobre todo en la vida cotidiana, una mayor visión general de los miembros proporciona en la práctica indicaciones útiles. Solo en este sentido es cierto, incluso doblemente cierto, que el camino hacia el socialismo es un problema de organización.

Pero para los objetivos más elevados del movimiento obrero, la comprensión de la visión de conjunto de los sindicatos, de las asociaciones industriales, de las cooperativas, de los municipios socialistas y de los partidos obreros no es indiferente. *La democracia*

funcional en el sentido de Otto Bauer[2] como la «cooperación constante de los compañeros que deben representar los intereses de la comunidad y de aquellos que ejercen en las diversas profesiones una función particular» solo es posible si el individuo toma conciencia, de una manera u otra, de sus funciones particulares. A propósito de la labor educativa que hay que llevar a cabo para ello, Bauer dice acertadamente que es, sin duda, el problema de la organización socialista. Sobre este problema de concienciar a la gente sobre las funciones especiales del individuo, nos gustaría hacer hincapié en una sola cosa más: en todo el campo del socialismo vale la afirmación de que cualquier «conciencia» puede convertirse en realidad solo en la medida en que corresponda a un contenido concreto. Porque no hay conciencia sin contenido, sin objeto, sin —donde hay una multiplicidad— visión de conjunto. La conciencia de las funciones económicas especiales también presupone, por lo tanto, una visión de conjunto especialmente dirigida hacia los elementos económicos. Ofrecer esto es uno de los logros más importantes de las organizaciones originarias del movimiento obrero. En este punto, nuestra contribución a la solución del problema general toca la gran cuestión de la democracia funcional como forma de vida del socialismo.

2. Otto Bauer (1881-1938). Político socialdemócrata austríaco considerado uno de los mayores exponentes del denominado «austromarxismo». Ejerció como ministro de Asuntos Exteriores en el Gobierno de coalición entre socialdemócratas y socialcristianos formado al terminar la Primera Guerra Mundial, aunque no llegó a cumplir un año en el cargo (noviembre de 1918 – julio de 1919). Fue el fundador de la publicación *Der Kampf*, órgano teórico del Partido Socialdemócrata de Austria y en el que Polanyi publicó este artículo.

SOBRE LA LIBERTAD[1]

Todo socialista reflexivo se habrá planteado a sí mismo, abierta o internamente, la dolorosa pregunta: ¿no habrá al final algo de cierto en la objeción de nuestros oponentes de que el socialismo moderno no supone más que las típicas cuestiones materiales y de que, en el mejor de los casos, no implica sino una demanda de justicia, pero que no puede pretender ser una concepción de la vida o del mundo (*weltanschauung*)?

Queremos mirar de frente a esta cuestión, y no rehuir ninguna consecuencia que nos pueda conllevar. ¿Es el socialismo

1. «Über die freiheit». Se trata de un manuscrito sin fecha pero que hay consenso en situar en 1927. Puede consultarse en KPA: Con_02_Fol_16. Aquí nos encontramos con dos versiones. La primera es un trabajo mecanografiado que podría corresponderse con alguna conferencia. Ocupa treinta y ocho páginas y, con algunas excepciones, no hay correcciones sobre el texto. La segunda es una versión corregida de este primer escrito, sobre todo en su primera mitad, pero el estado de algunas páginas, la aparición de hojas intercaladas escritas a mano y de imposible lectura e, incluso, el manifiesto deterioro de algunas de ellas hacen muy difícil seguir el texto. Parece que esta segunda versión estaba destinada a publicarse en la revista *Der Kampf*, pero, por razones desconocidas, nunca llegó a ver la luz. Seguiremos aquí la versión publicada en Karl Polanyi: «Menschliche freiheit, politische demokratie und die auseinandersetzung zwischen sozialismus und faschismus», en *Chronik der großen Transformation. Artikel und Aufsätze (1920-1945)*, vol. 3, pp. 137-164 (*Crónica de la gran transformación. Artículos y ensayos (1920-1947)*, vol. 3: «Libertad humana, democracia política y el enfrentamiento entre socialismo y fascismo»).

una *weltanschauung* y, si lo es, cuál es su significado y su contenido? Esta es la cuestión a la que nos enfrentamos.

Una formulación sucinta del objetivo final del socialismo la encontramos en Friedrich Engels. Es la noción del salto del reino de la necesidad al reino de la libertad. Esta formulación le puede parecer a algunos una simple consigna. Y en cierta medida lo sería si este salto debiera entenderse en sentido epistemológico o dialéctico. Desde el punto de vista de la epistemología no podríamos comprender que el curso del desarrollo, que parece ser necesario en el sentido de la ley natural, es decir, concebido como determinado, dejase de ser determinado, es decir, necesario, exactamente el día en que el socialismo celebrara su victoria. De la misma manera, tampoco tendría mucho sentido que la libertad fuera considerada meramente en el sentido del movimiento dialéctico del espíritu hasta la fase de la libertad, *à la Hegel*. Pero la frase de Engels tiene un significado diferente. Expresa un conocimiento social, un conocimiento de la naturaleza de las relaciones humanas recíprocas de una manera que pretende hacer conscientes las implicaciones morales de este conocimiento. Por lo tanto, deberíamos comenzar por el desarrollo de este conocimiento sociológico.

La necesidad de que el socialismo triunfe a favor de la libertad es, como bien se sabe, la necesidad de las leyes históricas de la economía capitalista, que operan como las leyes naturales de esta sociedad. La superación de estas necesidades está conectada a la disolución de esas realidades espirituales que, habiendo sido creadas por el capitalismo, son parte de la verdadera esencia de este estadio sociohistórico.

En la sociedad capitalista hay toda una serie de realidades espirituales que existen y actúan independientemente de la voluntad de cada individuo en la sociedad y, así, tienen una existencia objetiva. La manera en que operan es, así mismo, independiente de la voluntad de los individuos; para él, sus operaciones representan una secuencia de acontecimientos gobernada por ideas objetivas.

En primer lugar, esto se aplica a la economía. «Capital» y «trabajo» tienen aquí una existencia objetiva. Se enfrentan uno con el otro independientemente de la voluntad de los capitalistas y de los trabajadores individuales. Más aún, el capital supone intereses, la oferta y

la demanda se encuentran en los mercados y las crisis interrumpen el curso de la producción. Vemos continuamente que, a pesar de la disponibilidad de máquinas y materias primas, de fuerza de trabajo disponible y de necesidades urgentes insatisfechas, el aparato productivo se detiene como si estuviera paralizado y ningún poder terrenal parece capaz de ponerlo en movimiento. No es la voluntad humana, sino los precios los que deciden cómo se utiliza el trabajo. No es ninguna voluntad humana, sino las tasas de interés las que imponen el capital. El capitalista es tan impotente frente a las leyes de la competencia como lo es el trabajador. Tanto los capitalistas como los trabajadores, los seres humanos en general, aparecen como meros extras en el escenario de la economía. Solo la competencia, el capital, el interés, los precios, etc., son activos y reales aquí, hechos objetivos de la existencia social, mientras que la voluntad libre de los seres humanos es solo un espejismo, mera apariencia.

Marx vio un problema en este estado de cosas. Preguntó: ¿cómo pueden los objetos inanimados como las máquinas y las materias primas dominar las vidas de los seres humanos? ¿Cómo pueden los precios de las mercancías, que no son algo que esté intrínsecamente ligado a estas, convertirse en propiedades de estas mercancías, igual que el material del que están hechas? ¿Cómo pueden las máquinas generar intereses como si fueran árboles cuyos frutos se pueden recoger? O, de manera más general, ¿cuál es la esencia de este proceso espectral que se nos aparece como una realidad en el capitalismo? Y ¿qué es lo que explica las leyes de acuerdo a las cuales procede esta realidad?

Plantearla de esta forma era equivalente a responder la cuestión; estas realidades aparentemente humanas no son otra cosa, en definitiva, más que los efectos de ciertas relaciones en el mundo humano. Son efectos de las relaciones entre personas, específicamente de estas relaciones en las que los seres humanos se enfrentan unos a otros como actores económicos, o en pocas palabras: las relaciones de producción.

¿Por qué existe el capital? La máquina, que en sentido humano es solo trabajo muerto, puede oponerse al trabajo vivo, el trabajador, como poder independiente de él, como capital, solo porque el trabajo muerto, el producto del trabajo —máquinas o

herramientas— ha sido alienado del trabajo vivo al convertirse en propiedad de otros. Sin esta alienación del trabajo muerto, esto es, sin la propiedad privada de los medios de producción, que priva al trabajador actual del control de su propio trabajo muerto, el trabajo vivo sería una simple continuación del trabajo muerto. Que las cosas sean diferentes en el capitalismo es una consecuencia del hecho de que, aquí, la interrelación de los actores económicos no es una relación cooperativa del colectivo de los trabajadores que usan el producto colectivo de su trabajo muerto, los medios de producción, como herramientas para su trabajo actual, sino que es la relación capitalista entre los trabajadores —cuyo trabajo muerto (los medios de producción) les ha sido alienado— y aquellos que están en posesión de ese trabajo muerto, es decir, los capitalistas.

La falta de libertad pertenece, pues, a la esencia moral de la «relación capitalista»: la falta de libertad de los trabajadores asalariados, los proletarios, que dependen de los medios de producción en posesión de otros. Trabajan bajo las órdenes de otras personas. No es degradante trabajar a las órdenes de otros: cualquier trabajo colectivo requiere ser coordinado mediante órdenes. Lo que es degradante es el hecho de que, bajo las condiciones dadas, el poder para mandar, al que están sujetos los trabajadores, es un poder alienado, aunque debería ser de los propios trabajadores ya que, desde el punto de vista social, descansa en el producto de sus propios trabajos, la máquina. Sin embargo, esta falta de libertad también es degradante porque restringe la individualidad de aquellos que están sujetos a ella.

Al separar al trabajador de su producto, se le separa, por así decirlo, de sí mismo. Parte de sí mismo, su trabajo muerto, está alienado de él. El trabajador está en parte alienado de sí mismo. Y, en última instancia, es esta parte de su vida —la que está alienada de él—, la que domina el resto de su vida.

¿Qué es una «mercancía»? ¿Qué es un «precio»? ¿Por qué existen?

Los precios, que aparecen como «propiedades» de las mercancías, tampoco son, en definitiva, más que relaciones entre seres humanos, en realidad entre las personas que han producido esas mercancías. La relación de los productores entre sí, en una sociedad con una división del trabajo basada en la propiedad privada, es

peculiar: las mercancías se producen para los demás sin conocerse estos entre sí. No trabajan de manera cooperativa, sino en grupos aislados; aislados entre sí por la propiedad privada, a través de la propiedad privada de los poseedores de las empresas, y de esta manera la asignación del trabajo total a los trabajadores individuales es imposible de planificar de antemano. Esta asignación tiene lugar después, cuando los precios en el mercado indican si una mercancía se ha producido demasiado o demasiado poco. Por tanto, lo que parece como un precio, es decir, como una relación de intercambio entre las mercancías, es solo la relación entre las distintas personas que producen en el seno de la división del trabajo. La relación de los poseedores con los desposeídos (la relación del capital) y la relación de los trabajadores entre sí en una sociedad basada en la división del trabajo, en la que los trabajadores están separados entre sí a través de la propiedad privada de los poseedores, estas relaciones de los seres humanos forman la base original de las realidades sociales en el capitalismo, como son el capital, los precios de las mercancías, el interés, etc. Si el trabajo muerto del trabajador (los medios de producción) no se hubieran alienado de él, no habría «capital»; si los trabajadores no hubieran sido alienados entre sí por el capital privado de los poseedores de las empresas, y si solo produjeran de manera cooperativa, no habría «precios de las mercancías». La alienación de los seres humanos respecto de los seres humanos y la alienación de las cosas («mercancía», «capital») respecto de los seres humanos son ambas, por lo tanto, consecuencias de la propiedad privada en una sociedad fundada en la división del trabajo. «Capital» y «precios» dominan solo aparentemente a los seres humanos: en realidad, los seres humanos están dominados aquí por otros seres humanos. Esto es aplicable no solo a la economía, sino también al Estado.

La sociedad crea un órgano para proteger sus intereses comunes contra los enemigos externos e internos. Este órgano es el poder del Estado. Este órgano, apenas creado, asume *una existencia independiente* con respecto a la sociedad [...].[2] Y lo que se aplica

2. En este texto, los puntos suspensivos entre corchetes indican la existencia de texto ilegible en el original.

a la economía y al Estado se aplica por igual a todas las demás entidades, órganos, objetivaciones y leyes naturales en el ámbito de la sociedad.

Entre el reino de la naturaleza, donde impera la necesidad, y el reino humano, donde impera la libertad, está, «hasta ahora», como dice Engels, el «reino de la historia». O, según Marx, entre el ser y la conciencia se encuentra el mundo del «ser social». La relación de las personas de carne y hueso entre sí es la única cosa real en la sociedad: esas realidades pueden teóricamente disolverse en relaciones entre personas.[3]

En el capitalismo esta solución solo puede llevarse a cabo en el pensamiento: sigue siendo un *conocimiento teórico* de la sociología. *Implementarla en la realidad*, llevarla a la práctica, *es la tarea del socialismo*. El socialismo resuelve prácticamente las realidades espectrales e ilusorias de la sociedad que hoy en día nos dominan en aquello que Marx resolvió teóricamente: en relaciones directas entre los seres humanos.[4]

Libertad y *humanidad* son sinónimos en Marx. En lugar de una sociedad burguesa, quiere una «sociedad humana». Cuanto más inmediata, más significativa, más realista es la esencia humana que surge de las relaciones sociales, más libre es el ser humano, más humana es su sociedad. Ninguna «voluntad» enajenada, que en esencia es su propia voluntad alienada, ninguna legalidad que no sea dominada por él porque, por así decirlo, hubiera surgido a sus espaldas limitaría pues su voluntad consciente, responsable y, por lo tanto, genuinamente humana.

Veamos: no solo se trata aquí de superar un orden injusto en favor de uno justo, sino que, a través de esa superación, la humanidad debe alcanzar una nueva y, hasta este momento, inimaginable etapa de libertad. El ideal socialista va más allá de la exigencia de justicia. Esto ya había sido planteado por las revoluciones burguesas, que

3. Polanyi señala este punto como el lugar en el que debería incorporarse el Anexo I.
4. El inicio del siguiente párrafo está tachado con lápiz, lo que parece indicar la voluntad de Polanyi de reformularlo en el marco de una revisión posterior.

originalmente exigían una permanente igualdad y justicia, un objetivo que solo más tarde fue rechazado por la economía. El reconocimiento externo de la igualdad humana, esto es, de la justicia, es una condición previa indispensable para un orden social basado en los seres humanos. Es precisamente esta realización de la justicia económica la que, por razones constitutivas, no es posible en el capitalismo, ya que en este las personas no pueden ser dueñas de la ley del valor (la ley de la acumulación capitalista), lo cual constituye la causa básica de que los socialistas exijan la socialización de los medios de producción. Sin embargo, incluso una condición justa de la sociedad sigue siendo una condición ético-formal, porque no se fundamenta necesariamente en la libertad y en la responsabilidad de los individuos. Puede haber también una justicia dictatorial, y si la justicia, cuando se realiza a través de la democracia, supone un auténtico progreso moral, ello no se debe a la naturaleza de la justicia, sino a la de la democracia, la cual es inseparable de la responsabilidad individual, por pequeña que esta sea.

En todo caso, el socialismo no se limita a la exigencia de la igualdad externa entre los seres humanos, a la *exigencia de justicia*. Puesto que extiende la demanda de justicia a la economía, se enfrenta a un estado de la sociedad en el que la injusticia prevalece como una necesidad económica, pero en la que los seres humanos no tienen el control de su economía y, por lo tanto, tampoco de las necesidades de esta economía. La lucha por la justicia económica conduce a la lucha contra una estructura social en la que el ser humano no tiene el control sobre los efectos de su voluntad; conduce a la lucha por superar la necesidad social a favor de una nueva libertad, la libertad social de la humanidad.

Esta idea de *libertad social* es específicamente socialista. Tanto el conocimiento sociológico de la condicionalidad puramente humana del ser social como el impulso de realizar históricamente este reconocimiento provienen de la vida proletaria. Al reconocerse a sí mismo como lo que es, como el último elemento del ser social, el proletario reconoce al ser social como una entidad condicionada puramente por el ser humano, una entidad de la que él, el ser humano por excelencia, es la piedra angular.

El proletario solo puede librarse de la relación capitalista sustituyéndola por la relación puramente humana de seres humanos con seres humanos: la relación de cooperación de los trabajadores. De este modo, no solo cesa el dominio de unos seres humanos sobre otros seres humanos, sino que, al mismo tiempo, el ser humano se convierte en el dueño de sí mismo: ya no es un mero servidor de leyes sociales aparentemente independientes de él, sino un ejecutor directo de su voluntad.

Pero el impulso de una forma de vida, la vida cooperativa, en la que esta condicionalidad del ser social se disolvería directamente en su propia existencia surge de su lucha contra la relación social capitalista, que solo puede ser superada por esta forma de vida. Así como no necesita de un científico para ese conocimiento, tampoco necesita una reeducación ética para lograr este impulso: la ciencia y la ética solo abren sus ojos a esa parte espiritual del ser que está condicionada por su posición de clase.[5]

Sin embargo, ni la sociología proletaria ni la ética proletaria han emergido históricamente de la nada. Así como la sociología de Marx surgió, como es bien conocido, a través del análisis de las categorías económicas de la economía política clásica, es decir, como una continuación de la sociología ricardiana y fisiocrática, así también la ética proletaria es la continuación de la ética más allá de sus posibilidades burguesas. No solo los hechos, sino también las precondiciones éticas de un nuevo orden social se desarrollan en el vientre de la vieja sociedad. Porque al igual que las posibilidades fácticas, las demandas éticas de un orden social superviviente también apuntan más allá de sus propios límites. Y lo mismo ocurre con la idea de libertad, la cual, en su forma burguesa más elevada, conduce a una contradicción insoluble. Porque ser libre consiste en rendir cuentas a mi conciencia, y solo a mi conciencia. La responsabilidad para conmigo mismo, este es el material con el que se realiza la libertad. Mi personalidad se demuestra al equilibrar las responsabilidades

5. Tanto una referencia de Polanyi como la numeración de las páginas sugieren que el Anexo II debería intercalarse en este punto. Por añadidura, varias páginas de manuscritos ilegibles fueron incorporados con pegamento al manuscrito inicial.

que se me plantean. Cualquier otro sujeto ni puede ni debe negarme esta decisión. El Estado y la sociedad no pueden ser aceptados como sujeto moral. Cuando se trata de los poderes feudales —los estados, la Iglesia, los gremios, las dinastías—, el ciudadano puede aferrarse interiormente a esta posición negativa. Pero no puede hacerlo respecto a lo suyo, a la sociedad burguesa, porque no puede negar su participación en ella, ni puede acordar únicamente consigo mismo las responsabilidades que de esa participación se derivan. Tampoco puede abandonar la exigencia de una autorresponsabilidad ilimitada. [...] La configuración heroica de esta contradicción conduce al imperativo categórico de Kant, a su adhesión desesperada a un concepto sin sentido del deber como función social de la personalidad. En la decadencia burguesa esta tensión heroica entre el ideal y la realidad se disuelve en un giro escéptico contra el ideal de libertad, como en el fascismo, o en un idilio pequeñoburgués de sobriedad moral. Históricamente, la idea de responsabilidad como fundamento de la libertad interior surge en Occidente en su forma más pura en el calvinismo. Su hostilidad hacia el Estado y hacia la sociedad proviene de este núcleo de su ser: la responsabilidad que el individuo asume por sí mismo debe ser alcanzada a expensas de los portadores tradicionales de responsabilidades morales, a expensas de las formas orgánicas de la sociedad medieval. En el mundo del Dios medieval, la responsabilidad es también una especie de monopolio corporativo. Reside en las comunidades orgánicas tradicionales, como la familia, la comunidad, el gremio, la nobleza o la Iglesia. Reclamar la responsabilidad personal significa aquí rechazar las formas colectivas de responsabilidad, negar la validez de lo «social» en el campo de la moral. Las almas cruzan individualmente el umbral de la personalidad: para ellas, los «otros», la «sociedad», continuarán aferrándose a la existencia natural, a la responsabilidad muerta de la que la conciencia del recién nacido se esfuerza por separarse. La sociedad sigue siendo para ellos, en la medida en que pueden captar su concepto, una parte del ámbito de la criatura, de la creación no redimida. Su autoridad, ya sea estamental, eclesiástica o estatal, es el poder del mal. Pero ni siquiera con el individuo de ideas afines tiene el alma que asume la responsabilidad ningún vínculo social. El dogma de la predestinación

disuelve el mundo en soledades. Como una naturaleza sin vida, el vecino de uno no es sino un mero medio para la autoafirmación moral de uno mismo. La apasionada obsesión calvinista por incrementar ilimitadamente su propia responsabilidad confiere a la idea de libertad interior la fuerza para afirmar tanto la personalidad como la resistencia y el rechazo absolutos a la sociedad y al Estado. El individuo puede afirmar ahora esta posición absolutamente utópica y extrasocial solo en la medida en que él mismo no tenga participación ninguna en los poderes sociales objetivos. Mientras el ciudadano se entienda a sí mismo como un cuerpo extraño o aislado dentro de una sociedad estamental en proceso de disolución, podrá considerar real una existencia fuera de la sociedad. Pero ni siquiera la sociedad burguesa suprime la naturaleza formalmente extrasocial de sus miembros. Más bien la confirma: la «sociedad burguesa», según su concepto más estrecho, no es una sociedad de sus ciudadanos, sino una mera realidad que solo se entiende como existente en contraste con el Estado. La existencia de la sociedad burguesa, no de esa extraña sociedad estamental, sino de la propia sociedad burguesa, y su participación en ella, es el punto en el que el utópico aspecto extrasocial del individuo entra en contradicción consigo mismo.

El «contrato social» y el imperativo categórico representan, así, dos intentos complementarios de resolver esta contradicción. Rousseau disuelve la parte que le corresponde al individuo en el estado en libertad a través de una autolimitación acordada. En la fórmula de Rousseau, la autolimitación todavía está guiada por un motivo, aunque este sea deliberadamente racional, en el cual el vecino desempeña un cierto papel en ella, por más que este sea un motivo formal. Kant sintió tanto la indignidad de esta motivación racionalista como la contradicción de aceptar la limitación pactada con el otro como una autolimitación moral. En su imperativo categórico, tanto el motivo como el vecino parecen desaparecer completamente del cuadro. La relación del individuo con su propia función social, con el Estado, se convierte también formalmente en un problema exclusivo de la libertad interior del individuo, a través de un concepto del deber cuyo carácter es tan extraordinariamente abstracto que no cabe mayor abstracción. Pero es precisamente la

forma estricta de esta solución la que revela claramente la contradicción que niega. Puesto que la responsabilidad del individuo debería ser incluir formalmente lo social, esta responsabilidad pierde todo significado humanamente comprensible, todos los contenidos posibles.

La idea de asumir la responsabilidad por nuestra parte personal en las vidas de los «otros», esto es, en las realidades sociales, y por tanto incorporarla al reino de la libertad es impracticable en el mundo burgués. Pero es igualmente inviable renunciar a esta idea y, de ese modo, limitar arbitrariamente nuestra responsabilidad y, en consecuencia, limitar nuestra libertad. Las ideas de libertad y de responsabilidad del mundo burgués apuntan más allá de las fronteras de este mundo.

El verdadero concepto de libertad social se basa en la relación real del ser humano con sus semejantes. Nos obliga a cumplir esta exigencia al darnos cuenta de que, por un lado, *no hay un comportamiento humano que no tenga consecuencias sociales y, por otro, en la sociedad no hay ni puede haber una entidad, un poder, una estructura y una ley que no se basen*, de una manera u otra, *en la preservación de los seres humanos individuales*. Para el socialista, «actuar en libertad» significa actuar con la conciencia de que somos responsables de nuestra parte en las relaciones mutuas de las personas entre sí, fuera de las cuales no hay realidad social, y *darnos cuenta de que tenemos que asumir esta responsabilidad*. Por lo tanto, ser libre ya no significa aquí, como en la ideología típica del burgués, estar libre *de* deberes y responsabilidades, sino ser libre *mediante* responsabilidades y deberes. No es la libertad de alguien que se ha liberado de la necesidad de escoger, sino la de aquellos que eligen; no es la libertad de liberarse del deber, sino la del deber que uno se asigna a sí mismo; es decir, no es una forma de separarse de la sociedad, sino la forma fundamental de conexión social; no el punto en el que cesa la solidaridad con los otros, sino el punto en el que asumimos sobre nosotros la irrefrenable responsabilidad del ser social.

Ahora bien, debemos preguntarnos si asistiríamos así a la abolición del concepto de libertad personal. ¡En absoluto! La libertad personal, la libertad y la responsabilidad del individuo en sus relaciones extrasociales que, no obstante, existen, es y sigue siendo el fundamento inalterable de la vida interior. El socialismo no

significa la aniquilación de esa libertad, sino una crisis de la que el concepto de personalidad emerge más fuerte que nunca. La mayor parte, la parte esencial, de la vida humana, tiene lugar en el seno de las relaciones extrasociales. La relación del ser humano con su entorno, con sus amigos, con su familia, con su pareja y sus hijos, su relación con sus propias capacidades y sus trabajos, su relación consigo mismo, la coherencia y sinceridad con la que se confronta a sí mismo y responde en su más íntima conciencia a su destino marcado por la muerte: aquí prevalece la libertad personal, por la cual el ser humano se hace ser humano. Una «sociedad humana» es impensable sin ella.

El hecho de la socialización, por supuesto, no elimina este fundamento del ser moral. Sin embargo, la realización de este hecho, el *conocimiento* de la socialización, abre una nueva fase en el desarrollo de la libertad personal. Antes del conocimiento de la socialización, el individuo vive, por así decirlo, en la inocencia paradisíaca de la existencia extrasocial. Su libertad, por poco profunda y pobre que sea en realidad, le parece sólida e integral. Pero la imagen se oscurece de repente tan pronto como ha comido del árbol del conocimiento social. Lo idílico se convierte en un problema; el punto de partida ingenuo y firme de la existencia moral se convierte en un objetivo por el que luchar.

Es precisamente el ser humano socialmente sensible y ético el que se ve hoy amenazado por el peligro de que su libertad personal interior sea anulada completamente por esta misma orientación ética. Y ello porque su ser social le abre los ojos al infinito entrelazamiento mutuo de las vidas humanas y, por lo tanto, a una serie incalculable de responsabilidades de las que se acusa involuntariamente. Siente que tendría, que podría, que debería liberarse de los destinos de otros y, en cierto sentido, hacer valer su libertad personal a pesar del hecho de la socialización general; pero siente, y esto no lo siente con menor claridad, que solo podría hacerlo sin dañar a su propia personalidad si paga el precio completo por ello, es decir, si ha cumplido plenamente con todas las responsabilidades que le impone la existencia social. Pero no ve ningún medio, ninguna manera de hacerlo. En consecuencia, se recluye en sí mismo, sin ser capaz de proporcionar contenido alguno a esta retirada.

En el mundo burgués, que no reconoce la socialización en sentido concreto, la personalidad no puede desarrollarse más allá de ciertos límites estrechos. Las fronteras están determinadas por su relación negativa con la sociedad. Para el individuo del mundo burgués, el conocimiento social, la fuente más importante de humanización, se secó. El derecho penal, el derecho civil y las convenciones burguesas «regulan» la relación del individuo con los demás. Y dentro de estos límites, dentro de estas determinaciones externas, el individuo trabaja y teje la ilusión de su libertad. Sin embargo, estas mentes sensibles que, no obstante, perciben intuitivamente la naturaleza de la socialización y su propio e ineludible entrelazamiento con las vidas de los otros huyen de la repentina avalancha de sentimientos de culpa que se ciernen sobre ellas hacia la isla solitaria de la locura religiosa, porque debemos calificar como una locura esa forma pasiva de moralidad religiosa que asume el soportar su necesaria deuda con la vida exterior sin intentar acabar con ella.

El socialista no huye del reconocimiento de la socialización de su vida. Se enfrenta a este reconocimiento y se esfuerza por aceptarlo a través de sus acciones. Intentar salvar su personalidad, en el sentido tradicional, sería en vano. Esa unidad de acción que llamamos «personalidad» no puede ser establecida por el momento. La realización de la condicionalidad humana completa, es decir, de la socialización de su vida, hace que todo, hasta lo más íntimo de su ser, le parezca [como] derivado de otros, debido a otros, prestado por otros.

[...][6] poder sobre él? Y, sin embargo, ¿quién negaría que precisamente este poder estatal no puede existir contra la voluntad consciente de todos los implicados? (Como es sabido, los anarquistas sacan de esta situación la absurda conclusión de que el Estado debe ser «abolido». Lo que quieren decir con ello queda sin respuesta.) El socialista reconoce este Estado como lo que es,

6. Falta el inicio de la pregunta. Unos trazos a lápiz que cubren toda la página del manuscrito parecerían indicar que Polanyi tenía intención de reformular los tres párrafos siguientes, hasta el que termina con «... la voluntad de los seres humanos». Como esa reformulación no se produjo, los párrafos permanecen en su versión original.

como una relación social entre personas, y ve su tarea como la de la superación del Estado mediante la conversión de esta relación social en una relación directa que ya no es mediada por aquel. Y es bien sabido que lo mismo se aplica a la objetivación «valor» en una economía de intercambio. Como esclavos ciegos, buscamos a tientas nuestro destino en los precios del mercado, que en última instancia no son sino partes de nuestra conciencia alienadas de nosotros mismos.

La *primera* exigencia de la libertad social es, por lo tanto, el dominio de las consecuencias necesarias de la socialización, esto es, del *poder* y del *valor*.

La *segunda* exigencia es: hacer que la humanidad sea capaz de plantear un objetivo universal y del ejercicio solidario del poder hacia los fines establecidos. La historia del mundo todavía tiene la espeluznante imagen, modificando una comparación hecha por H. G. Wells, de unos niños desesperados que, encerrados en una jaula sobre un carro, se dirigen hacia el abismo. Todos somos niños adultos de este tipo abandonados a sí mismos, excepto solo que hemos sido nosotros mismos los que hemos construido la jaula que nos mantiene indefensos y también el plano inclinado por el que rueda el carro, y hemos creado la fuerza de la gravedad que se convierte en nuestra perdición. La humanidad no forma una unidad, ni siquiera la humanidad civilizada. No es un sujeto, y, si lo fuera, entonces su organización no haría posible un objetivo universal ni el desarrollo de un poder solidario. Y esto lo excluye no solo la fragmentación de los estados, no solo el carácter poco claro y antagónico de la economía, sino también la relación poco clara entre el Estado político y la economía social, que descarta desde el principio un objetivo universal, es decir, político-económico. Pero solo podemos hablar de la libertad de la humanidad si esta se constituye a sí misma como sujeto y es capaz de expresar su voluntad. Y, por supuesto, también si al mismo tiempo se cumpliera la formulación anterior de la libertad, es decir, si ese estado de la humanidad, esa economía humana o, más correctamente, esa síntesis de ambas se produjera como expresión directa de los vivos deseos humanos, a pesar de la inmensa extensión de estos.

Pero no habremos alcanzado el nivel más alto de libertad social hasta que las relaciones sociales entre las personas sean claras y transparentes, como de hecho lo son en una familia o en una comunidad comunista. La última palabra de la libertad social es poder seguir directamente las repercusiones de las emociones de nuestra vida en la vida de los demás y, a través de ellas, en nuestra propia vida, para poder asumir la responsabilidad de los efectos sociales de nuestra existencia sobre la base de estas percepciones. Identificar nuestra parte en los problemas sociales, encontrar el equilibrio entre un efecto y el efecto contrario en nosotros mismos, asumir libremente el inevitable equilibrio moral del ser social y llevarlo a cabo, heroica o humildemente, pero en cualquier caso conscientemente, es lo máximo que los seres humanos podemos esperar. Sin embargo, ningún otro poder aparentemente objetivo que no seamos nosotros mismos puede ser, pues, acusado de responsabilidad. No hay Estado, no hay mercado, no hay autoridad ni oficina a la que culpar de los problemas humanos, de la dependencia mutua, de la limitación de las necesidades o de la desgracia común. Solos, los seres humanos no nos enfrentamos únicamente a la naturaleza, sino también entre nosotros mismos. Y no solo nuestra interacción con la naturaleza, la economía, sino toda la vida social se vuelve tan transparente que en todo y en todos tenemos la opción de hacer o de no hacer, conscientes de que al hacerlo hemos elegido entre dos responsabilidades finales claramente definidas y no intercambiables.

Estas son las tres tareas que la libertad impone a los seres humanos. Queda claro desde un principio que su perfecto dominio excede la capacidad del ser humano, quizá incluso los límites de su naturaleza. Sin embargo, el socialista debe medir su ideal social enfrentándolo a las más altas metas.

En ese estado ideal supremo de libertad social, en el que se realizan simultáneamente los tres requisitos, tanto el dominio de las consecuencias necesarias de la socialización como el objetivo universal de la humanidad, que incluye la responsabilidad última de todas las consecuencias sociales de nuestra existencia, en ese estado, la personalidad es libre como nunca podría serlo ni en la anarquía ideal ni en la anarquía burguesa. Porque no es libre por

la pura negación del ineluctable hecho de la socialización, como en la frívola e hipócrita libertad de los anarquistas, ni es libre como en la sociedad burguesa, en la que una supuesta personalidad, como jugador y evasor de responsabilidades, obtiene una buena conciencia, sino que es verdaderamente libre, como quien ha pagado por todo lo que ha vivido a expensas de los demás y puede decir de sí mismo: «Llamo propiamente mi vida a aquella de la cual no tengo responsabilidad ante nadie en este mundo». Esas otras «personalidades libres», que ven en la negación de esta deuda con los otros la verdadera liberación de la personalidad, su presunto ideal de superhombre, están libres de conciencia, libres de responsabilidad y, por lo tanto, libres de toda personalidad; y la ilusión de libertad que les pueda quedar no es más que la prueba de su frugalidad moral, de su esclavitud filistea, de su innata cualidad de esclavos.

Muchos de los que se han habituado a imaginar el socialismo como un pozo económico de los deseos, como un autómata moral, como una armonía preestablecida de la ética, se preguntarán si todos estos problemas no se resolverán por sí solos con el socialismo. La respuesta es ¡no! Por el contrario, aquellas responsabilidades que hoy en día solo sienten los más dotados éticamente, las personalidades más desarrolladas, se dejarían sentir de manera *general* en esa sociedad más altamente organizada y tendrían mucho más peso que en la actualidad. Mientras que, como ocurre ahora, en la economía las responsabilidades solo existan en la *dimensión del mercado*, es fácil equivocarse sobre el hecho de que cada satisfacción de las necesidades es comprada con el sufrimiento y el peligro laboral de los demás, por la enfermedad y los trágicos accidentes que otras personas sufren. Además, en la medida en que este estado se ve afectado por la terrible peculiaridad de suponer una ventaja personal para una minoría de personas, el sentimiento de indignación, y la fuerza de la acusación que de él se deriva diluyen la clara conciencia de nuestra propia responsabilidad por las vidas humanas atrofiadas y aniquiladas. En el socialismo, tras superar la relación de explotación, este velo sentimental de resentimiento desaparece y debemos aprender a comprender que, incluso en la economía más equitativamente organizada basada en la división del trabajo, la lucha del ser humano con los elementos de la naturaleza, por lo tanto, el

problema técnico de la producción, deberá pagarse aún con esfuerzos y tormentos, con la falta de libertad y la mortal agonía, con la salud y, a menudo, con la vida. Aquellos que quieren mirar valientemente a los ojos de los hechos no deben cerrarlos ante uno tan importante. La sabiduría suprema de la burguesía es: «En el mundo todo cuesta dinero». Pero la visión socialista es esta: «¡Todo lo bueno cuesta trabajo, privación y vidas humanas!». A día de hoy, la propiedad privada se entromete entre unos seres humanos y otros, y el hecho de que algunos individuos se enriquezcan egoístamente en el proceso de producción nos oculta la conexión fundamental que inexorablemente existe entre los consumidores y los productores, y que surge, repentina y abruptamente, con la desaparición de la propiedad privada: que mediante la satisfacción de nuestras necesidades, mediante su cantidad y su cualidad, *descargamos sobre nosotros la responsabilidad de sus costes sociales*. Probablemente todos ustedes habrán oído hablar del filosofema del chino asesinado,[7]

7. Este famoso ejemplo de la muerte del chino y la existencia de la conciencia en el interior de los humanos tiene su origen en Chateaubriand y, más concretamente, en su texto titulado *Génie du christianisme, ou beautés de la religion chrétienne*. El texto original dice así: «O conscience! Ne serais-tu qu'un fantôme de l'imagination, ou la peur des châtiments des hommes? Je m'interroge; je me fais cette question: "Si tu pouvais, par un seul désir tuer un homme à la Chine, et hériter de sa fortune en Europe, avec la conviction surnaturelle qu'on n'en saurit jamais rien, consentirais-tu à former ce désir?" J'ai beau m'exagérer mon indigence; j'ai beau vouloir atténuer cet homicide, en supposant que, par mon souhait, le Chinois meurt tout-à-coup sans douleur, qu'il n'avait point d'héritier, que même à sa mort, par telle position de ses affaires, ses biens seront perdus pour l'État; j'ai beau me figurer cet étranger comme accablé de maladies et de chagrins, me dire que la mort est un bien pour lui, qu'il l'appelle lui-même, qu'il n'a plus qu'un instant à vivre: malgré tous mes vains subterfuges, j'entends au fond de mon cœur, une voix qui crie si fortement contre la seule pensée d'une telle supposition, que je ne puis douter un instant de la réalité de la conscience». En castellano: «¡Oh conciencia! ¿Sería posible que solo fueses un fantasma de la imaginación o el miedo de los hombres al castigo? A mí mismo me pregunto: "Si solo con el deseo pudieras matar un hombre en la China, y heredar sus bienes en Europa, con certeza sobrenatural de que no se sabría jamás, ¿consentirías en realizar este deseo?". Por más que yo exagere mi indigencia; por más que quiera disminuir este homicidio, suponiendo que en virtud de mi deseo muere el chino de repente sin dolor; que no tiene

que diría lo siguiente: si se nos diera la posibilidad de tener garantizado cualquier deseo presionando simplemente un botón, pero con la condición de que cada vez que lo hiciéramos muriera en la lejana China uno de los cuatrocientos millones de chinos, ¿cuánta gente se abstendría de apretar el botón mágico? El cínico francés del que provenía este filosofema dijo que realizaría los ejercicios de dedos adecuados en el bendito botón. Y quien hablaba de esta manera era un humanista de alto nivel que probablemente no habría dañado ni a una mosca, al menos si la mosca no hubiera tenido que estirar la pata en China, sino dolorosamente y ante sus propios ojos. Este extraño filosofema nos ofrece el verdadero símbolo de la situación en la que incluso la mejor persona se encuentra hoy en día frente a sus conciudadanos. Cualquiera que pueda ofrecer un precio adecuado en el mercado puede conjurar inmediatamente todo lo que la humanidad es capaz de lograr. Las consecuencias de estos trucos tienen lugar *más allá de la esfera del mercado*. Aquella persona no sabe nada de ellos, no puede saber nada de ellos. Para cada una de estas personas, la humanidad entera consiste hoy en día en chinos sin nombre, cuyas vidas, por el cumplimiento de sus deseos, están dispuestas a extinguir sin pestañear y a las que, de hecho, están extinguiendo. Podemos ver aquí, por cierto, la importancia de una actitud que es inconscientemente inmanente al socialismo, pero que nunca ha sido expresada con claridad. Esta es *la finitud del mundo humano* y, por lo tanto, lo ilimitado pero *finito*, la tarea que el socialismo se fija a sí mismo. Aquí es donde reside el progreso esencial de la concepción socialista de la humanidad frente a la de la burguesía. La tarea de realizar la libertad social solo puede

heredero, y que aun a su muerte el Estado perdería sus bienes; por más que me figure a este extranjero acosado de dolencias y pesares, y por más que me persuada de que la muerte es un beneficio para él; que él mismo la llama, y que ya no le queda más que un instante de vida; a pesar de todos mis vanos subterfugios, oigo en el interno de mi corazón una voz que grita tan fuertemente contra el solo pensamiento de semejante suposición, que no puedo dudar un instante de la realidad de la conciencia» (François-René de Chateaubriand: *Genio del cristianismo o belleza de la religión cristiana*, trad. José March y Labores, C. y J. Mayol, Barcelona, 1842, pp. 206-207). Hemos adaptado la ortografía a las normas actuales, pero sin modificar la traducción.

formularse con respecto a una comunidad finita; sin embargo, también aquí sigue siendo una labor cualitativamente ilimitada, pero que al mismo tiempo se convierte en cuantitativamente limitada. Porque en una comunidad finita, las responsabilidades por las acciones son siempre factibles, puesto que los efectos de los que nuestras acciones nos hacen responsables son, al menos lógicamente, localizables: ya no se evaporan en la penumbra de las indefinidas fronteras de las masas de humanos y mercancías supuestamente infinitas, sino que, a partir de una cualidad indefinible, se convierten en una cantidad concreta, ya que esta cantidad *tiene que* afectar hasta al último miembro de la sociedad.

Sin embargo, a nosotros, los débiles humanos de hoy, un mundo en el que tuviéramos que soportar conscientemente los efectos humanos de nuestra propia existencia humana nos parecería terrible. De hecho, esta es también la razón por la que a tantos socialistas les gustaría huir del capitalismo hacia el socialismo de Estado para, al menos, mantener el Estado impersonal, que aparentemente existe independiente de nosotros, como chivo expiatorio general para todos los males. Cuanto más transparente se vuelve este Estado, más inevitable se hace el mirarnos a nosotros mismos a los ojos al otro lado del muro de cristal de aquel, porque somos solo nosotros los que estamos detrás de esa reificación; tanto más masiva es la comprensión fatal que se nos impone de que cada accidente laboral ha ocurrido para nuestro bienestar, y que el carbón que acabamos de arrojar a la estufa, la luz con la que ahora nos vemos a nosotros mismos contienen parte de una vida humana. Pero esta comprensión es el precio que tenemos que pagar por nuestra libertad. Incluso después de la superación total de la vergonzosa injusticia de nuestra condición, la libertad plena no caerá sin más sobre nuestro regazo. Pero cuanto más organizada se vuelve la sociedad, más pequeños son los círculos en los que la unión en la producción, el consumo y la vida comunitaria permiten que el individuo se vuelva solidario, y más se acerca la hora en que solo se podrá elegir entre o cerrar cobardemente los ojos y renunciar, en favor de algunos poderes autoimpuestos, a la verdadera conexión entre la vida humana y la libertad, o bien mirar con audacia a la realidad a fin de ganar finalmente la nueva libertad junto con la nueva

responsabilidad. Quien entiende por socialismo algo más que una cuestión económica, más que una mera demanda de justicia, y saluda en él el programa final de la emancipación de la humanidad, ¡no puede y no debe asustarse ante esta suprema libertad!

Tan inevitablemente como estos objetivos últimos se imponen a sí mismos, tan enormes, tan aterradores, son los obstáculos que se interponen en el camino para alcanzarlos.

Estos obstáculos provienen de la naturaleza de las objetivaciones sociales de la voluntad, que hemos analizado anteriormente, de la naturaleza más íntima del fenómeno del poder y del valor o, en otras palabras, del *derecho* y de la *economía*. Asumiendo una sociedad democrática, el derecho se basa en las intenciones de cada individuo, pero en el momento de su aparición cancela estas intenciones en favor de una nueva entidad, el derecho mismo que ahora se opone a estas intenciones individuales como algo independiente. El pasado de nuestra voluntad, aquello que queríamos con anterioridad, se enfrenta a la voluntad presente como un acontecimiento inalterable. Incluso si en el momento actual tenemos una voluntad y un poder fuertes para querer otra cosa, el hecho de que en el pasado quisiéramos algo diferente ya no puede ser eliminado. Tenemos que asumirlo. Es aquí donde el problema individual y social de la libertad se separan bruscamente. Desde el punto de vista de la libertad personal, interior, el pasado solo dará lugar a un problema interno pero a veces trágico: el problema de la coherencia o de la incoherencia. No obstante, su solución se produce en el seno del propio individuo. Pero ¿*por qué* no ocurre lo mismo cuando se trata del fenómeno social de la voluntad con respecto a lo que se quiere colectivamente? Quisiéramos enfatizar solo una causa de ello, que proviene de la diferencia entre la voluntad individual y la voluntad común, o la decisión común: esta causa es la necesidad de la suma de las voluntades individuales en un contexto de socialización. La suma de las voluntades individuales, la integración de las *voliciones individuales*, es el proceso necesario sin el cual no podría surgir una voluntad global. Sin embargo, las voluntades de personas diferentes solo pueden reducirse a un denominador común separando el *contenido* común de la voluntad de los diferentes *motivos* personales en los que se origina. Esta separación del motivo de la voluntad, ya sea

que se produzca a través de una manifestación moral inconsciente o de una elección consciente, hace que nuestros impulsos internos, nuestra «voluntad», se transforme en algo externo, acumulable, y luego en algo que es parte de una suma y, por tanto, algo que se ha vuelto inanimado, un hecho del entorno social, del mundo exterior humano, ajeno a nosotros mismos. La forma socializada de la voluntad es pues algo necesariamente cosificado, alienado respecto de la voluntad originaria; es una sustancia que se le opone al individuo desde el exterior.

Es bien sabido que el mismo fenómeno también es evidente en el ámbito de la economía en una sociedad basada en la división del trabajo y, como queremos mostrar, por razones relacionadas. Solo seremos capaces de relacionar entre sí las necesidades de los individuos aislados con los tamaños relativos de los distintos sectores productivos en la sociedad si estas necesidades individuales se suman en una necesidad total, esto es, si mediante un proceso de integración las fracciones infinitesimales de todas las necesidades imaginables se suman a tantas y tantas cantidades específicas de necesidades compuestas o, más correctamente, a una necesidad total. En el curso de este proceso, que se desarrolla actualmente de manera *inconsciente*, a diferencia de la formación del derecho, pero de manera similar a la formación de la ética (aunque sea mediante un proceso psicológico completamente diferente), la necesidad deja de ser un hecho psicológico interno y se constituye como necesidad compuesta, como una cantidad objetiva frente a las necesidades individuales. En el mercado, la demanda total y la oferta total o, más correctamente, las necesidades totales y el *stock* total se encuentran; y el precio que resulta de ello es casi completamente independiente de la voluntad del individuo. Debe aceptarlo de la misma manera que el hombre primitivo aceptaba un acontecimiento natural o que aceptaba el esclavo el dictado de su amo. La libertad personal del individuo no tiene aquí validez en absoluto. Mediante la realidad de la socialización de su trabajo y de sus necesidades, su libertad personal queda abolida. Mientras nos lo representemos como un «individuo» aislado —que es donde hoy en día se detiene habitualmente la escuela de la utilidad subjetiva o marginal—, sus necesidades, así como el sufrimiento que supone el

trabajo mediante el que podría satisfacerlas, son los contenidos reales y vivientes de su alma, cuyo equilibrio es necesario, pero que solo se produce en el *interior de sí mismo*. La integración de las necesidades en la necesidad total desaparece, al igual que lo hace la integración de las fuerzas de trabajo disponibles psicológicamente en la totalidad de estas, y, debido a la ausencia de esta doble integración externa, las necesidades y los impulsos del trabajo se enfrentan directamente en su conciencia; y la lucha entre estos motivos rivales la arbitra dentro de sí mismo, en el marco de la libertad personal y bajo su propia responsabilidad. Él es, y sigue siendo, el dueño de su propia casa.

Pero vayamos ahora un paso más allá en el análisis de las objetividades más importantes. La relación social de las personas entre sí, que tanto en la esfera política como en la económica conduce a la integración de los impulsos del alma y, por lo tanto, a la alienación, a la fetichización de las cosificaciones, es decir, a las objetivaciones que han surgido más allá de nosotros, estas relaciones sociales son, en realidad, *mucho más complejas de lo que hemos indicado hasta ahora*. No podemos seguirlas en todas sus ramificaciones. Querríamos simplemente mencionar una relación social más, y es la que existe entre el *derecho* y la *economía*. Y debemos hacerlo para aclarar los obstáculos que se interponen en ese objetivo *universal* que hemos planteado como postulado de la libertad social.

El derecho y el precio son, como ya se ha dicho, *resultado de la integración social* de las voluntades jurídicas individuales, de los impulsos de las necesidades. ¿Cuál es la relación entre la cosificación «derecho» y la cosificación «precio»?

Como es sabido, Marx planteó esta relación de esta manera: las relaciones de propiedad son las formas legales de las relaciones de producción, sobre estas relaciones de producción se basa la economía burguesa de mercado. En resumen, la propiedad privada conduce a una economía de mercado y a un precio de mercado. Por lo tanto, quisiéramos subrayar que las relaciones sociales de la economía ya *presuponen* esas otras relaciones que están reguladas por la ley. Y así, el mercado y el precio representan una reificación más o menos comprimida, más densa y opaca, una reificación de mayor nivel que el derecho de propiedad. Aunque en última instancia los precios también pueden pensarse como disueltos en las meras

relaciones sociales entre los seres humanos, las relaciones que constituyen los precios son de orden superior, de naturaleza más complicada que aquellas contenidas en la reificación del derecho. O en términos más simples: el derecho depende más de nuestra voluntad que el precio, porque el precio también está determinado por el derecho, es decir, por el derecho de propiedad. El precio de mercado, esta revelación sibilina del fetichismo de la mercancía, representa así, como Marx ha señalado correctamente, el verdadero «sombrero de Gessler»[8] de nuestra esclavitud social. El principal obstáculo para dominar las necesarias consecuencias de la socialización, así como para aclarar las relaciones mutuas de los seres humanos, es por lo tanto la gran complejidad de estas relaciones y la naturaleza de la reificación y su aparente legalidad natural, [frente a la cual] la libertad social fracasa. La persona que quiere aceptar su responsabilidad, la que busca una mayor libertad, parece condenada al papel tragicómico de expresar su sacrificio en vano. La mayor parte del trabajo se hace sin él, y en todas partes anuncia su disposición a asumir responsabilidades. Es como si uno viviera en un mundo embrujado en el que realmente, en palabras de Marx, todo lo esencial está acordado *a espaldas del mundo humano*.

¿Qué puede hacer el socialismo, que quiere lograr la libertad social para todos, contra esta circunstancia? ¿De qué manera es posible disolver las reificaciones sociales y reinsertarlas en nuestras propias vidas, de las que surgen, y resituar las decisiones sociales que tienen lugar a nuestras espaldas, no en manos de ninguna forma de poder estatal, sino en nuestras propias manos?

O, en otras palabras: ¿es posible una *visión general inmediata e interna* de todas nuestras relaciones sociales en el seno de la sociedad, es decir, de las relaciones económicas y no económicas por igual?

8. Esta expresión alemana, *gesslerhut*, remite a la leyenda del suizo Guillermo Tell, el cual, a pesar de las órdenes del tiránico gobernador austríaco, se negó a inclinarse ante el sombrero de este, que había sido colocado sobre una estaca. Como castigo, y para salvar su vida, tuvo que atravesar con una flecha la manzana situada sobre la cabeza de su hijo. Haría referencia, en definitiva, a una institución retórica cuyo único propósito es obligar a las personas a someterse de manera incuestionada e incuestionable a comportamientos de subordinación más humillantes cuanto más absurdos.

La respuesta surge automáticamente y nos lleva al núcleo de la parte positiva de nuestras observaciones. Dice así: la libertad social en el socialismo se transmite a través de la comprensión social, a través de la comprensión concreta de las relaciones reales entre las vidas humanas individuales. Este conocimiento no es, por supuesto, individual, abstracto, una visión tolstoiana, esa visión interna que debe conducir a la posición anarquista, irreal y sin sentido en lo social. En contraste con el conocimiento individual, el conocimiento social solo puede resultar efectivo a través de la *transformación real* de las interrelacionadas vidas de las personas. De hecho, esto requiere una reformulación real de la sociedad en el sentido de una visión de conjunto más amplia, creciente y cada vez más clara de determinadas áreas de la vida humana de unas dimensiones dadas. La transformación real de la sociedad en el sentido de una creciente visibilidad pertenece, por lo tanto, a la esencia más profunda del socialismo. Porque donde no hay visión de conjunto no hay libertad, puesto que no puede haber elección sin conocimiento.

Por lo tanto, la «experiencia real de las interrelaciones sociales reales» no puede alcanzarse en una pequeña habitación. El aspecto puramente cognitivo del conocimiento social se limita a muy poco. Pero, no obstante, ese pequeño poco debe ser conseguido. Los socialistas que se ocupan de la sociología teórica deben orientarse en esa dirección. Esta ciencia, en lugar de desarrollar las supuestas leyes que gobiernan todo lo humano, tendría como tarea primordial expandir los límites de la libertad humana en la sociedad al mostrar estas leyes como actos no intencionales del actuar humano, y ampliando, por tanto, el alcance de la voluntad libre. Solo cuando hayamos llegado a su límite, cuando seamos capaces de comprender de forma clara que tenemos necesariamente que elegir entre las diferentes consecuencias no deseadas de las acciones intencionales, seremos capaces de asumir las consecuencias de las elecciones realizadas, de responsabilizarnos de ellas y, por lo tanto, de incorporarlas al reino de la libertad. No las «leyes», sino la libertad del ser humano en la sociedad sería el objetivo principal de esta sociología.

Pero no es de teoría de lo que aquí se trata. La solución al problema de la visión de conjunto, que es como puede ser presentado

el socialismo, solo puede lograrse mediante una transformación concreta de las vidas interrelacionadas de los seres humanos.

Antes de entrar en la naturaleza de esta transformación —el *problema de la organización*—, tenemos que examinar más de cerca el *problema de la visión de conjunto*.

La teoría solo puede probar la *posibilidad* de un modo de vida que nos proporcione una visión de conjunto mostrando las interrelaciones económicas entre las personas como la base real sobre la que se construye la superestructura de las objetivaciones políticas, económicas y de otros tipos. Pero, *en realidad*, esta visión general solo puede desarrollarse en el seno de relaciones sociales concretas si estas conectan a los individuos entre sí de tal manera que se ofrezca una visión de conjunto inmediata, vivida realmente, una que revele una cierta parte de la vida de los demás y le sea ofrecida a cada individuo concreto así conectado. Desde el punto de vista del rendimiento económico, la concentración y la centralización de la producción son momentos que promueven la visión de conjunto. De ahí su gran importancia para la interpretación socialista del desarrollo capitalista. Ciertamente, la visión general administrativa sobre la producción se ve enormemente incrementada por estas formas de unificación. Sin embargo, la visión general administrativa es solo el primer requisito previo para una visión de conjunto socialista de la economía. Incluso en un Estado sin clases, una economía gestionada uniformemente por un organismo administrativo central representa solo una solución socialista externa, porque la visión de conjunto que subyace a la visión de conjunto administrativa se refiere únicamente a los aspectos externos de la economía, es decir, a las cosas exteriores: los medios de producción y los bienes materiales, por un lado, y los elementos humanos de la economía, las necesidades y el esfuerzo laboral, por otro, pero solo en sus aspectos externos y en la medida en que estos se puedan captar mediante un aparato administrativo de cuantificación y medición a través de estadísticas. Aunque este registro externo de las necesidades en forma de «necesidades pasadas» sea tan importante para la visión de conjunto de la economía social como el de la fuerza de trabajo gastada en su aspecto ambiguo de «mano de obra cualificada», no es menos cierto que, en realidad, el elemento humano

de la economía —las necesidades y el esfuerzo— no se ha registrado en absoluto, sino que, por el contrario, se habrían utilizado como sustitutos objetivaciones ambiguas como el tamaño de la demanda y de la fuerza de trabajo. Por lo tanto, ni siquiera la visión general administrativa se refiere a lo que debería referirse (necesidades y sufrimiento laboral actual), sino a otra cosa (demanda y oferta de mano de obra). Pero tampoco una verdadera visión general administrativa sería suficiente para lograr el objetivo socialista final con respecto a la economía. Esto requeriría no solo una visión general de las líneas, sino también una visión general de los miembros de la comunidad, porque para que cada productor pueda producir con «conciencia de género» (Engels),[9] y cada consumidor pueda consumir con «conciencia de género», no bastaría obviamente con que los dirigentes de la economía emitieran órdenes sobre la base de una visión general. Solo cuando cada individuo capta directamente y en cada momento su posición dentro de la producción total, cuando experimenta en términos reales la conexión entre la satisfacción de sus propias necesidades y la de los demás, solo cuando, finalmente, la auténtica conexión real entre su propia actividad de consumo y la de la producción a escala social está siempre presente o, al menos, puede estar presente para él, solo entonces se tiene derecho a hablar con razón de una economía con visión de conjunto, del socialismo en su nivel más alto. En una familia todas estas condiciones se pueden encontrar juntas. Por su parte, el socialismo siempre debe ser considerado como una forma de vida solidaria, como una familia viva extendida a la humanidad.

9. Engels utiliza este término en un texto que dice: «Produziert mit bewußtsein, als menschen, nicht als zersplitterte atome ohne gattungsbewußtsein, und ihr seid über alle diese künstlichen und unhaltbaren gegensätze hinaus». Se traduciría como «producid con conciencia, como seres humanos, y no como átomos fragmentados sin conciencia de género y estaréis por encima de todas esas contradicciones superficiales e insostenibles» (traducción propia) (Friedrich Engels: «Umrisse zu einer kritik der nationalökonomie», en *Deustche-Französische Jaharbücher*, *Marx-Engels Werke*, vol. 1, Dietz, Berlín, pp. 499-524 [en castellano: «Apuntes para una crítica a la economía política», en *Los anales franco-alemanes*, Martínez Roca, Barcelona, 1973, p. 136]).

A aquellos que hayan asistido a las conferencias anteriores les resultará claro que este modo de plantear la cuestión no supone más que presentar el *problema de la visión de conjunto en su forma general*. Ya tuvimos ocasión de discutir en detalle el problema de la visión de conjunto en [la] economía.[10] De lo que se trata ahora es de generalizar el problema de la visión de conjunto más allá de las fronteras de la economía, y extenderlo a todas las relaciones sociales entre las personas. Eso es lo que podemos llamar «visión social». La libertad a través de la visión social, ese es el camino de la raza humana. *¡Solo es posible mediante una transformación real de la sociedad!* La visión interna de las necesidades y de los esfuerzos del trabajo ya nos ha ayudado mucho. El proceso social que lleva a la integración de las necesidades en la necesidad general *ya no se asocia aquí con una reificación de las necesidades*, con su alienación de la *necesidad*. Y lo mismo es cierto en el caso análogo de los problemas laborales. Aún así, muchos individuos viven directamente, como si fueran suyas, las necesidades y los esfuerzos laborales de todos aquellos con los que están vinculados como resultado de la autorganización social basada en estos motivos. En particular, hemos descrito el equilibrio inconsciente y automático, aunque vívido e inmediato, de todas las medidas valorativas del trabajo que consideran los sindicatos actuales. Esto se desprende, precisamente, de la afirmación de que la autorganización sobre la base de motivos específicos *es un medio de la visión de conjunto interior, verdadera*, de los motivos por los que se originó la autorganización. La objetivación de la «demanda total», así como la objetivación del «sufrimiento total» del trabajo se desvanecen en favor de los motivos vivos que se escondían tras ellas.

Pero vayamos un paso más allá. Supongamos que los aquí presentes fuéramos los miembros de una pequeña sociedad basada en la división del trabajo. Pensemos ahora que los aquí presentes están organizados sobre la base de la democracia funcional: se

10. Parece clara la referencia de Polanyi a sus artículos previos titulados «La contabilidad socialista», en pp. 235-280, y «La teoría funcional de la sociedad y el problema de la contabilidad socialista», en pp. 281-293, ambos reproducidos en el presente volumen.

han unido como consumidores para formar una cooperativa de consumidores; por otro lado, se han constituido como productores en un gremio. En aras de la simplicidad, digamos que todos reciben los mismos ingresos. Y ahora están negociando el plan económico. «¿Quién negocia?», preguntarán ustedes. Bueno, todos con todos los demás. Todos ellos son consumidores y productores al mismo tiempo, así que no importa cómo se quieran imaginar las cosas, pero supongamos que todos aquellos situados a la derecha se representan a sí mismos y a todos los situados a la izquierda como productores, y que aquellos que están situados a la izquierda se representan a sí mismos y a todos aquellos colocados a su derecha como consumidores. Lo principal sigue siendo que todos los presentes están igualmente interesados en ambas partes, aunque su mandato como parte negociadora los sitúe a un lado o a otro. Y ahora estamos negociando el plan económico: un lado pide mercancías mejores y más baratas, el otro lado, la reducción de las horas de trabajo. Al final, se llega a un acuerdo sobre un determinado tiempo de trabajo expresado en minutos y sobre una gama de productos expresados en precios.

¿Cómo surgieron este tiempo de trabajo y este precio? Del conjunto de la estructura se sigue que surgen sobre la base de una decisión interna e inmediata de cada individuo. Porque todo el mundo es, *a la vez*, consumidor y productor. Aquí ya no hay un mercado fuera de la conciencia de los presentes, no hay factores de mercado, no hay oferta, no hay demanda, todo esto ocurre dentro de cada individuo. Los dos lados de su propia existencia, el consumidor y el productor, se enfrentan aquí cara a cara, se enfrentan dentro de su propia conciencia. La decisión del individuo toma el problema social como algo planteado dentro de su personalidad, dentro de la autonomía moral de su yo, y con plena libertad y responsabilidad. Ha tomado su destino económico en sus propias manos.

De manera similar, la idea de democracia funcional, de representación funcional —que, por cierto, tiene mucho en común con la idea del sóviet—, lleva a privar, en un grado sin precedentes, a la objetivación política *poder estatal* de su carácter cosificado, y a acercarlo a la expresión directa de las emociones del individuo en el ámbito legal. Por supuesto, no se produce una abolición total de

la objetivación *derecho*. Una cosa así tampoco es concebible en absoluto. La voluntad coagulada, que llamamos «derecho», permanece para siempre como un muro entre las motivaciones jurídicas del pasado y las fluidas motivaciones jurídicas que están actualmente en vigor. Este muro, sin embargo, se vuelve infinitamente delgado y completamente transparente en la democracia funcional —que es, en la actualidad, lo máximo que le parece concebible a nuestra fantasía social de libertad—.

Más aún, en nuestra versión la idea de la democracia funcional nos lleva más allá, a disolver el entramado de objetividades representado por las relaciones mutuas entre el *derecho y la economía* y a transferirlo directamente al ámbito de la libertad.

Imaginen ahora los aquí presentes que se encuentran divididos en dos representaciones, pero esta vez las siguientes: los representantes del Estado político —llamémosles «la comuna»—, que son elegidos territorialmente sobre la base de un derecho democrático de voto, se sientan a la izquierda; los representantes de los productores —llamémosles «gremios»— se sientan a la derecha. Una vez más, ambas partes representan a todos los presentes. Los representantes de la comunidad exigen grandes inversiones para asegurar los intereses sanitarios de la comunidad y los intereses vitales de las generaciones futuras. Así, en nombre de los ideales exigen sacrificios económicos (porque todo lo que cuesta trabajo humano supone una limitación de las necesidades humanas). Los productores, como tales, defienden su fuerza de trabajo y la satisfacción de sus necesidades. Finalmente, se está de acuerdo en una cifra concreta de impuestos, lo que significa una cantidad específica de trabajo extra, de restricción de necesidades. Por ello, los ideales sociales se realizan hasta cierto punto, pero solo hasta ese punto. La sociedad tendrá que renunciar a aquello que se sitúe más allá de dicho punto.

Esta decisión significa de nuevo una elección interior, inmediata, porque aquí los ideales de las personas se enfrentan a sus costes; aquí cada uno tiene que decidir *qué valor tienen para él sus ideales*. Ningún Estado y ningún mercado se interponen entre los dos lados de nuestra conciencia; aquí no se puede descargar la responsabilidad, nada más que nosotros mismos podemos ser considerados

responsables de nuestro destino. El ser humano solo se enfrenta a sí mismo, porque su destino está en sus propias manos.

En la política, al tratar la reificación del poder estatal, como en la economía, al tratar las reificaciones del mercado y de los precios, así como, finalmente, en la interacción entre el Estado y la economía —es decir, en la más alta reificación, a la que llamamos «sociedad»—, es posible una visión interna de las relaciones mutuas entre las personas. La autorganización es la clave de esta solución. En una sociedad sin clases, la libre unión de los trabajadores, de los necesitados, de los vecinos conduce a asociaciones cooperativas que ofrecen una viva visión interna del motivo socializado inherente a ella. Y las decisiones que surgen de las negociaciones entre tales asociaciones son una expresión directa del equilibrio de fuerzas de los motivos conflictivos en el propio individuo, llevando por tanto consigo el nivel más elevado de responsabilidad, al que solo llegan a acercarse los verdaderamente libres. Sin embargo, una de estas asociaciones, el Estado político, la comuna, es una asociación territorial y, por ende, no una asociación libre, sino una asociación forzada. Y no podría ser de otra manera.

No obstante, el socialismo como salto hacia la libertad no debe ser tomado en sentido histórico, sino en sentido lógico. Más allá de la exigencia de justicia en una sociedad sin clases, es aquí donde por primera vez se le abre a la humanidad su verdadero destino: es la realización de la más alta libertad social y personal a través de la comprensión concreta de la solidaridad entre los seres humanos. El salto no nos lleva al final, sino solo al inicio de nuestra tarea. Creemos que hemos demostrado que el socialismo puede aproximarse considerablemente a esta tarea.

Pero solo aproximarse a ella, nunca resolverla completamente. Porque es una tarea ilimitada que no se hace evidente más que con el inicio del socialismo, pero cuyo cumplimiento debe seguir siendo una tarea eterna de la humanidad, un objetivo al que acercarse asintóticamente, que nunca puede ser alcanzado por completo. De nuestra explicación se puede deducir fácilmente que la vida humana nunca puede ser reflejada en todos sus aspectos y en todas sus formas en cada vida individual, que nuestro objetivo final

—*vivir nuestra propia vida como algo directamente social*— nunca puede ser realizado en su totalidad. Sin embargo, la idea ética del socialismo nunca podrá agotarse en un estado determinado de cosas, sino solo mediante el trabajo permanente en las tareas eternas de la humanidad. *La libertad a través* del conocimiento social nunca puede significar un estado de cosas dado, sino un programa, un objetivo siempre renovado. La historia de la humanidad no habrá llegado a su fin con el socialismo, sino que, en el verdadero sentido de la palabra, solo con él comenzará.

Anexo I

Ser y deber en Marx[11]

Para el socialismo, la imagen del mundo —el mundo del ser— y la concepción del mundo —el mundo del deber— forman una unidad. La brecha que por lógica se abre entre ser y deber es superada mediante la posición más interna del ser humano, y solo del ser humano. Quien dice ser humano dice ser y deber ser en uno: como cosa, como animal, el ser humano simplemente es, es simplemente ser; pero como la medida y el significado de nuestro mundo, el mundo humano, es el epítome de lo que ha de ser. La diferencia entre el ser humano y otros seres o cosas vivientes es la del mero ser. Aunque el ser un ser humano no tuviera sentido para él, el ser humano sería una especie animal diferente de otras especies, una cosa corporal diferente de otras cosas. Pero si respecto de un ser humano afirmo que, en comparación con otra persona, uno es más humano que otro, que es más un ser humano que el otro, y que es humano en el más verdadero sentido del término, mientras que el otro no merecería este nombre, entonces estamos queriendo decir otra cosa: un juicio, no sobre el ser del ser humano, sino

11. En el texto, Polanyi utiliza ese encabezamiento para referirse a esta sección.

sobre el deber ser del hombre. El significado del primer juicio es tan claro como el del otro. Este es el sentido del juicio que Marx tiene en mente cuando dice que quiere la sociedad «humana» en lugar de la «burguesa». Ambas están formadas por seres humanos, pero la actual no es humana. (Marx no ha presentado de manera sistemática en ninguna parte su visión del ser humano.)

Sin embargo, este ideal socialista del ser humano sigue siendo la columna vertebral de la crítica socialista a la sociedad burguesa. Toda la obra de Marx fue una pura condena de una sociedad burguesa que no permite que el ser humano se convierta en ser humano. Su crítica a la economía capitalista y sus leyes fue un intento de demostrar a un sector del mundo burgués su indignidad intrínseca, su inhumanidad. La literatura de denuncia de esa época, las filosofías y las novelas del pauperismo, muchas de ellas escritas por espíritus nobles, despertaron la indignación ante la injusticia de las relaciones capitalistas y una miseria de las masas que clamaba al cielo por justicia. Y algunos de ellos ya vieron, incluso antes que Marx, que, en tal orden social, la vida de los ricos se deslizaría también hacia la vanidad y la falsedad. Lo que ninguno de ellos vio fue la necesidad ineludible con la que una sociedad capitalista debe permitir que, en su seno, se reproduzca permanentemente la división de clases, a pesar de todos los benévolos intentos de superar esa brecha. Pero Marx vio todavía algo más. Y eso es en lo que consiste su grandeza histórica desde la perspectiva de la historia de la humanidad. Comprendió que la sociedad capitalista no solo es injusta, sino que también es contraria a la libertad.

Una condición social en la que cada vida está dominada por unas presuntas leyes que nuestra razón puede entender que, en realidad, no son sino el resultado de nuestro propio comportamiento carece de libertad. Según Marx, no solo los trabajadores, sino también los capitalistas dependen de las leyes del mercado, a las que siguen sujetos incluso cuando con su ayuda se mantienen ellos en la riqueza, y los trabajadores en la pobreza. No es que los capitalistas carezcan de la disposición necesaria para permitir una mayor justicia económica, sino que incluso si tuvieran esa disposición, ellos, los aparentes amos de la economía, no tendrían la posibilidad de hacerlo [...]. Ahí es donde vio [el abismo] del estado actual de la humanidad. Por lo tanto,

no defendió esa disposición, sino que promovió la lucha por una sociedad en la que esa disposición pudiera hacerse efectiva.

Por lo tanto, siendo él mismo un idealista, se negó a conceder al idealismo un valor intrínseco propio. No porque hubiera considerado la sociedad humana como una mera aglomeración de átomos físicos sin la capacidad de establecer sus propias metas, sino más bien porque en la sociedad capitalista, a pesar de su propia voluntad individual, a pesar de cualquier honesto idealismo de los individuos, la gente debe comportarse como si fueran simples átomos sin voluntad, y todo su idealismo se convierte en nada comparado con el poder silencioso e inevitable de una abrumadora dependencia respecto de circunstancias externas. Esta era la profunda y terrible consideración desde la cual el mundo se le aparecía como un infierno. Vio ante sí, como si tuvieran entidad corporal, esas cuerdas invisibles de cifras de precios que tanto arrastran a los individuos y a las masas fuera de las fábricas, hacia la miseria y el desempleo, cómo las arrastran por el plano inclinado del trabajo a destajo hacia el agotamiento por exceso de trabajo, y entonces, de improviso, interrumpiendo una febril recuperación, se saca a los muertos de las fábricas entre el clamor de las lamentaciones de los capitalistas y de los proletarios. Y, al mismo tiempo, vio cómo los quejicas, sin darse cuenta, habían tejido ellos mismos todas esas cuerdas, habían hecho los nudos y se habían atado a ellas como en sueños, hasta yacer postrados y encadenados. Vio que la gente andaba buscando a tientas, como esclavos ciegos, su propio destino a través de una secuencia de nudos que ellos mismos habían atado inconscientemente.

Anexo II

Efectos de la alienación sobre las vidas individuales

En toda sociedad amplia basada en la división del trabajo (esto es, tan amplia como para que, con una duración limitada de la vida y

nuestra limitada movilidad, el conocimiento mutuo directo por parte de todos los miembros de la sociedad parezca inviable), no es posible una socialización directa de las personas. La unidad del todo puede solo garantizarse aquí si aparecen constantemente ciertos fenómenos sociales que actúen como mediadores entre los seres humanos. Estos fenómenos sociales forman parte, por decirlo así, de una especie de tercer reino que se interpone entre el reino del ser y el reino de la conciencia. Marx lo llama el mundo fenoménico del *ser social*. Es el objeto real de la sociología. Su riqueza de formas fenoménicas no es menor que la de la naturaleza o la del alma humana. Además de órganos casi corpóreos como el Estado y el mercado, también incluye *leyes* que se imponen por sí mismas y que son causalmente necesarias, tales como las que gobiernan la formación de los precios en el capitalismo, la *reificación* de las relaciones personales de la gente al convertirse en relaciones materiales entre los objetos, como queda representado, por ejemplo, en el carácter fetichista de las mercancías, así como en las continuas *formas de interacción* entre las personas, como las representadas por las relaciones de superioridad y subordinación. La socialización de un mayor número de personas está conectada, necesariamente, con la existencia de tales reificaciones del contenido humano de la conciencia, con las «objetivaciones sociales», como podríamos llamarlas. Surgen de aquí importantes consecuencias en dos aspectos para las vidas individuales así asociadas. La objetivación social vincula a las personas con la comunidad solo al precio de, en primer lugar, separar, unas de otras, a las vidas individuales vinculadas directamente y, en segundo lugar, de escindir cada vida individual en sí misma. Estos dos efectos se derivan inevitablemente de la naturaleza de las objetivaciones.

1. La conexión directa entre las vidas individuales se convierte en mediada, porque las vidas individuales ya no están vinculadas las unas a las otras, sino a aquellas objetivaciones a través de las cuales es mediada su comunidad. Por lo tanto, estas vidas individuales están directamente separadas unas de otras.
2. La vida individual en sí misma, sin embargo, está escindida según su contenido, porque se separa la parte de nuestra vida que está en el origen de la objetivación de la parte que representa su efecto. Nuestra relación activa con las objetividades y nuestra relación pasiva con las mismas incluyen dos contenidos diferentes de la conciencia, que coexisten permanentemente separados en nosotros, uno al lado del otro. Es de esta manera que la unidad de la personalidad se escinde. Los órganos sociales, las leyes, las reificaciones, todas estas formas fenoménicas de la objetivación social tienen en común que se introducen, por un lado, entre los diferentes seres humanos, y por otro, entre las diferentes intenciones de un mismo ser humano. En la medida en que separan a los seres humanos entre sí, impiden una comunidad personal e inmediata entre ellos. Por lo que respecta a la conciencia, introducen una sustancia aislante impenetrable entre nuestros deseos e impiden la unificación de las partes separadas de nuestra mente. Así, el Estado nos convierte a todos nosotros en opresores y oprimidos o, más correctamente, en los dos al mismo tiempo en nuestra relación activa y pasiva con él, una relación que sería insostenible en una misma conciencia singular. En esto consiste la materialidad de la objetivación del poder estatal: en que esta sustancia espectral se inserta entre nuestra voluntad, que la dejó surgir, y esa otra voluntad de la que surge nuestra queja sobre su existencia, de tal manera que no puede producirse una confrontación y un equilibrio de estas voluntades opuestas en nuestra conciencia. Sin embargo, todos nos mantenemos en la misma doble relación, no solo en la objetivación constituida por el poder estatal, sino también en la costumbre y en el derecho, en el mercado y en el precio. Puesto que todos somos en parte causas activas y en parte efectos de sufrimiento de estos fenómenos, la parte activa de nuestra conciencia es capaz de conectarse con la parte activa de la conciencia de otras personas, y la parte que sufre, con la parte similar de la conciencia de otros individuos.

El resultado es la monstruosa idea de dos humanidades como realidades aparentes, una humanidad egoístamente activa

que limita la libertad de la otra parte de la humanidad, impotentemente pasiva, y la empuja a la miseria, sin que el conocimiento teórico tenga la habilidad de contrarrestar esta apariencia de que de lo que se trata aquí es simplemente de dos direcciones de la voluntad de una misma humanidad.

¿QUÉ ESTADO TRIFUNCIONAL?[1]

En el último número de New Britain*, hemos propuesto un borrador para una nueva Constitución para Gran Bretaña. Esta debería convertirse en un Estado trifuncional con un Parlamento con tres cámaras: la política, la económica y la cultural, cuyos trabajos serían coordinados por un Senado.*

La Cámara política debería controlar la política extranjera, incluyendo la defensa y el imperio, así como los asuntos internos, incluida la justicia y el gobierno local; por último, también trataría del tesoro y del sistema nacional de impuestos.

La Cámara económica debería ser «responsable de la organización y conducta del sistema económico», es decir, de los «deberes económicos del Gobierno», consistentes en la «planificación y coordinación de la industria, la producción y distribución de bienes y servicios». Debería controlar la Cámara de Comercio, el Ministerio de Agricultura, el Ministerio de Trabajo, etc. En el sistema económico se requiere «una combinación de la empresa e iniciativa privadas con el servicio público»; pero «la carga de la deuda debe ser aliviada» y «la práctica de

1. «What three-fold state?», *New Britain Weekly*, vol. 2, n.º 43, 14 de marzo de 1934, pp. 503-504. Fotocopia del artículo en KPA: Con_18_Fol_10. Existe traducción previa al castellano en Karl Polanyi, *Los límites del mercado*, *op. cit.*, pp. 59-64.

la usura abolida». Todas las industrias y el resto de formas de la actividad económica deben ser incorporadas a gremios autogestionados, incluyendo a todo aquel implicado activamente en la industria, en cualquier actividad (a excepción de los intereses financieros). Los representantes de los gremios deben ser elegidos mediante un sufragio profesional, mientras que las otras dos cámaras son elegidas indirectamente con base, fundamentalmente, en el sufragio parlamentario actual.

La Cámara cultural se ocupará de las cuestiones del espíritu. La educación, la salud, la BBC, y un nuevo Ministerio de las Artes deberán estar bajo su control.

El Senado, nombrado en parte por el rey y elegido en parte por el Parlamento, es el órgano coordinador: tiene derecho de veto sobre las decisiones de las cámaras en caso de conflicto entre ellas. Si así fuera, los miembros ejecutivos de las tres cámaras, conjuntamente con los miembros designados por el Senado, llevarán a cabo las tareas de gobierno que el sistema de devolución deje desatendidas.

El autor de este artículo no pertenece al movimiento New Britain.[2]

La esencia del proyecto de una nueva Constitución para Gran Bretaña es: representación separada en las esferas política y económica, con los asuntos culturales como una tercera esfera independiente. Representación separada para funciones separadas. Un Estado trifuncional. ¿Es la solución?

En la práctica, el Estado trifuncional puede trabajar de maneras bastante diferentes: puede ser adoptado de cara a hacer factible el capitalismo a expensas de la libertad, y entonces sería la vía al fascismo. Puede ser adoptado de cara a destruir el capitalismo y establecer el socialismo a expensas de la libertad, y entonces podría llevar a una dictadura comunista. Puede ser utilizado como un medio para llevar a cabo la transformación de la sociedad en su conjunto bajo el control de sus miembros individuales y haciendo

2. Nota previa que incluyó la redacción de la revista. El texto de Polanyi comienza a continuación.

a estos cada vez más responsables de su papel en el proceso. En este caso, sería la realización de la democracia. La cuestión más importante es ¿a cuál de estas interpretaciones alternativas del Estado trifuncional respondería la nueva Constitución?

La sociedad industrial está, admitámoslo, en crisis. Pero en pocas ocasiones somos conscientes de que la raíz de la crisis debemos encontrarla en un desajuste funcional, en la incompatibilidad mutua de nuestros sistemas político y económico. La democracia, tal cual es, y el capitalismo, tal cual es, no pueden funcionar conjuntamente. El capitalismo está muy lejos de ser un sistema ideal. Sin embargo, los peligros más amenazadores del momento presente no se deben directamente a este hecho, sino a la incompatibilidad del liderazgo capitalista en el ámbito económico con la creciente influencia de la clase obrera en el ámbito político. El origen de todas nuestras dificultades más inmediatas *es*, por tanto, funcional. Así pues, es totalmente apropiado buscar una solución reestructurando nuestras instituciones funcionales, la política, la económica y la cultural.

En verdad, esta es la clave de la suprema paradoja de nuestro tiempo. Que aunque nada puede ser más real que la contienda entre fascistas y comunistas, es sin embargo prácticamente imposible dibujar una línea clara de demarcación entre las cosas que proponen. Ambos proponen introducir medidas de planificación económica, de seguridad en el empleo y de regulación de los ingresos; ambos favorecen la organización de la industria en forma de *trust* y muestran una indiferencia total sobre el valor de la libertad; ambos rehúsan aceptar la doctrina del otro por lo que es y dudan de su sinceridad. Pero la misma ausencia de una antítesis clara entre sus programas prueba que su conflicto no trata sobre esta o aquella institución, ni sobre la expresión de intereses sectoriales, ni trata acerca de ningún tipo de cuestiones concretas o materiales. Trata sobre las implicaciones de estas cosas; su interpretación; su significación última. La trágica realidad de la verdadera pugna, a pesar de la aparente oscuridad de las cuestiones concernidas, ha sido siempre el rasgo característico de las guerras de ideas. Esto no supone, de ninguna manera, que los intereses sectoriales o de clase no estén profundamente implicados, o que

las cuestiones concretas no tengan importancia. Deberíamos recordar lo grandes que fueron los intereses seculares y lo estrechamente unidos que estuvieron a las guerras de religión de los siglos XVI y XVII, aunque, sin embargo, estas fueran auténticamente religiosas. Lo que esto significa es que la escisión fundamental debe encontrarse en un estadio más profundo de la experiencia humana, es más, a un nivel que encuentra solo adecuada expresión en las formas de la relación funcional en el seno de la sociedad en su conjunto. Es solo mediante la consideración de estas formas de relación funcional que podemos captar la oposición fundamental entre fascismo y comunismo.

En la sociedad comunista (o, por lo que aquí importa, el socialismo de Estado), el Estado político es supremo; la esfera económica pierde su independencia funcional y queda reducida a un departamento del Estado político.

En el fascismo ocurre lo contrario. El Estado político pierde su independencia funcional y queda reducido a mero accesorio del Estado corporativo, el cual no es sino otro nombre para una esfera económica ascendida a la supremacía.

Así, una sociedad —el término se utiliza aquí crudamente, en sentido político más que sociológico— comunista (o un Estado socialista) aparece cuando el Estado político asume el control de factorías y empresas y las gestiona él mismo; una sociedad fascista surge cuando la esfera política propiamente dicha se extingue y sus funciones son garantizadas por corporaciones industriales, como ocurrió en Italia y Alemania y, recientemente, en Austria. En el fascismo la sustancia de la sociedad se define en términos de existencia material; en el comunismo o en el socialismo se piensa en términos de conciencia y voluntad. Esto nos lleva de nuevo al reconocimiento de que el fascismo es un intento de resolver los problemas de una sociedad industrial moderna reduciéndolos al más bajo nivel de la mera existencia. El socialismo (y esto es cierto incluso respecto a las intenciones del comunismo) rechaza resignarse a la mera existencia. La antítesis funcional entre política y economía revela una diferencia de credo tan crucial como cualquier otra en la historia.

Volvamos al proyecto de un Estado trifuncional. En la medida en que la Cámara política siga su camino, el fascismo queda descartado.

Y ello porque la Cámara política es la depositaria de los ideales comunes de los seres humanos; representa a los seres humanos como iguales. Sus leyes y decretos son la expresión de su concepto común de justicia. Y es en el interior del entramado de estas leyes donde deberá desarrollarse la vida económica. Las leyes sobre el patrimonio, por ejemplo, podrán ser modificadas significativamente. Por tanto, la sociedad podría obtener el control de una parte de los medios de producción. Podría avanzar hacia un sostenido esfuerzo económico colectivo, quizá incluso sin una abolición completa de la propiedad privada.

Pero ¿y si la Cámara económica estuviera en desacuerdo? ¿Si se negara a reconocer la competencia de la Cámara política para legislar sobre leyes de patrimonio, a pesar de las «responsabilidades» de la Cámara económica sobre la «producción de bienes y servicios»? ¿Qué ocurriría si objetara que semejante injerencia sobre el derecho de propiedad debilita los incentivos para la acumulación de capital, hasta tal grado que el incremento de la producción de bienes podría peligrar en el futuro? ¿Y si el Senado, como órgano supremo de coordinación, confirmara la resistencia de la Cámara económica? En este caso, la Cámara política tendría que dejar de ser un organismo para la formulación de los ideales últimos de la comunidad acerca de lo que está bien y lo que está mal. En la práctica, todo el esfuerzo por transformar la sociedad de acuerdo con la voluntad de sus miembros sería derrotado.

Podría objetarse que la reelección de la Cámara económica proporcionaría a su debido tiempo a los votantes de la Cámara política una oportunidad de reformular también el aspecto de la primera, y situarla en la línea de la segunda. Pero aquí aparece el sufragio profesional. Una Cámara económica elegida mediante un «sufragio gremial» (como propone el proyecto) significa un órgano en el que la gran mayoría de los productores no tendrían ninguna influencia relevante. Porque mientras prevalezca el sistema salarial, las partes de ese contrato salarial deberían estar representadas sobre alguna base paritaria, es decir, los propietarios y directivos por un lado, los empleados por otro. Por tanto, la reelección de la Cámara económica no resolvería el punto muerto. Los propietarios, atrincherados tras los derechos constitucionales de

la Cámara económica, podrían dictarle su voluntad a la Cámara política. Estaríamos en el fascismo.

Estado trifuncional o no, el principio de la democracia exige una clara supremacía de la Cámara política en la sociedad en su conjunto.

En este proyecto la Cámara económica ni siquiera debe ser reforzada. El proyecto manifiesta expresamente que el Ministerio de Trabajo será controlado por la Cámara económica. Pero las horas de trabajo ¿no son en primer lugar y sobre todo un tema de interés cultural, máxime en una sociedad en la que el progreso técnico nos proporciona la satisfacción de las necesidades materiales elementales? ¿Es realmente la prohibición del trabajo infantil solo una cuestión de eficacia técnica y no una cuestión de humanidad, de decencia y de justicia? ¿No se produce aquí un serio malentendido?

Rudolf Steiner, el creador del concepto de Estado trifuncional, apuntaba hacia una humanización del capitalismo mediante la sujeción de su actividad al control efectivo de la Cámara política.

El trabajo humano debería dejar totalmente de ser una mercancía. Esto se lograría al rechazar el permitir que las condiciones del trabajo humano fueran determinadas mediante un proceso de negociación económica. La vida económica debería estar sujeta a los ideales humanos de justicia, de la misma manera que está sometida a la abundancia o a la escasez de la naturaleza. El trabajo infantil debería estar tan fuera del alcance del empleador como si el niño fuera físicamente incapaz de trabajar. En la concepción de Steiner del Estado trifuncional, el Ministerio de Trabajo debería ser necesariamente considerado como la piedra angular y el máximo órgano ejecutivo de la Cámara política.

Se pedía igualmente una reforma no menos radical de los derechos de propiedad. De nuevo no sobre bases económicas, sino culturales y políticas. Leyes de propiedad estrictas convertirían a la sociedad en el «señor» del capital. Sin embargo, la sociedad no usaría ella misma este capital, sino que se lo entregaría a la gente que estuviera más cualificada para el trabajo. Llevar un negocio se convertiría así en una profesión liberal, como lo son las profesiones de médico o de ingeniero en este momento. Las autoridades

educativas seleccionarían a las personas llamadas a regir las empresas de negocios pertenecientes a la comunidad. La supremacía de la Cámara política sobre la Cámara económica en todas las cuestiones de interés humano sería, para su fundador, la auténtica *raison d'être* del Estado trifuncional.

Pero, más que ningún otro, Rudolf Steiner es consciente de que una sociedad carente de unidad moral nunca podrá establecer un Estado trifuncional. Permanecería colgando en el aire. Mas el Estado trifuncional no sería un instrumento para alcanzar esa unidad. Todo lo contrario: una sociedad carente de unidad moral se desintegraría si sus partes funcionales fueran organizadas separadamente. Caería bajo el control de estratos sociales con una visión diferente de la vida.

El único problema verdadero es de orden cultural. Una sociedad unida en sus valores no necesita una unidad artificial en sus instituciones. Está madura para el Estado trifuncional. Más que cualquier otra forma de sociedad, la sociedad funcional debe confiar, para su unidad, en las convicciones personales fundamentales de sus miembros a propósito del significado de la vida humana en sociedad, esto es, en pocas palabras, en una unidad subyacente de tipo religioso.

LA ECONOMÍA DE RUDOLF STEINER[1]

En una Constitución funcional hay una representación separada de las esferas política, económica y cultural. La cuestión fundamental hoy es, por supuesto, la organización de la vida económica. En una sociedad funcional, el sistema económico puede incluir el control de los trabajadores o no hacerlo, puede permitir los beneficios privados o no hacerlo, es decir, puede ser más o menos socialista o capitalista.

Lo que sigue es un resumen del sistema económico en el concepto de sociedad funcional de Rudolf Steiner[2] realizado

1. «Rudolf Steiner's economics», *New Britain Weekly*, vol. 3, n.º 63, 1 de agosto de 1934, pp. 311-312. Una nueva versión de este mismo artículo se publicó en *New Britain*, New Series, vol. 1, n.º 7, otoño de 1934, pp. 25-26. No existen diferencias entre los dos textos. La única modificación es que en la primera versión aparecen los títulos de los apartados, tal y como aquí hemos recogido, mientras que en la segunda no figuran. Fotocopia del artículo en KPA: Con_18_Fol_11.
2. Rudolf Steiner (1861-1925). Filósofo austríaco seguidor de doctrinas como la teosofía, la antroposofía —fue fundador de la Sociedad Antroposófica—, la agricultura biodinámica, la educación Waldorf y alguna más. Realizó ediciones de las obras de Goethe, de Schopenhauer y de Jean Paul. Tras la Gran Guerra desarrolla sus tesis del Estado trifuncional como medio para impedir nuevos desastres bélicos. Al inicio de la década de 1920 comienza a recibir fuertes ataques de los nazis, incluido el propio Hitler, acusándole de ser una marioneta al servicio de los judíos. Así pues, y tras

por nuestro colaborador, el Dr. Karl Polanyi, cuyos puntos de vista personales sobre la economía funcional son conocidos por nuestros lectores por otros artículos recientes en New Britain. *El propio Steiner consideraba que su concepto de Estado trifuncional no era ni socialista ni capitalista. Este artículo trata del uso y propiedad del capital, de los intereses, de los beneficios, de los salarios y de las leyes testamentarias en la economía de Rudolf Steiner.*[3]

He sido requerido por los editores de *New Britain* para exponer brevemente las propuestas económicas incluidas en el concepto de Estado trifuncional de Rudolf Steiner. Sin duda son interesantes. Aparte del «socialismo gremial», constituyen la contribución más estimulante a la economía de una sociedad funcional.

Cosas privadas y públicas

Steiner se oponía a un rasgo esencial del capitalismo: el derecho de los propietarios de los medios de producción a determinar libremente el uso al que se destinarían sus propiedades.

Pero se oponía también firmemente al socialismo de Estado, es decir, a la administración de los medios de producción por el Estado.

Así pues, desconfiaba tanto de la propiedad privada absoluta como de la propiedad pública absoluta.

Su solución a este dilema fue defender la separación entre la propiedad del capital y el derecho a disponer del uso del capital. Proponía establecer un sistema de circulación de capital en el cual este permanecería en manos privadas, pero no en las del propietario, ni siquiera siempre en manos de una persona designada por él. De hecho, la función del empresario debía convertirse en una

denunciar ya las horribles consecuencias que tendría para Alemania la llegada al poder de los nazis, abandona Berlín para dirigirse a Suiza, donde morirá poco después.

3. Nota previa que incluyó la redacción de la revista. El texto de Polanyi comienza a continuación.

profesión similar a la profesión actual de abogado, médico o ingeniero, y al que la sociedad, directa o indirectamente, le proporcionaría el capital necesario para poder llevar a cabo su empresa.

El entramado legal para hacer factible este plan sería proporcionado por la Cámara política. Los organismos que educasen, seleccionasen y designasen a los empresarios profesionales serían establecidos por la Cámara cultural. El negocio de la producción y el del intercambio en sí mismo corresponderían a la Cámara económica. Así, política, cultura y economía cooperarían en el Estado trifuncional para resolver el problema del capital y su uso.

Distribución de ingresos

Empecemos con el asalariado: si el sistema salarial es abolido o no, no es una pregunta que se responda con un sí o un no. Una parte sustancial de los ingresos que reciben los trabajadores asalariados derivaría del sistema impositivo general a través de prestaciones familiares, pensiones y subsidios por enfermedad. La educación también correría a cargo del erario público. Además, las condiciones de trabajo serían establecidas por ley, incluidas las horas de trabajo y las regulaciones fabriles. Los acuerdos salariales lidiarían con el «compartir» el producto del trabajo. De esta manera, el sistema salarial se mantendría, pero su funcionamiento sería, en cierta manera, «transformado».

Por cuanto a los beneficios: dejaría de existir un ingreso con esta denominación. Las plusvalías reales irían en parte como intereses a los propietarios del capital, en parte al empresario como participación contractual; el resto se acumularía en el fondo de capital productivo de la comunidad.

Por cuanto a los intereses: si al empresario le proporcionan capital propietarios privados, estos pueden cargarle un interés sobre su capital. No se distribuirían ni dividendos ni primas. La tasa de interés sería fijada por ley. Después de un lapso de tiempo, el capital privado pasaría a ser administrado por fideicomisarios nombrados por la Cámara cultural. El capital proporcionado a una empresa por los fideicomisarios no necesitaría, al parecer, cargar ningún tipo de interés.

En cuanto a la parte del empresario: la remuneración correspondiente a la persona que tiene a su cargo el negocio con el capital, parte de él prestado por propietarios privados, parte proporcionado por los fideicomisarios, sería determinada por lo que consiguiese asegurar para él con base en el contrato original en función del cual se le prestó el dinero. El plusvalor residual, es decir, el plusvalor restante tras la deducción tanto de los intereses del capital prestado como de la parte correspondiente al empresario por contrato, se reinvertiría en la empresa. Pero el empresario podría considerar esta parte del capital como propia en la medida en que su remuneración sería incrementada en una suma igual al interés sobre la parte reinvertida del plusvalor.

Los plusvalores residuales que no fueran invertidos en la empresa en la cual se hubiera originado serían invertidos en otras empresas, fuese por sus propietarios o por los fideicomisarios.

El plusvalor residual

Este sistema de ingresos pretende realizar el principio de que todo ingreso debería ser ganado directa o indirectamente. Sería ganado directamente por los asalariados y los *empresarios*, que participarían personalmente como agentes productivos en la vida industrial. Sería ganado «indirectamente» por el propietario de un capital ahorrado a partir de ingresos ganados por su propietario actual.

Así, esta parte del plusvalor de una empresa que permanecería tras ser deducidos los intereses y la parte del empresario sería un residuo que la sociedad tendría derecho a reclamar. Su existencia no se debería al esfuerzo de ninguna persona singular asociada con la empresa, sino que sería el «fruto» de la maquinaria y de la organización o, por decirlo de otra manera, del esfuerzo cooperativo de la sociedad en su conjunto.

Herencia y fideicomiso

Steiner quiere restringir los beneficios de los intereses sobre el capital a las ganancias ahorradas. Se espera conseguir este resultado con leyes especiales sobre las herencias.

Aunque los ahorros pudiesen ser transmitidos hereditariamente a otras personas a la muerte del poseedor, el interés, si lo hubiera, recaería sobre el heredero solo durante un período determinado de tiempo tras la muerte de aquél. Así mismo, las herencias de capital recaerían solo sobre personas que estuvieran comprometidas en la industria como productoras. Para prevenir que esta norma fuese soslayada, la propiedad que pasara a manos de los familiares a la muerte del poseedor estaría, transcurrido un tiempo, sujeta al control de los fideicomisarios.

Aparte de esto, la transferencia de capital, fuera *inter vivos* o tras la muerte, sería libre. A las personas que hubieran probado su habilidad para ganarse la vida a través del esfuerzo productivo se les concedería el crédito de ser capaces de hacer una elección correcta de sus sucesores en la producción. Pero en caso de duda, intervendrían los fideicomisarios.

Precios y mercados

La forma habitual en toda empresa es la «asociación». La asociación consiste en todas las personas asociadas con las empresas. Esto es, el empresario, los asalariados y los proveedores de capital. Claramente, esto supone un problema. Y ello porque el interés, en este sistema, es determinado, más o menos, por ley; los impuestos, en todo o en buena parte, deben pagarse, como ocurre hoy, en los buenos momentos y en los malos; las condiciones de trabajo están determinadas por la ley. ¿Cómo puede mantenerse así un negocio?

Hay una insinuación de que los precios serían manejados de una manera diferente a la actual. Primero, porque la producción sería «para el uso», es decir, no sería *para* el mercado, sino solo para el consumidor. Esto sugiere algo así como una producción que se realizaría solo a demanda de las asociaciones de consumidores. Segundo, porque los precios no serían determinados *por* el mercado. Habría algo así como un «precio justo» que incluiría los costes de los intereses y la remuneración del empresario. En caso de dificultades, sin embargo, sería de esperar que los fideicomisarios aportasen un capital suplementario.

Debe añadirse que tanto la aceptación del beneficio como motivación, como la aquiescencia en la existente distribución del capital son, para Steiner, menos una cuestión de principios que de exigencia. Los considera como el precio que la sociedad tiene que pagar por su continuidad. En el futuro, podrían eliminarse ambos. La motivación del beneficio podría desaparecer si la humanidad fuera educada en una actitud conscientemente social. Y, progresivamente, la presente distribución del capital (la mayoría de él no ganado) daría paso a un sistema en el que el empresario sería un profesional y todo el capital consistiría en ahorros ganados por su poseedor.

Obviamente, hay una cierta falta de claridad. Realmente, ¿podrían ser separados la propiedad del capital y su uso de una manera tan fácil? ¿En qué se convertiría un mercado libre si, al fin y al cabo, los precios no fueran establecidos por el mercado? Solo si la propiedad misma le fuera concedida a los gremios nacionales podría la concepción de sociedad funcional de Steiner convertirse en una propuesta económica factible. Pero eso sería, por supuesto, socialismo gremial.

EL ECLIPSE DEL PÁNICO Y LA PERSPECTIVA DEL SOCIALISMO[1]

Mi artículo es básicamente una aplicación, al movimiento socialista de la clase obrera, de la teoría de nuestra época, tal y como la he desarrollado en mi libro La gran transformación. *Esta teoría es brevemente recreada en el artículo, el cual no necesita sin embargo ninguna referencia al libro.*[2]

Mi artículo trata sobre la cuestión de cómo el cambio actual hacia un sistema de mercados regulados afecta a la perspectiva y a las posibilidades del movimiento socialista de la clase obrera. La respuesta es, en resumen, que el sistema de libre mercado actuó como una poderosa defensa para

1. «The eclipse of panic and the outlook of socialism», KPA: Con_19_Fol_17. El archivo consiste en un borrador mecanografiado y con numerosas tachaduras, correcciones y añadidos a mano. No se tiene constancia del año, pero es razonable datarlo a finales de la década de 1940. Afortunadamente, también en este caso hemos podido recurrir a la transcripción del texto original realizada por Giorgio Resta y Mariavittoria Catanzariti en Karl Polanyi, *For a New West…*, *op. cit.*, pp. 205-208. No obstante, señalaremos que, a diferencia de los autores mencionados, y a pesar de que se interrumpe abruptamente, hemos incluido las pocas líneas que Polanyi escribió como introducción a este artículo. De este texto existe traducción previa al castellano en Karl Polanyi, *Los límites del mercado*, *op. cit.*, pp. 123-126.
2. Este primer párrafo aparece tachado a mano por Polanyi.

las clases dominantes, ya que hizo aparecer la democracia popular como un peligro para el funcionamiento del sistema económico. El mercado reaccionó mediante el pánico y derribando a los gobiernos populares. Esto sucedió casi automáticamente. Así lo hizo en Bélgica en 1926, en Francia en 1926 y de nuevo en 1936, en Reino Unido en 1931 y podía haber pasado igual en Estados Unidos en 1933, pero por el hecho de que la Administración abandonó el patrón oro en ese momento...

Quiero llamar la atención sobre el hecho de que con «monedas controladas» y con...[3]

El mecanismo de una economía de mercado tuvo una importante relación con la lucha política de la clase obrera en el siglo XIX. Su profunda influencia sobre las formas y las oportunidades de esa lucha han sido a menudo soslayadas. En nuestros días, ese mecanismo está sufriendo un cambio vital. En consecuencia, parece que el movimiento socialista ha alcanzado una nueva y significativa esfera. Una economía de mercado, parecida a la del capitalismo liberal está, en principio, autorregulada. Esencialmente, es un sistema de mercado que comprende mercados para el trabajo, la tierra y el dinero. En relación con este mecanismo se deben establecer firmemente tres principios. Primero, que funcione implica graves peligros para el tejido de la sociedad humana, especialmente para el ser humano y su entorno natural, lo que provoca en adelante reacciones de protección. Segundo, que, en tanto en cuanto estas reacciones suponen intervenciones azarosas sobre el funcionamiento del mecanismo del mercado, pueden ser perjudiciales desde un punto de vista estrictamente económico. Tercero, que cualquier sugerencia de intervención planificada, que sería económicamente ventajosa, sería seguida por el pánico de los mercados financieros. Mientras esta amenaza esté presente, todas las soluciones socialistas aparecerán como medidas tremendamente arriesgadas y despertarán una resistencia política desesperada.

3. Hasta aquí la cuartilla que se conserva de la introducción.

I

Los peligros que emanan de una economía de mercado son el resultado directo de las condiciones necesarias para el establecimiento de una economía de ese tipo. Estas condiciones incluyen la abolición de todas las salvaguardas tradicionales de la seguridad social. En los sistemas sociales precapitalistas, la costumbre y la ley proporcionan tales garantías, tanto en la esfera de la industria como en la de la agricultura, manteniendo a las personas seguras en el trabajo y en la tenencia de la tierra, respectivamente.

En el capitalismo liberal, la organización tradicional del trabajo y de la tierra es reemplazada por el mecanismo del libre mercado competitivo. Nuestra familiaridad con esta peculiar disposición no debería cegarnos ante el obvio mal uso de los elementos de la existencia social —el ser humano y su entorno natural— que se sigue de semejante punto de partida. Un mercado de trabajo competitivo o un mercado similar de la tierra, si se permite que funcione sin regulaciones, está destinado a destrozar a los seres humanos y su entorno, que serán tratados aquí, en virtud de una ficción específica, como si fueran mercancías, es decir, objetos producidos para la venta.

La amenaza de destrucción total que surgiría del mecanismo de un mercado de trabajo al que se le permitiera funcionar por sí mismo es demasiado obvia para necesitar mayor elaboración. Organizar el trabajo humano como si fuera una mercancía significa tratarlo como si fuera algo producido para la venta. En realidad, el trabajo es una actividad humana que no guarda relación alguna con una mercancía propiamente dicha. Es una parte de las funciones humanas en cuanto que ser fisiológico, psicológico y moral; su «oferta» no es una cuestión de «producción» para la venta, de la misma manera, por cierto, que los propios seres humanos, cuyo trabajo está en cuestión, no han sido «producidos para la venta», sino por un conjunto de motivos completamente diferentes. De cara a poder ser capaces de hablar de «venta del trabajo», deben emplearse diversas ficciones. Primera, debe asumirse que las cuestiones deberán organizarse de tal manera que se haga que toda actividad humana útil tenga lugar mediante el acuerdo entre parejas de individuos, uno que dirige y paga, y otro que trabaja; esta situación

tendrá que ser interpretada, pues, como el paso de la mercancía «trabajo» del trabajador al comprador; y así sucesivamente.

El tema en cuestión no es aquí, por supuesto, la naturaleza ficticia de estas suposiciones. Ni la ficción legal que define el trabajo como el tema de un contrato específico, ni la ficción económica que define esa cosa escasa y útil vendida como la mercancía «trabajo» afectan al mundo real. Lo que aquí nos interesa es la situación humana postulada por esa organización descrita como mercado de trabajo. Esta hace que un niño de cinco años actúe como un comerciante, usando su libre voluntad para, mediante un contrato cuyo objeto es su «trabajo», disponer de él tanto como considere provechoso vender, digamos doce, catorce o dieciséis horas. No es esencial para él, en cuanto comerciante, cuándo, dónde y bajo qué condiciones debe ser entregada esa mercancía. El hecho real es que el comerciante se ha convertido en un mero accesorio de sus propias mercancías, cuyo destino tiene que continuar incluso aunque pueda perecer en el proceso. En menor grado, esto se aplica a cualquier hombre o mujer. Con razón, en una generación o algo más, las poblaciones de las ciudades aquejadas de este sistema fueron perdiendo toda similitud con cualquier forma humana.

Lo mismo es verdad para la tierra. Una vez parcelada a individuos para que dispongan de ella a su discreción para su provecho —incluyendo el derecho al uso indiscriminado, al no uso y al abuso, igual que a su arrendamiento, cesión o venta indiscriminadas—, la tierra está condenada, con todo lo que eso implica: la ruina del propietario, del ocupante y del trabajador, y la destrucción de los servicios y recursos del entorno, incluidas las fuerzas «indestructibles» del propio suelo, junto con el clima, la salud y la seguridad del país. La tierra ha sido tan poco producida para la venta como el ser humano; es una parte de la naturaleza. Las ficciones legales y económicas con ayuda de las cuales el destino de la naturaleza puede ser sometido al influjo de un mercado de la tierra son, en su conjunto, análogas a las que vimos en el caso del trabajo. En realidad, la tierra es el hábitat del ser humano, el lugar de todas sus actividades, la fuente de su vida, el refugio seguro, las estaciones y la tumba. Ni siquiera el suelo propiamente dicho puede soportar un tratamiento comercial. Erosionado, despojado, pulverizado, todas las regiones

pueden volver al bosque primigenio, al pantano o al desierto. El desperdicio de recursos socava el futuro de la gente. La enajenación de recursos amenaza la seguridad social. Las formas de propiedad que no permiten asentamientos estables, y condiciones familiares sólidas o formas de vida saludables, debilitan la fuerza de la gente, que mengua mucho. La degradación del campesinado libre al estatus de poseedores de pedacitos de tierra, o de un proletariado holgazán, puede significar el final de los recursos. Y el ser humano vive su vida tan cerca de la naturaleza que, a menos que el destino económico del producto del suelo sea organizado de manera que se cree una vida normal para aquellos que trabajan sobre la tierra, la agricultura quedará destrozada.

Aquí se sitúan las raíces del intervencionismo. Las interferencias externas sobre el funcionamiento del mercado son una reacción de la sociedad en su conjunto, esencial para la protección del tejido social contra los nefastos efectos de la acción del mercado. Algunas de estas intervenciones proceden de los cuerpos gubernativos o legislativos; otras se originan en asociaciones voluntarias como sindicatos o cooperativas; también surgen otras de organismos de vida moral o de la opinión pública tales como iglesias, organizaciones científicas o la prensa. Con respecto al trabajo, las intervenciones serían responsabilidad de las leyes fabriles, de la seguridad social, de los mínimos educativos y culturales, de la política municipal y de varias formas de actividades sindicales, etc. Respecto de la tierra, la intervención proteccionista adopta la forma de leyes sobre la tierra, leyes agrarias, leyes sobre el arriendo y las granjas, incluidas algunas formas de proteccionismo agrario. Claramente, la utilidad social de las normas, las regulaciones, las restricciones y las actividades no mercantiles implicadas en estas intervenciones descansa sobre la protección del trabajo y de la tierra, del ser humano y de la naturaleza, frente a un daño irreparable.

II

Las ventajas de las intervenciones proteccionistas son principalmente sociales; las desventajas son fundamentalmente económicas.

Las primeras afectan al tejido social, previniendo la destrucción de los seres humanos y de su entorno natural; las segundas detraen el dividendo social. Porque, como norma, las intervenciones aisladas azarosas en el mecanismo del mercado hacen que el sistema funcione, incluso, de una forma menos satisfactoria de lo que lo hubiera hecho de otra manera. Lo opuesto es verdad, por supuesto, en las exhaustivas intervenciones planificadas que combinan protección social con ventajas económicas. Sin embargo, la mera insinuación de tales medidas de carácter «socialista» causaría una crisis de confianza y provocaría la caída de todo el sistema.

Semejante situación tiene, inevitablemente, un efecto profundo en las formas y posibilidades de la política de la clase obrera. El sistema de mercado sirvió como un mecanismo de defensa, protegiendo a la clase dominante contra el crecimiento de la democracia popular e, incluso más efectivamente, contra cualquier uso que la democracia pudiera hacer de su poder para presionar hacia soluciones socialistas.

La ambigua posición en la que la democracia popular se encontró a sí misma bajo el capitalismo liberal fue, principalmente, el resultado de esta situación. Mientras que la acción del mercado generó en adelante amplias reacciones, y ayudó a crear una fuerte demanda popular de influencia política de las masas, el uso del poder así conseguido estuvo grandemente restringido por la naturaleza del mecanismo del mercado: intervenciones aisladas, aunque sin embargo urgentes, sobre consideraciones sociales podían mostrarse a veces como económicamente perjudiciales, mientras que intervenciones económicamente útiles de tipo planificado no podían ser ni siquiera consideradas. En términos políticos, mientras que reformas deslavazadas podían ser desacreditadas como una interferencia dañina sobre el funcionamiento del mercado, soluciones totalmente socialistas, que habrían sido económicamente ventajosas, tenían que ser excluidas por completo. Bajo condiciones de este tipo, el notable poder de las fuerzas de la democracia popular estaba necesariamente limitado

EL FASCISMO

AUSTRIA CORPORATIVA: ¿UNA SOCIEDAD FUNCIONAL?[1]

El primero de mayo se ha presentado en Austria una nueva Constitución. Nada de reformas paulatinas, nada de parches para los constructores del Estado en Viena. Mussolini y Hitler son poca cosa en comparación. La Alemania fascista no ha hecho sino cambiar partes de la antigua Constitución por otras nuevas; la superestructura legal del Segundo Reich ha pasado casi intacta al Tercero. Hitler se contentó con poner la vieja Constitución democrática en punto muerto y después asegurarse de que se mantenía paralizada. Incluso Mussolini, con una docena de años de gobierno sin sobresaltos tras de sí, no parece pensar en descartar por completo la antigua Constitución italiana y establecer algo nuevo en su lugar. Una Constitución totalmente nueva es un rasgo especial del fascismo austríaco.

Los nuevos Solones

Pero la Constitución de Viena no es solo nueva, es también una novedad. Tenemos que retrotraernos a Solón y Licurgo para encontrar algo tan ambicioso. Porque esta Constitución es mucho más de lo

1. «Corporative Austria: a functional state?», *New Britain Weekly*, 9 de mayo de 1934, vol. 2, n.º 51, pp. 743-744. Una fotocopia del artículo está disponible en KPA: Con_18_Fol_03.

que el término implica. Sería más que una nueva forma de Estado, más que un cambio desde una república a una monarquía o de una democracia al absolutismo. Se presenta a sí misma nada menos que como el marco legal de una nueva sociedad. Dice su preámbulo:

> *En nombre de Dios Todopoderoso, del que proceden todos los derechos, el pueblo austríaco recibe esta Constitución para su Estado federal cristiano y germánico fundado sobre una estructura corporativa.*

Que un Estado europeo se presente a sí mismo como la encarnación del fundamentalismo religioso y racial no es algo sin precedentes, pudo haber ocurrido a lo largo de la Edad Media. El componente teocrático nos lleva todavía más lejos, a uno o quizá varios miles de años atrás. Pero lo que realmente importa es el pasaje que se refiere a un «Estado fundado sobre una estructura corporativa». Semejante Estado no ha existido jamás. Cuando, como en la Edad Media, florecían los gremios y las corporaciones, el Estado no se construía en absoluto sobre ellos. Cuando el Estado absolutista centralizado hizo su aparición en el continente a lo largo del siglo XVII, los gremios habían desaparecido y el Estado nación iría ocupando su lugar; pero, en la medida en que este se desarrolló contra el monarca, el Estado no era poderoso sino débil. Por tanto, si el término «corporación» significa gremios de artesanos medievales o estados nación —dos formas absolutamente diferentes que la teoría fascista intenta confundir deliberadamente—, los estados fundados sobre el corporativismo son desconocidos en la historia. Sea como sea, el establecimiento de un Estado sobre este tipo de fundamentos en el mundo industrial moderno, con su vastísima división del trabajo y su masiva estratificación de clases, sin duda significaría la creación de un tipo de sociedad absolutamente nuevo.

Viena, la clave de Berlín y Roma

Aquí el asunto gana interés. La nueva Constitución de Dollfuss puede muy bien revelarnos algunas cosas a propósito de los más

intrigantes aspectos de los experimentos fascistas llevados a cabo en los más importantes escenarios. ¿Qué podemos aprender sobre las verdaderas intenciones e ideas de Mussolini y Hitler basándonos en el esfuerzo de construcción del Estado austríaco? Es esta una cuestión que parece pertinente para cualquiera que sea consciente de la afinidad natural entre los regímenes fascistas. Máxime en la medida en que ni Alemania ni Italia están muy lejos de proporcionarnos por ellas mismas la información requerida. Sus dictadores son tan precavidos en revelar sus planes sobre el establecimiento de una nueva sociedad como cautelosos a la hora de tratar con cambios constitucionales. Hitler ha ordenado oficialmente paralizar cualquier avance hacia el Estado corporativo. El *ständische aufbau*[2] queda aparcado definitivamente. En Italia, aunque no se ha determinado su paralización, su progreso es tan leve que no tiene nada que mostrar. La variante austríaca de los modelos alemán e italiano puede servirnos, así, de valiosa clave para elucidar el término en toda su amplitud.

El obstáculo católico

Pero hay un obstáculo. La Constitución austríaca se establece como una alternativa consciente a las formas alemana e italiana de fascismo. La Nueva Sociedad buscada es la sociedad anunciada por la encíclica papal *Quadragesimo anno*. Es de la mayor importancia entender claramente las implicaciones de este hecho. Cuando, en el año 1931, esta encíclica fue hecha pública por la Santa Sede, el fascismo había llegado a un acuerdo con el papa en Italia. En Alemania no parecía haber síntomas serios del establecimiento de una dictadura fascista. La encíclica, aunque aceptaba la idea de una sociedad corporativa (reclamando incluso, no sin cierta justificación, una especie de derechos de autor para la Iglesia católica romana), rehusó sostener tanto la concepción fascista de la omnipotencia del Estado como las aspiraciones del Partido Fascista de monopolizarlo. En realidad, la Santa Sede mantenía que la idea corporativa se oponía casi

2. «Estado corporativo».

tanto al concepto liberal del capitalismo competitivo como a la concepción fascista de una sociedad totalitaria en la cual el Estado político es no solo supremo, sino que realmente absorbe todas las demás funciones sociales. Más de una alusión se hacía en la encíclica al respecto de que, en el fascismo, el Estado se esforzaba en suplantar las actividades espontáneas en todos los ámbitos de la vida; que las constituciones fascistas tienden hacia actitudes burocráticas y politizadas; y que intereses de una facción política tienden a dominar el funcionamiento del Estado. La facción política referida no es otra más que el propio Partido Fascista. Y la encíclica llega a afirmar que las constituciones fascistas parecen ser más aptas para expresar esos intereses de facción que para la búsqueda de un mejor orden social. Esto era cualquier cosa menos amigable hacia el partido que intenta monopolizar la idea de la sociedad corporativa como su especial contribución a la filosofía política y social.

Quadragesimo anno versus fascismo

La encíclica *Quadragesimo anno* fue originalmente, sin duda, un intento genuino por parte de la Iglesia católica de ver reflejadas sus doctrinas en la visión de una sociedad que tendría toda la idílica tranquilidad de la sociedad medieval sin sacrificar, no obstante, los logros productivos de la división del trabajo; que preservaría toda la espontaneidad vital de la artesanía creativa sin obviar la disciplina de la eficiencia de la máquina; toda la fuerza y la riqueza del autogobierno profesional sin poner realmente el control de la industria en las manos de los productores; en resumen, haciendo la vida social pacífica, dotada de sentido y autoexpresiva sin abandonar el capitalismo.

Alguna forma de libertad y algo parecido a la democracia deberían aparecer como ingredientes de la nueva sociedad. «Los seres humanos son libres de elegir sus formas de existencia según sus preferencias siempre y cuando la justicia y el bien común sean salvaguardados.» La actividad del Estado debe quedar restringida al ámbito que le pertenece. Se hacía un alegato especial a favor de la autonomía local y el autogobierno y de los cuerpos profesionales.

El Estado debe ser limitado al papel de una fuerza que dirige, controla y estimula, que no intenta suplantar a los individuos u organizaciones en sus actividades legítimas y naturales. Era justo interpretar estos pronunciamientos como declaraciones en favor de asociaciones libres de trabajadores, es decir, de un genuino movimiento sindical. Un parágrafo especial trata sobre las relaciones entre empleadores y empleados en el seno de los cuerpos profesionales. Aunque la Carta del Lavoro[3] del fascismo italiano ya había anunciado por esa época, de manera clara, el establecimiento de corporaciones profesionales en las que los empleadores y los empleados estarían representados sobre una base paritaria, la encíclica fue más allá de este marco al enfatizar la necesidad de organismos consultivos separados siempre que «exista peligro de excesiva presión sobre una de las partes». Esto solo podía significar que debía considerarse como un rasgo normal de la nueva organización industrial la consulta separada a los representantes de los trabajadores. Si a esto añadimos que la encíclica omite deliberadamente mencionar que las dos partes deberían estar representadas en condiciones paritarias, resulta llamativa la crítica implícita a la política sindical fascista. Tanto el monopolio sindical por parte del partido estatal, como la sumisión formal de los sindicatos a un sistema de corporaciones profesionales gobernado por el Estado fueron, de esta manera, rechazados por el papa.

Entrada en la sociedad funcional

Hay algunos que creyeron que esta línea de pensamiento de la encíclica encerraba la crisálida, por así decirlo, de una sociedad

3. Carta del Trabajo. Fue una ley aprobada, a instancias de Mussolini, por el Gran Consejo Fascista el 23 de abril de 1927. Constituye un documento fundamental del fascismo italiano porque presenta sus principios sociales, la doctrina del corporativismo, el sindicalismo fascista y la política económica fascista. La iniciativa y propiedad privadas se erigen como la base de la economía, puesto que se reconocía a la empresa privada como la institución económica más eficaz y, queriendo garantizar el apoyo de las clases poseedoras, se restringía la intervención del Estado a situaciones de actuación deficiente.

funcional. La representación profesional, la autonomía local, la restricción de las competencias del Estado político y la diversidad de formas organizativas podrían ser consideradas correctamente como características de aquella. En realidad, si sobre la Iglesia católica hubiera recaído en 1931 el papel de dirección intelectual de la contrarrevolución en Austria, papel que ha tenido indudablemente en 1934, una constitución que hubiera surgido de ahí quizá podría haberse considerado perfectamente como funcional. Aunque, ciertamente, habría sido categóricamente conservadora en su perspectiva social, e incluso reaccionaria en sus aspectos culturales de la vida y el pensamiento, no habría dejado de imprimir, en el tedioso mundo de la uniformidad unidimensional de una representación puramente territorial, la profundidad y la complejidad de una sociedad concebida en términos funcionales.

Hacia la paz con el fascismo

Pero, claramente, 1934 no es 1931. Entre estas dos fechas el fascismo ha triunfado en Alemania. El Vaticano ha decidido dejar de combatir al fascismo, si ello puede ayudarle, y, por el contrario, buscar su amistad. La Santa Sede, que llevó a cabo una considerable campaña contra el fascismo italiano hasta que alcanzó acuerdos con él, le ofreció un concordato a Hitler casi el mismo día en que este llegó al poder. (Que el Santo Padre no pensara en aceptar el *credo* nacionalsocialista es otra cuestión completamente distinta.) Otro elemento de la nueva situación era la necesidad para la Iglesia romana de insistir en la independencia de Austria como un *pied-à-terre*[4] en su lucha contra la preponderancia de un Tercer Reich protestante y nacionalsocialista en el mundo germanoparlante. Así nació la idea de que Austria debía ser independiente de Alemania bajo una especie de fascismo católico. La actitud amistosa que la *Quadragesimo anno* había adoptado hacia los sindicatos y los trabajadores, en cuanto que posibles aliados contra la arrogancia de la omnipotencia fascista, fue

4. Expresión que, en este contexto, tendría el sentido de «reducto».

olvidada, y la Iglesia romana presionó para que, en Viena, se llevara a cabo una implacable campaña contra la socialdemocracia. La Constitución de Viena es el resultado de la encíclica de 1931 interpretada por la Santa Sede en 1934. Por tanto, lo que podía haber sido una versión católica y reaccionaria de una especie de sociedad funcional se ha transformado en una mera parodia de este sistema.

Salida de la sociedad funcional

Esto se hizo posible, simplemente, reemplazando en la Constitución los principios de una democracia correcta por la autocracia, haciendo norma de la nominación en lugar de la elección.

En la nueva Constitución austríaca hay un organismo específico para tratar los aspectos económicos (Cámara de las Corporaciones), un organismo específico para tratar cuestiones de interés cultural (Cámara del Intelecto), otro separado para tratar cuestiones de alta política (Consejo de Estado) e incluso otro más para representar los intereses de las regiones (Cámara Provincial). Los defensores del Estado trifuncional se alegrarán de esta multiplicidad de órganos funcionales. Pero ¿es funcionalismo? Todos estos múltiples organismos ¿significan algo? ¿Son la expresión de las voluntades y de las conciencias de seres humanos que pugnan por plasmar sus propias formas de vida y las funciones de la sociedad que dependen de dichas formas de la forma más creativa y edificante? La respuesta dependerá de la manera en que se hayan constituido.

El Consejo de Estado consiste en miembros *nombrados* por el presidente del Estado.

La Cámara Provincial consiste en los gobernadores de las provincias y sus consejeros financieros. Los gobernadores son *nombrados* por el presidente del Estado.

La Cámara de las Corporaciones estará constituida de manera todavía por determinar en un estatuto todavía no elaborado. Pero la parte que en ella puedan tener los representantes de artesanos y trabajadores ya está determinada por el establecimiento de un sindicato unificado (Einheitsgewerkschaft) como la única forma acreditada de representación de la clase trabajadora del país.

La Cámara del Intelecto estará formada por representantes de las iglesias, universidades y otros organismos públicos, siendo todos estos representantes *nombrados* de una manera u otra por la Iglesia o el Estado.

Los organismos de este tipo son funcionales solo en el nombre. Auténtico funcionalismo no hay, más allá del hecho de que los diferentes departamentos del Estado sean etiquetados, respectivamente, como económico, político, etcétera.

Consideremos la autonomía local. A Viena, liberada finalmente de la tiranía de sus patronos socialistas (¡que basaban su autoridad simplemente en los votos de casi dos tercios de la población adulta!), sus libertadores le garantizan una Carta de Autonomía. En el proyecto encontramos un gran ejemplo del espíritu funcional que prevalece en la nueva Constitución corporativa. El alcalde es la cabeza de un Ayuntamiento de sesenta y cuatro miembros: doce de ellos representan organismos culturales, doce representantes más para cada una de las ramas de industria, artesanía y comercio, y cuatro representantes, respectivamente, para cada uno de los sectores de agricultura, banca, profesiones liberales y funcionarios públicos. ¿Podría verse realizado el principio de representación funcional de manera más plena? Pero, de hecho, todos y cada uno de estos *«representantes» son nombrados por el propio alcalde*. Más todavía, este puede no solo destituir a cualquier miembro del Ayuntamiento «por conducta antipatriótica», sino también disolver el Consejo Municipal entero a voluntad.

Por lo que respecta a la representación de los trabajadores en el Ayuntamiento, la Constitución sugiere que el alcalde «deberá considerar la adecuada representación de directivos y de empleados al seleccionar a las personas llamadas a representar a las diferentes ramas de la vida industrial». Eso es todo.

El funcionalismo es democracia al máximo nivel, es la representación de los seres humanos *desde todos los puntos de vista*. La Constitución austríaca, que no representa a nada ni a nadie, significa la abolición de la democracia bajo una máscara funcional.

FASCISMO EN ITALIA, ALEMANIA, AUSTRIA[1]

Segunda conferencia

El fascismo es esencialmente el mismo en todas partes. Como la democracia constitucional y el gobierno representativo son uno y el mismo. Como el capitalismo es el mismo, como los partidos laboristas son los mismos; los sindicatos, las cooperativas, las cámaras de comercio, etc.

Las diferencias surgen de:

1. La situación internacional.
2. Los esfuerzos procedentes de la clase obrera para establecer un nuevo orden.

Los movimientos fascistas son esencialmente *nacionalistas contrarrevolucionarios*.

1. «Fascism in Italy, Germany, Austria», 14 de agosto de 1934. Se trata de un esquema para la segunda conferencia que pronunció en Harlech, localidad del norte de Gales. Si el día anterior la conferencia sobre qué es el fascismo tenía una perspectiva más general, en esta repasa las similitudes y diferencias entre tres ejemplos paradigmáticos de fascismo. Como en el texto anterior, los documentos pueden encontrarse en KPA: Con_20_Fol_19. También aquí hay dos esquemas, uno más desordenado y con sus correspondientes correcciones y añadidos, y otra versión perfectamente escrita, que es la que reproducimos en este volumen.

A. Italia

- Experimental: No hay una teoría nueva tras él. Lento para moverse hacia cosas nuevas. Mussolini muy cauto. Anteriormente marxista.
- El movimiento: Determinado por las formas de gobierno.
- La milicia: Brutal y criminal. Destrucción sistemática de las organizaciones de la clase obrera.

- 1923: Nueva ley electoral: 65 % en 1924.
- 1924: Asesinato de Matteotti.[2] Aventino.[3] «Normalización». Comienza la revolución. Nueva ley electoral. Da la mayoría a los fascistas.
- 1925: Sufragio universal.
- 1926: Oposición expulsada.[4]
- 1927: Nueva ley electoral.

- Carta del Lavoro: Un programa, no un logro. Prohibición de la huelga, se decreta el control estatal de la industria. Las leyes sindicales hacen efectiva la dictadura fascista. Regulación estatal de la industria encomendada a los propietarios (¿a quién más se le podría haber encomendado?).

2. Giacomo Matteotti (1885-1924). Político italiano del Partido Socialista. Con Mussolini ya en el poder, fue reelegido diputado en las elecciones de abril de 1924. El 30 de mayo pronunció un célebre discurso en el Parlamento en el que desgranó toda una enorme cantidad de irregularidades que se habían producido en esas elecciones. Tras terminar su intervención, a pesar de los gritos, insultos y amenazas proferidas desde los escaños fascistas, se dice que se dirigió a sus compañeros y les dijo: «Yo ya he hecho mi discurso. Ahora tendréis que ir preparando vosotros el que hagáis en mi funeral». En efecto, pocos días después, el 10 de junio de 1924, fue secuestrado y asesinado por los fascistas, aunque no se encontró su cuerpo hasta dos meses más tarde.
3. Una de las consecuencias del asesinato de Matteotti fue el abandono de sus escaños por parte de los parlamentarios no fascistas. El nombre remite a la famosa secesión de la plebe romana en el siglo V a. C. en el monte Aventino.
4. Nos aventuramos a decir que esta frase fue añadida por Polanyi a mano sobre el primer esquema, aunque no figura en la versión «en limpio». Se correspondería con la nueva fase, iniciada ya en 1925 pero culminada en 1926, en la que se abandonó cualquier apariencia de funcionamiento democrático.

- Extinción gradual del Parlamento:
  1. Un partido.
  2. Nominaciones por el partido.
  3. Voto de sí y no.
- Senado en suspenso.
- Estado corporativo en formación, pero no establecido.
- Resultados:
  - El efecto más importante fue que los trenes funcionaran regularmente. (Reino Unido e Italia.)
  - Pero:
    1. No se ha detenido el descenso en la tasa de *población*.
    2. La *emigración* no ha podido pararse.
    3. La *superficie* de trigo no se ha incrementado más que de manera casi inapreciable. Ni el rendimiento por acre.
    4. La *balanza comercial* es más débil de lo que era. No ha mejorado el desempleo.
    5. Las condiciones generales del comercio *no* han mejorado en absoluto.
    6. *Finanzas* en muy mal estado.
    7. Mussolini, en realidad, anunció en la Cámara que *el anterior nivel de vida nunca se alcanzaría de nuevo*.
    8. En el *ámbito internacional*, la muy elogiada Italia no es exactamente una fuerza pacifista.

¿Y a qué precio? La supresión total de la libertad de expresión, de conciencia, el fin del desarrollo de la esencia humana.

B. Alemania

- Más movimiento popular que en Italia.
  1. Agravios nacionalistas.
  2. La inflación arruinó a todas las clases medias y medias bajas.
  3. Contrarrevolución: los *junkers* querían volver al poder.

4. Los círculos dinásticos y militares les ayudaron (en Italia el Ejército se mantuvo al margen y la monarquía solo se retiró de mala gana).

- Menos experimental, porque el ejemplo italiano estaba ahí (pero no una imitación; causas similares tienen efectos parecidos...).
- Más constitucional en su inicio, uso menos forzado en este que en Italia.
- Más despiadado después de hacerse con el poder. ¿Por qué?
- Las organizaciones de la clase obrera estaban intactas. No habían perdido votantes. Realmente, el propio Schleicher planeó aliarse con ellas. Los nazis temían que los conservadores establecieran un sistema semifascista sin ellos con el apoyo de los sindicatos. Estado prusiano en manos del Partido Socialdemócrata, la mayor fuerza armada en el país.
- El Estado corporativo en el programa, pero su establecimiento *postergado*.
  1. Arbeitsfront.[5]
  2. NSBO.[6]
  3. Arbeit und Freude (Doppo Lavoro).[7]
- Antisemitismo
  - Un eslogan popular. Nada ha sucedido realmente por su causa. (500.000 judíos.) Desempleo, etc. Los judíos ricos fundamentalmente sin ser molestados mientras funcionen los negocios.
  - Las torturas a los trabajadores mucho peores que nada hecho a los judíos.

5. Frente Alemán del Trabajo. Sindicato fascista surgido tras la prohibición de los sindicatos de clase.
6. Siglas correspondientes a la Nationalsozialistische Betriebszellenorganisation (Organización de las Células de Empresa Nacionalsocialistas)
7. Aunque Polanyi separa el término, la referencia es a la Opera Nazionale Dopolavoro, organización surgida en la Italia fascista, cuyo objetivo principal era proporcionar actividades recreativas y de ocio a los trabajadores. En numerosos países fascistas o fascistoides se constituyeron organismos parecidos, por ejemplo, la española Obra Sindical de Educación y Descanso de la época franquista, pero la más expandida en su momento fue la Kraft durch Freude de la Alemania nazi.

- Logros
  - Difícil de responder.
  - *Discurso de Hitler en Gera*,[8] después de estar en Italia.
  - Difícilmente ningún nuevo comercio. Subsidios al desempleo o a los capitalistas. Eso no puede durar. La moneda arruinada. Comercio exterior menguante. Crédito muy disminuido.
  - ¿Razones? Política de autosuficiencia como preparación para la *guerra*. La pura esencia del sistema.

C. Austria

- Carácter artificial.
  - Nada habría sucedido sin la aparición de los nazis en Alemania. Y la unificación de Alemania fue otro tema que provocó la resistencia austríaca (INDEPENDENCIA). El apoyo italiano resultó fatídico, porque Italia pedía un régimen fascista. Esto llevó a una situación imposible en la cual los nazis eran dejados fuera por un gobierno fascista sin apoyo en el país.
- Los fascistas no son buenos manteniendo controlados a los fascistas.
- Aparte de los nazis, contendían dos formas diferentes de fascismo.
  a) El tipo puramente italiano de absolutismo de partido. NINGUNA ORGANIZACIÓN DE LA CLASE OBRERA COMO TAL ESTÁ PERMITIDA (solo las organizaciones de trabajadores fascistas).
  b) El tipo *Quadragesimo anno*.
- La encíclica papal significa realmente un paso hacia el fascismo, pero no hacia el partido fascista del Estado fascista (Estado totalitario), sino solo las ideas de que la lucha de

8. Ciudad de la Alemania central. Se refiere casi con toda seguridad al discurso pronunciado en el congreso del Partido en Turingia el 17 de junio de 1934. El día 14 se habían reunido Hitler y Mussolini en Venecia.

clases debe ser abolida (corporativismo democrático, Edad Media, gremios, aparecen aquí).
- Una nueva Constitución.
- Cuatro cámaras, pero ninguna electa.
- Un Consejo de Estado.
- Una Cámara de Industria, Comercio y Agricultura.
- Una Cámara de Cultura o Intelecto.
- Una Cámara de todas estas juntas.
- PERO TODAS SON POR NOMINACIÓN:
  - Cuando la nominación no es directa, la elección es por los cuerpos establecidos, esto es, por nominación.
  - La elección nunca es popular, sino siempre *profesional*.
  - En la Cámara de Industria, la clase obrera, los empleados representados en pie de igualdad con los empleadores. NO EXISTE NINGUNA CÁMARA POPULAR, esto significa la total privación de derechos a la población trabajadora.
- La idea es siempre la misma: si la clase obrera acepta de una vez por todas, por siempre jamás, la posición gobernante de las clases dominantes, se le pueden conceder algunos derechos para que los usen según se les diga que lo hagan.
  - Pero si los trabajadores mantienen su esperanza en que Dios no estableció este orden como su última palabra, entonces deberán sufrir persecución y serán destruidos como individuos.
- Los diferentes tipos de fascismo son esencialmente el mismo.
- ¿Aceptará la humanidad que no es posible ningún progreso moral, o formulará su futuro en términos de conciencia y voluntad?
- El resultado depende de si las clases trabajadoras pueden educar sus mentes y pensar suficientemente.
- El fascismo es un intento de solventar los problemas de la humanidad en nuestro tiempo mediante una regresión en cuestiones morales y, muy probablemente, en las materiales.

FASCISMO, COMUNISMO Y CRISTIANISMO[1]

Conferencia 1. Fascismo

Es demasiado simple pensar que el fascismo y el comunismo son completamente opuestos. En ambos se incluye no solo la política, sino también la filosofía.

En Alemania, el fascismo está absoluta y totalmente contra el comunismo, contra el socialismo, y también choca contra el cristianismo.

¿Cómo entender esto? La respuesta: el fascismo está contra el individualismo y está, por tanto, contra el socialismo y también contra el internacionalismo. El fascismo no acepta a las naciones

1. «Fascism, communism, and christianity». Texto mecanografiado para una conferencia en Rochester, Reino Unido, el 20 de octubre de 1934. Forma parte de un día de conferencias organizado por The Auxiliary Movement, grupo perteneciente al movimiento de la Christian Left. El texto mecanografiado consta de trece páginas en las que podemos diferenciar, en primer lugar, un bloque de cuatro páginas compuesto por un horario de las conferencias del día, un resumen también mecanografiado en dos páginas de la conferencia titulada como se ha indicado y una última página con una serie de anotaciones a lápiz en su mayor parte ilegibles. El resto de páginas son diversas versiones de una misma conferencia titulada «The auxiliary and politics» y pronunciada el 2 de noviembre de 1934 en Londres, que aquí no reproducimos. Puede ser consultado en KPA: Con_20_Fol_22.

y a las razas en términos de internacionalismo; es por eso que denuncia al socialismo como individualismo extremo. El fascismo tiene que excavar hasta las raíces del socialismo; y en las raíces encuentra al individuo.

La filosofía fascista. El profesor Spann, de Viena, es el primer filósofo del fascismo: presentó sus ideas (1918-1919) cuando dominaban las ideas democráticas y socialistas. Consideraba las suyas como para una nueva época por llegar; las denominó «universalismo» en cuanto que opuestas al individualismo. La conocida fórmula de Spann es la de que el individualismo lleva al liberalismo, el liberalismo lleva a la democracia, la democracia lleva al capitalismo y el capitalismo lleva al bolchevismo.

Las principales ideas sostenidas por esa persona racista, Hitler. En su famoso discurso de Düsseldorf[2] tomó definitivamente partido contra el individualismo, el socialismo y la democracia, asegurando que conducen al bolchevismo y que el fascismo debe luchar contra ellos.

El *individualismo*, dice Spann, lleva a una personalidad inadecuada y a una sociedad absurda, como es el individuo aislado y su posición (átomos). Spann se pregunta: ¿puede un espíritu aislado como este dar lugar a una sociedad? Su respuesta es no.

Nuestra convicción es que el individuo es el punto de partida de todos los valores de nuestra sociedad.

Spann piensa en el individualismo del siglo XVIII, es decir en el individualismo ateo; *nosotros* pensamos en el individualismo presente, que deriva de Dios.

El individualismo ateo es representado por Nietzsche. Él proclamó «Dios ha muerto», resultó de ahí la afirmación «por lo tanto, yo soy Dios» y derivó sus valores de sí mismo.

2. Discurso de Hitler del 27 de enero de 1932 en el Industrie-Club de Düsseldorf a invitación del magnate del acero Thyssen. Es un discurso, de dos horas y media de duración, que tiene lugar ante la flor y nata de los grandes de la industria y de los miembros más destacados del gran capital financiero, muchos de los cuales sufragaron generosamente al movimiento nazi. Lo que les dice Hitler allí es que el gran capital industrial y financiero alemán no solo no tiene nada que temer del movimiento nazi, sino que, muy al contrario, este se constituye como la única garantía de su supervivencia frente a la amenaza bolchevique.

Este es el individualismo que Spann demolió. Este es el único concepto de individualismo que conoce la filosofía fascista. La filosofía fascista lo rechaza [el concepto cristiano]. La filosofía fascista menciona a Hércules, a los titanes, a Thor, pero no a la personalidad cristiana. Spann menciona al ermitaño (individuo), pero su idea del individuo no es cristiana.

El individualismo en las raíces del socialismo es un individualismo cristiano. En este sentido, la Iglesia organizada y el socialismo son casi inexistentes en el continente.

Las ideas fascistas de sociedad. La sociedad es la única realidad. El individuo solo tiene una existencia derivada. Solo cuenta la existencia de la sociedad. «La nación italiana es un organismo, es una voluntad.»

Racismo (fascista). Comienza con Carl Schmitt, que dice: «La base de la vida en grupo, es decir, la nación, es el antagonismo de unos grupos con otros. La enemistad es la base de los grupos, los grupos existen porque luchan». De ahí la sociología fascista.[3]

La idea cristiana del individuo es que el individuo tiene existencia social. La sociedad se basa sobre este hecho. Los seres humanos son hijos de Dios y, por lo tanto, hermanos.

Se produce una escisión entre la idea cristiana de individualismo y la idea fascista de individualismo.

Spann y Schmitt son coherentes al descartar al individuo y decir que solo el grupo tiene existencia real, el grupo es lo que cuenta.

La forma *marxiana* de pensamiento también es poco conocida. Hace referencia al individualismo religioso. El marxista considera

3. Todo indica que Polanyi comete un error porque en el original menciona a Karl Schmidt cuando parece obvio que se está refiriendo a Carl Schmitt (1888–1985). Se trata de un importante teórico y jurista alemán conservador que, si bien ha ejercido una notable influencia a lo largo de buena parte de la segunda mitad del siglo XX, recibió también poderosas críticas por su colaboración con los nazis coincidiendo con la llegada de estos al poder. Muy probablemente la cita memorística que aquí incluye Polanyi provenga del libro más famoso de Schmitt titulado *El concepto de la política*, escrito en 1932 y publicado en 1933: Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen,* Verlag von Duncker und Humblot, Múnich.

estas fases de la sociedad: a) la relación entre los seres humanos; b) grupos y clases en el desarrollo industrial dirigiéndose hacia la autoalienación de los individuos y hacia las relaciones indirectas en una sociedad de mercado.

En el campo económico (inevitablemente) las relaciones son indirectas e impersonales, y el marxismo dice que la humanidad pasará a otra etapa en la que las relaciones humanas sean directas y personales (esta es, en esencia, la concepción religiosa del individuo).

FASCISMO: EL ENEMIGO COMÚN[1]

Nuestro argumento principal: el fascismo es el enemigo común. Por tanto, los cristianos deben oponerse al fascismo y situarse del lado de los socialistas.

I. ¿Cuál es la naturaleza y el origen del movimiento fascista?

Tenemos una clara oportunidad de verlo en Europa central:

• En Italia, 1919	Fascismo.
• En Austria, 1920	Estado corporativo (filosofía totalitaria).
• En Alemania, 1920	Fascismo racista, es decir, nacionalsocialismo.

1. «Fascism: the common enemy». Borrador de trabajo. No consta fecha del texto, pero aventuramos que debería situarse sobre 1934-1935. El original puede consultarse en KPA: Con_08_Fol_02. Consiste en una hoja mecanografiada con varios añadidos a mano.

Es un movimiento contra la *democracia parlamentaria* sobre la base de que la democracia conduce al socialismo.

a) Fortalecimiento de la influencia de la *clase obrera*.
b) Tendencia hacia soluciones socialistas.

Primera fase

II. La fórmula de Spann: *antindividualismo*. En tanto en cuanto se conciba que la sociedad existe para el bien de sus miembros individuales, no puedes deshacerte de la *democracia* (ni del *socialismo*).

La filosofía de Spann: el todo es previo a las partes (universalismo).

III. *El individualismo atacado por Spann no es el individualismo en el que se basa la democracia*, sino el individualismo del capitalismo liberal.
a) El individualismo cristiano: igualitario.
b) El individualismo ateo liberal: antigualitario (competitivo).

IV. *Spann* ataca al capitalismo liberal, pero no al capitalismo ni al socialismo.

El capitalismo corporativo está a salvo de las críticas.
Pero su ataque a la democracia y al internacionalismo falla porque no ataca su base: el *individualismo cristiano*.

Segunda fase

V. *Hitler y Rosenberg*:[2] a la búsqueda de una *base de masas* para el fascismo.

2. Alfred Rosenberg (1893-1946). Uno de los principales ideólogos del nazi-

En Italia y Austria *no está presente*.
En Alemania solo se hace un esfuerzo (URSS y trabajo).

VI. *Rosenberg* contra *Spann*: si el todo está antes que las partes, la *humanidad* está antes que la nación.
Reconocimiento de que:
a) El individuo y la humanidad son correlativos.
b) El socialismo y el cristianismo son uno (Pareto,[3] *El espíritu del desierto*, 1919).
c) La raza o la nación son la única *unidad* que puede acabar con:
- El *individuo*.
- El *internacionalismo*.

• Anti*universalismo*.

El verdadero enemigo del socialismo es el fascismo.
Los pensadores fascistas han sido los primeros en reconocer la fuerza real del socialismo (Pareto, etc.)
En lugar de su política reaccionaria, los protestantes alemanes deberían atenerse al contenido de su fe, la cual se vincula con el socialismo.

fascismo, ocupó también cargos de responsabilidad política en la Alemania nazi, siendo el más importante de ellos el de ministro del Reich para los territorios orientales ocupados. En el juicio de Núremberg, fue condenado a muerte por crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. El 16 de octubre de 1946 fue ejecutado en la horca.

3. Vilfredo Pareto (1848-1923). Sociólogo, economista y filósofo italiano. Su reacción ante la crisis de finales del XIX y principios del XX, con una permanente agitación obrera, lo llevó a posturas antisocialistas y antidemocráticas que lo situarían en un discurso próximo al del fascismo. No obstante, la denominación de Pareto por parte de Polanyi como «filósofo fascista» quizá sea un tanto discutible. Es cierto que su obra *Les systèmes socialistes* (París, 1901) es una fuerte crítica al socialismo, y que probablemente sea uno de los teóricos más famosos sobre el papel histórico de las élites políticas. Pero no puede ser considerado realmente un teórico del fascismo, sino que, por el contrario, no sería aventurado afirmar que, si no hubiera muerto antes de ver su desarrollo concreto, habría sido un potente crítico del fascismo italiano. Otra cosa es que el fascismo, empezando por el propio Mussolini, tuviera interés en apropiárselo.

En la lucha entre el fascismo y el socialismo, el cristianismo tiene que estar del lado del socialismo.

¿PUEDE EL HITLERISMO RESOLVER EL PROBLEMA MUNDIAL?[1]

Los futuros historiadores se enfrentarán a un tremendo y excepcional acontecimiento: la muerte de la civilización del siglo XIX en el corto espacio de tiempo que transcurrió entre la primera y la segunda guerra del siglo XX.

La situación del mundo viene definida por este acontecimiento. Discutiremos el hitlerismo en relación con los problemas por él planteados.

Al principio de este período, los ideales del siglo XIX eran primordiales; su influencia, de hecho, nunca había sido mayor. Al final del mismo, difícilmente queda algo de ese sistema bajo el que nuestro tipo de sociedad había alcanzado el liderazgo mundial. En el interior de las fronteras nacionales la *democracia representativa* había sido la salvaguardia de un régimen de libertad, y el bienestar nacional de todas las naciones civilizadas había crecido desmesuradamente bajo el influjo del *capitalismo liberal*: el *sistema del equilibrio*

1. «Can hitlerism solve the world problem?». Se trata del resumen esquematizado de una conferencia pronunciada el 23 de abril de 1941 en la Universidad de Princeton. Son dos páginas escritas a máquina y con algunas correcciones y añadidos, pero parece que faltan hojas. El documento se encuentra disponible en KPA: Con_12_Fol_07.

del poder había asegurado una relativa libertad frente a guerras largas y devastadoras, mientras que el *patrón oro* se había convertido en el sólido fundamento de un amplio sistema de cooperación económica a una escala casi planetaria. Aunque el mundo estaba muy lejos de ser perfecto, parecía en el camino hacia la perfección. De repente, este singular edificio se hundió. Las condiciones en las que nuestra sociedad había existido murieron para siempre. Las tareas a las que nos enfrentamos en este momento creemos que no pueden ser entendidas más que a la luz de este tremendo acontecimiento. *Es tanto nacional como internacional, político como económico*: todas nuestras instituciones están concernidas. El historiador no sabe por dónde empezar.

1) *Encontrar el momento exacto del cambio: los conservadores años veinte y los revolucionarios treinta*

La Gran Guerra de 1914-1918 fue, en conjunto, una guerra del tipo de las del siglo XIX: una alianza de unas grandes potencias contra otras; beligerantes y neutrales; soldados y civiles; negocios y guerra: todos distintos y separados. La derrota provocó un tratado que pretendía asegurar que la vida continuaría en gran medida como antes. La guerra no había establecido nada especial, aunque había sido más terrible que todas sus predecesoras.

La tendencia de los años veinte fue claramente *conservadora*. Las espectaculares revoluciones y contrarrevoluciones de los años 1917-1923, incluso aunque fueron algo más que meras revueltas producidas por el *shock* de la derrota, no introdujeron elementos nuevos en la historia de Occidente. No solo Hindenburg y Wilson, sino también Lenin y Trotski estaban en la tradición del siglo XIX. La propensión de los tiempos era simplemente establecer o, eventualmente, restablecer, el sistema asociado generalmente a los ideales de las revoluciones inglesa, americana y francesa de los siglos XVII y XVIII. Las políticas radicales servían a fines tradicionales. [La Gran Guerra ha sido, principalmente, un intento para superar mediante una estéril violencia las dificultades que enfrentaba el sistema desde principios del siglo; en los

pacíficos años veinte este esfuerzo se intensificó, pero los efectos de la guerra no han hecho sino incrementar las dificultades.][2]

De repente, en los primeros años treinta, con una vehemencia impresionante, se produjo el cambio. Los elementos de referencia fueron el abandono del patrón oro por parte de Gran Bretaña y posteriormente por todos los demás países; los planes quinquenales, especialmente la colectivización de las granjas en Rusia; el establecimiento del New Deal; la revolución nacional-socialista; el hundimiento del equilibrio del poder a favor de imperios autárquicos. Para 1940, todo vestigio del sistema internacional había desaparecido y, excepto en unos pocos enclaves, los pueblos estaban viviendo en un escenario internacional completamente nuevo.

2) *Se sigue que las explicaciones habituales no pueden ser aceptadas*

a) El *choque de civilizaciones* fue, obviamente, un reflejo de la situación internacional más que su causa. No fueron los bolcheviques quienes destruyeron el patrón oro, sino Neville Chamberlain en Gran Bretaña; y no fue a un fascista, sino a Franklin Roosevelt[3] a quien le vino bien.

b) Mucha gente considera que la Gran Guerra habría sido el origen de la gran destrucción. Pero ¿estaban las cosas seguras y sanas previamente? O la Gran Guerra, aunque ciertamente incrementara enormemente las dificultades, ¿no fue más bien el resultado de las mismas fuerzas que la provocaron?

c) La cortedad de miras de los políticos y los intereses creados de los financieros serían los responsables. De toda la serie de chivos expiatorios, quizá este sería el más injusto. En ningún momento de la historia ha habido más estadistas trabajando desinteresadamente que en los años treinta, cuando los políticos pacifistas insistían apasionadamente a propósito del establecimiento de una maquinaria que organizara la paz.

2. Esta frase aparece tachada en el texto.
3. Franklin Delano Roosevelt (1882-1945). Presidente de Estados Unidos entre 1933 y 1945.

Y, sin embargo, todos sus esfuerzos por restablecer la paz y la prosperidad fueron en vano, acelerando simplemente la ruina. En perspectiva, podemos definir de forma sencilla la naturaleza de la dificultad que se tenía en contra. *Una civilización completa se estaba desmoronando ante nuestros ojos*.

3) *Las causas de la transformación*

A. El primer siglo de la era de la máquina ha llegado a su fin. El problema del *laissez-faire* frente al *intervencionismo* estaba ahí desde un principio. Expresaba realmente las dos fuerzas que iban a moldear el futuro de la sociedad industrial: a) La necesidad de protección del tejido social de la sociedad contra los efectos de una economía de mercado. b) Por otro lado, la necesidad igualmente vital de la autorregulación del sistema de mercado. Desgraciadamente, las medidas de protección tendían a impedir la autorregulación. Las tensiones y compromisos entre estas políticas contradictorias continuaron a lo largo del siglo, trayendo consigo el nuevo nacionalismo.

B. El Estado nación era la unidad dada de la integración político-económica. Proporcionó protección contra los efectos del mercado interno; absorbió los golpes del mercado exterior (mundial) protegiendo a la comunidad de los peligros de la interdependencia.

C. El sistema económico internacional fue la institución integral del período. Pero su funcionamiento tendió a lanzar la presión sobre los estados nación, que se convirtieron así en la esponja que absorbió los golpes tanto del sistema interno como del sistema exterior.

D. La paz de los cien años fue una función obvia de esta organización económica internacional.

¿Podemos evaluar ahora la naturaleza del problema involucrado en el cataclismo mundial actual?

A. Reconstruir la estructura interna de los estados;

B. Reconstruir la división internacional del trabajo.

LA ESENCIA DEL FASCISMO
(conferencia)[1]

El término «fascismo» cubre varias cosas: a) un movimiento; b) un sistema social; y c) una filosofía de la vida que inspira al movimiento y se cumple en el sistema.

Mi tema es la filosofía de la vida.

I.- Trasfondo histórico

Los *orígenes del fascismo* deben buscarse en la crisis, profundamente asentada, de nuestra civilización industrial, con sus dos principales instituciones; la *democracia política* y el *capitalismo industrial*.

1. «Essence of fascism». Se trata del resumen esquematizado de una conferencia pronunciada el 4 de agosto de 1941 en el marco del famoso Union Theological Seminary de Nueva York, centro de estudios religiosos vinculado a la Universidad de Columbia y que ha sido considerado tradicionalmente como un bastión del pensamiento cristiano progresista en Estados Unidos. La mención, hacia el final del texto, de Paul Tillich se relacionaría con la pertenencia de este al seminario. El texto son dos páginas escritas a máquina y con muy pocas correcciones. Un esquema todavía más reducido puede encontrarse en la última hoja del documento. Aquí nos atenemos a las dos primeras. El documento está disponible en KPA: Con_12_Fol_07.

En un momento concreto de su desarrollo, estas dos instituciones entran en conflicto, principalmente en Europa. La situación de posguerra evolucionó hacia un peligro inminente para la sociedad en su conjunto: el peligro de un *punto muerto* del sistema político y económico. La amenaza se expresó, por un lado, en el peligro de un *permanente y masivo desempleo*; por el otro, en el *fracaso del liderazgo* de los partidos que serían los cuerpos democráticos representativos.

Aquí no nos detendremos en las razones de semejante situación. Mucha gente la atribuirá a la tensión entre clases y describirá la crisis como una guerra de clases. Es más probable que la misma tensión resultara de una *causa más general* subyacente al insatisfactorio funcionamiento del sistema social en su conjunto, y muy vinculada a los propios fundamentos de nuestra civilización industrial.

En la conciencia de las masas adoptó la forma de una crisis inminente resultante de la insostenible naturaleza de la situación. El conflicto entre capitalismo —el sistema industrial basado en la propiedad privada de los medios de producción— y la democracia —un sistema de instituciones representativas en las que se concede una influencia preponderante a las masas trabajadoras— estaba a la orden del día.

Obviamente, un *rasgo esencial* de semejante situación era que, si hubiera una crisis, la *democracia tendería hacia una solución socialista*, sin importar las reales *fuerzas* morales, intelectuales y, por tanto, *efectivas políticamente* de que dispusiera. Las clases gobernantes tradicionales tendrían el apoyo de las clases medias bajas en la resistencia contra las demandas de la clase obrera en pro de un liderazgo para el que les faltaba el poder y el programa, y, en última instancia, incluso la clase obrera se mantuvo al margen cuando los fascistas plantearon su apuesta por el poder. Es un hecho de la mayor importancia que el movimiento fascista triunfó sin ninguna resistencia seria por parte de la democracia; y cuanto más radicales han sido los partidos, menos resistencia han ofrecido. No podría imaginarse signo más seguro de la crisis espiritual general que la autoeliminación de la democracia en los años treinta.

II.- La esencia del fascismo

Como *religión política*, el fascismo se dirige hacia la destrucción de las instituciones de la democracia popular.

Pero resulta que estas instituciones están enraizadas en la tradición cristiana de la civilización occidental. La conexión no era ni simple ni directa, pero, no obstante, ahí estaba.

Un *ataque radical* contra la democracia tiene que ser un ataque contra los fundamentos religiosos de la democracia.

El fascismo es ese ataque.

Los dos conceptos correlativos son el individuo y la humanidad. Una sociedad constituida por *individuos*; la unidad de los humanos del mundo constituye la *humanidad*.

Ambas ideas son básicamente cristianas. En ningún otro punto difiere más ampliamente la religión cristiana de otras religiones que en la afirmación del *alma* y de la *humanidad*. En su referencia social, el cristianismo es el descubrimiento del *individuo* y de la *humanidad*. El fascismo, en cuanto que posición religiosa, es un ataque contras estas dos. Aquí tenemos la esencia del fascismo.

- *Ética*: en contra de la ética del cristianismo, es resignación final o glorificación satánica del mal. La primera viene expresada por el *Gran inquisidor* de Dostoievski, la última, por *Nietzsche* o *Klages*.
- *Metafísica*: valores *biocéntricos* opuestos a valores *logocéntricos*. El naturalismo de la existencia preespiritual.
  Pero la filosofía de Ludwig Klages se caracteriza por el rechazo a volver a la caverna.
- *Ciencia*: superioridad intelectual debida a puntos de vista imparciales sobre política y economía. Pero las soluciones del fascismo son soluciones degenerativas: solucionan el problema temporalmente, pero al precio de hacerlo insoluble a largo plazo.

Un gran correctivo al utopismo liberal, que es el responsable de la sorprendente debilidad del marxismo. Las primeras obras

de Marx están, sin embargo, completamente libres de prejuicios antirreligiosos y se basan en una *antropología religiosa de la mayor importancia*. (Tillich[2] ha trabajado sobre este tema, aunque todavía no conocemos, creo, sus trabajos descubiertos últimamente.) La edición del Instituto de Marxismo-Leninismo, aunque cuidada en un sentido superficial, resulta muy confusa en su presentación.

- *El sistema*: abolición del sistema político; la economía hecha suprema.

El imperio mundial ofrecido como solución, pero sin ninguna idea ni sobre la solución del problema nacional ni sobre los móviles para su funcionamiento.

Un movimiento fructífero en la destrucción, pero totalmente incapaz de reorganizar el mundo.

Una conciencia no religiosa incapaz de hacer frente a la situación. Porque es incapaz de adaptar sus objetivos frente a condiciones cambiantes.

2. Paul Tillich (1886-1965). Filósofo alemán y uno de los teólogos protestantes más importantes del siglo XX. Podemos elucubrar que la referencia de Polanyi remitiría a la obra de Tillich *Die Sozialistische Entscheidung*, Alfred Protte, Potsdam, 1933 (el título se traduciría como «La decisión socialista»). A este respecto, y sin agotar por supuesto el tema, puede consultarse en una edición más reciente de esta obra la parte tercera, apartado dos, titulado «Sozialistisches prinzip und marxistische probleme» y, más concretamente, el punto tercero titulado «Kritik des dogmatischen marxismus», Medusa, Berlín, 1980, pp. 102-104.

A MODO DE EPÍLOGO

EL DEBER DE NUESTRA PATRIA[1]

El que escribe estas líneas estuvo entre los fundadores del Círculo Galileo, formado a principios de siglo. Perteneció a aquellos que en la época de Horthy se convirtieron en exiliados en el oeste, pero nunca rompieron sus lazos con la patria húngara.

La historia da muchas vueltas. Tras la Revolución de Octubre, a 1918 le siguió la República Soviética Húngara de 1919. La contrarrevolución blanca convirtió la guerra perdida en una tragedia moral.

Socialista durante mis años de estudiante, mantuve las mismas ideas ya como licenciado. Si el clima intelectual de las décadas siguientes me mantuvo algo alejado de su órbita, al final, en

1. «Hazánk kötelessége», *Kortárs*, diciembre de 1963, pp. 1.843-1.844. Encontramos una reproducción del original húngaro de este artículo en KPA: Con_30_Fol_06. Pero, además, aparecen tres versiones —una a máquina con correcciones, tachaduras y añadidos, otra «en limpio» y una tercera incompleta— que son traducciones del artículo al inglés, con el título de «Our homeland's duty», realizadas por Ilona Duczyńska, que, como ya se ha dicho, era la esposa de Polanyi. Para nuestra traducción hemos utilizado como base la segunda de estas versiones. Se trata del último texto publicado en vida por Polanyi, el cual morirá unos pocos meses después de la aparición del número de la revista.

los años en los que la humanidad enfrentaba una crisis mortal, encontré claramente mi camino de vuelta al socialismo, que se ha convertido ahora en algo más que la causa del movimiento obrero, se ha convertido en una cuestión de vida o muerte para el conjunto de la humanidad. Desde esta perspectiva, la patria húngara no deja de tener su papel. He llegado a considerar estas cuestiones desde un punto de vista que es, irrevocablemente, el de mi patria, a la cual se lo debe todo alguien cuya juventud fue conformada por el destino de Hungría, alguien que percibió en Mihály Károlyi el proyecto incumplido, incluso en una época en que su nombre todavía no podía ser leído designando ninguna calle de Budapest.

Hoy, en 1963, el hijo pródigo que vuelve a casa tras casi medio siglo de ausencia se enfrenta a la esperanzadora imagen de un país renacido.

El cuadro completo, no hace falta decirlo, tiene que ser visto desde una perspectiva mundial. La admirable tasa de crecimiento del desarrollo industrial soviético ha provocado el susto a los poderes occidentales dirigentes. Por tanto, la movilización de estos en la guerra fría no puede reducirse a las reservas de armas nucleares por parte de Estados Unidos, realizada tan abiertamente. Se extiende al frente ideológico, incluida la demagogia tecnocrática, e incluso a la investigación académica seria (de la que la superproducción de eslóganes propagandísticos es, simplemente, un subproducto propiciado oficialmente).

Se debe afirmar francamente que, en el momento actual, los enemigos del socialismo en Estados Unidos están trabajando resuelta y eficazmente en el campo de las ciencias sociales. Desgraciadamente, es también un hecho que los partidarios del socialismo no siempre lo apoyan con argumentos construidos sobre los frutos de la investigación contemporánea. El período clásico de fertilidad del marxismo fue seguido por la vacía ostentación del antimarxismo. Esto podríamos muy bien ignorarlo. Pero a lo largo de las dos últimas y decisivas décadas, aparte de periódicas campañas orquestadas, propagadas con el apoyo estadounidense, también ha comenzado a ser efectiva contra el socialismo una propaganda ideológica sustentada científicamente. En esta época, rica en descubrimientos antropológicos e históricos, excavaciones

arqueológicas y nuevas disciplinas matemáticas, se han puesto de manifiesto escasos contrargumentos desde las sociedades democráticas y desde el mundo de las economías planificadas. Es cierto que la Unión Soviética ha refutado los axiomas económicos occidentales con el sólido argumento de sus logros prácticos, que provocaron algunos necesarios replanteamientos desesperados en el campo antisocialista. Pero, en el campo teórico, a este proceso ni siquiera se le ha ocasionado la molestia de un control experto por parte del marxismo. Raya en lo increíble que ni siquiera la crítica estadounidense de estas tendencias reaccionarias haya encontrado acogida en Europa. En la Universidad de Columbia, por ejemplo, a lo largo de los años se ha iniciado una nueva crítica, fundamentada conceptualmente en los campos de la antropología social, la sociología económica y la historia del antiguo Oriente Próximo, dirigida contras las sesgadas concepciones individualistas de nuestro siglo. La elaboración de nuevos materiales de investigación está sacudiendo ya los cimientos del concepto de sociedad humana en sus formas tradicionales, que se remontan al siglo XVII y que ya fueron atacadas por Marx; pero, por ahora, los inmensamente mejorados resultados factuales del siglo XX permanecen sin ser utilizados en su crítica. Mientras que Marx, Engels, y también Lenin, al construir sus argumentos confiaron en las más modernas investigaciones de su tiempo, últimamente hemos llegado a dejar las interpretaciones de las investigaciones más actualizadas a aquellos que impiden el desarrollo de una visión moderna del mundo. Tomemos como ejemplo el intenso trabajo realizado en la investigación sobre los pueblos africanos, y los eficaces pseudoargumentos que brinda al servicio del neocolonialismo. En este campo nos hemos quedado atrás, confiando más en la difusión de resultados basados en premisas antiguas, y dejando al margen los resultados prácticos y teóricos que se derivan de los nuevos descubrimientos. Mientras que los iniciadores del socialismo marxista construyeron su manera de pensar sobre el material factual que les proporcionaban las más recientes investigaciones de su época, en nuestros días es precisamente esta adaptación metodológica la que descuidamos, y la que necesitaríamos si queremos hacer uso de nuestro enorme conocimiento factual acumulado.

Es en este sentido que se les ofrece una gran tarea a los jóvenes escritores, poetas y estudiosos de Hungría. Lo que intuyo, casi como un extranjero que visita su propia patria, es que esta podría muy bien estar destinada a suponer un impacto sobre la vida intelectual mundial. Los logros fundamentales de los eruditos húngaros pueden jugar un gran papel en el mundo, en vista de la específica situación de Hungría. Pero solo si, de acuerdo con su vocación, se sitúan del lado del socialismo en la inminente disputa ideológica.

ÍNDICE CRONOLÓGICO DE ARTÍCULOS

«La crisis de nuestras ideologías»	1909
«Política burguesa radical»	1913
«Guerra civil»	1919
«La resurrección de la democracia»	1922
«La contabilidad socialista»	1922
«Socialismo gremial»	1922
«Contra el miedo»	1923
«Blancos, negros, marrones»	1923
«Gremio y Estado»	1923
«La teoría funcional de la sociedad y el problema de la contabilidad socialista»	1924
«Nuevas consideraciones sobre nuestra teoría y práctica»	1925
«Sobre la libertad»	1927
«Reformas económicas liberales en Reino Unido»	1928
«Los reformadores sociales liberales en Reino Unido»	1928
«Economía y democracia»	1932

«La inflación mundial»	1933
«Austria y Alemania»	1933
«El mecanismo de la crisis económica mundial»	1933
«¿Qué Estado trifuncional?»	1934
«La economía de Rudolf Steiner»	1934
«Austria corporativa: ¿una sociedad funcional?»	1934
«Fascismo en Italia, Alemania, Austria»	1934
«Fascismo, comunismo y cristianismo»	1934
«Fascismo: el enemigo común»	1934-1935
«Reino Unido y la guerra en Etiopía»	1935
«El hito de 1935»	1935
«El significado de la paz»	1938
«Las raíces del pacifismo»	1938
«¿Puede el hitlerismo resolver el problema mundial?»	1941
«La esencia del fascismo» (conferencia)	1941
«Factores sociales en la reciente historia europea»	s/f
«¿Por qué volver loca a Rusia?»	1943
«El eclipse del pánico y la perspectiva del socialismo»	s/f
«¿Capitalismo universal o planificación regional?»	1945
«A modo de epílogo: El deber de nuestra patria»	1963

Impreso en febrero de 2023
en Gráficas Iratxe (Orcoyen)